

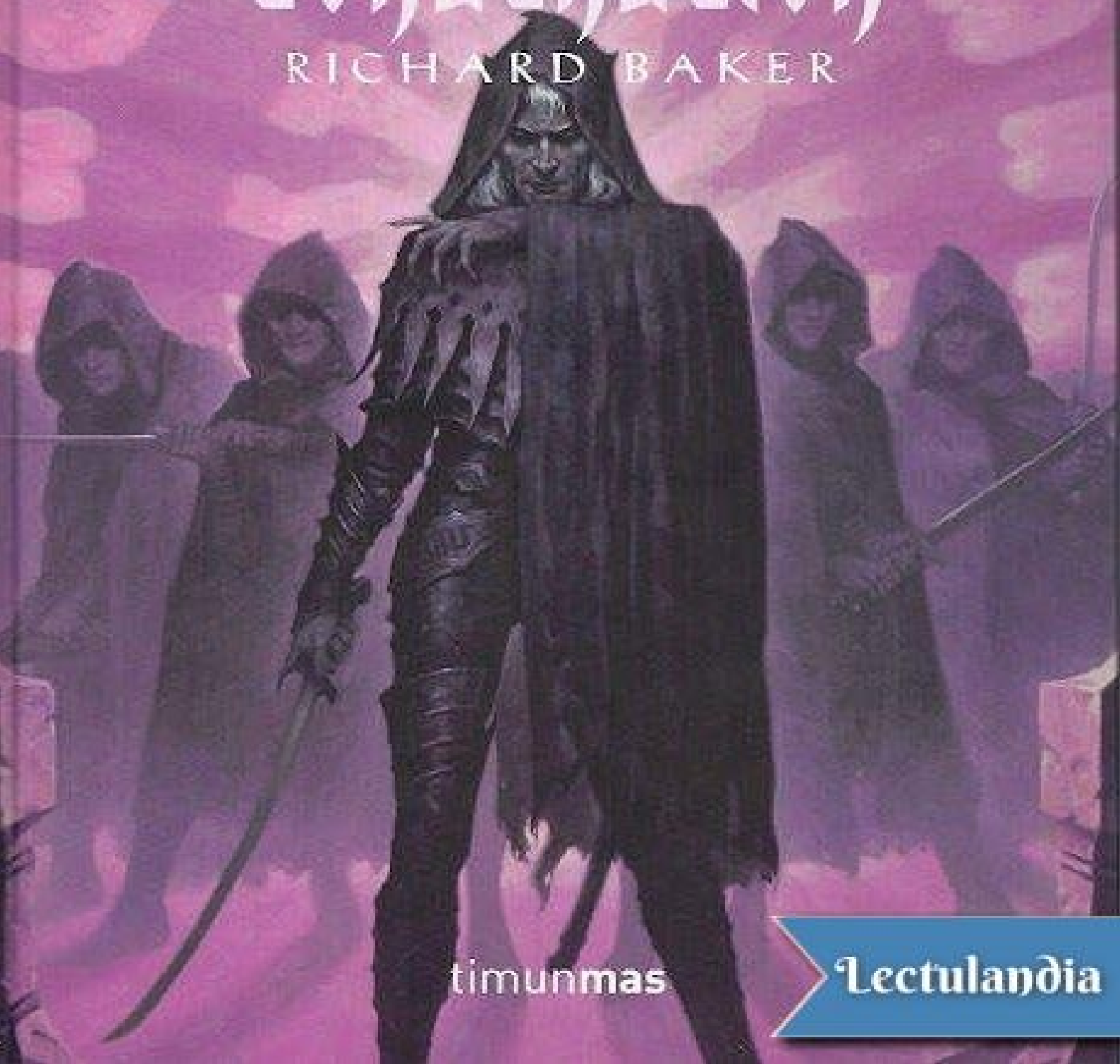
REINOS OLVIDADOS

R. A. Salvatore

LA GUERRA de LA REINA ARANA · LIBRO 3

Condernación

RICHARD BAKER



timunmas

Lectulandia

Las fuerzas alineadas contra Menzoberranzan empiezan a cobrar forma, y la amenaza a la civilización drow es más terrorífica de lo que nadie imaginó. Desde las impenetrables sombras de la Antípoda Oscura hasta los rincones lejanos del Mundo de la Superficie, el camino hasta el secreto del silencio de Lloth es tan impredecible como mortal. Asociados como dos drows que podrían ser las últimas supervivientes de Ched Nasad, los exploradores de Menzoberranzan han descubierto muchas cosas, pero por cada respuesta que encuentran surgen un millar de nuevas preguntas...

Lectulandia

Richard Baker

Condenación

La guerra de la Reina Araña III

ePUB v1.1

Garland 25.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Condemnation*

Richard Baker, 2003.

Traducción: Miquel Alonso Huguet

Ilustraciones: Brom

Editor original: Garland (v1.0 a v1.1)

ePub base v2.0

Para Lynn R. Baker Jr.
1942-2002
Buena suerte, papá



Agradecimientos

Gracias a Phil Athans por pensar a lo grande y pagar al precio, a Bob Salvatore por compartir el arenal donde juega y a Ed Greenwood por compartir su mundo. Oh, y en especial a Kim por soportarme pacientemente, y a Alex y Hannah por enseñarme algo nuevo cada día.



La comida se había acabado y con ella se había ido el calor. Todo era hueco y vacío, salvo la exhortación a liberarse. La cual llegaba con insistencia, un sutil apremio a la desesperación.

Ocho patas diminutas respondieron a su implorante llamada. Ocho armas golpearon el muro cóncavo. Machacaron y desgarraron. Buscaban la sombra más clara en ese oscuro lugar.

Se abrió un agujero en la superficie correosa y las ocho patas dirigieron sus ataques a ese mismo punto. Sentían su debilidad. La debilidad no podía tolerarse. Tenía que aprovecharse, de inmediato y sin piedad.

Una, decenas, millares, millones, las patas se agitaron en el espacio neblinoso entre los mundos, librándose de sus prisiones esféricas. Llevadas por la voracidad y la ambición, por el miedo y la vileza instintiva, los millones de arácnidos libraron su primera batalla contra una barrera coriácea y flexible. Apenas era un adversario digno, pero combatieron con el apremio de saber que la primera en salir tendría una gran ventaja, pues sabían que todas estaban hambrientas.

Y que no había más comida que ellas mismas.

La calidez de la bolsa de huevos desapareció, devorada. Los silenciosos momentos de soledad, de despertar, de la primera sensación de conciencia, ya eran pasado. Las paredes que les habían servido de abrigo y protección se tornaron un impedimento. La blanda coraza era un obstáculo para obtener la comida, para la necesaria lucha, para su satisfacción a todos los niveles.

Ante el poder.

Y eso no podían tolerarlo esas endemoniadas y malditas criaturas. Así que lucharon y desgarraron, forcejearon y pugnaron para salir.

Para comer.

Para trepar.

Para dominar.

Para matar.

Para transformarse....

capítulo



uno

Sobre las viejas piedras rojizas silbaban corrientes de polvo y arena. Halisstra Melarn se arrebujó en su *piwafwi* y tembló a causa del helado viento. La noche era fría, más fría que en las profundidades y en las cavernas bajo la superficie del mundo, y el viento gimió triste entre las erosionadas ruinas, agazapadas en silencio entre las áridas colinas. Hace tiempo había sido una gran ciudad, pero ya no lo era. Aquellas cúpulas rotas y columnatas tambaleantes hablaban en susurros de una raza orgullosa y hábil, desaparecida hacía mucho. Enormes murallas aún soportaban el viento del desierto, y restos de torres apuntaban al cielo.

En otras circunstancias Halisstra se habría pasado muchos días vagando por los caminos silenciosos de las imponentes ruinas, reflexionando sobre su olvidada historia, pero en ese momento un misterio aún mayor y más terrorífico la mantenía horrorizada. Sobre las siluetas negras de las torres desmoronadas y los encorvados muros, un mar de estrellas brillaba como el frío hielo en un cielo negro e ilimitado.

Había oído hablar de ello durante toda su vida, por supuesto. Intelectualmente comprendía el concepto de cielo abierto en lugar de techo de caverna, y los desagradables alfilerazos de la luz de arriba, pero sentarse en el exterior bajo semejante espectáculo y contemplarlo con sus propios ojos..., eso era otra cosa. En sus doscientos años de vida nunca se había aventurado a más de unas docenas de kilómetros de Ched Nasad, y nunca había estado cerca de la superficie. Muy pocos elfos oscuros de la Ciudad de las Telarañas Resplandecientes lo habían hecho. Como la mayoría de los drows, desconocían en gran medida el mundo alejado de las intrigas sin fin y de los planes e intereses despiadados propios de la vida en Ched Nasad.

Posó la mirada en las relumbrantes luces del firmamento y saboreó la amarga ironía. Los punzantes diamantes de ese vasto cielo nocturno eran reales. Existían desde hacía un tiempo inimaginable, mucho antes de que levantara los ojos en ese abandonado y helado desierto y reparara en ellos, y, sin duda, continuarían allí mucho después de que ella desapareciera. Pero Ched Nasad, su ciudad natal, en la que rivalidades, lealtades y fortunas habían absorbido todas sus habilidades intelectuales y su atención desde que había nacido, ya no existía. Hacía menos de un día que estaba en los altos balcones de la casa Nasadra y observaba horrorizada cómo ardía la piedra y se desmoronaban las fortalezas. Había sido testigo de la destrucción de su ciudad. Ched Nasad, con sus maravillosas telarañas de piedra y castillos de misteriosa

hermosura aferrados a las paredes del abismo; Ched Nasad, con su imponente arrogancia y desmesura, sus casas nobles de belleza oscura y su eterna veneración por la Reina de las Arañas; Ched Nasad, el eje de la existencia de Halisstra, ya no existía.

Con un suspiro, Halisstra apartó la mirada del cielo y permaneció en silencio. Era alta para ser una drow, casi un metro setenta, y delgada como un estoque. Aunque sus rasgos carecían del encanto y de la rapaz sensualidad que las drows de alta cuna poseían, era atractiva de un modo mesurado, austero. Incluso después de horas de bregar para escapar del fuego, el enemigo y la desolación, se movía con una elegancia carente de emociones, con la calma propia de una mujer educada para ser reina.

La arena repicaba contra el acero, negro como boca de lobo de su armadura, y el viento le levantaba la capa e intentaba arrancársela. Halisstra conocía bien las corrientes de aire frío y húmedo de los vastos lugares bajo tierra, pero aquella ciudad abandonada sufría la erosión de unos vendavales implacables y punzantes que la zarandeaban en una dirección diferente a cada momento. Apartó de su mente el viento, las estrellas y las ruinas, y se encaminó hacia los demás. Se apiñaban al socaire de un alto muro, en un pequeño patio salpicado de pilares rotos. En un extremo de la plaza se levantaban los vestigios de un palacio señorial. Ni un mueble había sobrevivido a los siglos de arena y erosión que azotaban la ciudad, pero columnatas y patios, alcobas y soberbios salones indicaban que el edificio había sido la residencia de una familia con poder en la ciudad, quizá incluso los gobernantes o los señores del lugar. No muy lejos de los muros azotados por el viento había un arco abovedado, de una extraña piedra negra, el cual albergaba un portal mágico que conducía a Ched Nasad. Halisstra y los demás habían escapado de la ciudad drow a través de él.

Se detuvo y estudió a sus seis compañeros. Danifae, su criada, permanecía arrodillada con elegancia, la cara de una perfecta serenidad y los ojos cerrados. Podía dormir tranquila, o esperar con calma el siguiente giro de los acontecimientos. Quince años antes, Danifae, una sacerdotisa cautiva de la ciudad de Eryndlyn, había sido regalada a Halisstra como sirvienta. Joven, bella y lista, Danifae se resignó a la esclavitud con sorprendente elegancia. En realidad no tenía opción; un medallón de plata sobre el corazón la esclavizaba con un poderoso conjuro. Lo que sucedía tras esos ojos brillantes y rasgos perfectos no lo sabía ni Halisstra, pero Danifae la había servido con tanta lealtad y competencia como exigía el vínculo, y quizá incluso más. Halisstra se sintió confortada por el simple hecho de que Danifae aún estuviera con ella.

Con los otros cinco pasaba lo contrario. Los hechos de los últimos días en Ched Nasad habían unido a Halisstra a un grupo de viajeros de la lejana Menzoberranzan, una ciudad que a lo largo del tiempo había sido enemiga, rival, socio comercial y

señora. Quenthel Baenre descansaba absorta en sus pensamientos, arrebujada en la capa para resguardarse del frío. Sacerdotisa de la Reina Araña, Quenthel era vástago de la casa Baenre, el clan gobernante de Menzoberranzan. Por supuesto, no era amiga de Halisstra sólo porque las dos sirvieran como sacerdotisas de Lloth; muchas nobles drows servían a la Reina Araña y pasaban sus vidas peleando por puestos y preeminencias en el culto. Esa era la forma de vida drow, el patrón dictado por Lloth. Si a la Reina Araña le placía gratificar a aquellos que se mostraban más crueles, más ambiciosos en su servicio, entonces ¿qué otra cosa podría hacer un drow?

Quenthel, en gran medida, era el epítome de la feminidad drow, una matrona en ciernes que combinaba la devoción al servicio de Lloth con la belleza física, la fuerza de carácter y una absoluta crueldad. Para Halisstra, de los cinco viajeros de Menzoberranzan, era con mucho la más peligrosa. Halisstra también era la hija de una matrona y sacerdotisa de Lloth, así que sabía que tenía que vigilar a Quenthel de cerca. Por el momento eran aliadas, pero a Quenthel no le costaría mucho descubrir que Halisstra era más útil como secuaz, prisionera o simplemente estando muerta.

Quenthel contaba con la lealtad del gigantesco Jeggred, un draegloth de la casa Baenre. El draegloth era medio demonio, medio drow, el hijo de la hermana mayor de Quenthel y algún habitante sin nombre del Abismo. Jeggred era mucho más alto que los demás drows; una criatura de aspecto brutal, con cuatro brazos que abrigaba una violencia asesina. Sus rasgos parecían los de un drow, caminaba erguido, un pelaje plateado cubría la piel oscura de su pecho, hombros y lomo, y sus garras eran tan largas y afiladas como dagas. Quenthel no temía a Jeggred, pues el draegloth era su mascota y no le pondría una mano encima sin una orden expresa. Podría ser el instrumento que matara a Halisstra si así lo ordenaba, pero no era más que el arma de Quenthel.

El mago Pharaun intrigaba mucho a Halisstra. El estudio del saber arcano era algo que por tradición, como la esgrima, se reservaba a los varones. Un mago poderoso era digno de cierto respeto a pesar de ser un varón. De hecho, Halisstra conocía más de un caso en el que la matrona de una casa importante gobernaba con el consentimiento de los poderosos magos de la familia, una situación que consideró siempre contra natura y peligrosa. Pharaun actuaba como si gozara de ese poder. Sí, aceptaba lo dicho por Quenthel lo bastante de prisa, pero nunca sin una sonrisa cínica o un comentario fingido, y a veces, ese proceder irreverente bordeaba la rebeldía. Eso significaba que o era un completo idiota (no muy probable, pues lo habían escogido en Menzoberranzan para el peligroso viaje a Ched Nasad) o era lo bastante poderoso para resistirse a la tiranía natural de una noble como Quenthel. Pharaun había escogido a Halisstra como aliada potencial contra Quenthel por si Quenthel y él no llegaban a entenderse.

A Halisstra le parecía que Ryld Argith era para Pharaun lo que Jeggred para

Quenthel. Era un corpulento maestro de armas tan alto como Halisstra y un guerrero de fabulosa habilidad. Lo había comprobado en la huida de Ched Nasad. Como muchos varones, tenía un comportamiento respetuoso en presencia de Quenthel. Eso era un buen signo para Halisstra. Pero Ryld podría cambiar la lealtad hacia otra mujer de noble cuna en un instante. No podía contar con que Ryld se volviera contra Pharaun o Quenthel, pero los drows eran menos constantes en sus lealtades que el draegloth...

El último y menos importante del grupo de Menzoberranzan era el explorador, Valas Hune. Era un varón pequeño, escurridizo, que hablaba poco y observaba mucho. Halisstra ya conocía a los de su calaña. Bastante útil en las tareas en las que destacaban, no querían saber nada de las maquinaciones de las sacerdotisas y matronas, y hacían lo impensable por evitar la política de las grandes casas. En aquel momento, Valas estaba acucillado junto a un montón de astillas, tratando de encender un fuego.

—¿Es posible que nos persigan? —dijo Ryld rodeado por el viento helado.

—Lo dudo —murmuró Quenthel—. La casa entera cayó después de que usáramos el portal. ¿Cómo podrían seguirnos?

—No es imposible, querida Quenthel —respondió Pharaun—. Un mago competente sería capaz de descubrir adonde llevaba el portal, incluso si está destruido. Hasta sería capaz de reconstruirlo. Supongo que depende de lo que nos echen de menos en Ched Nasad. —Levantó la mirada hacia Halisstra y preguntó—: ¿Qué piensas de ello, mi señora? ¿No crees probable que tu parentela nos eche la culpa de los infortunados sucesos de las últimas horas? ¿No viajarán largas distancias para vengarse?

Halisstra lo miró. La pregunta no tenía sentido para ella. ¿Quién podría estar tan desesperado para echar la culpa del ataque duergar al grupo de menzoberranios? La casa Melarn había caído, y la casa Nasadra también. Era consciente de lo fatigada que estaba. Sentía un peso en su corazón y la mente confusa, y se permitió desplomarse en el suelo ante los demás.

—Cualquiera que permanezca en Ched Nasad tiene cosas mucho más importantes en las que pensar —acertó a decir.

—Creo que la señora te ha puesto en tu lugar, Pharaun —dijo Ryld, entre carcajadas—. El mundo no gira a tu alrededor, ¿sabes?

Pharaun aceptó la burla con una sonrisa acre y un gesto de desprecio hacia sí mismo.

—Mejor así —dijo como no dándole importancia. Se volvió hacia Valas, que con paciencia intentaba encender el montón de ramas con dos piedras—. ¿Estás seguro de que es buena idea? Ese fuego será visible desde muy lejos.

—No falta mucho para la medianoche, a menos que los cálculos me engañen —

respondió el explorador sin apartar la mirada de su tarea—. Si crees que ahora hace frío, espera a las horas antes del amanecer. Necesitamos el fuego. No importa el riesgo.

—¿Cómo sabes qué hora es? —preguntó Quenthel—. ¿O cuánto frío hará?

Valas consiguió una chispa y se agachó rápido para protegerla del viento. En un instante, la madera ardió. El explorador alimentó el fuego con más ramas.

—¿Ves el dibujo que forman las estrellas del sur? —dijo—. ¿Seis de ellas que se parecen un poco a una pequeña corona? Son estrellas de invierno. Salen pronto y se ponen tarde en esta época del año. Verás que están cerca del cénit.

—Ya habías viajado antes por la superficie —observó Quenthel.

—Sí, matrona —dijo Valas, pero no dio detalles.

—Si es medianoche, ¿qué es ese brillo en el cielo? —preguntó—. Seguro que es el amanecer.

—La luna, que sale tarde.

—¿No es el sol? ¡Es muy brillante!

—Si eso fuera el sol, matrona —dijo Valas con la mirada en el cielo y una sonrisa gélida—, las estrellas de medio cielo desaparecerían. Créeme, es la luna. Si nos quedamos aquí, pronto verás el sol.

Quenthel permaneció callada, quizá avergonzada por su error. Halisstra no se lo echaría en cara; había cometido la misma equivocación.

—Eso plantea una excelente pregunta —dijo Pharaun—. Parece que no deseamos quedarnos mucho. Entonces, ¿qué debemos hacer?

Miró a Quenthel Baenre, desafiándola.

Quenthel no mordió el anzuelo. Contemplaba el brillo del este como si no hubiera oído la pregunta. Las sombras, vagas como espectros que lanzara la luna, empezaron a crecer en los muros erosionados y las columnas desmoronadas, acabaron siendo tan negras que sólo los ojos de los drows acostumbrados a la lóbreguez de la Antípoda Oscura eran capaces de ver en ellas. Quenthel extendió la mano hacia la arena que había junto a ella y dejó que ésta resbalara entre los dedos, al tiempo que observaba cómo el viento desplazaba las argéneas piedrecillas. Por primera vez, a Halisstra se le ocurrió que Quenthel y los demás menzoberranios sentirían algo de su desaliento, el mismo abatimiento que albergaba en su corazón, no porque sintieran su pérdida particular, sino porque comprendían que eran testigos de una gran pérdida.

El silencio se prolongó hasta que Pharaun se volvió y abrió la boca como para decir algo. Quenthel habló antes que él, con voz fría y desdeñosa.

—¿Preguntas qué debemos hacer, Pharaun? Haremos lo que yo decida. Estamos cansados y heridos, y no tengo magia que restablezca tu fuerza o cure tus heridas. —Hizo una mueca y dejó que el resto de la arena resbalara entre sus dedos—. Por ahora, descansa. Mañana tomaré una decisión.



A cientos de kilómetros de las ruinas del desierto, otro elfo oscuro se hallaba en otra ciudad en ruinas.

Era una ciudad drow, un bastión de roca negra que se elevaba sobre un abismo inmenso y sombrío. Hacía tiempo había sido una poderosa fortaleza construida sobre la cima de una colina rocosa. Se alzaba en lo alto para clavar la mirada en un espacio vacío del que ascendían fétidos vientos que aullaban en las cavernas ignotas de un abismo sin fondo. Aunque sus torres y chapiteles se inclinaban audazmente sobre un precipicio terrorífico, el lugar no era frágil ni precario. Aquel macizo pilar de piedra era una de las columnas del mundo, un grueso mástil tan enraizado en la pared de la sima que, a menos que algo destruyera a Toril, nunca se cuartearía en pedazos.

Aquellos pocos sabios que recordaran el lugar lo llamarían Chaulssin, la Ciudad de las Dracosombras, e incluso muchos de ellos habrían olvidado el porqué de ese nombre. En la fortaleza oscura al borde de un abismo, vivían las mismas sombras. Estanques negros de medianoche, más oscuros que el corazón de un drow, se ensortijaban y fluían de torre en torre. La susurrante oscuridad reptaba como un gigantesco dragón hambriento que entraba y salía de los chapiteles y de los corredores de la ciudad muerta. De vez en cuando las sombras vivientes engullían partes de la ciudad durante siglos, llevándose un palacio o un templo hacia lugares gélidos, más allá de los límites del mundo.

Nimor Imphraezl subió con decisión por los corredores abandonados de Chaulssin, en apariencia, haciendo caso omiso de las barreras negras que danzaban y se retorcían por los rincones oscuros de la ciudad. El desesperante aullido del eterno huracán que se elevaba por encima de las paredes de la ciudad le tiraba de la capa y le agitaba el cabello plateado, pero no le prestó atención. Ése era su sitio, su refugio, y sus peligros y anomalías, rasgos familiares que no merecían su atención. Nimor era delgado, casi un joven drow, lo que quería decir que era corto de estatura y enjuto como una caña. Su cabeza apenas llegaría a la nariz de una hembra corriente.

A pesar de su ágil constitución, Nimor irradiaba poder. Su pequeño cuerpo desprendía fuerza y la sensación de una rapidez letal. Su cara era delgada pero apuesta, casi bella, y traslucía la arrogancia suprema de un noble que no temía a nada. Era un papel que interpretaba a la perfección: ser un drow de una casa noble, un príncipe de su ciudad en ruinas. Quizá era otra cosa, algo más, bueno... pero aquellos pocos elfos oscuros que vivían con él eran igual.

Nimor llegó al final del corredor y subió una imponente escalera labrada en la monolítica estribación sobre la que descansaba Chaulssin. El ulular de los vientos del exterior se tornó un profundo susurro, sibilante e incisivo. No había lugar en Chaulssin donde escapar de aquel sonido. Se llevó la mano a la empuñadura de su

estoque y siguió los escalones negros que ascendían en círculos hacia una gran cámara oscura, abovedada por sombras en el corazón de la ciudad. Titilantes antorchas de fuego imperecedero apoyadas en candelabros de bronce sujetos a la pared proyectaban débiles y rojizos claros de luz a lo largo de los nervudos muros. Eran rayos de luz que se marchitaban en la oscuridad de la bóveda. Allí arriba las sombras estaban cerca, era como un exasperante pozo de oscuridad que ni los ojos de Nimor podían penetrar.

—Llegas tarde Nimor.

En el centro de la cámara, en círculo, los siete patriarcas de los Jazred Chaulssin se volvieron al unísono. En el extremo más alejado del círculo estaba el gran patriarca Mauzzkyl, un robusto y viejo elfo oscuro de hombros anchos cuyo cabello le clareaba en las sienes.

—A los patriarcas no les agrada aguardar a la Espada Ungida de los Jazred Chaulssin —dijo Mauzzkyl.

—Venerado patriarca, mi retraso era inevitable —respondió Nimor.

Se unió al círculo en el lugar que le habían dejado, sin hacer reverencias y sin esperarlas. Como Espada Ungida sólo respondía ante el gran patriarca y, de hecho, estaba por encima de cualquiera de los patriarcas de los Jazred Chaulssin, excepto Mauzzkyl.

—He llegado tarde de Menzoberranzan —añadió— y me he demorado tanto como pude para observar los hechos antes de partir.

—¿Cómo van las cosas allí? —preguntó el patriarca Tomphael. Era delgado y elegante, muy parecido a Nimor, pero prefería las ropas de un mago a la cota de malla de un guerrero, y tenía una tendencia a la cautela que algunas veces bordeaba la cobardía—. ¿Cómo va nuestra revuelta?

—No tan bien como me gustaría, pero casi tan bien como esperaba —admitió Nimor. Las adivinaciones de Tomphael sin duda no le habían revelado tanto. ¿Esperaba el patriarca cazar a la Espada Ungida en un fallo? Nimor a punto estuvo de sonreír ante aquella simpleza—. Aplastaron a los esclavos con bastante facilidad. Gomph Baenre tomó cartas en el asunto, y sus agentes parece que han destruido a nuestro amigo alhún. Lo positivo fue que desvelamos parte de la debilidad de las besa arañas al pueblo menzoberranio, lo que es prometedor, y las sacerdotisas nos complacieron al usar gran parte de su magia para destruir a sus esclavos rebeldes. Por eso la ciudad está debilitada.

—Tendrías que haberte implicado más —dijo el patriarca Xorthaul, que llevaba la cota de malla negra de un clérigo—. Si hubieras matado a los esbirros del archimago...

—La revuelta que alentamos también habría sido aplastada, y los hubiera puesto en guardia demasiado pronto —lo interrumpió Nimor—. Recuerda, patriarca

Xorthaul, nunca pretendimos que fuera más que una simple finta para calibrar la fuerza real de las matronas de Menzoberranzan. El siguiente golpe será el que atraviese sus defensas y se les hunda en la carne. —Decidió cambiar de tema y que fuera otro el que diera explicaciones—. Como soy el último en llegar, no tengo noticias de cómo van las cosas en otras ciudades. ¿Qué hay de Eryndlyn? ¿O Ched Nasad?

Unas sonrisas gélidas torcieron aquellos semblantes crueles. Nimor parpadeó. Pocas veces los patriarcas encontraban algo de lo que sentirse complacidos. El mismo gran patriarca Mauzzkyl reveló las noticias.

—Eryndlyn avanza como esperamos (el patriarca Tomphael ha traído noticias parecidas a las tuyas), pero Ched Nasad... El patriarca Zammzt vuelve triunfante de Ched Nasad.

—¿De verdad? —dijo Nimor arrastrando las palabras a su pesar.

Refrenó un ataque de celos y se volvió para mirar a Zammzt, un elfo oscuro de apariencia tan vulgar que podría ser un armero o un herrero, casi un esclavo. Zammzt cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza en aprobación de las palabras del gran patriarca Mauzzkyl.

—¿Qué sucedió? —preguntó Nimor—. Ched Nasad no debería haber caído con tanta facilidad.

—Así sucedió, Espada Ungida, las bombas quemapietra con que nuestros aliados duergars nos proveyeron tuvieron un efecto devastador en las telarañas calcificadas sobre las que se construyó Ched Nasad —dijo Zammzt, que, sin duda, fingía su humildad—. Igual que las llamas consumen una telaraña, el fuego devoró la estructura de la ciudad. Con sus castillos y sus palacios cayendo a plomo al fondo de la caverna como pavesas de papel, los nasadianos no fueron capaces de organizar una verdadera defensa. Nadie importante sobrevivió a las llamas, y pocos ejércitos de las casas escaparon de la conflagración.

—¿Qué ha quedado de la ciudad?

—Muy poco, me temo. Unos pocos barrios aislados y algunos edificios ubicados en cavernas laterales. De las gentes de la ciudad, aventuraría que la mitad pereció en la caída y apenas un tercio escapó a los túneles, donde acabarán muertos de una u otra forma. La mayoría de los supervivientes pertenecen a esas casas menores aliadas con nosotros, o las que supieron ver con rapidez el nuevo orden de las cosas que iba a imperar en la ciudad.

—Así que de una ciudad de veinte mil, ¿sólo quedan tres mil? —dijo Nimor mientras se acariciaba la barbilla.

—Un poco menos, pues los esclavos se escaparon —respondió Zammzt, mientras se permitía una sonrisa feroz—. De las besa arañas no queda nada.

—Es probable que algunas de las sacerdotisas de Lloth escaparan con aquellos

que huían de la ciudad hacia la Antípoda Oscura —reflexionó Nimor—. No todas morirán en los túneles. Sin embargo, son excelentes noticias, patriarca. Hemos liberado la primera ciudad del dominio de Lloth. Seguro que la seguirán otras.

El patriarca Xorthaul, el clérigo ataviado con la cota de malla, expresó su discrepancia con un resoplido.

—¿Qué gracia tiene librarse de los adoradores de Lloth de una ciudad si tienes que destruirla para conseguirlo? —preguntó—. Ahora podemos gobernar Ched Nasad, pero todo lo que queda es un abismo humeante y unos cuantos desgraciados desposeídos de todo.

—Eso no importa Xorthaul —espetó Mauzzkyl—. Ya hablamos antes de los costes de nuestros esfuerzos. Décadas, incluso siglos de miseria no son nada si logramos nuestros fines. Nuestro amo es paciente. —El venerado patriarca mostró los dientes en una sonrisa cruel—. En dos meses hemos conseguido todo por cuanto nuestros padres de los Jazred Chaulssin se afanaron durante siglos. Con gusto repetiría lo hecho en Ched Nasad una docena de veces en la Antípoda Oscura si tuviéramos éxito en liberar del control de la Reina Araña a nuestra raza. Puede que Ched Nasad esté en ruinas, pero cuando la ciudad se levante de nuevo lo hará a nuestra imagen y semejanza, moldeada por nuestras creencias y guiada por nuestra mano secreta. No somos meros asesinos o rebeldes, Xorthaul, somos la calculada mano que logra del débil la espada que esculpe la historia.

Los elfos oscuros allí reunidos asintieron. Mauzzkyl se volvió para quedarse frente a Nimor.

—Nimor, mi Espada Ungida, Menzoberranzan necesita con urgencia el fuego que purificó Ched Nasad. No nos falles.

—Venerado gran patriarca, te aseguro que no fallaré —dijo Nimor—. Ya he preparado la siguiente maniobra. He llegado a un acuerdo con una de las grandes casas. Nos apoyarán, pero quieren una demostración de nuestra determinación y capacidad. Tengo razones para creer que los puedo convencer. Dentro de unos días, una casa de Menzoberranzan carecerá de una matrona y otra caerá en nuestra red.

—Entonces te deseo buena caza, Espada Ungida —dijo Mauzzkyl con una sonrisa de anuencia.

Nimor hizo una reverencia y se volvió para abandonar el círculo. Tras él, oyó cómo los patriarcas se dispersaban, para volver a su casa, oculta en ciudades distribuidas a través de los miles de kilómetros de la Antípoda Oscura. Existían sociedades secretas de los Jazred Chaulssin en al menos una casa menor en cada una de las ciudades drows. Cada patriarca gobernaba de forma absoluta basándose en una alianza hecha de fe y discriminación sexual que abarcaba generaciones, siglos, y en el formidable odio que cada drow sentía por sus congéneres. La excepción era Menzoberranzan. Allí la vieja matrona Baenre, que había gobernado con mano de

hierro durante demasiado tiempo, nunca permitió que la casa de asesinos lograra meter cuña. Mientras ocho patriarcas regresaban a ciudades, donde, bajo sus órdenes, había docenas de leales asesinos y sacerdotes de dioses que odiaban a Lloth, Nimor Imphraezl se fue solo a Menzoberranzan para proseguir la destrucción de la ciudad.



El amanecer era espléndido y terrible. Durante una hora o más antes de la aurora había aumentado la luz, mientras las estrellas palidecían en un cielo vetado de tonalidades rosadas y el frío aullido del desierto remitía hasta una caprichosa calma. Halisstra esperó, observando desde una pared medio derruida. Mucho antes de que el sol surgiera por el horizonte se sorprendió de lo lejos que era capaz de ver, atisbando montañas angulosas que debían de estar a más de quince o cien kilómetros. Cuando al fin salió el sol, fue como si una fuente de oro líquido explotara en el paisaje árido, y en un instante cegó a Halisstra. Jadeó y se cubrió los ojos, que le dolían por esa breve mirada; parecía que alguien le hubiera clavado dagas en la cabeza.

—Eso ha sido una tontería, señora —murmuró Danifae—. Nuestros ojos no están hechos para mirar semejante espectáculo. Podrías herirte... y sin el favor de Lloth resultaría difícil curarte.

—Deseaba ver un amanecer —dijo Halisstra.

Apartó la mirada de la luz diurna y luego descendió al suelo y se guareció bajo la sombra de la gran pared. En las sombras era capaz de tolerar la claridad del sol, pero ¿sería igual a mediodía? ¿Sería capaz de ver o estaría como ciega?

—Hace tiempo —dijo—, nuestros antepasados veían a plena luz del día, no tenían miedo al sol. Caminaban sin temor bajo el cielo, bajo los fuegos diurnos y lo que temían era la oscuridad. ¿Puedes imaginártelo?

Danifae esbozó una sonrisa comedida que no secundaron sus ojos. Halisstra conocía bien esa expresión. La sirvienta la usaba para satisfacer a su señora, y aceptar un comentario para el que no tenía respuesta. Danifae señaló el palacio en ruinas y su patio con una inclinación de cabeza.

—La matrona Baenre ha llamado a Pharaun y a los demás para que acudan —dijo la prisionera—. Creo que pretende decidir qué vamos a hacer ahora.

—¿Te ha enviado por mí? —preguntó Halisstra medio ensimismada.

—No, señora. De todas formas pensé que querrías estar presente —respondió Danifae.

—Desde luego —dijo Halisstra.

Se alisó la capa y lanzó una última mirada a las ruinas que se extendían hasta donde abarcaban sus ojos. Bajo las largas sombras del amanecer, las partes altas de los muros brillaban con tonos anaranjados, formando sombras negras detrás. El viento había cesado. Halisstra notó como si la vigilaran. Una vieja hostilidad anidaba

en las paredes y en las cúpulas rotas.

Las dos mujeres volvieron al campamento y se unieron a la conversación sin llamar la atención. Quenthel les lanzó una mirada mientras se acercaban, pero mantuvo la atención en los otros.

—Hemos descubierto que las sacerdotisas de Ched Nasad han perdido el favor de Lloth, igual que nosotros. Ignoramos por qué. Sabemos que las casas aliadas con nosotros por el comercio y la sangre han decidido apropiarse de nuestras posesiones y nos han dado la espalda. Fracasamos al intentar restablecer el comercio con Menzoberranzan.

—Un fallo del cual apenas somos responsables —interrumpió Pharaun—. La ciudad está completamente destruida. El comercio de Baenre en Ched Nasad ahora está en el aire.

—En definitiva —continuó Quenthel como si el mago no hubiera hablado—, nos encontramos en algún lugar dejado de la mano de la diosa, en el mundo de arriba, a una distancia desconocida del hogar, con pocas provisiones y atrapados en un desierto hostil. ¿He resumido con precisión los hechos?

Valas se agitó, incómodo.

—Todo menos lo último, pienso. Creo que estamos en algún punto del desierto conocido como Anauroch, en la parte noroeste. Si estoy en lo cierto, Menzoberranzan queda a unos ochocientos kilómetros al oeste, y algo... abajo, por supuesto.

—¿Ya habías estado aquí?

—No —dijo el explorador—, pero sólo hay unos pocos desiertos en Faerun, en especial en una latitud tan al norte, así que diría que estamos en Anauroch. Hay una cordillera de montañas nevadas a quizá unos cien kilómetros hacia el oeste, que se ven con claridad a la luz del sol. Aquéllas creo que son las Montañas de los Picos Grises o las Montañas Inferiores. Podrían ser las Montañas de Hielo, pero si estuviéramos tan al norte, creo que estaríamos en el Hielo Alto, y no en esta arenosa extensión.

—He llegado a confiar en tu sentido de la orientación, pero no le veo la ventaja a recorrer ochocientos kilómetros por la superficie para llegar a casa —dijo Ryld Argith, mientras se pasaba las manos por el pelo cortado a cepillo. Se movía con rigidez dentro de la armadura, aún estaba herido de resultados de la desesperada lucha por escapar de Ched Nasad—. La Ciudadela de Adbar, Sundabar y Luna Plateada están en nuestro camino y sienten poco aprecio por los de nuestra raza.

—Dejemos que intenten detenernos —gruñó Jeggred—. Viajaremos de noche, cuando los humanos y los elfos de la luz estén ciegos. Y si alguien se tropieza con nosotros, bueno, los habitantes de la superficie son unos flojos. No les temo. Ni vosotros deberíais hacerlo.

Ryld se irguió ante el comentario del draegloth, pero Quenthel lo acalló con un

gesto de la mano.

—Haremos lo que tengamos que hacer —dijo—. Si tenemos que pasarnos dos meses arrastrándonos por los reinos de la superficie al abrigo de la noche, lo haremos.

Se volvió con elegancia y se alejó unos pasos, mirando con aire pensativo el patio en ruinas que la rodeaba.

El grupo permaneció callado mientras todos los elfos oscuros observaban la espalda de Quenthel. Pharaun se puso en pie y se arrebujó en el *piwafwi*. La capa negra se agitó movida por el glacial viento.

—Lo que me preocupa —dijo el mago sin dirigirse a nadie en particular— es si cumpliremos lo que teníamos que hacer. No me complace la idea de arrastrarme hasta Menzoberranzan sin llevar otra cosa después de meses de esfuerzo, que la noticia de que Ched Nasad ha caído.

—Ninguna sacerdotisa de la Reina Araña tiene las respuestas que buscamos —dijo Quenthel—. Volveremos a Menzoberranzan. Sólo confío en que la diosa aclare el significado de su silencio cuando le convenga.

Pharaun hizo una mueca.

—La fe ciega es un pobre sustituto de un plan para obtener las respuestas que buscas.

—La fe en la diosa es lo único que tenemos —espetó Halisstra. Se acercó medio paso al maestro de Sorcere—. Olvidas cuál es tu lugar si te diriges a una sacerdotisa de Lloth de esa manera. No lo olvides nunca.

Pharaun abrió la boca para soltar lo que sin duda habría sido una replica aún más irritante, pero Ryld, sentado junto a él, carraspeó y se rascó la barbilla. El mago se paró a pensar por un momento bajo la atenta mirada de sus compañeros y acabó encogiéndose de hombros.

—Lo que quería decir es que me parece claro que la Reina Araña quiere que interpretemos su silencio por nuestros propios medios.

—¿Cómo quieres que hagamos eso? —preguntó Quenthel. Se cruzó de brazos y se dio media vuelta para mirar a Pharaun—. Por si lo has olvidado, nos hemos esforzado durante meses en discernir la causa de su silencio.

—Pero no hemos agotado todas las vías de investigación, ¿no? —dijo Pharaun—. En Ched Nasad hablamos de buscar la ayuda de un clérigo de Vhaeraun, posiblemente el conocido de maese Valas, Tzirik. Después de todo, los drows tenemos otras deidades además de Lloth. ¿Es tan desatinado especular que otro dios sería capaz de explicar el inusual silencio de Lloth?

El círculo permaneció callado. Las palabras del mago no se oían muy a menudo en Menzoberranzan. Pocos se atrevían a pronunciar tales ideas en presencia del clero de Lloth.

—No veo la necesidad de ir a mendigar favores a un varón hereje que adora a un

dios miserable —dijo Quenthel—. Y dudo que Lloth se digne a confiar sus propósitos a seres menores.

—Probablemente tienes razón —dijo Pharaun—. Y tampoco ha confiado en ti.

Jeggedred soltó un gruñido, y Pharaun levantó las manos en un gesto apaciguador mientras ponía los ojos en blanco.

Valas se humedeció los labios con nerviosismo.

—La mayoría de vosotros se ha pasado la vida en Menzoberranzan —dijo—, como es debido en drows de vuestra posición. He viajado mucho más y he visitado lugares que en secreto (y a veces, en público) se permite adorar a otros dioses. —Se dio cuenta de la ira creciente que delataba la expresión de Quenthel, ira que secundaba la cara de Halisstra. El explorador se estremeció pero continuó—: Bajo el sabio gobierno de las matronas, el culto a otros dioses drows apenas ha florecido en Menzoberranzan, y por eso no tenéis una opinión favorable de esos cultos, pero puedo atestiguar el hecho de que los clérigos de otros dioses de nuestra raza también son capaces de invocar conjuros y obtener la guía de sus deidades.

—¿Dónde encontraremos a Tzirik? —preguntó Ryld a Valas.

—La última vez que lo vi vivía entre marginados, en una remota región conocida como el Laberinto, al suroeste del Lagoscuro, quizá a unos ciento cincuenta kilómetros. Eso fue hace algún tiempo, por supuesto.

—Marginados —resopló Halisstra.

No fue la única en expresar su disgusto. En el juego eterno entre las casas de los drows, también había perdedores. La mayoría morían, pero algunos preferían huir, aceptaban una mísera existencia en las remotas extensiones de la Antípoda Oscura. Otros abandonaban sus ciudades natales por diferentes razones; incluida, supuso Halisstra, la adoración de dioses que no eran Lloth. Le costó aceptar que alguien que fuera tan débil como para huir de su ciudad fuese de mucha ayuda.

—Resolveremos nuestros problemas —dijo.

Pharaun levantó la mirada hacia Halisstra, un humor frío brillaba en sus ojos.

—Olvidé que ya sabes lo que es la desgracia de quedarte sin tu ciudad natal —comentó—. Y aplaudo tu disposición para incluirte en nuestras conversaciones y problemas. Tu generosidad es loable.

Halisstra cerró la boca, herida por aquellas palabras. Habría muchos centenares, incluso miles de supervivientes de Ched Nasad dispersos por todos los túneles y refugios en las negras cuevas que había alrededor de la ciudad. Muchos de ellos acabarían muertos bajo las fauces de monstruos, o quizá siendo míseros esclavos de los drows de otras ciudades, de los duergars, o de razas aún más horribles de la Antípoda Oscura, como los ilitas o los aboleths. Y pocos encontrarían alguna clase de vida por sí mismos, gracias a su ingenio y su iniciativa. No era algo inhabitual que una casa incorporara a sus filas a un enemigo vencido que había demostrado su

utilidad. La casa Melarn había caído. Allí adonde fuera Halisstra, empezaría de cero. Las ventajas de su origen, la riqueza y el poder de su ciudad ya no significaban nada.

Sopesó la réplica con cuidado, consciente de la atención de los que la rodeaban.

—Ahórrame tu compasión —repuso con vehemencia, añadiendo una dureza a su voz que no sentía—. A menos que me equivoque, Menzoberranzan no está muy lejos de acabar como Ched Nasad, o nunca habríais venido a solicitar nuestra ayuda. Nuestras dificultades son las vuestras, ¿o no?

Sus palabras tuvieron el efecto deseado. El mago apartó la mirada, mientras los demás menzoberranios se movieron nerviosos, estudiando las reacciones de los demás. Quenthel, perceptiblemente afectada, mostraba una expresión feroz.

—Basta, los dos —dijo, mientras se volvía hacia Valas—. Ese clérigo de Vhaeraun... ¿por qué demonios nos ayudaría? No es probable que sea benévolo con nuestra causa.

—No sabría decirlo, matrona —respondió Valas—. Todo lo que puedo hacer es llevarte hasta él. Lo que suceda después depende de ti.

El patio en ruinas quedó en silencio. El sol se había hecho enorme, y unos rayos cegadores de luz se recortaban en la oscuridad del patio de las desmoronadas almenas. Las ruinas no eran tan yermas como pensaba Halisstra. Oía los sonidos furtivos de pequeñas criaturas que escarbaban por las arenas y los escombros, débiles y reducidos por la distancia.

—¿El Laberinto queda sólo a unos ciento cincuenta kilómetros de Lagoscuro? —preguntó Quenthel. El explorador asintió. Quenthel cruzó los brazos pensativa—. Entonces, no está muy lejos de nuestro camino a casa. Pharaun, ¿tienes algún conjuro que pueda acelerar nuestro viaje? Ir por la superficie no me atrae más que al maestro de armas.

El mago miró de reojo y se puso en pie, jactándose de la demanda de ayuda de Quenthel.

—La teletransportación es arriesgada —dijo—. Primero, el *faerzress* de la Antípoda Oscura hace que sea peligroso recurrir a los conjuros de viaje. Y para complicarlo, nunca he visitado el Laberinto, así que no tengo idea de adonde vamos. Estoy casi seguro de que fallaré. Aunque conozco un conjuro para transformarnos a todos en formas mas apropiadas para viajar. Quizá si fuéramos dragones o murciélagos gigantes o algo que volara bien de noche... —El mago se acariciaba la barbilla, sopesando el problema—. Cualquiera al que obligáramos a servirnos de montura tendría que permanecer en ese estado hasta que le devolviera su cuerpo, por supuesto, y aún tendríamos por delante un par de semanas de viaje. O... conozco un conjuro para caminar a través de las sombras. Es peligroso y no nos llevaría directos al Laberinto, porque nunca he estado allí y el conjuro funciona mejor si te diriges a lugares que conoces bien. Aunque os podría transportar a Mantol-Derith, que no está

cerca de Lagoscuro. Pero acortaría nuestro viaje de un modo considerable.

—¿Por qué no lo mencionaste antes, cuándo hablábamos de cuánto duraría el viaje por la superficie? —dijo Jeggred, mientras sacudía la cabeza irritado.

—Por si no lo recuerdas, aún no hemos decidido adonde vamos —respondió Pharaun—. Pretendía ofrecer mis servicios en el momento apropiado.

—En primer lugar podrías habernos transportado de Menzoberranzan a Ched Nasad. ¿Por qué diantre no lo hiciste?

—Porque tengo una buena razón para temer el plano de las sombras. Cuando era un mago más joven e impulsivo aprendí, a las malas, que andar por las sombras no confiere una protección especial contra las criaturas que moran en el reino oscuro. De hecho, casi me devora un ser que no me gustaría volverme a encontrar. —El mago mostró una sonrisa irónica y añadió—: Por ello, para mí, caminar por las sombras es el último recurso. Sólo lo sugiero ahora porque me parece un poco menos peligroso que un viaje de varias semanas por la superficie.

—Iremos con cuidado —dijo Quenthel—. Hagámoslo.

—No tan rápido. Debo preparar el conjuro. Necesitaré casi una hora.

—Hazlo sin demora —dijo Quenthel. Miró las ruinas a su alrededor y se protegió los ojos—. Cuanto antes estemos bajo tierra, mejor.

capítulo



dos

Mientras Pharaun se retiraba a una tranquila y oscura sala para estudiar sus grimorios y preparar los conjuros, el resto del grupo reunió el equipo y se preparó para irse. Estaban bastante mal preparados para un viaje por la superficie; Halisstra y Danifae no tenían vituallas de ninguna clase. Los menzoberranios habían recuperado sus mochilas antes de escapar de Ched Nasad, pero su largo viaje a la Ciudad de las Telarañas Resplandecientes había agotado sus provisiones.

Mientras esperaban a Pharaun, Halisstra estudió las ruinas. Tenía aptitudes intelectuales, e interesarse por la antigua ciudad era tan bueno como cualquier otra cosa para no pensar en las últimas horas de su ciudad natal. Los demás se ocuparon en desmontar el campamento o esperaron con paciencia en las sombras más oscuras que fueron capaces de encontrar. Halisstra reunió las pocas cosas que había traído y se encaminó hacia el patio en ruinas. Sus ojos se posaron en Danifae, que estaba arrodillada bajo la sombra de una arcada rota, observando cómo se alejaba.

—Ven, Danifae —la llamó Halisstra, deteniéndose.

No le gustaba la idea de dejarla sola entre los menzoberranios. Danifae la había servido bien durante años, pero las circunstancias habían cambiado.

La sirvienta se puso en pie y la siguió. Halisstra la llevó entre la desmoronada estructura del palacio que rodeaba el patio, y salieron a una ancha avenida que atravesaba el corazón de la antigua ciudad. La atmósfera se había calentado un poco, pero aún hacía bastante frío, y el resplandor diurno parecía aumentado por la claridad cristalina de los cielos. Ambas mujeres se quedaron cegadas durante un largo rato por la luz del sol.

—Esto no es bueno —murmuró Halisstra—. Tengo los ojos tan entornados que apenas veo la mano que tengo delante.

Incuso cuando creyó que podía abrir los ojos, apenas veía nada más que dolorosos puntos brillantes.

—Valas dice que es posible acostumbrarse a la luz diurna, con el tiempo —comentó Danifae—. Me es difícil creerlo, ahora que lo experimento. Es bueno que volvamos a la Antípoda Oscura tan pronto. —Halisstra oyó como un rasgón a su lado, y Danifae le puso un trozo de tela en la mano—. Póntelo encima de los ojos, señora. Quizá ayude.

Halisstra decidió usarlo como velo improvisado. Ayudaba a menguar el intenso

brillo solar.

—Así está mejor —dijo Halisstra.

Danifae desgarró otra tira y se también se la puso sobre los ojos mientras su señora examinaba las ruinas. A Halisstra le pareció que el palacio donde se habían refugiado era uno de los edificios más importantes, lo que tenía sentido. Los portales mágicos no eran fáciles de hacer y a menudo se encontraban en lugares escondidos o sitios bien vigilados. Había una arcada ante el edificio, y al otro extremo de la avenida se levantaba otro gran edificio; un templo, o quizá un edificio oficial. Había algo familiar en su arquitectura.

—Netherino —dijo—. ¿Ves las bases cuadradas de las columnas y los arcos afilados de las ventanas?

—Pensaba que las ciudades netherinas flotaban en el aire y que fueron destruidas por un cataclismo mágico —respondió Danifae—. ¿Cómo es que ésta aún está en pie?

—Podría ser uno de los estados herederos —dijo Halisstra—, construido después de que los grandes mythallars de las viejas ciudades netherinas desaparecieran. Compartirían la mayoría de las características arquitectónicas, pero serían más terrenales, menos mágicas.

—Allí arriba hay algo escrito —dijo Danifae, mientras señalaba la fachada de un edificio que estaba en ruinas—. Allí..., por encima de las columnas.

Halisstra siguió el dedo de Danifae.

—Sí —dijo—. Eso es netherino.

—¿Eres capaz de leerlo? —preguntó Danifae.

—Estudié varias lenguas; la común de la superficie, el alto netherino, el illuscano y alguna de las que hablan los dragones —respondió Halisstra—. Nuestras bibliotecas contienen crónicas fascinantes e importantes conocimientos registrados en lenguas distintas al drow. Cultivé el hábito de estudiar esas cosas hace unos cien años, cuando creía que encontraría algún conjuro olvidado o un secreto que resultaría útil contra mis rivales. Encontré poco de eso, pero descubrí que disfrutaba aprendiendo.

—Entonces, ¿qué dice?

—No estoy segura de alguna de las palabras, pero creo que dice: Gran Sede de Justicia, Hlaungadath; bajo la luz de la verdad no moran las sombras».

—Qué creencia tan ingenua.

Halisstra señaló las ruinas que las rodeaban.

—Puedes ver lo lejos que los llevó. Aunque conozco ese nombre, Hlaungadath. He visto mapas del mundo de la superficie. Valas no se equivocó al calcular nuestra posición.

—Incluso un varón es capaz de hacer algo bien de vez en cuando —dijo Danifae.

Halisstra sonrió y se alejó para recorrer las ruinas con la mirada en busca de algo de interés.

Algo leonado y rápido se escabulló fuera de su vista. Halisstra se quedó paralizada un instante, con la mirada clavada en el punto en que lo había visto, un boquete en un muro a poca distancia. Allí no se movía nada pero llegó un sonido como de ruinas desmoronándose de otra dirección. Sin apartar la mirada tocó el brazo de Danifae.

No estamos solas, indicó con las manos. Regresemos con los demás...Rápido.

Se alejaron del Tribunal de Justicia y salieron a la calle. Mientras volvían sobre sus pasos, algo largo, que se movía lentamente y estaba cubierto de escamas del color de la arena, salió a la avenida. Era evidente que sus gruesas alas no lo ayudarían a volar, pero sus poderosas garras y sus enormes mandíbulas estaban mucho más desarrolladas. El dragón se detuvo, levantó la cabeza para ver mejor a las dos drows y siseó de placer. Debía de medir unos quince metros de la boca a la cola. Era una robusta criatura cuyos ojos brillaban con sagacidad y malicia.

—¡Lloth nos proteja! —jadeó Danifae.

Las dos mujeres se retiraron en otra dirección, en ángulo recto al palacio en el que esperaban sus compañeros. El dragón las siguió sin prisa, balanceándose de un lado a otro.

—¡Nos aleja de los demás! —gruñó Halisstra, mirando a la bestia.

Notó piedra detrás y se arriesgó a echar un vistazo a sus espaldas. Estaban atrapadas contra un edificio, pero ante ellas surgió un oscuro callejón a escasos metros. Halisstra vaciló un instante, entonces agarró a Danifae por la muñeca y se lanzó por la estrecha abertura lo más rápido que pudo.

Algo las esperaba en las sombras de la callejuela. Antes de que Halisstra pudiera detenerse, una criatura alta y dorada se irguió ante ella, medio león, medio mujer, bella y grácil. Con una sonrisa cruel, la mujer león alargó la mano y acarició la mejilla de Halisstra. Su tacto era frío, tranquilizador, y en un instante sintió cómo su miedo, su determinación y su voluntad se disolvían. Levantó la mano sin mucha convicción para apartar la de la criatura.

—No tengas miedo —dijo la criatura con una voz encantadora—. Acuéstate y descansa un rato. Estás entre amigos, y no te haremos daño.

Halisstra se quedó paralizada. Se daba cuenta de que las palabras de la criatura no tenían sentido, pero no tenía la voluntad para resistirse. Danifae le dio la vuelta y le cruzó la cara de un bofetón.

—¡Es una lamia! ¡Quiere engañarte!

La lamia gruñó de rabia, sus bellas facciones de pronto se tornaron duras y crueles.

—No te resistas —dijo con una voz más áspera.

Halisstra sintió cómo el conjuro de la criatura la envolvía, minando su determinación, buscando doblegar su voluntad. Sabía que, si se rendía, iría de buena gana hacia la muerte, incluso se tumbaría mientras la lamia la devoraba si así se lo pedía; pero el dolor de la bofetada de Danifae había despertado su voluntad, lo suficiente para hacer caso omiso de las dulces palabras de la lamia.

—Somos drows —consiguió susurrar Halisstra—. Nuestra voluntad no se doblega ante tus semejantes.

La lamia mostró los dientes en una mueca de rabia y sacó una daga de bronce de la cintura, pero Halisstra y Danifae retrocedieron por donde habían venido.

El dragón ha desaparecido, comentó Danifae con los dedos.

Una ilusión, respondió Halisstra de igual modo mientras sacudía la cabeza. *Nos había engañado*.

Aún revoloteaba algo en el centro de la calle, una fugaz visión fantasmal que era del mismo tamaño del ser que habían visto antes. Oían sus siseos de protesta como si vinieran de la lejanía.

—Una ilusión —repitió Danifae con disgusto.

El recuerdo del dragón carcomía los recovecos de sus mentes, junto con otros murmullos y sombras más insistentes. Los edificios rielaron y se desvanecieron, reemplazados por ruinas de apariencia diferente. Seres oscuros y horribles reptaban entre los escombros, cerrándoles la retirada. Surgieron drows fantasmales vestidos con túnicas relumbrantes, sonrientes y felices, que las llamaban para que se unieran a ellos, una vez sometidas.

La lamia caminó lentamente por la calle, con la daga escondida a la espalda.

—Resistiréis nuestras tentaciones durante un tiempo —ronroneo—, pero a la larga os agotaremos. —Extendió las manos de nuevo—. ¿No dejaréis que os alivie vuestras preocupaciones? ¿Que os toque otra vez? Sería mucho más fácil.

Un movimiento elegante y rápido atrajo la mirada de Halisstra, y echó un vistazo a su izquierda. Otra lamia, un macho, había saltado sobre un muro obstaculizando su huida. Tenía una piel bronceada, era bello, ágil y leonino, y les sonreía con crueldad.

—Vuestro viaje habrá sido largo y agotador —dijo con voz aterciopelada—. ¿No me contaréis vuestros viajes? Quiero saberlo todo de ellos.

De la oscura puerta de la Corte de Justicia, emergió una tercera.

—Sí, por supuesto, contadnos, contadnos —canturreó el monstruo—. Qué excelente manera de pasar el día, ¿eh? Descansad y dejad que nos ocupemos de vosotras.

Se apoyó sobre una lanza y mostró una sonrisa beatífica.

Halisstra y Danifae intercambiaron una mirada y corrieron para salvar sus vidas.



Gomph Baenre, archimago de Menzoberranzan, estaba decepcionado. Aunque la revuelta de esclavos se había sofocado sin demasiados problemas, le preocupaba mucho que tantos varones drows hubieran hecho causa común contra las matronas. No sólo eso, habían hecho causa común con las razas esclavas para volverse contra la ciudad. Eso sugería un miedo desesperado reprimido durante mucho tiempo, y algo más; sugería que había un enemigo invisible que encontraba un modo de dar voz y una misión a ese miedo. Los drows no cooperaban con tanta facilidad, era difícil coordinar una rebelión y que brotara madura.

La tensa calma que se cernía sobre la ciudad después de aplastar la revuelta y la muerte del alhún le hacían sentir la presencia de algo maligno y engañoso.

Se levantó del escritorio y paseó por el estudio, pensando. Kyorly, la rata que hacía las veces de su familia, lo miró con frío desinterés, como si masticara un trozo de queso de rote.

De algún modo la visión de la rata le recordó que no sabía de Pharaun desde hacía tiempo. Aquel petimetre arrogante había informado de que Ched Nasad estaba sumida en el caos. Quizá era el momento de verificarlo.

Gomph atravesó una arcada que daba a una especie de chimenea y levitó hacia la habitación que le hacía de cámara de escrutinio. Por necesidad estaba algo menos protegida que otras partes de su hogar, pues requería cierta dosis de transparencia mágica, con el fin de expandir su mente al ancho mundo que rodeaba su palacio. Alcanzó la sala y se sentó con las piernas cruzadas frente a una mesa baja en la que descansaba un gran orbe de cristal.

Con un pase de sus envejecidas manos, murmuró las palabras de activación del objeto.

—Muéstrame a Pharaun Mizzrym, el descarado granuja que piensa en reemplazarme algún día —ordenó.

Lo último no era del todo cierto, aunque pensó que así daba voz a sus frustraciones.

El orbe se volvió gris y lechoso, la niebla se arremolinaba en su interior, y entonces destelló con un resplandor inesperado. Gomph blasfemó y apartó la mirada. Por un momento creyó que Pharaun había ideado un nuevo conjuro para impedir que los enemigos lo espieran, pero el archimago pronto reconoció la peculiar calidad del brillo.

La luz del sol.

Se preguntó qué haría en la superficie, se protegió los ojos y echó un vistazo. Vio a Pharaun, sentado a la sombra de una pared derruida mientras estudiaba sus libros de conjuros. Ninguno de los elfos oscuros que acompañaban al mago estaba a la vista, aunque veía una arcada cercana que daba a un patio lleno de una luz odiosa.

La diminuta imagen de Pharaun levantó la mirada y frunció el ceño. El mago

acababa de sentir el espionaje de Gomph, como cualquier hechicero cualificado sería capaz. Pharaun dio unos silenciosos pases con las manos, y la escena se desvaneció. Pharaun había lanzado un conjuro para bloquear miradas ajenas, porque aunque la ocasión era buena, no sabía quién estaría observando.

—¿Crees que te librarás de mí con tanta facilidad? —dijo Gomph, con la mirada puesta en la neblina.

Hizo un gesto con los dedos y lanzó un conjuro, para enviar un mensaje mental al mago.

«¿Dónde estás? ¿Qué ha sucedido en Ched Nasad? ¿Qué vais a hacer ahora?»

Se preparó para recibir la respuesta de Pharaun; el conjuro de comunicación transportaba la respuesta del receptor en unos minutos. El tiempo pasó despacio, mientras Gomph contemplaba las ventanas altas y estrechas de la sala de adivinación, a la espera de la respuesta del joven mago.

Notó el toque ligero con que las palabras de Pharaun aparecieron en su mente: «Anauroch. Ched Nasad fue destruida por el fuego de una rebelión. El silencio de Lloth se extiende ahora allí. Por eso buscamos a un clérigo de Vhaeraun, para obtener respuestas».

El contacto se desvaneció tras esas treinta palabras. Ese conjuro no permitía conversaciones largas, pero Pharaun respondió a las preguntas de Gomph con inusual eficiencia.

—¿Ched Nasad destruida? —exhaló Gomph.

Eso merecía una investigación de inmediato. Se volvió de nuevo hacia el orbe de cristal y le ordenó que le mostrara la Ciudad de las telarañas Resplandecientes. La niebla se aclaró en un momento y mostró al mago una catástrofe.

Donde estuvo Ched Nasad, no había nada excepto restos de telaraña calcificada, que se desprendían lentamente hacia el negro abismo, como el hielo fundido de un glaciar. De los siniestros palacios y los castillos encaramados en las paredes no quedaba nada.

—Lloth nos proteja —murmuró Gomph, que se sintió enfermar al ver la escena.

No sentía nada en especial por la Ciudad de las Telarañas Resplandecientes, pero cualquiera que fuera la desgracia que había caído sobre Ched Nasad podría suceder en Menzoberranzan. Ched Nasad había sido una ciudad casi tan importante y poderosa como la misma Menzoberranzan, pero ahora Gomph veía con sus propios ojos lo completo de su ruina. Si quedaba uno de cada veinte edificios, se sorprendería.

Gomph cambió la visión del orbe, en busca de algún signo de que hubiera supervivientes, pero la caverna principal estaba en su mayor parte desierta. Vio más de un cuerpo quemado entre los candentes cascotes, pero todo drow que hubiera sobrevivido al fuego estaría a resguardo en las cavernas cercanas. Gomph fue incapaz

de encontrarlos. Después de un tiempo decidió que el esfuerzo no valía la pena y permitió que el orbe de cristal se oscureciera de nuevo. Permaneció sentado un largo rato, con la mirada absorta en la oscura bola.

—¿Debo compartir esto con Triel? —se preguntó cuando al final volvió en sí.

Sabía algo que las matronas era probable que no supieran, y eso podía ser una baza. El problema era que no tenía idea de qué ventaja sacaría de no compartir ese conocimiento, y los riesgos de no comunicar lo que sabía eran demasiado claros. Saber que el silencio de Lloth se extendía más allá de Menzoberranzan supondría un reto para las sacerdotisas; pero, si dirigía toda la fuerza de Sorcere contra las casas gobernantes de la ciudad, ¿qué quedaría si tenía éxito? Los escombros humeantes de Ched Nasad parecían un resultado probable. Lo más factible era que la lealtad a las casas de los maestros de la escuela de magos frustraran semejante posibilidad desde el principio.

«No —decidió Gomph—. No soy un revolucionario ansioso por barrer el viejo orden... aún no.»

Además, la causa más probable de todos los problemas era una nueva trampa de Lloth. Gomph no creía que la Reina Araña se mantuviera en silencio sólo para ver quién se alzaba entre las sombras para sacar ventaja de la debilidad temporal de sus sacerdotisas. Eso significaba que tarde o temprano, Lloth se cansaría del juego y volvería a dar su favor a las sacerdotisas. Cuando eso sucediera, ay de aquel lo bastante insensato para no mostrar una profunda lealtad hacia el orden establecido. No, lo más prudente era decirle a Triel lo que había descubierto y asegurarse de que la matrona Baenre no se guardaba ese conocimiento. Las palabras de Pharaun apuntaban un grave peligro para Menzoberranzan, y Gomph no quería que se le recordara como el archimago que permitió que asolaran su ciudad.

Con un suspiro, se levantó y se dejó caer por el conducto. Confiaba en que Triel estuviera haciendo algo importante, para saborear el placer de interrumpirla con noticias que no podían esperar.



—La pregunta no es adonde deberíamos ir después —comentó Pharaun con gesto irónico—. Sino cómo escaparemos vivos de Hlaungadath. —El maestro de Sorcere estaba exhausto. El polvo apelmazaba la sangre y el sudor en su cara, y estaba tan cansado que sólo era capaz de caer rendido a la sombra de un largo y desmoronado muro. Puesto que hacía tiempo que había agotado sus útiles conjuros de combate, llevaba una varita de hierro negro con la que invocaba rayos. Levantó la mirada al cielo como si intentara calibrar cuánto faltaba para que la luz diurna se desvaneciera y pronto hizo una mueca de dolor—. ¿Nunca se pondrá ese maldito sol?

—Levántate, mago —dijo Quenthel—. Si descansamos, moriremos.

Ella también temblaba de cansancio, pero permanecía de pie. Las largas serpientes del látigo que llevaba aún se retorcían y siseaban. Estaba cubierta de sangre seca, aunque la sangre goteaba de un feo corte por encima de su ojo izquierdo, y dos cortes en las anillas rotas de la malla mostraban lo cerca de morir que había estado bajo las garras de una monstruosidad gigantesca de ojos arácnidos y piel gris.

—Uno es más vulnerable a los poderes de sugestión e ilusión de las lamias si está fatigado —dijo Halisstra—. Mejor morir luchando que bajo el dominio de una de esas criaturas.

Estaba en condiciones parecidas a los demás. Pues ella y Danifae habían sobrevivido a su encuentro inicial con los monstruos. Fueron largas horas de combate por las calles y edificios vacíos de las ruinas. Al principio, una manada de lamias intentó dominar al grupo con sus cautivadores poderes, pero unos drows advertidos no eran una presa fácil. Halisstra y los demás se infundieron de valor para luchar contra los monstruos de cuerpo leonino, pero las lamias (falsas y cobardes como son) se retiraron del combate y les lanzaron oleada tras oleada de esclavos. Las lamias carecerían de coraje, pero las mantícoras, asabis, gárgolas y otras criaturas bajo su control desde luego que no.

—Ninguna opción me parece atractiva —gruñó Quenthel. Se volvió despacio mientras estudiaba las paredes y edificios que los rodeaban, en busca de una salida—. Ahí. Veo el desierto justo detrás de aquellos edificios. Quizá abandonen la caza si nos vamos de la ciudad.

—Eso es imprudente, matrona —dijo Valas. Se agazapó cerca de una arcada que conducía a su refugio temporal, vigilando el siguiente asalto—. Una vez que dejemos el abrigo de los muros, sabrán exactamente dónde estamos. Seremos visibles a kilómetros, incluso con los *piwafwi*; no están hechos para escondernos a plena luz en un llano. La ocultación es nuestra mejor defensa.

Ryld asintió cansado. Estaba cerca de otro portal. El mandoble descansaba sobre su hombro.

—Nos rodearían y nos arrastrarían allí fuera —dijo el maestro de Melee-Magthere—. Mejor será que intentemos movernos entre las ruinas, y esperar a que las lamias... ah, maldición. Tenemos compañía.

Cayeron cascotes en algún lugar del laberinto de ruinas cuando algo grande se acercó.

—Atentos a las ilusiones —dijo Halisstra.

Sopesó la maza y comprobó las cinchas de su escudo, para asegurarse de que estaba bien sujeto al brazo. A su espalda, Danifae, con una larga daga en la mano, se agazapó. A Halisstra no le agradaba ver armada a la prisionera, pero por el momento necesitaban toda la ayuda posible, y estaba claro que el deseo de Danifae era asegurarse de que no caían presa de los habitantes de Hlaungadath.

Las lamias intentaron algo nuevo. Los monstruos lanzaron una oleada de asabis reptilianos contra el boquete de la pared que guardaba Jeggred. Eran unas criaturas salvajes que sisearon de rabia cuando se abalanzaron sobre el draegloth con cimitarras y alfanjes. Tres más desafiaron a Valas, mientras un par de gárgolas pasaron como un rayo sobre los muros y se dejaron caer en medio del edificio en ruinas, detrás de Ryld. Sus grandes alas negras levantaban nubes de polvo a cada aleteo. El maestro de armas giró sobre sus talones para enfrentarse a la amenaza mascullando maldiciones.

Jeggred aulló de rabia y saltó para enfrentarse a la avalancha de asabis, golpeando armas y mandíbulas a la par que desgarraba a los lagartos con las zarpas. El demonio de pelo albino usó sus cuatro brazos para infligir una carnicería, pero incluso Jeggred se estaba cansando. Golpes que hubiera evitado con su espeluznante velocidad acertaron. Bloqueó una cimitarra con uno de los brazos derechos y sufrió un sangriento corte del codo a la muñeca. Otra alcanzó su torso y le dibujó una línea roja de un lado a otro del pecho. El draegloth rugió y redobló sus esfuerzos.

Ryld atacó a las gárgolas mientras Halisstra y Quenthel corrían a su lado. Quenthel azotó a una con el látigo. Las cabezas de serpiente rodearon una de las patas de la criatura y hundieron los colmillos en su piel pétrea, pero la gárgola batió las alas con furia y al ganar altura levantó a la sacerdotisa, que se vio transportada al otro lado del polvoriento edificio. Pharaun levantó la varita para destruir a los monstruos con un rayo mortífero, pero se dio media vuelta y cayó. Un virote de ballesta le había atravesado el antebrazo derecho. La varita se le escapó de la mano.

—¡Los tejados! —grito Pharaun.

Halisstra se apartó de las gárgolas y entornó los ojos para mirar el cielo brillante. Unos borrones leonados estaban agazapados sobre el alto muro, quizá a cuarenta o cincuenta metros. Eran un puñado de lamias que llevaban ballestas pesadas, atentas a encontrar una oportunidad de disparar, sus bellas caras deformadas por sonrisas malignas. Mientras miraba, una disparó a Ryld. El virote siseó sobre la cabeza del maestro de armas y arrancó un trozo de la blanda piedra de una pared cercana. Ryld retrocedió.

—¡Que alguien se encargue de las ballestas! —soltó, mientras asestaba un tajo a las gárgolas.

Un segundo más tarde, dos virotos más se dirigieron hacia Ryld. Uno rebotó en la coraza, pero el otro le alcanzó en el costado derecho. El virote se alojó en una zona que no cubría la armadura. Ryld trastabilló dos pasos y se desplomó al suelo.

Halisstra recogió la varita de Pharaun.

—Ayuda a Quenthel —le dijo a Danifae.

Apuntó el arma del mago hacia las lamias de la pared. Sabía algo de cómo usar esos objetos; un talento que en condiciones normales sería reacia a revelar. Pero la

lucha era desesperada. Pronunció una palabra arcana, y un rayo púrpura salió disparado hacia la primera lamia, que saltó por los aires. El trueno reverberó por las polvorientas ruinas.

Apuntó a la siguiente, pero los monstruos no eran estúpidos. Abandonaron sus posiciones al instante, saltando tras el muro para evitar los rayos.

Pharaun retornó al combate, armado con otra varita. Esta generaba un llameante chorro de fuego, que dirigió hacia las gárgolas. Se alejaron entre chillidos de dolor, aunque la que estaba envenenada por los latigazos de Quenthel no llegó muy lejos. Cayó a peso sobre los tejados.

Valas despachó al último de sus atacantes con un ataque de los dos kukris que casi lo partió en dos, y Jeggred estaba rodeado de un montón de cuerpos de asabi, jadeando. El mago miró a su alrededor y vio a Ryld en el suelo.

—Maldición —murmuró.

Se arrodilló junto al maestro de armas y le dio la vuelta. Ryld se moría. La sangre fluía de la herida en el costado, y él se esforzaba por respirar, unas babas sanguinolentas manchaban sus grises labios. El mago frunció el ceño y levantó la mirada hacia Quenthel.

—Haz algo —dijo—. Lo necesitamos.

Quenthel cruzó los brazos y mostró una expresión gélida.

—Por desgracia, Lloth ha decidido no concederme conjuros de curación, y casi he consumido la mayor parte de la magia curativa que trajimos. Poco puedo hacer por él.

Halisstra entornó los ojos. De nuevo, no le gustaba la idea de lo que estaba a punto de hacer, pero obtendría un beneficio por revelar su secreto. Si demostraba que era útil, los menzoberranos serían reacios a excluirla.

«Además —pensó—, es probable que ya lo sepan.»

—Apartaos —dijo en voz baja—. Lo ayudaré.

Quenthel y Pharaun cruzaron una mirada de sospecha.

—¿Cómo? —exigió saber Quenthel—. ¿Quieres decir que Lloth no te ha retirado su favor?

—No —respondió Halisstra. Se arrodilló junto a Ryld y lo examinó. Tendría que actuar con rapidez. Si moría, ya no podría hacer nada—. Lloth me niega los conjuros, igual que a Quenthel, y es de suponer que a todas las sacerdotisas de nuestra raza. Pero tengo alguna habilidad para sanar por medios distintos.

Dicho eso, empezó a cantar. La canción era un extraño lamento fúnebre, algo oscuro y espectral que hablaba de la admiración de los drows por la belleza, la ambición y los actos oscuros hechos con habilidad. Halisstra dio forma a su voz y a las antiguas palabras de la canción, invocando la magia de su lamento mientras posaba la mano en el virote y lo arrancaba.

Ryld se agitó, abrió unos ojos como platos, y la sangre chorreó sobre las manos

de Halisstra; pero la herida se cerró formando una cicatriz, y el maestro de armas despertó profiriendo toses.

—¿Qué ha sucedido? —gimió.

—Eso digo yo —respondió Quenthel, que lanzó a Halisstra una mirada de desconfianza—. ¿Es lo que creo que es?

Halisstra asintió al levantarse, mientras se limpiaba la sangre de las manos.

—Es una tradición de mi casa que aquellas hembras que son idóneas para ello estudien las artes de las *bae'qeshel*, los bardos oscuros. Como ves, hay poder en la canción, algo que pocos de los nuestros se atreven a estudiar. Fui entrenada en los conocimientos de los bardos.

Ryld se enderezó y bajó la mirada hacia la coraza y el virote sanguinolento tirado en el suelo. Posó los ojos en Halisstra.

—¿Me has curado? —preguntó.

Halisstra le ofreció la mano y lo ayudó a ponerse en pie.

—Como dijo tu amigo Pharaun, te necesitamos demasiado para permitirnos la inconveniencia de tu muerte.

Ryld cruzó una mirada con ella, pensando en una respuesta. La gratitud no era una emoción de la que se preocuparan muchos drows. El maestro de armas quizá se preguntaba qué decidiría hacer Halisstra con la suya. Esta le ahorró reflexiones más serias al volver su atención sobre Pharaun y entregarle la varita de hierro.

—Se te cayó esto.

—Admito que me sorprendió ver que la manejabas —dijo Pharaun después de inclinar la cabeza—, pero te oí cantar en Ched Nasad. La culpa es mía por no sumar dos y dos.

—Déjame ver el brazo —dijo Halisstra.

Repitió la canción sanadora y curó la herida de Pharaun.

Hubiera examinado a los demás, pero Quenthel la interrumpió.

—Nadie más se está muriendo —dijo la suma sacerdotisa—. Debemos irnos ahora o nuestros enemigos volverán a lanzarse sobre nosotros. Valas, encabeza la marcha. Dirígete a los muros exteriores, para que podamos ir hacia el desierto si decidimos huir.

—Muy bien, matrona Baenre —aceptó el explorador—. Será como tú digas.

capítulo



tres

Kaanyr Vhok, príncipe semidemonio conocido como el Caudillo, estaba en un balcón que dominaba la antigua fundición enana observando el trabajo de sus armeros. El gran horno había sido el corazón del reino perdido de Ammarindar. La caverna era inmensa, y su techo descansaba sobre docenas de imponentes columnas talladas con formas de dragones que resplandecían con las luces furiosas de los fuegos y el resplandor vivo del metal fundido. El repicar de los martillos y el rugido de los hornos resonaban en el aire. Docenas de gigantescos tanarukks, demonios bestiales, fruto del cruce de orcos y demonios, se arañaban en la fundición. Carecerían de la habilidad y los encantamientos de los enanos que una vez trabajaron allí, pero los soldados de Kaanyr Vhok poseían el instinto artero para crear armas mortíferas imbuidas de conocimientos oscuros.

El mismo Kaanyr encajaba en la escena. Alto y poderoso, tenía la corpulencia de un humano musculoso y la fuerza de un gigante de piedra. Su piel era roja y caliente al tacto, y lo bastante dura para doblar un cuchillo. Era increíblemente apuesto, aunque en sus ojos se veía el mal y sus dientes eran negros como el carbón. Llevaba una coraza dorada y un par de espadas cortas hechas con algún hierro negro, enfundadas en unas vainas cubiertas de runas. Sonreía contento mientras paseaba la mirada sobre la tumultuosa reunión de su ejército.

—Ahora dirijo casi dos mil guerreros tanarukk —dijo— y tengo casi los mismos orcos, ogros, trolls y gigantes a mis órdenes. Creo quería llegado el momento de que compruebe mis fuerzas, amor mío.

Aliisza se permitió una sonrisa y se acercó. Se apretó contra el costado del príncipe semidemonio. Como Kaanyr Vhok, también poseía sangre de demonios. En su caso, era una semisúcubo, el producto de una súcubo y un hechicero mortal. De la espalda le salían alas tan suaves como el cuero negro, pero a pesar de ello era oscura y seductora, voluptuosa y atractiva, una semisúcubo cuyo encanto pocos mortales eran capaces de resistir. Además era astuta, caprichosa y muy hábil con la magia, y por lo tanto apropiada para ser la consorte de un caudillo demoníaco como Kaanyr.

—¿Menzoberranzan? —ronroneó, mientras recorría la filigrana de la armadura con un dedo.

—Por supuesto. Parece que no vale la pena tomar Ched Nasad, después de todo. —Kaanyr frunció el entrecejo y miró a la lejanía—. Si los elfos oscuros están sin la

protección de su Reina Araña y son incapaces de dirimir sus interminables disputas, tendré la oportunidad de apoderarme de la grandeza que siempre codicié. Tras dominar las ruinas de Ammarindar, creo que deseo algo más. Me apetece doblegar una ciudad de drows.

—Otros pensaron lo mismo —señaló Aliisza—. Los menzoberranios con los que hablé en Ched Nasad sugirieron que su ciudad sufrió una importante insurrección de esclavos, promovida por alguien del exterior. Creo que los mercenarios duergars que lucharon en Ched Nasad no habrían dejado la ciudad en manos de la casa que los contrató, una vez que se las hubieran ingeniado para tomarla. Si las bombas duergars no funcionaran tan bien, sospecho que el clan Xornbane gobernaría Ched Nasad.

—O yo —dijo Kaanyr entornando los ojos—. Si me hubieras comunicado la situación a tiempo, me las habría ingeniado para llevar mi ejército contra Ched Nasad cuando los drows y los duergars estuvieran cansados de luchar entre sí.

Aliisza se relamió.

—Hubieras perdido el ejército en la ciudad —respondió—. Tus tanarukks habrían soportado los fuegos, por supuesto, pero el derrumbamiento de las calles de la ciudad destruyó todo lo que había en la caverna. Créeme, no perdiste una ocasión en Ched Nasad.

Kaanyr no respondió. Saltó por encima de la balaustrada y descendió al suelo de la fundición. El Caudillo no tenía alas, pero su herencia demoníaca le confería la habilidad de volar a voluntad. Aliisza frunció el entrecejo y lo siguió, extendiendo las alas para atrapar las corrientes ascendentes del recinto. Kaanyr aún estaba irritado por lo de Ched Nasad, y eso no era bueno, reflexionó. Si alguna vez el Caudillo se cansaba de ella, lo creía capaz de matarla de alguna manera espantosa, a pesar de las intimidades pasadas. No había nada de lo que no fuera capaz, si su temperamento sacaba lo peor de él.

El semidemonio se posó junto a un molde que se llenaba de hierro fundido. Un par de tanarukks estaban a la espera, observando el vertido con detenimiento. Kaanyr se agachó y removió el metal candente con los dedos. Estaba lo bastante caliente para causarle molestias y en momento después se sacudió el hierro fundido de los dedos y se lo limpió en la cadera.

—Buen hierro —les dijo a los tanarukks—. Continuad, muchachos.

Se enderezó y prosiguió su camino. Aliisza revoloteó hasta el suelo y se posó cerca de él.

—Lo que me preocupa es —caviló Kaanyr— ¿por qué los duergars Xornbane traicionaron a la casa que los empleó, quemando la ciudad entera? ¿Era una simple disputa por un pago? ¿O tenían la intención desde el principio de llevar la ruina a Ched Nasad? Si es así, ¿estaba Horgar Sombracerada tras ello? ¿El príncipe de Gracklstugh envió sus mercenarios a Ched Nasad para destruir la ciudad o el clan

Xornbane lo hizo por cuenta de otro?

—¿Importa eso? —preguntó Aliisza, que se movía furtivamente tras él—. La ciudad fue destruida, independientemente de las intenciones de quien fuera. Las grandes casas de Ched Nasad han desaparecido, y por la misma razón no quedan muchos enanos del clan Xornbane.

—Importa porque me pregunto si los duergars de Gracklstugh planean atacar ahora Menzoberranzan —dijo Kaanyr—. He acumulado una gran fuerza aquí, pero no creo que sea capaz de tomar Menzoberranzan, a menos que los elfos oscuros sean reducidos al caos y la impotencia absolutos. Si los duergars tienen la intención de marchar sobre la ciudad, mis oportunidades no tienen límite.

—Ah —exclamó Aliisza—. Puedes vender tus servicios a los elfos oscuros, a los enanos grises, a ambos, o a ninguno. Eso es interesante.

—Y el valor de lo que dirijo se incrementará con el número de guerreros que llevo y mi proximidad a Menzoberranzan, pero todo depende de las intenciones de los enanos grises. —El semidemonio soltó una carcajada—. No me gustaría encontrarme a las puertas de Menzoberranzan, una ciudad fuerte y unida, sin aliados a los que acudir.

—¿Por qué tengo la sensación de que volverás a mandarme lejos? —dijo Aliisza entre pucheros. Rodeó con sus alas a Kaanyr y con los brazos le hizo darse la vuelta—. Sabes que acabo de regresar.

—Chica lista —dijo Vhok con una sonrisa—. Sí, pretendo enviarte a otra misión. Aunque esta vez no tendrás que infiltrarte y permanecer escondida. Irás a ver a Horgar Sombracerada, príncipe heredero de Gracklstugh, como mi emisaria personal; una diplomática, si lo prefieres. Descubre si los enanos tienen la intención de atacar Menzoberranzan. Si es así, hazles saber que me gustaría unirme a ellos. Si no..., bueno, veremos si eres capaz de persuadirlos de que destruir Menzoberranzan no les beneficiará mientras los elfos oscuros sean débiles.

—Es muy probable que los enanos no confíen en mí.

—Por supuesto que no querrán confiar en ti. Sin embargo, si tienen la intención de atacar, descubrirán las ventajas de tenerme como aliado. Si no planean atacar, el hecho de que tenga la intención de aliarme podría decidir el asunto. No tienen buenas intenciones con Menzoberranzan, así que no necesitas preocuparte de que defiendan a los drows.

—Emisaria... —murmuró Aliisza—. Suena mejor que espía, ¿no? Supongo que puedo llevar el mensaje por ti, mi dulce y fiero Kaanyr, pero quizá deberías darme algún incentivo para que regresara rápido, ¿no?

Kaanyr Vhok la rodeó con sus poderosos brazos y acarició su cuello.

—Muy bien, querida —rugió—. Aunque a veces me pregunto si eres del todo insaciable.



Una hora de huida desesperada de edificio en edificio llevó al maltratado grupo a un refugio que los protegería de los monstruos de Hlaungadath. Bajo el gigantesco armazón de una torre cuadrada encontraron una escalera cubierta de arena que descendía hasta unas catacumbas oscuras y frías. Estimulados por su descubrimiento, los elfos oscuros caminaron por un laberinto de altares enterrados, pozos subterráneos y arcadas de piedra rojiza, que daban a un corredor profundo que no mostraba signos de uso reciente. Era un lugar triste y desolado, pero estaba libre de la cegadora luz del sol y de monstruos que controlaran la mente, y eso era todo lo que necesitaban.

—Pharaun, prepara tus conjuros, rápido —ordenó Quenthel después de examinar la sala—. Halisstra y Ryld, vigilaréis aquí. Jeggred y Valas, haréis guardia en la arcada más alejada, allí.

—Por desgracia, tendréis que mantener la vigilancia durante un rato —dijo el mago e hizo un gesto de pesar—. Antes, cuando tuve tiempo para descansar en el patio del palacio, estaba preparado para estudiar mis libros de conjuros, pero la lamentable hospitalidad de nuestros anfitriones lamias me ha fatigado. Debo descansar antes de ser capaz de estudiar los conjuros.

—Todos estamos cansados —soltó Quenthel—. No hay tiempo para que descanses. ¡Prepara tus conjuros ahora mismo!

Las serpientes de su látigo se retorcieron y sisearon agitadas.

—Sería inútil, querida Quenthel. Tienes que mantener a nuestros enemigos alejados de mí hasta que me haya recuperado.

—Si está tan débil —rugió Jeggred—, ahora sería un buen momento para castigarlo por sus transgresiones y actitud irrespetuosa.

—Criatura estúpida —le soltó Pharaun—. Mátame, y todos moriréis en estos yermos ardientes en menos de un día. ¿O has adquirido de pronto el don para las artes arcanas?

Jeggred se encrespó, pero Quenthel lo silenció con una mirada. El draegloth se alejó para hacer la guardia al extremo de la larga y polvorienta sala, agazapado tras un montón de piedras caídas. Valas soltó un suspiro y se alejó para unirse a él.

—Prepara tus conjuros lo antes que puedas, mago —dijo la sacerdotisa, con rabia contenida en la voz—. Tu ingenio colma mi paciencia. Dale a Halisstra la varita de relámpagos por si necesitamos conjuros para repeler otro ataque.

Era un indicador de su cansancio que Pharaun no quisiera decir la última palabra. Se volvió a Halisstra y dejó la varita de hierro negro en su mano con una sonrisa agria.

—Supongo que ya sabes usarla. Por supuesto, la quiero de vuelta, así que, por favor, intenta no agotarla. Son difíciles de fabricar.

—No la usaré a menos que sea necesario —dijo Halisstra.

Observó mientras el mago encontraba un rincón oscuro junto a una columna y se sentaba con las piernas cruzadas, apoyado sobre la piedra fría. Quenthel se calmó y observó a Pharaun como si se asegurara de que no fingía su necesidad de descansar. Ryld Argith se enderezó y se encaminó hacia el corredor que conducía hacia la superficie, llena de monstruos, apoyado en su recio mandoble.

—¿Debo hacer guardia aquí, matrona Melarn? —dijo Danifae cuando Halisstra empezaba a seguirlo.

La muchacha estaba arrodillada en el suelo, entre el mago y la sacerdotisa, la daga sobresalía de su cinturón. Levantó la mirada hacia Halisstra, con expresión perfecta para una pregunta inocente.

La sacerdotisa Melarn reprimió una mueca. Armar a una prisionera de guerra implicaba que ya no tenía fuerza para someterla, y sospechó que Danifae exigiría más tarde un precio elevado para seguir cumpliendo sus deberes. Danifae observaba con serenidad mientras su ama consideraba su oferta. Halisstra intuía que Quenthel la miraba y se obligó a no pedirle a la sacerdotisa Baenre su aprobación.

—Puedes quedarte la daga para defenderte... por ahora —concedió Halisstra—. No se precisa tu participación. No sugieras eso otra vez.

—Por supuesto, matrona Melarn —contestó Danifae.

La cara de la muchacha estaba falta de emoción, pero a Halisstra no le gustó la inteligente mirada que había en los ojos de Danifae mientras se disponía a esperar.

«¿Aguantará el vínculo?», se preguntó Halisstra.

En el corazón de la casa Melarn, rodeada de fuerzas enemigas, Danifae no se había atrevido a librarse del vínculo mágico que la esclavizaba, incluso aunque pudiera hacerlo. Pero las cosas habían cambiado. El cuidado con que Danifae se dirigía a su dueña frente a Quenthel no escapaba a Halisstra. No tenía ya una casa, ni una ciudad, que confiriera a Halisstra dominio absoluto sobre lo que ella llamaba sus propiedades (su vida, sus fieles y sus posesiones como Danifae) o cualquier otra cosa que le pudieran arrebatar. La idea le dejó un sentimiento tan profundo y quebradizo como un trozo de hueso podrido.

«¿Qué sucederá cuando Danifae decida probar en serio los límites de su cautividad? —se preguntó—. ¿Permitirá Quenthel que conserve mi autoridad sobre la muchacha o la Baenre intercederá sólo para molestarme y despojarme de otra parte más de mi rango? En cualquier caso, ¿es capaz Quenthel de liberar a Danifae y reclamarme como prisionera de guerra?»

La bella muchacha estudió a Halisstra con recato.

—¿Vienes? —preguntó Ryld. Estaba en la entrada del corredor, a la espera.

—Sí, por supuesto —dijo Halisstra, que apenas fue capaz de contener un gesto de enfado.

A propósito, le dio la espalda a su sirvienta y siguió a Ryld hacia los túneles por los que habían pasado. Por el momento, estaba a salvo. Danifae era incapaz de quitarse el medallón de plata del cuello. En el momento en que lo tocara, el conjuro tensaría sus músculos hasta la rigidez mientras no abandonara la intentona. No podía pedirle a nadie que se lo quitara, pues en el momento en que tratase de hablar del medallón, se le paralizaría la lengua. Mientras rodeara su cuello, Danifae estaba obligada a servir a Halisstra, incluso hasta el punto de dar la vida para salvar a su ama. Danifae había soportado bien el vínculo, pero Halisstra no tenía la intención de quitarle el medallón en presencia de los menzoberranios... si es que alguna vez lo hacía.

Ryld y ella tomaron posiciones en una pequeña rotonda que había un poco más adelante, un espacio abierto y oscuro desde el que vigilar sin ser vistos, si alguien se acercaba. Tapados con sus *piwafwi*, eran prácticamente indistinguibles de la piedra oscura que los rodeaba. A pesar del caos y de la ambición que roía los corazones de los drows, cualquier elfo oscuro era capaz de tener paciencia y una disciplina de hierro cuando realizaba una tarea importante, y, así, Halisstra y Ryld se dedicaron a vigilar y esperar en silencio.

Halisstra intentó vaciar su cabeza de todo excepto de lo que le decían sus sentidos, para vigilar mejor, pero descubrió que una serie de ideas importantes asaltaban su mente. Se le ocurrió que todo lo que le sucediera de ese día en adelante dependería de su fuerza, astucia y crueldad. La caída en desgracia de la casa Melarn no significaba nada. Si deseaba respeto, tendría que hacer del descontento de Halisstra Melarn algo que temer. Todo porque Lloth había decidido probar a los que le eran más fieles. Por el capricho de la diosa de la casa Melarn, cuyas dirigentes, durante innumerables siglos, habían derramado sangre y tesoros sobre los altares de la Reina Araña, Ched Nasad había caído.

«¿Por qué? —se preguntó Halisstra—. ¿Por qué?»

Por supuesto, no hubo respuesta. Las maquinaciones de Lloth no estaban hechas para que las comprendieran sus sacerdotisas, y sus pruebas eran crueles. Halisstra apretó los dientes e intentó ahogar sus lastimeras preguntas en su corazón. Si Lloth decidía probar la fe de Halisstra quitándole todo aquello que amaba para ver si la primogénita de la casa Melarn era capaz de recuperarlo, la Reina Araña descubriría que era una adversaria digna.

¿Quieres que hablemos de ello?, transmitieron los dedos de Ryld en el complejo lenguaje de signos de los elfos oscuros.

¿Hablar de qué?

De lo que te preocupa. Algo te tiene preocupada, sacerdotisa.

No es nada que concierna a un varón, replicó con los dedos.

Por supuesto. Nunca lo es.

Sus miradas se cruzaron. Halisstra se sorprendió al descubrir que la cara de Ryld tenía una curiosa expresión de resignación amarga e irónica. Lo observó con detenimiento, intentando averiguar el motivo que tendría para iniciar una conversación.

Era muy alto y fuerte para ser un varón (en realidad, para ser un elfo oscuro). Su pelo cortado a cepillo era una costumbre exótica para una sociedad drow, una extraña austeridad para una raza que disfrutaba de la belleza y el refinamiento. Los drows eran de un pragmatismo implacable en sus tratos con los demás, pero no al acicalarse. Por lo que sabía Halisstra, muchos varones se maquillaban para asumir una gracia sutil y una mortal astucia. Pharaun era el epítome. Ryld, descubrió, era algo diferente.

Luchas bien, dijo... No era una disculpa, no podía disculparse con un varón, pero era algo. *Podrías haberme dejado morir en Ched Nasad, aunque te arriesgaste para salvarme. ¿Por qué?*

Teníamos un acuerdo. Nos llevabas a un lugar seguro, y te ayudábamos a escapar.

Sí, pero ya erais libres de mi parte del acuerdo en ese momento. No había necesidad de cumplirlo.

Ni de incumplirlo.

Ryld mostró una leve sonrisa y habló en susurros:

—Además, parece que fue en mi propio interés; no hace ni una hora me salvaste la vida. Estamos en deuda.

Halisstra soltó una carcajada, tan leve que nadie a más de tres metros la habría oído.

No somos una raza que pague nuestras deudas, señaló con los dedos.

Eso me lo han dejado ver en más de una ocasión, respondió el maestro de armas. Un breve destello de dolor cruzó su cara, y Halisstra se preguntó en quién había confiado el maestro de Melee-Magthere, y por qué había hecho esa insensatez. Antes de que ella lo pudiera preguntar, él continuó: *Háblame de los bae'qeshel. No sé nada de ellos.*

—Por tradición —susurró—, nuestros magos, espadachines y sacerdotisas se entrenan en academias. Es habitual en la mayoría de las ciudades drows. La razón por la que no sabes nada de los *bae'qeshel* es que el entrenamiento de los bardos no es público. Nuestros secretos pasan de las maestras a las estudiantes.

—Pensé que las casas nobles no necesitaban juglares normales.

—Los *bae'qeshel* no son juglares comunes, maestro de armas —dijo Halisstra en voz baja—. Somos una orgullosa y antigua secta, los *bae'qeshel telphraezzar*, los susurradores de la Reina Tenebrosa. Soy una sacerdotisa de Lloth, como las demás hembras de mi casa, pero me escogieron para estudiar durante muchos años el conocimiento de los *bae'qeshel*. Venero a la diosa no sólo con mis servicios como

sacerdotisa, también con el don de cantar las antiguas canciones de nuestra raza, que complacen sus oídos. La casa Melarn siempre estuvo orgullosa de educar una *bae'qeshel* al servicio de Lloth en cada generación.

—Si tus canciones son sagradas para Lloth, ¿por qué funcionan mientras los conjuros fallan? —preguntó Ryld.

—Porque las canciones poseen un poder intrínseco, como los conjuros de un mago. No canalizamos el poder divino de la Reina de las Arañas para cantar nuestras canciones. Por desgracia, mi habilidad con esto es incomparable con el poder divino que manejaría en nombre de Lloth, si me devolviera su favor.

—Sin embargo, es un talento interesante —murmuró Ryld y volvió la mirada hacia la estancia donde se hallaban los demás—. La cosa parece bastante tranquila. Aún tendremos que esperar más. Si conozco a Pharaun, necesitará horas para recuperar fuerzas. Dime, ¿juegas al *sava*?



Nimor se aferraba a una estalactita gigantesca, uno de los muchos colmillos de piedra que sobresalían del techo de la vasta caverna de Menzoberranzan. Antiguos pasillos y caminos precarios se entrecruzaban allí, y en muchas de las estalactitas se habían esculpido castillos de oscura belleza y viviendas aún más espectaculares por su osadía. Sólo los drows construirían sus hogares en frágiles lanzas de piedra a trescientos metros por encima del suelo. Los drows nobles a menudo tenían magia innata o broches encantados que los liberaban de la preocupación por las alturas, y daban poca importancia a las mareantes vistas que aterrarían a un murciélago. Sus esclavos y sirvientes no eran tan afortunados y encontraban la vida en las estalactitas algo particularmente exasperante.

Las más importantes estaban mágicamente reforzadas contra caídas inevitables y no cederían a menos que la magia se disipara; aunque había más de un orgulloso palacio desierto y polvoriento, la casa a la que pertenecía era demasiado débil en el Arte para mantener los conjuros que la convertían en un lugar sostenible. En uno de esos lugares se agazapaba Nimor, inclinado sobre el negro abismo para estudiar el objetivo.

La casa Faen Tlabbar, tercera casa de Menzoberranzan, estaba bajo él. El castillo se extendía por varias imponentes estalagmitas y columnas, sus elegantes balaustradas y sus altos contrafuertes contrastaban con la solidez que emanaban las torres y los baluartes de piedra negra. El complejo de Faen Tlabbar era uno de los más grandes y soberbios de todos los que no estaban en la meseta de Qu'ellarz'orl, el más prestigioso de los barrios nobles de la ciudad subterránea. El palacio de la casa Tlabbar trepaba sobre la pared sur de la gran caverna, hasta el punto de que sus agujas más altas superaban la meseta a cuya sombra se situaba, como si las matronas

de la tercera casa desearan mirar por encima del borde del altiplano y contemplar con envidia las mansiones lo bastante afortunadas para situarse junto a la enaltecida casa Baenre.

Era una analogía apropiada para las maniobras políticas de Faen Tlabbar. Sólo dos casas se situaban por encima en la oscura jerarquía de Menzoberranzan: Baenre, la primera, y Barrison Del'Armgo, la segunda. Nimor pensó que era probable que la matrona Tlabbar abrigara grandes aspiraciones para su casa. Del'Armgo, la segunda casa, era fuerte pero con pocos aliados; Baenre, la más fuerte, era tan débil como lo había sido durante siglos. Casas como la Faen Tlabbar contemplaban a la Baenre y recordaban los siglos de arrogancia absoluta, de humillante condescendencia y se preguntaban si ya habría llegado el momento de que las casas menores se unieran y acabaran con la dominación de Baenre de una vez por todas.

«Sería un divertido espectáculo», reflexionó Nimor.

Sospechaba que en ese escenario Baenre se mostraría más fuerte de lo que sus resentidas adversarias se imaginaban, pero la sangría sería espectacular. Varias grandes casas caerían, ya que Baenre no se iría sola al olvido. Por supuesto, eso iría en beneficio de los planes de la Espada Ungida de la Jazred Chaulssin.

Aunque eso sería un juego para otro día. Nimor pretendía dar un profundo y amargo golpe a la Faen Tlabbar, no incitarlos contra la casa Baenre. Ghenni Tlabbar, matrona de la tercera casa, moriría a sus pies. Su sangre buscaría la traición a gran escala, y al poner el estilete en la mano del asesino Nimor lo hacía con la intención de que se clavara en el corazón de Menzoberranzan.

Un ruido y el tintineo de unas cotas de malla llamaron la atención de Nimor. Se retiró en silencio a las sombras y esperó con paciencia mientras una brigada de guerreros Tlabbar, montados en grandes lagartos, ascendía por una pequeña estalactita cercana. Los pálidos reptiles llevaban almohadillas grandes y pegajosas en sus zarpas que les permitían adherirse a la superficie más escarpada. Muchas de las casas nobles de Menzoberranzan usaban esas criaturas para patrullar los lugares altos de la vasta caverna de la ciudad. Faen Tlabbar era famosa por sus escuadrones de lagartos. El asesino estudió las patrullas Tlabbar desde su precaria posición durante más de una hora, cronometrando sus recorridos.

«Justo a tiempo —observó Nimor—. Os habéis permitido volveros predecibles, muchachos.»

Los jinetes llevaban ballestas y lanzas, marchaban de prisa en una sola fila mientras rodeaban y ascendían la pequeña estalactita y examinaban el techo de la caverna. Como esperaba Nimor, el oficial al mando se volvió a la izquierda y siguió la curva del pináculo de piedra hacia abajo y desapareció.

—Harías bien en variar tu rutina, capitán —susurró Nimor hacia la brigada que se iba—. Un regreso inesperado amedrentaría hasta a un valiente como yo.

De un silencioso salto, Nimor se lanzó hacia la vasta oscuridad, confundiéndose con la eterna noche.

Por un accidente de la formación de la caverna, la casa Tlabbar apenas tenía contacto con el techo de la caverna y las cuevas superiores. Una larga columna y un par de pequeñas estalactitas unían la Tlabbar con el techo, lo que significaba que tenía un ángulo ciego sobre el techo de su palacio. Esa era la debilidad que Nimor intentaba aprovechar. Su capa negra se agitaba, y el aire frío le rozaba la cara. Nimor apretó los dientes en una sonrisa brutal. Se deleitó en los largos instantes que duró su gran salto. Su cuerpo ardía con los fuegos oscuros de su herencia, y deseaba despojarse de su apariencia enjuta, pero ése no era el momento.

Mientras caía, articuló las palabras de un conjuro que lo volvería invisible, y mientras el pináculo parecido a una lanza del palacio central de Faen Tlabbar se abalanzaba sobre él, detuvo la caída empleando su poder de levitación. Menos de seis latidos después de saltar desde la estalactita, se posó en la afilada cresta de una sala empinada sin que lo detectaran. Aguzó el oído en busca de signos de que lo hubieran descubierto y luego se deslizó hacia la unión de la sala con el propio castillo. Sus pasos eran tan silenciosos como la muerte.

Los elfos oscuros de Faen Tlabbar estaban al tanto de la vulnerabilidad de un asalto desde arriba, y había centinelas en las almenas y cúpulas, al acecho de posibles intrusos. Nimor los evitó con cuidado. Aquellos que eran capaces de ver enemigos invisibles (y había más de uno) no estaban habituados a tener que estar en guardia frente a los que se deslizaran entre las sombras con la cautela de un maestro de asesinos. Nimor estaba más preocupado por las barreras mágicas que protegían la casa. Habitualmente se protegía con conjuros diseñados para contrarrestar y confundir varias formas de detección mágica, pero no eran infalibles.

Un resplandor verde y dorado brillaba a su alrededor mientras gateaba por las tejas de una torre cuadrada. La Faen Tlabbar, como muchas otras casas, usaba la magia para iluminar y decorar las recargadas agujas y galerías de su hogar. Nimor se puso boca abajo y se inclinó aún más sobre el borde para escuchar con cautela. Esperaba encontrar un puesto de guardia y una entrada que condujera a la mansión. Durante décadas la Jazred Chaulssin había usado la magia para descubrir lo que pudiera de las defensas y el método de muchas grandes casas en más de una ciudad drow. El delgado asesino estudió las notas y dibujos de la casa Tlabbar. La información era, por supuesto, incompleta y desfasada, ya que había partes del castillo que no se dejaban inspeccionar, y la Jazred Chaulssin no estudiaba las casas de Menzoberranzan desde hacía mucho tiempo. Nimor habría preferido actualizar su información gracias a sobornos o la captura de un centinela Tlabbar, aunque no tenía tiempo para ello y ajustarse al plan previsto.

Oyó que algo se movía en el balcón, bajo el alero del tejado en el que estaba. Eran

dos, calculó, y al menos uno llevaba cota de malla. Tendría que ser rápido; un solo grito daría al traste con su asalto al castillo. Con calculada paciencia, Nimor se inclinó aún más y vio un balcón curvo bajo el alero. A su izquierda, el pasillo se transformaba en una escalera amurallada que conducía a las almenas inferiores, mientras que a la derecha acababa en una puerta negra; estaba abierta. Justo debajo había un drow con armadura, que miraba sin ver un patio de más abajo.

Nimor estudió al tipo durante treinta latidos, planeando su ataque, mientras en silencio deslizaba la daga fuera de su vaina. Era una hoja de acero encantado negro y verdoso que tenía un brillo húmedo bajo la vacilante luz feérica. Entonces, todavía invisible, se dejó caer tras el guardián Tlabbar.

Los pies del asesino tocaron las baldosas con un ruido amortiguado. El centinela empezó a volverse y abrió la boca para pedir ayuda, pero con un movimiento implacable Nimor le puso una mano en la boca y hundió la daga en la base del cráneo. La hoja rechinó contra el hueso, y el Tlabbar se desplomó sobre los brazos de Nimor, muerto. Dejó que el cuerpo sin vida cayera al suelo y levantó la mirada hacia el otro centinela, un tipo con las ropas negras de un mago. El mago Tlabbar echó una mirada hacia el rumor, justo a tiempo de ver cómo su compañero de guardia se doblaba y caía al suelo sin causa aparente; pues Nimor aún era invisible.

—¿Zilzmaer? ¿Qué pasa?

Nimor saltó hacia adelante y hundió su daga cubierta de sangre bajo la barbilla del mago, atravesando el cerebro del Tlabbar. El mago se convulsionó dos o tres veces, luego tembló y murió.

—Shss —siseó el asesino—. No es nada. Duerme.

Dejó al mago al lado de su compañero, y se volvió hacia la oscura arcada que llevaba al castillo.

Cuchillo en mano la cruzó; para acabar detenido por una barrera invisible que bloqueaba el paso tan firmemente como una pared de ladrillos. Nimor frunció el entrecejo, se armó de voluntad y lo intentó de nuevo, para descubrir que le seguían barrando el camino.

—Demonios —murmuró—. Una restricción.

El castillo Tlabbar, es decir, su interior, estaba protegido por un conjuro que impedía que un enemigo pusiera un pie en su interior. Nimor era capaz de eludir o desmontar algunas trampas mágicas, pero aquella restricción estaba más allá de su habilidad para infiltrarse.

«Eso explica la puerta abierta —pensó—. Los Tlabbar confían en sus defensas mágicas. ¿Ahora qué hago?»

Nimor envainó la daga y estudió la arcada. Un conjuro de restricción se urdía para defender un edificio o una zona, pero si los Tlabbar querían moverse por su propio castillo, tendrían que haber hecho una restricción que pudieran atravesar sin

demasiada dificultad; quizá con un símbolo de alguna clase o quizá con una contraseña. Nimor rebuscó en los cuerpos de los dos muertos, pero no encontró nada que pareciera servir como símbolo para atravesar la restricción.

«Podría ser cualquier cosa —pensó—. El broche de la capa, una moneda encantada en la bolsa, un pendiente o un collar...»

Decidió que no tenía tiempo para hacer pruebas. Con una mano levantó al mago muerto y se lo puso bajo el brazo, entonces volvió hacia la arcada y se enderezó para atravesarlo. Esta vez, cruzó sin resistencia, como si la barrera no existiera.

«Entonces es algo que llevan los centinelas», decidió Nimor.

Por un momento consideró echarse al hombro al mago muerto e ir con él por si necesitaba pasar otra protección dentro del castillo, pero decidió no hacerlo. Cautela y velocidad eran su mejor defensa, y acarrear un cuerpo por el castillo le restaría ambas. Además, no era probable que los Tlabbar tuvieran dos restricciones en su palacio, o usaran la misma llave en los dos. Dejó al mago en el suelo y se adentró.

La arcada daba a un largo corredor de techo alto situado por encima de uno de los salones. Puertas de madera pálida de zurkh flanqueaban el salón, daban a estudios, antecámaras, salas de trofeos y a otras habitaciones, si los viejos mapas de Nimor eran correctos. No hizo caso y corrió a toda velocidad por el salón, hasta alcanzar una pequeña escalera al fondo que descendía al piso inferior. Allí encontró un glifo mágico que impedía el paso, pero sintió la trampa antes de acercarse lo suficiente para activarla. Saltó por encima del pasamano y aterrizó en silencio en la escalera. Descendía en una amplia curva y lo llevó a otro reluciente corredor negro cerca del centro del castillo, que conducía al altar de la casa. El suelo era de mármol negro pulido, que brillaría como un espejo si hubiera alguna luz. No muy adelante, había un par de centinelas que montaban guardia cerca de unas grandes puertas dobles que conducían al santuario de Lloth.

Nimor sonrió y se felicitó por lo oportuno que había sido. La matrona, y quizá una hija o dos, estarían dentro, ejecutando algún inútil ritual a su muda diosa.

Se mantuvo escondido con cuidado y echó otro vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie más se acercaba. Estudió a los dos centinelas de la puerta. Eran unos jóvenes soldados, ataviados con orgullo para cumplir el alto deber de ser la guardia de la matrona, pero Nimor no confiaba en sus ojos. Los dos eran más de lo que parecían, estaba seguro. Decidió esquivarlos, si era posible.

Nimor levantó la mano izquierda, en la que relucía un anillo tan negro como el azabache. El anillo de las sombras era quizá su arma más útil, un objeto que confería varios poderes mágicos de mucha utilidad. Invocó uno de ellos y se fundió con las sombras del oscuro corredor para salir al santuario más sagrado de la casa Tlabbar. El templo casi ocupaba el espacio central del gran palacio, su elegante bóveda se elevaba sobre su cabeza, ribeteada en plata y azabache, con la insignia de la araña de

Lloth. El altar estaba iluminado por un siniestro resplandor plateado, lo mejor para exhibir la abundante riqueza que la casa Faen Tlabbar se había gastado en decorar la capilla de la Reina Araña. Pero Nimor no prestó atención a las baratijas de oro y a las imágenes llenas de gemas.

La matrona Ghenni y dos de sus hijas se postraban ante el imponente ídolo negro de la silenciosa diosa, serviles ante Lloth. Sin duda, imploraban a la Reina Araña que devolviera su favor a la casa. No había nadie más. Por lo que parecía, la matrona creía que sus centinelas y sirvientes no debían verla postrada, a ella y a sus hijas, en sus adoraciones privadas. Una vez más la información de Nimor sobre la Faen Tlabbar se demostraba acertada.

El asesino desenvainó el estoque sin hacer ruido y avanzó, mirando a su presa. Ghenni era una espectacular elfa oscura, con un cuerpo voluptuoso y una elegancia sinuosa que le permitía llevar mejor el paso de los años que muchas cien años más jóvenes. Percibió el oscuro destello de una cota de malla bajo las túnicas color esmeralda y sonrió. Al parecer, incluso la matrona de una casa poderosa no se sentía del todo segura en su propio hogar sin la protección de la Reina Araña.

La matrona se detuvo en su ceremonia, alarmada por algo; un rumor, el fluctuar de una sombra, posiblemente sólo una intuición. Se levantó hasta ponerse de rodillas y miró a su alrededor. La cautela era evidente en su expresión.

—Sil'zet, Vadalma —siseó—. No estamos solas.

Las dos chicas se detuvieron al unísono, todavía echadas en el frío suelo de piedra. Miraron a su alrededor con recelo. Ghenni se levantó con precaución, mientras llevaba la mano hacia una varita que llevaba en el cinturón.

—¿Quién eres? —exigió saber—. ¿Quién se atreve a importunar nuestras adoraciones?

Nimor no respondió aunque se deslizó más cerca. La matrona no lo veía, estaba seguro, pero justo cuando estaba al alcance de su arma, sintió una presencia en la sala. Un fuerza demoníaca invisible tomó forma en el aire cerca del techo de la bóveda.

—Cuidado, matrona —murmuró la voz fría—. Un asesino invisible se acerca.

Dicho sea a su favor, la matrona de la casa Faen Tlabbar no se acobardó. Mientras sus hijas se ponían en pie, Ghenni dio dos pasos atrás e hizo un gesto rápido con la varita, al tiempo que pronunciaba la palabra de activación. Una esfera de oscuridad salió despedida de la varita y explotó tras Nimor en una negra mancha de sombras gélidas que hicieron presa en él como bestias hambrientas. El asesino hizo caso omiso del conjuro, pues ya saltaba hacia la matrona. Con una precisa estocada, atravesó a la Faen Tlabbar. La hoja era tan negra como la noche, un largo estilete de sombra intangible que se deslizó a través de la cota de malla de la matrona como si no existiera. El efecto en la sacerdotisa fue tan letal como era de esperar. Nimor

retorció la hoja en el corazón y sonrió, aunque ella aún no podía verlo.

—Saludos, matrona —susurró—. Quizá encuentres las respuestas que buscabas cuando alcances los infiernos negros de Lloth.

Ghenni se quedó sin aliento y escupió sangre. Trastabilló hacia atrás, agarrada a la hoja clavada en su corazón, puso los ojos en blanco y se desplomó en el suelo. Nimor arrancó su estoque y se volvió hacia la izquierda, hacia Sil'zet, mientras el demonio cobraba forma sobre el cuerpo de Ghenni. Era una criatura esquelética envuelta en llamas verdes, armada con una cimitarra de hueso que lanzaba destellos negros.

Era obvio que el demonio lo veía perfectamente, pues se lanzó hacia Nimor al instante. Dirigió un feroz corte a su cabeza, el cual esquivó sin dificultad, pero la criatura invirtió la trayectoria con sorprendente rapidez y atacó con un corte a la altura de la cintura. Nimor frunció el entrecejo y saltó hacia atrás, por el momento obstaculizado. Tras el demonio, vio que Sil'zet desenrollaba un pergamino para leerlo, mientras Vadalma mantenía su posición, encorvada para recuperar la varita de su madre, y se protegía con una daga.

—No escaparás de esta habitación con vida, asesino —gritó Vadalma—. ¡A mí la guardia!

Nimor oyó cómo los centinelas del exterior intentaban abrir la puerta de la capilla. Se agachó y salió disparado, mientras se mantenía alejado del demonio de huesos, reacio a enfrentarse a él. Después de todo, matar a un demonio guardián era inútil. Sólo le quedaban unos momentos y quería aprovecharlos. El asesino dio un paso rápido y rodó bajo la guardia del demonio, se levantó junto a Sil'zet, que declamaba las palabras del pergamino. Le incrustó la daga en la parte baja de la espalda mientras detenía la cimitarra del demonio con su estoque negro. Sil'zet soltó un grito de agonía y se inclinó hacia atrás, pero Nimor le hizo la zancadilla. Se desplomó al suelo entre estertores. Nimor hundió la punta del espadín entre sus clavículas.

Esta vez el demonio le hizo pagar no haberle prestado atención. Chilló de rabia, mientras le descargaba un golpe con su espada de hueso que le produjo un corte largo y ardiente sobre el omoplato. Nimor apretó los dientes por el dolor y rodó para alejarse antes de que la criatura lo cortara en dos. Vadalma ladró la palabra de activación de la varita de su madre y la esfera de sombras estalló en dirección a Nimor, azotando la piel del asesino con zarcillos negros tan fríos y afilados como cuchillas.

La guardia irrumpió con las espadas desenvainadas y una expresión gélida e inexpresiva. Se acercaron con increíble celeridad, las puntas de las espadas se agitaban mientras buscaban a tientas a Nimor. Se volvían con sacudidas rápidas, como si el ruido de sus botas y los jadeos de su respiración lo traicionaran.

«He hecho lo que me proponía», se dijo Nimor.

Ghenni estaba muerta, y Sil'zet moribunda. Sus tacones repicaban en el suelo mientras se ahogaba en su propia sangre. Le habría gustado matar a Vadalma, pero el demonio y los centinelas (fueran lo que fuesen) complicaban el asunto.

Con una mueca de resignación, Nimor retrocedió varios pasos y desapareció gracias al poder de su anillo, y apareció un instante más tarde cerca del balcón por el que había entrado en el castillo. La restricción le impedía escapar de un salto dimensional, pero el asesino agarró el cuerpo del mago que había dejado cerca de la puerta y salió. El corte de la espalda le dolía mucho, al igual que las piernas, allí donde le habían tocado los zarcillos helados, pero respiró profundamente y se permitió una fiera sonrisa de triunfo.

—Sois unos tipos con suerte —les dijo a los muertos que había a sus pies—. Cuando comprueben que guardabais la puerta por la que he entrado, estaréis contentos de estar muertos.

Los cuerpos no contestaron, por supuesto. Nunca lo hacían.

Echó una mirada a la vacilante luz feérica que se veía por encima de las almenas del castillo. Oyó las alarmas y los gritos que se elevaban de su interior. Le habría gustado saborear los sonidos durante más tiempo, pero sus perseguidores no debían de estar muy lejos. Con un suspiro, cerró el puño alrededor del anillo negro y se teletransportó.

capítulo



cuatro

Halisstra y Ryld jugaron dos partidas en un pequeño tablero de viaje que el maestro de armas llevaba en una bolsa. Ryld Argith ganó ambas, aunque Halisstra se lo puso difícil en las dos. Siempre había tenido talento para el *sava*, aunque pronto descubrió que jugaba con un maestro. Pasaron largas y silenciosas horas en la oscuridad, sin que hubiera señales de que las lamias hubiesen descubierto su escondite.

No puedo creer que no nos hayan seguido, comentó Halisstra con el lenguaje de signos al final de la segunda partida.

Matamos a muchos de sus esclavos favoritos, imagino. A las lamias no les importaban sus vidas, y quizá no les quedan bastantes para buscarnos por la ciudad. Ryld sonrió con frialdad. *Además, también liquidamos algunas lamias. Quizá no estén muy deseosas de encontrarnos.*

Siempre y cuando nos dejen en paz, respondió Halisstra.

El juego de *sava* ya no la atraía, y se dio cuenta de que estaba hambrienta. Habían desayunado poco antes del amanecer con las escasas provisiones que habían traído de Ched Nasad, pero Halisstra estaba segura de que el día ya terminaba. Los drows eran capaces de pasar privaciones mejor que la mayoría, pero un duro combate seguido de horas de vigilancia la habían dejado exhausta.

Me muero de hambre, dijo a Ryld. *Parece que la cosa está en calma. Me acercaré al campamento y traeré provisiones. Sigue alerta.*

—Regresa pronto —susurró el maestro de armas.

Halisstra se levantó y se arrebujó en el *piwafwi*. La sala estaba oscura y tranquila, como lo había estado durante horas. Volvió en silencio a la cámara donde los demás esperaban a que Pharaun preparara sus conjuros con toda la cautela de la que fue capaz. Oía murmullos. Quenthel y Danifae conversaban en voz baja en el corredor en ruinas.

Una sombra oscura revoloteó en el corazón de Halisstra. Cuando pensó en ello, deseó que tuvieran pocas cosas que decirse.

«No debería haberlas dejado solas —se reprochó—. ¡Dejé que Quenthel me mandara como a un varón!»

Avanzó despacio, era una nube en la oscuridad. Veía a Pharaun sentado y envuelto en una manta, apoyado contra la pared en un ensueño profundo, los ojos medio abiertos. Quenthel y Danifae estaban sentadas, un poco alejadas del mago, lo

que las dejaba más cerca del pasillo en el que estaba Halisstra.

—¿Qué crees que haremos cuando volvamos a Menzoberranzan? ¿Crees que le espera una buena posición a tu ama? —dijo Quenthel con susurros desdeñosos y ácidos.

—No lo sé, matrona —dijo Danifae después de un largo rato—. No he pensado en el futuro.

—Mentira. Te has estrujado los sesos desde el momento en el que posé los ojos en ti en la sala de audiencias de la casa Melarn. Incluso me arriesgaría a suponer lo que ocupa tu mente. Te preguntas cómo volver a la casa Yauntyrr en Eryndlyn, con Halisstra Melarn como tu prisionera de guerra.

—No me atrevo a tener semejante idea...

Quenthel soltó una carcajada cruel.

—Guárdate tus inocentes protestas para alguien más ingenuo, muchacha. Aún no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué debería llevaros a ti y a tu dueña a Menzoberranzan?

—Esa sería mi esperanza —dijo Danifae con voz vacilante—, que tuviera la oportunidad de demostrarte lo útil que soy, para que pudiera escoger la oportunidad de servir.

—Veo que esta vez no respondes pensando en tu ama —bufó Quenthel—. ¿Así que debería premiar tu desleal insolencia protegiéndote en la casa Baenre, cuando sé que no eres más que una víbora oportunista que abandonará a su dueña en cuanto la situación se le ponga en contra?

—Me malinterpretas —dijo Danifae—. Adoptar los mejores y más útiles nobles de una casa vencida es tradición entre los míos. Mi ama y yo...

Las víboras del látigo de Quenthel sisearon y chasquearon cerca de la cara de Danifae, y la acallaron.

—Creo —dijo Quenthel— que no malinterpreto nada. Eres una niña tonta que carece de la fuerza necesaria para evitar que la conviertan en esclava. Para mí no eres más que un ornamento inútil... o una adúladora muy paciente y lista, en cuyo caso llevarte a mi hogar tampoco sería de utilidad. —Se cruzó de brazos, burlándose de Danifae—. Quizá debería advertir a Halisstra de esta conversación. Dudo que a tu dueña le agrade saber lo mucho que supones en su nombre. Es impropio de una criada.

—Estás en tu derecho, matrona —dijo Danifae, con una inclinación de la cabeza—. Puedes hacer conmigo lo que te plazca. Sólo me pongo a tu servicio. —De nuevo levantó la mirada en actitud sumisa y se humedeció los labios—. En cautividad he llegado a comprender algo de la naturaleza del poder, qué significa tener poder absoluto sobre alguien. Si no estoy hecha para ello, entonces todo lo que me queda es ponerme a disposición de una hembra que también comprenda esas cosas. Halisstra

Melarn es mi dueña, pero sólo porque tú quieres. Cuando llegue el momento en que examines el caso, rezo para que me permitas demostrarte mis cualidades más útiles y me gane la oportunidad de vivir como tu esclava. Tú, mucho más que mi ama, comprendes el ejercicio del poder.

—Cesa tus disparatados halagos, muchacha —dijo Quenthel. Se levantó con ligereza y se acercó un paso, y con una sonrisa en los labios se alzó amenazadora ante la chica arrodillada—. Ya te dije que veo más allá de tu cara bonita. Además, apreciar el silencio es sólo una de las virtudes que encuentro cautivadoras en aquellos que tomo bajo mi gentil mando.

—Te lo ruego, matrona —murmuró Danifae. Se inclinó hacia adelante para acariciar su cara contra los muslos de Quenthel, con los ojos cerrados, enlazando sus brazos alrededor de las rodillas de Quenthel—. Haré lo que sea para ganarme tu favor. Te lo suplico.

El flagelo de Quenthel se ensortijó y acarició el pelo plateado de Danifae. La matrona de la Academia permaneció en silencio, con la misma sonrisa helada en la cara. Cuando extendió el brazo y levantó la barbilla de Danifae, se inclinó para mirar sus ojos de cerca.

—Entiende esto —dijo Quenthel en voz baja—. Sé exactamente lo que estás haciendo, y no ganarás en este juego. Las mujeres de la casa Baenre estamos hechas de una materia más dura que las debiluchas de la casa Melarn. Saborea cada latido de tu corazón, necia, porque en el instante en que dejes de divertirme, tu vida terminará.

Quenthel la soltó y se alejó, reanudando su inquieto paseo por la polvorienta cámara. Danifae se levantó y se encaminó al mismo punto en que la había dejado Halisstra y se arrodilló para esperar.

Halisstra suspiró en el oscuro corredor, obligó a sus rígidas piernas a relajarse. No se había dado cuenta de lo tensa que estaba.

«Ahora, ¿qué debo hacer?», pensó.

Más de una vez había usado la belleza de Danifae para asegurarse favores. Si la llamaba para que le diera explicaciones por dirigirse a Quenthel en su ausencia, estaba segura de cómo respondería la muchacha. Danifae aduciría que sólo exploraba la opinión de Quenthel respecto a ella al fingir la mengua de su lealtad a la casa Melarn, una excusa plausible para acercarse a Quenthel, dadas las circunstancias. Danifae alegaría que le había dicho a Quenthel lo que quería oír, con objeto de dilucidar si había lugar para ella y su ama en la poderosa casa de la sacerdotisa. Era muy probable que terminara con sumisas disculpas y que le pidiera a Halisstra que le quitara la vida si sus acciones, de algún modo, habían desagradado a su noble ama.

Por otro lado, ¿no parecía igualmente probable que el acercamiento de Danifae a Quenthel fuese sincero? Si la criada encontraba un modo de escapar al vínculo mágico que la mantenía cautiva, necesitaría la aprobación de Quenthel, o, si no, su

libertad le costaría la vida. Era bastante posible que el mortal capricho de una sacerdotisa noble previniera a Danifae de buscar la liberación de su vínculo. Después de todo, si reclamaba su libertad y tentaba a Quenthel para que se la garantizara, la Baenre podría decidir matar a la presuntuosa muchacha. Cualquier drow se deleitaría en alentar los sueños de un esclavo, sólo para destruirlo por un mero instante de oscuro placer.

Sólo un día antes, Halisstra habría descrito a Danifae como una de sus más preciadas posesiones. No sólo estaba sujeta por una lealtad inquebrantable, sino que le servía de confidente, quizá de amiga... a pesar de que su devoción estuviera obligada por la magia. Habían compartido muchas diversiones y maquinado muchas intrigas. Danifae anhelaba acompañarla en su obligado exilio, se ofreció a compartir sus experiencias y continuar su servidumbre. Por supuesto que habría pagado un precio terrible si hubiera permanecido en la casa Melarn después de la huida de Halisstra, pero ¿era sincera?

—Aquí estoy, temerosa de enfrentarme o castigar a mi propia criada —suspiró Halisstra—. Desde luego, Lloth me ha bajado del pedestal.

Con la frialdad encerrada en el corazón, Halisstra volvió sobre sus pasos. Ya no estaba hambrienta, pero era necesario disipar las sospechas. Se dio media vuelta y avanzó hacia el lugar donde se escondía el grupo. Permitted que las suelas de sus botas arañaran las piedras cubiertas de arena para que susurraran su presencia en el aire sosegado de la cámara. Dejaría que Quenthel y Danifae creyeran que no había oído nada, pero de ahora en adelante las observaría de cerca.



Nimor Imphraezl se abrió camino entre los grandes palacios y las puntiagudas estalagmitas del Qu'ellarz'orl, cubierto con un *piwafwi* con capucha. Llevaba la insignia de un mercader, disfrazado como un plebeyo adinerado con negocios en la meseta de las casas nobles más arrogantes de Menzoberranzan. Era un pobre disfraz, pues cualquiera que se fijara en su paso confiado y porte altivo no lo confundiría por otra cosa que no fuera un noble drow. Aquella vestimenta era habitual entre los varones nobles que deseaban pasar desapercibidos. Ciertos conjuros que tenía a mano le bastarían para mostrar cualquier apariencia que deseara, pero Nimor había descubierto hacía tiempo que el más sencillo de los disfraces solía ser el mejor. La mayoría de las casas drows estaban guardadas por soldados que notarían la aproximación de alguien enmascarado bajo las redes de una ilusión, pero descubrir un disfraz mundano requería una vigilancia que algunos elfos oscuros habían olvidado.

Dejó atrás a un par de soldados Baenre que andaban en dirección opuesta. Los dos lo miraron con franca curiosidad y con no poco recelo. Nimor hizo una reverencia y les soltó una broma. Los jóvenes miraron atrás una o dos veces, pero

continuaron con sus asuntos. Los de Baenre se habían vuelto reacios a buscarse un problema a menos que estuvieran muy seguros de sí mismos. De todas formas, Nimor dio un rodeo o dos hasta su destino, para asegurarse de que no se les había metido en la cabeza seguirlo. Volvió sobre sus pasos por última vez como última precaución y se volvió hacia un palacio de altas murallas cerca del centro de la meseta. Se acercó a una puerta parecida a la de una fortaleza.

Era la casa Agrach Dyrr, la quinta casa de Menzoberranzan, encaramada entre torres como agujas, rodeada por un gran foso seco. Cada colmillo de roca estaba unido a su vecino por un elegante muro de roca reforzado por adamantita, delgado y fuerte. Arbotantes, bellos como dagas, unían las torres naturales con aquellas construidas por los drows, formando un denso grupo de minaretes y agujas en el centro de un complejo que se elevaba a decenas de metros por encima del suelo. Un puente sin barandillas cruzaba, en un elegante arco, el escarpado abismo que rodeaba la estructura.

Nimor subió al puente al descubierto y se acercó. Cerca del extremo contrario se encontró con varios espadachines y un par de magos que parecían competentes.

—Detente —exigió el que parecía ser el capitán—. ¿Quién eres y qué te trae a Agrach Dyrr?

El asesino se detuvo con una sonrisa en los labios. Sentía el gran número de instrumentos de muerte apuntados contra él, que podían acabar en su cabeza si pronunciaba una respuesta inoportuna.

—Soy Reethk Vaszune, un proveedor de ingredientes mágicos y reactivos —dijo mientras se inclinaba y extendía los brazos—. Me ha convocado el Viejo Dyrr para hacer negocios.

—El señor nos dijo que te esperaba, Reethk Vaszune —dijo el capitán—. Ven por aquí.

Nimor siguió al capitán a través de espléndidas salas de recepciones y altos salones. El capitán lo condujo a una pequeña sala de estar, decorada con exóticos corales y piedras calizas con los motivos de los kuo-toas, las criaturas pez que moraban en algunos de los mares subterráneos de la Antípoda Oscura. Lo bastante exótica para indicar la riqueza y el gusto de la casa, la habitación irradiaba arrogancia.

—Me han informado de que lord Dyrr se unirá a nosotros en breve —dijo el capitán.

Un momento después, una puerta oculta en la pared opuesta se abrió sin hacer ruido, y apareció el Viejo Dyrr. El anciano mago era decrepito, una rara visión para cualquier elfo, mucho menos para un drow. Se apoyaba en un báculo de madera negra, y su piel de ébano parecía delicada y fina como un pergamino. Una chispa brillante y fría ardía en el ojo del viejo mago, indicando reservas de ambición y

vitalidad sin explotar a pesar su avanzada edad.

—Nos alegramos de volverte a ver tan pronto, maese Reethk —dijo el anciano drow con una voz seca y quebrada—. ¿Has obtenido las cosas de que hablamos?

—Creo que estaréis satisfecho, lord Dyrr —dijo Nimor.

Echó una mirada al capitán de la guardia, que se la devolvió para asegurarse de que podía irse. Dyrr lo despidió con un gesto de la mano. Entonces el viejo mago hizo otro gesto, pronunció una palabra arcana y aisló la sala en una esfera de oscuridad que susurraba y gemía como si estuviera viva.

—Espero que me perdones, joven, si tomo medidas para asegurarme de que nuestra conversación es privada —murmuró el anciano drow—. Escuchar a escondidas parece ser tradición entre los de nuestra raza.

Arrastró los pies hacia una silla labrada llamativamente y se sentó, al parecer indiferente al hecho de darle la espalda a Nimor.

—Una sensata precaución —dijo Nimor.

«El viejo no me reconoce como una amenaza —pensó el asesino—. O es muy confiado (improbable) o se siente seguro. Si tiene tal confianza al aislarse conmigo, entonces tampoco conoce la medida de mi fuerza, o no tengo la medida de la suya.»

—Es seguridad, joven —dijo el mago—, y no me tienes tomada la medida, porque los dos somos más de lo que parecemos. —Dyrr volvió a soltar otra carcajada, un sonido áspero y húmedo—. Si, sé lo que piensas. No he llegado a esta avanzada edad sin tomar precauciones. Ahora, toma asiento. Nos olvidaremos de las tonterías y discutiremos de negocios.

Nimor extendió las manos en un gesto de aprobación y se sentó en la silla que había delante del viejo mago. Reordenó sus ideas con cuidado, escondió los secretos más oscuros en lo más profundo de su mente, un lugar que no recorrería en presencia de Dyrr, y se concentró en aquello que los ocupaba.

—¿Sin duda has oído lo de la desafortunada desaparición de la matrona de la casa Faen Tlabbar? —dijo el asesino—. ¿Y también de su hija Sil'zet?

—No me pasó inadvertido. Cuento con que los Tlabbar vayan gritando «asesinato» al consejo regente. Me pregunto qué reacción esperan de las demás matronas.

—Quizá estén sumidos en la tristeza —respondió Nimor.

Despacio, metió la mano en una bolsa, para que el mago notara la naturaleza deliberada de su movimiento. De ésta sacó un broche de platino, trabajado con el símbolo de la doble curva rayada de Faen Tlabbar, coronado por un rubí oscuro. Nimor lo dejó sobre la mesa.

—Es el broche de la matrona de la casa. Me lo quedé como recuerdo para ti. Espero que tu escudo sea bueno, lord Dyrr. Sin duda los magos Tlabbar buscarán este emblema con toda la magia de que disponen.

—Son niños torpes que andan a tientas en la oscuridad —murmuró Dyrr—. Hace quinientos años yo había olvidado más del Arte del que han descifrado todos los magos de la casa juntos durante sus años de entrenamiento.

Extendió una mano casi esquelética hacia el broche y lo sopesó.

—Estoy seguro de que tienes medios para confirmar la autenticidad de este broche —dijo Nimor.

—Oh, te creo, asesino. No creo que me engañes, pero lo examinaré más tarde, sólo para estar seguro.

El mago dejó el broche sobre la mesa y se recostó en la silla. Nimor esperó con paciencia mientras Dyrr se reclinaba, al tiempo que golpeaba ligeramente su vara con un dedo largo y delgado, esbozando una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Bueno —dijo el viejo mago al fin—, en nuestro encuentro anterior te pedí que demostraras el alcance y la habilidad de tu hermandad desprendiéndote de un enemigo de mi casa, y supongo que has hecho eso. Te has ganado que te preste atención. Así que, ¿qué quiere la Jæzred Chaulssin de la casa Agrach Dyrr?

Nimor rebulló y lanzó una mirada incisiva al mago. Dyrr tenía que estar muy bien informado para saber ese nombre. Muy pocos fuera de Chaulssin lo sabían. De hecho, Nimor evitó mencionarlo cuando se había entrevistado por primera vez con el anciano señor. Se preguntó qué pistas había dejado para que el mago las descifrara, y si se podía permitir que Dyrr supiera tanto.

—No te precipites, muchacho —lo previno Dyrr—. No dejaste escapar nada que yo no supiera. He sido consciente de la existencia de la casa de las Sombras desde hace mucho.

—Estoy impresionado —dijo Nimor.

—Al contrario, crees que soy un presuntuoso. —Dyrr se señaló la sien y mostró una sonrisa fría—. No soy dado a fanfarronadas o a suposiciones alocadas. Hace tiempo que distinguí un patrón de actividad que abarcaba un buen número de grandes ciudades de nuestra raza y deduje la existencia de una alianza secreta entre lo que en apariencia eran casas menores, todas famosas por las habilidades de sus asesinos, todas célebres por ser dirigidas por varones, todas aliadas secretas de las demás. Esas familias, que de otro modo acabarían devoradas por sus ambiciosas rivales matriarcales, sobrevivían gracias a la conveniente y violenta muerte de cualquier enemigo emergente.

»Aunque encuentro irónico que cualquier casa de la Jæzred Chaulssin tenga que considerarse el más malévolo de los traidores a la ciudad que tiene el infortunio de albergarla. Situar la lealtad a nuestra casa por encima de la debida a la ciudad no es un pecado muy importante, por supuesto, pero admitir un lazo de lealtad con una casa de otra ciudad, eso es algo muy distinto, ¿no es así?

—Pareces saber todos nuestros secretos —dijo Nimor, que mantuvo la mente en

blanco.

Estudió al mago con pies de plomo, intentaba no mostrar los cálculos que realizaba en su mente.

—No es del todo verdad —respondió Dyrr—. Daría mucho por saber cómo organiza tu hermandad sus casas, dónde reside vuestra verdadera fuerza y quién gobierna vuestra sociedad. Vuestro nombre proviene de la ciudad de Chaulssin, que se perdió en la sombra hace muchos siglos. Me pregunto el significado de esa denominación.

«Sabe más de lo que podemos permitirnos», pensó Nimor.

Lanzó una mirada incisiva al viejo mago al darse cuenta de que Dyrr habría percibido el pensamiento. El anciano mago lo estudió con su mirada lánguida e inclinó la cabeza. El asesino recobró el dominio sobre su mente y decidió cambiar de tema.

—Por el bien de nuestra amistad, te pido respetuosamente que no hagas nada con tus conocimientos que llame la atención. Estamos convencidos de que es mejor que nuestros secretos mantengan esa condición.

—Haré lo que me plazca. Sin embargo, no deseo ganarme vuestra enemistad. Creo que sería inapropiado tener a la Jazred Chaulssin como enemigo.

—No es sólo inconveniente, lord Dyrr. Es siempre fatal.

—Quizá. En cualquier caso, guardaré vuestros secretos.

El viejo drow rió levemente, mientras se agarraba a la vara con sus manos marchitas.

—Ahora, vamos a nuestros negocios, joven. Tú y tus socios demostrasteis no poca habilidad en el asesinato de la matrona Tlabbar, el enemigo de mi casa. Muy bien, estoy impresionado. ¿Qué quieres de Agrach Dyrr?

—Necesito un aliado en Menzoberranzan, lord Dyrr, y tengo la firme sospecha de que tú podrías serlo. —Nimor se inclinó hacia adelante, con una sonrisa artera en los labios—. Los hechos que están ocurriendo en esta ciudad conducirán a la ruina de las casas que os aventajan. Si escoges formar parte de esos hechos, descubrirás que la casa Agrach Dyrr tiene una gran oportunidad para organizar la ciudad como le plazca. Creemos que nos puedes ayudar a dirigir Menzoberranzan en los tiempos difíciles que nos esperan.

—¿Y si nos negamos, moriremos?

Nimor se encogió de hombros.

—Dada la incertidumbre de la situación —dijo Dyrr—, soy reacio a abrazar una causa de la que sé poco.

—Comprensible. Por supuesto, es elucubrar, pero espero que reconozcas la sabiduría, en estos tiempos inciertos, de dar pasos decididos y enérgicos para que se haga realidad lo que desees ver. Impón tu visión en los hechos, en vez de permitir que

limiten tu imaginación.

—Es fácil decirlo, joven, pero es más difícil llevarlo a cabo —dijo Dyrr.

El anciano mago permaneció callado largo rato, observando al enjuto asesino con ojos maliciosos, sin pestañear. Nimor afrontó su mirada sin miedo, pero volvió a preguntarse qué fuerza ocultaba el mago. Dyrr sonrió de nuevo, sin duda leía sus pensamientos, y se movió en su asiento.

—Muy bien, príncipe de Chaulssin. Has despertado mi curiosidad. Explica con exactitud lo que quieres decir y lo que planeas, y te diré si la casa Agrach Dyrr está dispuesta a apoyar tus temerarias acciones o no.



—Juntaos más, queridos amigos —dijo Pharaun con tono obsequioso—, y os diré unas cosas que sería bueno que recordarais mientras caminamos por las sombras.

El mago se mantuvo seguro de sí en el centro de la cámara, con los brazos cruzados, sin mostrar un ápice del cansancio o desaliento por los desesperados combates de ese mismo día. Tras salir de su ensueño poco antes del ocaso, se había pasado casi una hora preparando una docena de conjuros de su colección de tomos de viaje.

Aunque nadie hizo amago de acercarse al mago, todos centraron su atención en él. Pharaun sonrió de placer, satisfecho como nunca de ser el centro de atención. Enlazó las manos a la espalda como si disertara para principiantes de Sorcere.

—Cuando estemos preparados, os conduciré por un sendero que pasa alrededor del Margen; los bordes del plano de las sombras. Viajaremos bastante rápido y, por lo menos, inconvenientes menores, como montañas heladas, monstruos hambrientos y humanos cabezotas, no nos molestarán. Calculo que tardaremos de diez a doce horas en alcanzar Mantol-Derith, siempre que no nos perdamos u os conduzca a una horrorosa muerte en un plano lejos de Faerun.

—No es que me alientes mucho, Pharaun —suspiró Ryld.

—Oh, nunca me he perdido en las Profundidades de la Sombra, ni conozco a un mago que lo haya hecho. Por supuesto, no volvería a saberse nada de un tipo tan desafortunado, así que, quizá, un accidente al caminar por las sombras explicaría la desaparición de un joven mago que conocí...

—Ve al grano —le espetó Quenthel.

—De acuerdo. Hay dos cosas importantes que recordar, para aquellos de vosotros que os enfrentéis a esta proeza. Primero, aunque no debemos temer dificultades en ese mundo, no tenemos una protección especial ante los peligros del Plano de las Sombras. Hay seres en ese lugar que se opondrán a nuestro viaje si topan con nosotros... Me encontré con una de esas criaturas la última vez que viajé de esta manera, y estuvo a punto de ser la última de mis maravillosas aventuras.

»Segundo, y más importante, no me perdáis de vista. Permaneced cerca y seguidme diligentemente. Si perdéis contacto conmigo mientras atravesamos el Plano de las Sombras, es muy probable que vaguéis por sus sombríos eriales durante toda la eternidad; o hasta que algo terrible os devore, lo que es muy posible que suceda bastante antes. Mi atención debe permanecer en el conjuro y en guiarme por el Margen, así que no me distraigáis, a menos claro, que yo no os guste, en cuyo caso sentíos libres de pasear por las Profundidades de la Sombra a vuestro antojo.

—¿Podrán seguirnos las lamias? —preguntó Ryld, con un ojo puesto en el corredor que llevaba a la ruinas del exterior.

—No, a menos que tengan un mago tan culto y encantador como yo, que conozca un conjuro que le permita seguir el rastro de los caminantes de las sombras, cosa que no creo. —Pharaun sonrió—. Podrás librarte del polvo de la superficie, amigo Ryld. No te preocupes más de los peligros de este lugar y guárdate la inquietud para lo que podríamos encontrar en el Margen. —El mago miró a su alrededor, y asintió—. Muy bien, entonces. Asíos las manos (tenemos a Jeggred, tú puedes agarrarlos a todos a la vez, ¿no?) y permaneced quietos mientras lanzo el conjuro.

Pharaun levantó los brazos y pronunció una serie de palabras arcanas.

Halisstra se quedó entre Danifae y Valas, con las manos enlazadas. El gran corredor subterráneo se hizo más oscuro, si tal cosa era posible en una habitación sin ninguna iluminación y bajo tierra. Los drows veían bastante bien en los lugares más lóbregos, pero a Halisstra le pareció como si algún tipo de oscuridad se cerniera sobre ellos. A primera vista, parecía que Pharaun había tenido éxito al conjurar la oscuridad alrededor del grupo, pero cuando estudió el entorno con más detenimiento, se dio cuenta de que ya no estaban en Faerun. Un frío sobrenatural, que irradiaba del polvo helado bajo sus pies, les roía la piel al descubierto. Las columnas altas y llenas de runas que bordeaban el lugar eran caricaturas retorcidas que surgían de un modo extraño del suelo de la sala.

—Raro —murmuró Halisstra—. Esperaba algo... diferente.

—Este es el mundo de la sombra, querida —dijo Pharaun. Su voz parecía plana y distante, a pesar de que estaba a dos pasos de ella—. Este plano no tiene sustancia. Está hecho de los ecos de nuestro mundo y otros lugares más extraños. Estamos entre las sombras de las ruinas, pero no son las mismas que atravesamos hace poco. Las lamias y sus acólitos no existen aquí. Ahora, recuerda, mantente cerca y no me pierdas de vista.

El mago se puso en marcha por el corredor que conducía a la superficie. Halisstra pestañeó sorprendida. Sólo dio un pequeño paso mientras se alejaba del grupo, pero de pronto estaba al otro lado de la cámara, y un segundo paso la llevó mucho más lejos del pasillo del exterior. Se apresuró para no perder de vista al mago, pero descubrió que un simple paso provocaba que la sala se desdibujara en las sombras.

Ahora estaba tan cerca de Pharaun que tuvo que reprimir el impulso de separarse, para no quedarse rezagada.

—Me siento halagado por tu interés, querida —dijo el mago divertido por su incomodidad—, pero no necesitas estar tan cerca. —Soltó una suave carcajada—. Da un paso cuando yo lo haga y andarás con más facilidad.

Dio varios pasos medidos y lentos, mientras permanecía un poco retrasada. El resto del grupo no tardó en pillar el truco y en un momento todos marchaban juntos por las polvorientas calles de Hlaungadath bajo un cielo frío y sin estrellas. Cada paso parecía catapultar a Halisstra tres, quizá cinco, metros por el impreciso terreno. Las formas negras de edificios en ruinas se inclinaban amenazadoras desde todos los ángulos, sobre las calles, como si cercaran a los viajeros, para acabar como oscuros borrones a cada paso.

Lejos de los muros en ruinas, Pharaun se detuvo un momento para observar al grupo. Hizo un gesto hacia la extensión del desierto que llevaba a las frías montañas del oeste y se puso en marcha con prontitud. Impuso un ritmo rápido que contradecía sus melindres y su aversión a las dificultades de los viajes. Al final, Halisstra se vio capaz de extender las piernas y empezó a entender lo rápido que se movían. En cinco minutos de caminata dejaron muy atrás el emplazamiento de la ciudad netherina, que pasó a ser una mancha oscura en las confusas arenas. En media hora, las montañas, un lejano muro de picos coronados de nieve desde las calles de Hlaungadath, se alzaban ante ellos como un baluarte de negrura. Caminar por las sombras los ayudó a superar lo más difícil del camino. Sin dudar, Pharaun dio un paso por encima de un barranco como si no existiera. La magia del conjuro y el extraño plano por el que avanzaban llevó su pie al otro lado del obstáculo. Escalar las largas y escarpadas cuevas que subían a las montañas no era más difícil que dar pasos de piedra a piedra en un riachuelo.

—Dime, Pharaun —dijo Quenthel al cabo del rato—, ¿por qué nos arrastramos durante kilómetros de peligrosos túneles de Antípoda Oscura para llegar a Ched Nasad, cuando podías usar este conjuro para acortar nuestro viaje?

Halisstra percibía la ira oculta en la voz de la Baenre, incluso en la lobreguez y desesperanza del Margen Sombrío.

—Por tres razones, bella Quenthel —respondió Pharaun, sin apartar los ojos del camino invisible que seguía—. Primero, no me pediste que hiciera tal cosa. Segundo, los magos de Ched Nasad dispusieron ciertas defensas contra intrusiones de este tipo. Y por último, como dije antes, el Margen es un lugar peligroso. Sólo lo sugerí después de que todos acordáramos que avanzar durante meses por el mundo de la superficie bañado por el sol era una perspectiva poco halagüeña.

Quenthel pareció reflexionar sobre las palabras del mago, mientras las montañas se tambaleaban y retorcían, y unos árboles negros empezaban a surgir a su alrededor.

—En el futuro —dijo la matrona de Arach-Tinilith— espero de ti que, por voluntad propia, me transmitas información útil o sugerencias en el momento oportuno. Tu reticencia a dar información podría costarnos la vida. ¿Vale eso el magro placer que obtienes de saber cosas que nosotros ignoramos?

Los dientes del maestro de Sorcere brillaron en su oscura cara y siguió adelante sin dar una respuesta. Durante algún tiempo dedicó su atención a orientarse. Como Pharaun era, en circunstancias normales, el más locuaz de todos, el esfuerzo de concentrarse en su conjuro hizo que el grupo permaneciera inusualmente silencioso. Su marcha era atenta, concentrada, y serpenteaban en silencio, y en fila, mientras el insondable viaje a través de la oscuridad se extendía en lo que podrían ser horas o incluso días. Halisstra descubrió que empezaba a creer que ése era el mundo real, la verdadera sustancia de las cosas, y que la insulsa y trivial rigidez de su mundo era la ilusión. Descubrió que no le importaba demasiado ese pensamiento.

Mucho tiempo después, Pharaun levantó la mano y se detuvo. Estaban sobre un puentecito de piedra gris, que se arqueaba sobre un profundo barranco por el que fluía un arroyo oscuro y burbujeante. Cerca, las negras murallas de una ciudad abandonada se recortaban en el cielo sin luz, un lugar que parecía más una fortaleza que una población, sus gruesos muros perforados por puertas defendidas por torreones.

—Estamos a medio camino de nuestro destino —dijo Pharaun—. Sugiero un descanso de media hora y quizá comer lo que nos queda. Deberíamos reabastecernos de provisiones cuando lleguemos a Mantol-Derith.

—¿Qué lugar es ése? —dijo Ryld señalando el castillo abandonado.

—¿ése? —Pharaun lo miró de reojo—. ¿Quién sabe? Quizá es el eco de una ciudad de la superficie en este mundo o quizá el reflejo de otra realidad, todo junto. La Sombra es así.

La compañía se reunió junto al pretil de piedra del puente y comieron con desgana sus menguantes provisiones. El frío omnipresente del lugar absorbió la calidez del cuerpo de Halisstra, como si las piedras que había bajo ella se alimentaran de su vida. La tristeza asfixió sus almas, acalló cualquier intento de conversación y dificultó el pensar con algún grado de agudeza. Cuando llegó el momento de volver a ponerse en marcha, Halisstra se sorprendió de la apatía que se había apoderado de sus extremidades. Tenía pocas ganas de hacer cualquier cosa, excepto desplomarse en el suelo y quedarse quieta, arropada por las sombras. Sólo un decidido y concentrado esfuerzo de voluntad hizo que se pusiera de nuevo en movimiento.

Ya habían emprendido el camino hacia la noche oscura y se habían alejado del viejo puente cuando Halisstra se dio cuenta de que los seguían. No estaba segura de ello, al principio. Fuera lo que fuese era sigiloso, y la confusión que reinaba en la Sombra le hacía dudar de si en realidad había oído algo o no. Aquello parecía susurrar y reír con disimulo, una presencia que se delataba con una perturbación del

aire quieto, una débil ráfaga del viento a sus espaldas. Se volvió y observó el camino, en busca del perseguidor, pero no vio más que las cansadas expresiones de sus compañeros.

Valas abandonó la retaguardia y levantó la mirada hacia ella mientras se acercaba. *¿También lo sientes?*, dijo en el lenguaje de signos.

—¿Qué es? —se preguntó Halisstra en voz alta—. ¿Qué clase de seres viven en un lugar como éste?

—Seres a los que Pharaun tiene razones para temer —le respondió el explorador, encogiéndose de hombros en señal de abatimiento—, cosa que me alarma. —Y se volvió hacia el resto del grupo. Halisstra se quedó pasmada al ver lo lejos que se habían alejado en los pocos momentos que se había detenido para vigilar—. Vamos, no queremos que nos dejen atrás. Quizá lo que nos acecha se contentará con seguirnos.

Se apresuraron a alcanzar a los demás... y en ese momento su perseguidor atacó. De las sombras surgió una tremenda figura hecha de oscuridad, un gigante negro y sin rostro que medía más de seis metros de altura. A pesar de su gran tamaño, se movía rápido y en silencio, con una elegancia extraña. Dos óvalos de plata dibujaban sus ojos, y unas garras largas y delicadas se extendían hacia Halisstra y Valas. Sus sibilantes murmullos llenaron sus mentes con cosas horribles, como pálidos gusanos que se arrastraran entre carne podrida.

—¡Pharaun, espera! —gritó Halisstra.

Tanteó en busca de la maza mientras el gigante oscuro se acercaba. A su lado, Valas maldecía y desenvainaba sus kukris, ya en posición de combate. La criatura irradiaba un frío nauseabundo y tangible, como el que fluía en todo el plano pero mucho más concentrado y malévolo. El gigante oscuro relució, adquiriendo una apariencia casi oleosa, y saltó hacia adelante como una exhalación.

Antes de que Halisstra fuera capaz de gritar otra advertencia, un golpe la tiró al suelo. El ser se volvió para centrar su terrible mirada en Valas. El explorador de Bregan D'aerthe chilló de terror y desvió la mirada, se le cayó un kukri y el otro también se le desprendió de la mano.

Jegfred bramó un grito de desafío y saltó hacia el monstruo, con las garras extendidas. El gigante oscuro aplastó al draegloth contra el suelo con un golpe de su negra mano. El demonio se revolvió para ponerse en pie y saltó para dibujar surcos profundos en los muslos y el abdomen del coloso, con la idea de destripar a la criatura, pero las heridas se cerraron después de que las garras pasaran a través de la piel de aquel ser. Jegfred aulló de frustración y redobló su inútil ataque.

—¡Aléjate, idiota! —gritó Pharaun—. Es un caminante de las sombras. Necesitas una magia muy poderosa para herirlo.

El mago pronunció un apresurado conjuro, y un rayo de electricidad verde salió

disparado para impactar a la criatura en el torso; pero la nociva energía atravesó la piel negra del monstruo sin causar daño.

«Vuestros conjuros son inútiles —susurró una voz oscura y terrible en la mente de Halisstra—. Tus armas también. Eres mía, insensata drow.»

Se enderezó y cargó con la maza en alto. El arma era mágica, y esperaba que fuera lo bastante poderosa para herir a la criatura. Un brazo largo con garras mortíferas la atacó, pero Halisstra se dejó caer al suelo y golpeó la rodilla del caminante de las sombras. Con un crujido agudo y un estallido de luz, el arma explotó con la fuerza de un trueno. El caminante de las sombras no profirió un solo sonido, pero su rodilla se dobló, y se tambaleó.

El látigo de Quenthel siseó en el aire, azotando la cara de la criatura. Las víboras rasgaron y mordieron la negra carne, dejando unas importantes heridas, pero pareció que al monstruo no le afectaba el veneno mortal que impregnaba el arma. Aparentemente, incluso la ponzoña más virulenta no causaba mella en la materia sombría.

Ryld, en un giro, atacó al monstruo con su resplandeciente mandoble. El caminante de las sombras extendió un brazo para apartar el arma, pero el maestro de Melee-Magthere saltó hacia atrás y cortó la mitad de la mano de la criatura con un golpe brutal. El caminante de las sombras soltó un grito mudo, su angustia se clavó en las mentes de todos. Hizo caso omiso de los demás y concentró su mirada maligna en Ryld, e invocó un vapor atroz y oscuro que emergió de la tierra bajo sus pies y que les nubló la visión.

Halisstra caminó a tientas entre la niebla oscura, en busca del monstruo. El vapor abrasó su nariz como el vitriolo y le irritó los ojos. Quemaba como el fuego. Persistió y advirtió que el gigante estaba cerca de ella. Levantó la maza y golpeó de nuevo, esta vez a las piernas de la criatura. Cerca, oyó el chasquido del látigo de Quenthel, que laceraba la piel oscura de la bestia. Unas enormes garras negras surgieron de la niebla y arañaron el escudo de Halisstra, que cayó al suelo.

—¡Está aquí! —gritó, con la esperanza de atraer a alguien más al combate, pero la bruma acida le quemaba la garganta como si de fuego se tratara.

Entornó los ojos cuanto pudo y golpeó al monstruo. La ponzoñosa voluntad del caminante de las sombras se posó sobre ella como una manta de locura. Quería quebrar su cordura, pero resistió el nuevo asalto, atacando una y otra vez.

La espada de Ryld acuchillaba las tinieblas como una navaja blanca, provocando heridas en el cuerpo de la criatura de sombra. Un fluido negro salpicó como gotas de veneno, y los susurros telepáticos del caminante de las sombras se elevaron hasta un alarido mental que llevó a Halisstra al borde de la locura... Y se hizo el silencio.

De repente sintió cómo el ser perdía sus contornos, su cuerpo explotaba y formaba una neblina oscura y apestosa que se disipó en las sombras.

Halisstra aún mantenía la boca cerrada ante los vapores venenosos que la criatura había levantado y salió a cuatro patas de la nube, en busca de aire. Su pecho ardía como si hubiera respirado azufre fundido. Cuando al final se vio capaz de abrir los ojos y prestar atención a lo que la rodeaba, descubrió que a la mayor parte del grupo le había ido un poco mejor que a ella.

Ryld se sentó sobre una roca, con la espada apoyada en el suelo, exhausto. Quenthel estaba cerca, con las manos en las rodillas, tosiendo.

—¿Es eso lo que te encontraste la otra vez? —dijo la suma sacerdotisa cuando pudo articular palabra.

El mago asintió.

—Caminantes de las sombras. Vagan por el Margen. Criaturas muertas de las tinieblas, el mal personificado. Y como has visto, pueden ser... formidables.

La matrona de la Academia se puso en pie y guardó el látigo en el cinturón.

—Creo que entiendo por qué vacilaste en ofrecer este método de viaje —dijo.

A pesar de su cansancio, el mago se limpió las ropas.

—Cuidado, Quenthel —dijo en tono burlón—, casi admites que soy útil.

La suma sacerdotisa frunció el entrecejo y se irguió con orgullo. Era evidente que no le interesaba ser blanco del sentido del humor del mago. Pharaun hizo un gesto muy elocuente señalando la amorfa oscuridad que tenían por delante. Parecía no percibir la fulminante mirada que le dedicaba Quenthel.

—Nuestro camino nos conduce hacia la sombra de nuestra Antípoda Oscura —dijo—. Sugiero que redoblemos esfuerzos y acabemos nuestro viaje pronto, pues podría haber más caminantes de las sombras alrededor.

—Eso es una idea condenadamente buena —refunfuñó Ryld—. ¿Cuánto queda?

—No más de una hora, quizá dos —respondió Pharaun.

El mago esperó mientras los elfos oscuros se levantaban y se situaban tras él. Ryld y Valas, los dos que habían soportado la virulencia de la mirada terrorífica del caminante de las sombras, parecían exhaustos y mostraban una tez cenicienta. Apenas eran capaces de mantenerse en pie.

—Vamos —dijo Pharaun—. Mantol-Derith no es Menzoberranzan, pero será el lugar más civilizado que hemos visto en días, y no es probable que alguien quiera matarnos.

»Al menos de inmediato.

capítulo



cinco

Nada más los molestó durante el resto del viaje. Salieron del Margen poco después del ataque del caminante de las sombras y reaparecieron en Faerun, en el fondo de un desfiladero subterráneo. Las paredes estaban marcadas con varios signos y mensajes de aquellos que se habían detenido allí. Era evidente que era un lugar de acampada habitual, cerca de la caverna de los mercaderes. El grupo descansó allí unas horas, tratando de quitarse de encima el frío insidioso del Margen Sombrío. Después de descansar, abandonaron la sima y entraron en una larga caverna, un túnel de paredes desbastadas, con alguna que otra cueva, que atravesaba kilómetros de oscuridad.

Valas condujo al grupo, ya que estaba familiarizado con el lugar y la ruta que seguían. Después de los cielos ardientes de la superficie y la miserable penumbra del plano de las sombras, los peligros rutinarios de la Antípoda Oscura les parecieron viejos amigos. ése era su mundo, el lugar al que pertenecían, incluso para aquellos pocos que raramente se aventuraban fuera de sus ciudades.

Después de marchar unos dos kilómetros, Valas solicitó una parada breve y se arrodilló para bosquejar un tosco mapa en el polvo del suelo del túnel.

—Mantol-Derith está a un kilómetro de aquí. Recordad, es un lugar de comercio y alianzas con otras razas. No gobernamos Mantol-Derith (nadie lo hace), y sería prudente que evitáramos ofender a cualquiera que nos encontráramos, a menos que busquéis una pelea, lo que nos haría perder tiempo y recursos.

»Además, he pensado en la mejor manera para abrirnos camino desde la caverna de comercio hasta las posesiones de la casa Jaelre en el Laberinto. Nuestro camino debe atravesar el dominio de Gracklstugh, la ciudad de los enanos grises.

—Bajo ninguna circunstancia nos acercaremos a Gracklstugh —dijo Quenthel al instante—. Los duergars destruyeron Ched Nasad. No veo la razón de presentarme en sus dominios para que nos maten.

—Tenemos pocas opciones, matrona —dijo Valas—. Estamos al nordeste del reino duergar, y el Laberinto está a varios días al suroeste de la ciudad. No podemos rodear la ciudad por el norte porque el Lagoscuro está en medio, y los duergars patrullan sus aguas. Rodearla por el norte nos costaría casi tres semanas de difícil ruta que no conozco demasiado bien.

—¿Entonces, por qué hemos venido por este camino? —murmuró Jeggred—. También podríamos haber vuelto a Menzoberranzan.

—Bueno, por una cosa, Gracklstugh aún está entre nosotros y la casa Jaelre. Tanto si estamos en Mantol-Derith o en Menzoberranzan —respondió Pharaun. Señaló tres puntos en el tosco mapa de Valas—, tendríamos que tratar con los enanos grises. La cuestión es si nos atrevemos a atravesar Gracklstugh o no.

—¿Serías capaz de llevarnos más allá de la ciudad caminando por las sombras? —preguntó Danifae.

—Nunca he viajado más allá de Mantol-Derith en esa dirección —dijo Pharaun con una mueca—, y ese tipo de viaje es más útil cuando vas a un destino conocido. En cualquier caso, no me sorprendería descubrir que los duergars han cerrado su reino a la entrada de viajeros por los otros planos.

—¿Estamos seguros de que los enanos grises rechazarán nuestra presencia? —preguntó Ryld—. Los mercaderes de Menzoberranzan viajan a Gracklstugh bastante a menudo, y los duergars traen sus mercancías al bazar de Menzoberranzan. Es posible que Gracklstugh no tenga nada que ver con los mercenarios duergars que atacaron Ched Nasad.

—No he oído nada que me sugiera que deberíamos arriesgarnos a entrar en Gracklstugh —dijo Quenthel. Hizo un gesto lacónico con la mano, acallando el debate—. Prefiero no apostar por la hospitalidad de los enanos grises, al menos después de la caída de Ched Nasad. Rodearemos la ciudad por el norte, y confiaré en maese Hune para que encuentre un camino.

Halisstra miró a Ryld y Valas. El explorador se mordía el labio, preocupado, mientras el maestro de armas, resignado, bajaba los ojos.

—¿Estamos a dos o tres kilómetros de la caverna conocida como Mantol-Derith? —preguntó Halisstra señalando el mapa.

—Sí, señora —respondió Valas.

—¿Y escojamos el camino que escojamos, tenemos que pasar por ese lugar?

El explorador de Bregan D'aerthe asintió de nuevo.

—Entonces quizá deberíamos ver lo que descubrimos en la caverna de comercio antes de tomar una decisión —propuso Halisstra. Sentía los ojos de Quenthel sobre ella, aunque no miró a la de Baenre—. Podría haber mercaderes duergars allí que arrojaran algo de luz a la cuestión. Si no, bueno, de cualquier modo tendremos que aprovisionarnos antes de partir a las zonas yermas de la Antípoda Oscura.

—Hicieron el trabajo de Gracklstugh cuando destruyeron la ciudad —dijo Quenthel Baenre en tono sombrío. Se enderezó y puso los brazos en jarras, mientras miraba el bosquejo del suelo. Pensó un momento y luego, enojada, lo borró con el pie—. Entonces vamos a ver lo que descubrimos en Mantol-Derith. Sospecho que el tiempo es esencial, y si podemos ahorrarnos un desvío de veinte o treinta días para evitar la ciudad, deberíamos hacerlo; pero si oímos algo que indique que Gracklstugh tiene algo que ver con lo sucedido, iremos por los túneles.

Valas asintió.

—Muy bien, matrona, sospecho que podremos arreglar nuestra entrada a menos que los duergars estén en guerra abierta con Menzoberranzan. He tratado antes con enanos grises, y no hay nada que no vendan por un buen precio. Buscaré un guía duergar en Mantol-Derith y veré lo que descubro.

—Bien —dijo Quenthel—. Llévanos hasta los duergars, y haremos...

—No, matrona, nosotros no —dijo el explorador. Se puso en pie y se limpió las manos—. La mayoría de los duergars sienten poca simpatía por los drows, y mucho menos por nobles, e incluso menos por las sacerdotisas de la Reina Araña. Tu presencia sólo complicaría las cosas. Sería mejor que llevara yo mismo las negociaciones.

Quenthel frunció el entrecejo.

Jeggred, que estaba cerca de ella, refunfuñó.

—Lo seguiré y no lo perderé de vista, matrona.

—Si una sacerdotisa de Lloth pone nervioso a un enano gris, ¿qué crees que pasaría contigo? —dijo Pharaun después de soltar una repentina carcajada.

El draegloth se irguió, pero Quenthel sacudió la cabeza.

—No —dijo—, tiene razón. Buscaremos un lugar donde esperar y quizá obtengamos noticias mientras Valas se cuida de los detalles.

Reanudaron la marcha y pronto llegaron a Mantol-Derith. El lugar era mucho más pequeño de lo que esperaba Halisstra, una caverna de no más de diecinueve o veinte metros de altura y quizá el doble de anchura, aunque serpenteaba varios cientos de metros. Estaba acostumbrada a la inmensidad del gran desfiladero de Ched Nasad, y las historias que había oído de otros lugares civilizados bajo tierra a menudo hablaban de tremendas cavernas de kilómetros de un lado a otro. Mantol-Derith no sería más que una caverna lateral de una ciudad drow.

Además, estaba mucho menos abarrotado de lo que habría esperado. Los mercados en su ciudad natal siempre estaban llenos, atestados de drows normales o esclavos de nobles atareados. Del mercado de una ciudad drow por lo general emanaba trabajo, energía y actividad, incluso si esas cualidades estaban particularmente distorsionadas para encajar con los gustos estéticos de una sociedad drow. Mantol-Derith era, en comparación, silencioso e imponente. Aquí y allá, en toda la longitud de la caverna, se sentaban pequeños grupos de comerciantes, sus mercancías encerradas en cofres detrás de ellos en vez de expuestas. Nadie gritaba o regateaba o reía. Los negocios que se traían entre manos parecía que se llevaba a cabo entre susurros y sombras.

En Mantol-Derith se reunían criaturas de muchas razas. Unos cuantos mercaderes drows aguardaban en las esquinas de la caverna, la mayoría de Menzoberranzan, si Halisstra interpretaba correctamente los blasones de las mercancías. Los ilitas se

movían sin problemas de un sitio a otro, su piel color malva refulgía con un brillo húmedo, y retorcían sus tentáculos bajo las cabezas de cefalópodo. Un puñado de hoscos svirfneblin se apiñaban en una parte, mirando a los drows con resentimiento. Por supuesto, también los duergars estaban presentes en buen número. Bajos y de hombros anchos, los huesudos enanos grises se reunían en reservadas sociedades y conversaban entre ellos en voz baja en su lengua gutural.

Halisstra seguía a Pharaun, al tiempo que estudiaba a cada grupo a medida que los dejaban atrás. Percibió que el mago intercambiaba señales discretas con Valas mientras se internaban en el mercado.

—No hay muchos mercaderes hoy —comentó el mago—. ¿Dónde estarán todos?

—El caos en Menzoberranzan ha traído pocos compradores —respondió Valas después de mirar de soslayo para asegurarse de que Quenthel no miraba—. Pocos compradores significan pocos vendedores. Parece que la anarquía no es buena para los negocios.

El explorador se volvió para mirar a un grupo cercano de duergars.

—Seguid adelante —dijo casi sin volverse—. Hallaréis alguna posada un poco más lejos. Nos encontraremos allí.

Se acercó a los enanos grises en silencio, mientras hacía un extraño saludo con las manos unidas y se sumaba a los susurros de los mercaderes duergars. El resto del grupo continuó.

Encontraron la posada a la que se refería el explorador en una malsana cueva cerca del extremo sur de Mantol-Derith. Allí, una hosca enana gris aterrorizaba a un puñado de esclavos goblins, obligándolos sin compasión a hacer una tarea tras otra. Varios fuegos crepitaban sin orden ni concierto en la zona, calentando ollas de un espeso estofado, atendidos por los atosigados cocineros. Otros esclavos se afanaban en escanciar los toneles de cerveza de hongos o la cerveza dorada robada en la superficie, y servían a los silenciosos parroquianos que se reunían alrededor de los fuegos, sentados en rocas planas dispuestas como sillas. Unas puertas macizas de fibra de hongo petrificado o chapa de acero oxidada cerraban hendiduras en las paredes. Halisstra supuso que llevaban a las habitaciones de la posada. Las cámaras debían ser muy seguras con esas puertas, aunque no era capaz de imaginar su comodidad.

—Qué... rústico —dijo Halisstra.

Por un instante le pasó por la cabeza si su destino sería vivir el resto de su destierro agazapada en un cuchitril parecido.

—Es aún más encantador que la última vez que estuve aquí —dijo Pharaun con una sonrisa forzada—. La enana de allí se llama Dinnka. Descubrirás que esta posada sin nombre al borde del camino es uno de los mejores alojamientos disponibles en Mantol-Derith. Tendrás comida, fuego y refugio (tres cosas difíciles de conseguir en

los yermos de la Antípoda Oscura), y pagarás una pequeña fortuna por ello.

—Supongo que será mejor que descansar en unas ruinas de la superficie infestadas de monstruos —dijo Quenthel.

Encabezó la marcha mientras el grupo se acercaba a uno de los fuegos. Un trío de osgos ocupaba los asientos. Por lo que parecía eran mercenarios de cierto nivel, a juzgar por la calidad de sus armaduras. Las peludas criaturas estaban ensimismadas en sus jarras de cerveza de hongo y mordían muslos de carne de rote. Uno a uno, los fornidos guerreros levantaron la mirada mientras los cinco drows y Jeggred se acercaban. Quenthel cruzó los brazos y miró a las criaturas con desprecio.

—¿Y bien? —dijo.

Los osgos gruñeron, dejaron la cerveza y la comida, al tiempo que llevaban las manos a las empuñaduras de las hachas que sobresalían de sus cinturones. El movimiento llamó la atención de Halisstra. Osgos con dos dedos de frente habrían abandonado los asientos de inmediato, casi en toda la Antípoda Oscura. No eran esclavos drows (era evidente que no, si estaban en Mantol-Derith), pero ella se había aventurado por lugares parecidos cerca de Ched Nasad las suficientes veces para comprender que criaturas como los osgos aprendían rápido a dejar paso a los habitantes de la Antípoda Oscura verdaderamente peligrosos, como los elfos oscuros nobles.

—¿Bien, qué? —refunfuñó el más grande de los tres—. Te costará más de un chiste que dejemos los asientos.

—¿Crees que puedes hacer que nos levantemos? —añadió otro osgo—. Los elfitos no asustan tanto como antes, sabes. Quizá tengas que demostrarnos por qué vamos a hacer lo que dices.

Quenthel esperó un momento.

—Jeggred —dijo al cabo de unos instantes.

El draegloth dio un salto y levantó al primer osgo. Con los dos brazos más pequeños le bajó las manos para evitar que sacara las armas que tenía en el cinturón. Le sujetó la cabeza con una de las garras y la otra se la hundió en la cara. El mercenario chilló algo en su grosero lenguaje y forcejeó con el draegloth. Jeggred sonrió, fijó las zarpas en la cabeza del monstruo y tiró hacia atrás con fuerza, de forma que arrancó la parte delantera del cráneo del osgo. Sangre y cerebro salpicaron a sus compañeros, que se pusieron en pie mientras sacaban hachas y espadas.

Jeggred bajó un poco el cuerpo que se agitaba y miró a los otros dos.

—¿El siguiente? —dijo con voz meliflua.

Los dos osgos que quedaban se apartaron y huyeron aterrorizados. Jeggred sacudió la cabeza, arrojó el cuerpo a un lado y tomó asiento ante el fuego. Se sirvió un trozo de asado dejado por un osgo y levantó una de las jarras con la otra mano.

—Osgos... —murmuró.

—¡Eh, tú!

La arisca posadera duergar (Dinnka) corrió hacia ellos, con expresión de disgusto.

—Esos tres aún no habían pagado la cuenta —se quejó—. Por los nueve infiernos, ¿cómo conseguiré ahora que me paguen lo que me deben?

Ryld se encorvó y le quitó la bolsa al osgo. Se la tiró a Dinnka.

—Ajusta cuentas con esto —dijo el maestro de armas—, y lo que queda va para nuestra ronda. Querremos buen vino y más comida.

La duergar asió la bolsa, pero no se movió.

—No me gusta que asustéis a parroquianos que pagan, drow. Ni que los matéis. La próxima vez asesinad en vuestra casa, donde toca.

Se alejó, mientras ladraba órdenes a los esclavos goblins.

Halisstra observó cómo se iba.

Eso es extraño. ¿Habéis oído lo que ha dicho el osgo?, dijo en el lenguaje de signos.

—¿Lo que dijo de que los drows no eran tan terribles como acostumbraban? —dijo Ryld, y luego cambió a los signos. *¿Ha llegado tan pronto la noticia de la caída de Ched Nasad? Fue hace solo dos días, y Mantol-Derith está a muchas jornadas de viaje de la Ciudad de las Telarañas Relucientes.*

Es posible que mediante un examen mágico o unos conjuros de comunicación ya se haya difundido —dijo Halisstra. *O... quizá quería decir otra cosa. Quizá ya se conoce alguna de nuestras atípicas dificultades.*

«Eso —pensó Halisstra— es muy inquietante.» Enanos grises e ilitas eran enemigos muy capaces, criaturas que conocían muchos secretos de brujería. Percibir la debilidad de los drows no sería del todo sorprendente, pero si unos vulgares mercenarios osgos estaban al tanto de los asuntos de Ched Nasad o Menzoberranzan, lo sabía mucha gente.

Los esclavos goblins volvieron de los fogones cargados con comida, mejor de la que habían disfrutado los osgos, y botellas de vino frescas de alguna viña de la superficie. Los esclavos recogieron el voluminoso cuerpo del osgo muerto y lo arrastraron hacia la oscuridad. Los elfos oscuros apenas les prestaron atención. Los esclavos goblins estaban tan lejos de su percepción que era como si no existieran. El grupo comió y bebió en silencio, ocupado en sus propios pensamientos.

Al cabo de un rato, Valas se unió a ellos, acompañado por otro enano gris. Era un varón, con una barba corta de color gris hierro y sin un solo pelo por encima de las cejas. El duergar llevaba una cota de malla y una terrorífica hacha en el costado. Su cara estaba mutilada por tres cicatrices que le habían arrancado una oreja y retorcido la parte derecha de la cara. Podría ser un mercader, un mercenario, un minero... su austera indumentaria ofrecía pocas pistas en cuanto a su ocupación.

—Este es Ghevel Picahúlla —dijo el explorador—. Es propietario de una barca

que está amarrada aquí al lado, en el Lagoscuro. Nos llevará a Gracklstugh.

—Deseo cobrar por adelantado —advirtió el enano gris—. Y quiero que sepáis que tengo contratado un seguro con mi gremio. Si pensáis en cortarme el gaznate y tirarme al agua, os buscarán hasta dar con vosotros.

—Un alma confiada —dijo Pharaun con una sonrisa—. No nos interesa robarte, maese Picahúlla.

—Tomaré mis precauciones, de todas formas. —El duergar miró a Valas y preguntó—: Ya sabes dónde está la barca. Págame ahora, y me encontraréis allí mañana, temprano.

—¿Cómo sabemos que no nos robarás, enano? —refunfuñó Jeggred.

—Por lo general es un mal negocio robar a un drow, a menos que consigas liquidarlo —respondió el enano—. Por supuesto, eso está cambiando, pero no tan rápido como para arriesgarme hoy.

Valas agitó una bolsa frente al enano y la dejó caer en su mano. De inmediato el enano vació el contenido en la otra, evaluando las gemas antes de volverlas a meter en la bolsa.

—Tenéis prisa o vuestro hombre habría conseguido un precio mejor. Ah, pero bueno, los drows no saben apreciar una buena gema después de todo.

Se volvió y se alejó.

—Es la última vez que lo ves —dijo Jeggred—. Tendrías que haberle pagado más tarde.

—Insistió en ello —repuso Valas—. Dijo que quería asegurarse de que no lo matáramos para recuperar el precio del viaje. —El explorador miró hacia el duergar y se encogió de hombros—. No creo que nos time. Si es esa clase de duergar, bueno, no duraría mucho en Mantol-Derith. A la gente de aquí no le gusta que la embauquen.

—¿Puede asegurarnos que entraremos en Gracklstugh sin problemas? —preguntó Ryld.

—Tendremos que llevar cierta clase de documentos o cartas —respondió Valas después de extender las manos— que Picahúlla nos puede arreglar. Creo que es algún tipo de licencia mercantil.

—No llevamos mercancías —comentó Pharaun con sequedad—. ¿Esa explicación no parece un poco débil?

—Le dije que la familia de lady Quenthel tenía negocios en Eryndlyn que desea inspeccionar y que, si encuentra las cosas en orden, estaría interesada en negociar los servicios de carreteros duergars para transportar las mercancías a través del territorio de Gracklstugh. Además, sugerí que Picahúlla podría hacerse con una parte del arreglo.

Pharaun no tuvo tiempo de responder antes de que la caverna reverberara con el ruido de numerosos pies. Los elfos oscuros apartaron la mirada del fuego y vieron

que un gran grupo de guerreros osgos se acercaba, acaudillados por los dos mercenarios que habían huido antes. Al menos una docena de sus compañeros los seguían de cerca, hachas y mayales erizados de pinchos en las manos, la muerte en sus ojos. Los demás parroquianos de Dinnka empezaron a escabullirse, en busca de entornos más seguros. Los corpulentos humanoides murmuraban y gruñían entre ellos en su idioma.

—Decidme —dijo Valas—, ¿da la casualidad de que alguien mató, mutiló o humilló a un osgo mientras yo hablaba con Picahúlla? —El explorador cruzó una mirada con los demás y sus ojos se posaron en Jeggred, que se encogió de hombros. Lanzó un suspiro—. ¿No fui claro cuando advertí que no quería peleas?

—Hubo un malentendido con la distribución de asientos —explicó Quenthel.

Ryld se levantó y se pasó la capa por encima del hombro a fin de tener los brazos libres para el combate.

—Tendríamos que haber pensado que habría más por los alrededores —dijo.

—Es el momento de recordarles a esas estúpidas criaturas quién manda aquí —comentó Halisstra.

Quenthel se levantó y sacó el flagelo de tres colas, mientras miraba a los guerreros que se acercaban con una sonrisa abyecta.

—¿Jeggred? —dijo.



Gomph Baenre estaba en un balcón muy alto, estudiando las deslucidas luces feéricas de Menzoberranzan. Llevaba esperando casi una hora, y su paciencia estaba a punto de acabar. En otras circunstancias una hora aquí o una allá no significaría nada para un elfo oscuro con siglos de vida por delante, pero aquello era diferente. El archimago esperaba atemorizado, temiendo la llegada del que lo había convocado a ese encuentro clandestino. No era un sensación a la que Gomph estuviera acostumbrado, y descubrió que después de todo no le importaba. Había tomado, por supuesto, precauciones extremas, protegido por una serie de conjuros defensivos y una cuidadosa selección de objetos mágicos protectores. El archimago no estaba muy convencido de que esas precauciones disuadieran al que venía a reunirse con él en ese lugar solitario y azotado por los vientos.

—Gomph Baenre —lo saludó una voz fría y rasposa. Antes de que el archimago empezara a darse la vuelta, sintió la presencia del otro, un gélido escalofrío que de algún modo se las arregló para aplastar sus defensas. La presencia de una magia poderosa y terrible—. Qué bien que aceptaras mi invitación. Ha pasado mucho tiempo, ¿no?

El anciano hechicero Dyrr salió de entre las sombras del fondo del balcón, apoyado en su gran báculo. Sus pies parecían inmóviles mientras se deslizaba entre el

rumor de sus prendas con la soltura de un viejo al caminar.

A Dyrr le convenía usar la apariencia de un venerable elfo oscuro de fantástica edad entre los ambiciosos drows de su casa, pero la visión arcana de Gomph atravesaba el disfraz y veía la verdad que escondía. Dyrr estaba muerto, muerto hacía muchos siglos. No quedaba más del anciano mago que huesos polvorientos revestidos de jirones de piel momificada. Las manos eran las garras de un esqueleto; las ropas estaban desteñidas y raídas; la cara era una calavera sonriente y abominable, y las cuencas negras de los ojos brillaban con la llama verde de su poderoso espíritu.

—Veo que mi pobre disfraz no te engaña —dijo el liche con un chillido—. La verdad es que me sentiría muy decepcionado si te enredara con tanta facilidad, archimago.

—Lord Dyrr —dijo Gomph. Incluyó la cabeza sin apartar los ojos del liche—. La verdad, me sorprende ver que aún estás entre nosotros. Oí que aún vivías... eh, por así decirlo... confinado en tu casa. De vez en cuando pensé que distinguía una mano astuta que guiaba los asuntos de Agrach Dyrr, pero no encontré a nadie que afirmara haberte visto en casi doscientos años, y ha pasado casi el doble desde la última vez que hablamos.

—Valoro mi intimidad y exhorto a mis descendientes a valorarla. Es mejor para todos los involucrados si mi mano permanece escondida. No queremos que las matronas se pongan nerviosas, ¿verdad?

—Desde luego. Sé que no les gustan las sorpresas.

El liche soltó una carcajada, un sonido horrible que helaba la sangre. Se acercó más, para situarse junto a Gomph y mirar la ciudad. El archimago se encontraba bastante incómodo ante la presencia antinatural de la criatura no muerta; de nuevo, una sensación que no experimentaba a menudo.

«¿Qué secretos guardará este fantasma en su cráneo vacío? —se preguntó Gomph—. ¿Qué sabe sobre esta ciudad que nadie más recuerda? ¿Qué solitarias y terribles cotas de conocimiento ha alcanzado en las lúgubres centurias de su existencia imperecedera?»

Las preguntas angustiaron a Gomph, pero decidió apartar tales especulaciones por el momento.

—Bueno, lord Dyrr, solicitaste este encuentro. ¿De qué asunto hablaremos?

—Siempre fuiste admirablemente directo, joven Baenre —dijo el liche—. Es una agradable cualidad de los nuestros: ir directo al grano. ¿Qué piensas de las recientes dificultades que acosan a nuestra bella ciudad? En especial, ¿qué crees que debe hacerse con la debilidad que azota ahora a la casta gobernante de las sacerdotisas?

—¿Qué debe hacerse? —respondió Gomph—. Es difícil decirlo cuando la pregunta parece ser: ¿qué puede hacerse? Apenas está en mi poder rogarle a la Reina de la Red de Pozos Demoníacos que devuelva su poder a sus sacerdotisas. Lloth hará

lo que le plazca.

—Como siempre. No quiero decir que tú debas actuar de otro modo. —El liche hizo una pausa, el fuego verde de su mirada se clavó en el archimago—. ¿Qué ves cuando paseas la mirada por Menzoberranzan, Gomph?

—Desorden. Peligro. Exclusión.

—¿Y, quizá, oportunidad?

—Sí, por supuesto —dijo Gomph, después de vacilar un instante.

—Has titubeado. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—No, no es eso.

El archimago frunció el entrecejo y escogió las palabras con cuidado. No deseaba ofender a la poderosa aparición. Dyrr parecía bastante civilizado, pero la mente no siempre lleva bien varios siglos de no muerte. Tenía que asumir que no había nada de lo que el liche no fuera capaz.

—Lord Dyrr —dijo—, seguro que has observado que las tretas de la Reina Araña no tienen fin. La única certeza de nuestra existencia es que Lloth es una deidad caprichosa y exigente, una diosa que disfruta enseñando lecciones muy duras. ¿Y si su silencio es una artimaña para probar a sus fieles? ¿No es probable que Lloth niegue su favor a las sacerdotisas para ver cómo responden? ¿O (peor aún) para ver si los enemigos de sus sacerdotisas se envalentonan para salir de las sombras y atacar a sus fieles? Si ése es el caso, ¿que sucederá entonces con alguien lo bastante estúpido para desafiar a la Reina de las Arañas, cuando se canse de la prueba y devuelva todo su favor a las sacerdotisas tan repentinamente como lo retiró? No me gustaría que esa estratagema me cogiera por sorpresa. En absoluto.

—Tu lógica es bastante atinada, aunque creo que has permitido que el hábito de la precaución estorbe tus pensamientos —dijo Dyrr—. Casi coincido contigo, querido, excepto por ese hecho. En los más de dos mil años que hace que me muevo por este mundo, nunca he visto que sucediera esto. Oh, soy capaz de recordar varias ocasiones en las que arbitrariamente decidió dejar de favorecer a esa sacerdotisa o a aquella casa, entregándoselas a sus enemigos, pero nunca abandonó a toda nuestra raza mes tras mes. —El liche levantó la mirada en un gesto reflexivo—. Parece una manera incorrecta de tratar a los devotos. Si alguna vez alcanzo la divinidad, creo que intentaría hacerlo mejor.

—Entonces, ¿qué propones, lord Dyrr?

—Aún no propongo nada, pero me planteo, joven Baenre, si se debería confiar en las impotentes sacerdotisas para que dirijan la ciudad durante mucho tiempo más. Tú y yo, aún manejamos grandes y terribles poderes, ¿no es así? Los secretos místicos de nuestro Arte no nos han abandonado, ni es muy probable que lo hagan en el futuro. Quizá es el momento de que nos confíen la seguridad de nuestra civilización, la defensa de nuestra ciudad, de tomar las riendas del gobierno que las matronas ya no

son lo bastante fuertes para llevar. El peligro para nuestra ciudad crece a cada hora. Después de todo, hay rivales fuera del Dominio Oscuro, otras razas y reinos que nos amenazan.

—Y precisamente por eso soy reacio a volver a los magos contra las sacerdotisas —respondió Gomph—. Lo único que podría incrementar nuestra vulnerabilidad sería empezar una guerra civil. Para ahorrarnos el destino de Ched Nasad, debemos apoyar el orden existente hasta que acabe la crisis.

—¿Y qué favores crees que ganarás de las sacerdotisas o de la misma Reina Araña por esa ciega lealtad? —Dyrr se volvió hacia Gomph y golpeó con suavidad el pecho del archimago con el dedo índice. Gomph no pudo evitar un escalofrío—. Tienes potencial, joven Gomph. No careces de talento, y más allá de la casa Baenre ves Menzoberranzan. Pon esas cualidades a trabajar y examina con cuidado el rumbo que escoges durante los próximos días. Los hechos que se avecinan te depararán oportunidades de grandeza o de fracaso. No tomes la decisión equivocada.

Gomph dio un cauteloso paso atrás y se elevó sobre el inmenso abismo de la caverna.

—Lo siento, debo atender Narbondel, lord Dyrr. Ahora me iré... y estudiaré detenidamente tus palabras. Puede que valore la situación con más acierto que yo.

La ardiente mirada del liche siguió a Gomph hacia la oscuridad mientras descendía hacia la ciudad. Desde luego que meditaría las palabras del liche. Era capaz de sortear a Dyrr con cortesía y cautela, pero no indefinidamente. Gomph estaba seguro que el liche esperaba una respuesta diferente la próxima vez que se vieran.



El Lagoscuro era un lugar extraño y terrible. La negrura más grande que Halisstra había visto nunca envolvía al grupo. Aquél era un espacio tan vasto que sus escondrijos atormentaban la mente. Muchas de las grandes cavernas de los drows tenían kilómetros de ancho. Eran grandiosos lugares que albergaban a ciudades de miles de habitantes, pero (si Pichahúlla no exageraba) el Lagoscuro ocupaba una caverna de cientos de kilómetros de un lado a otro y centenares de metros de altura. Grandes columnas del tamaño de montañas sostenían el techo, creando archipiélagos de colmillos en la oscuridad. Las aguas del lago casi llenaban el inmenso espacio. Mientras navegaban, el techo muchas veces estaba a menos de un tiro de lanza y dejaba decenas o incluso cientos de metros de misteriosa negrura ante ellos. Era una sensación estremecedora.

La barca de Pichahúlla era bastante incómoda: una nave asimétrica construida en su mayor parte por tablas aserradas de los troncos leñosos de un determinado hongo gigante de la Antípoda Oscura, calafateadas con barnices para reforzarla y endurecerla. La madera de zurkh formaba una plataforma ancha, que flotaba sobre

bolsas llenas de aire extraídas de alguna especie acuática de hongo gigante. Todo estaba remachado por un excelente forjado de los enanos grises.

Cuatro esqueletos gigantescos (quizá en vida ogros o trolls), agachados en una especie de pozo en el centro de la barca, hacían girar sin cesar dos grandes manivelas que movían un par de aspas de madera de zurkh. Los no muertos nunca se cansaban, tampoco se quejaban, ni reducían el ritmo a menos que Picahúlla se lo ordenara, dirigiendo el bote adelante sin ruido, excepto por el suave rumor del agua que producían las ruedas y los leves chasquidos de los huesos al moverse. El enano gris estaba cerca de la popa, sobre un pequeño puente elevado, lo bastante en alto para ver por encima de las aspas. Miraba hacia la oscuridad, con los brazos cruzados y la expresión absorta.

Los pasajeros estaban encogidos en la cubierta fría e incómoda, o paseaban de un lado a otro, a poca distancia de la inexistente batayola. El viaje desde Mantol-Derith no era muy rápido, ya que la nave no era veloz, y Picahúlla tenía que escoger el rumbo para esquivar los puntos donde el techo de la caverna bajaba tanto que no había suficiente espacio para que pasara la barca.

Valas estaba la mayor parte del tiempo en el puente junto al enano, con un ojo puesto en el rumbo que llevaban. Pharaun estaba sentado con las piernas cruzadas en la base de la estructura, sumido en el ensueño, mientras Ryld y Jeggred mantenían una vigilancia exhaustiva de babor y estribor, para asegurarse de que ninguno de los habitantes del lago se acercaba sin ser visto. Las sacerdotisas se mantenían al margen, sumidas en el ensueño o con la mirada perdida en las negras aguas.

Pasaron casi dos días de ese modo. Se detenían un poco para comer con austeridad o para dejar que el capitán duergar descansara. Picahúlla era muy cauteloso con las luces y los obligaba a encender fuego en un hornillo que ocultaba las llamas.

—La luz atrae demasiadas cosas —murmuró—. Incluso ésa puede ser peligrosa.

Después de la tercera comida, a punto de terminar una jornada de viaje, Halisstra se retiró hacia la proa para mirar las aguas y rehuir a sus compañeros. En el furioso combate para escapar de Hlaungadath y la caminata por el Plano de las Sombras, había tenido poco tiempo para aceptar y comprender las nuevas circunstancias. Horas de oír el suave murmullo del agua y los chasquidos de la propulsión —actividad a la que sus sentidos eran ajenos— la sumieron en los recuerdos de la caída de Ched Nasad.

«¿En qué se ha convertido mi casa? —se preguntó—. ¿Habrá sobrevivido algunos de nuestros criados y soldados? ¿Están juntos, y quién los dirige? ¿O murieron todos entre las llamas y las ruinas?»

La muerte de la matrona Melarn había dejado a Halisstra como cabeza de la casa; pues daba por sentado que ninguna de sus primas más jóvenes reclamaría el

liderazgo. Si así fuera, Halisstra estaba segura de que sería capaz de arrebatárselo. Siempre fue la preferida de las hijas Melarn, la mayor, la más fuerte, y sabía que sus primas no le negarían su herencia.

Pero parecía muy probable que sus derechos no fueran más que ceniza y escombros en el suelo del gran abismo de Ched Nasad. Incluso si algunos miembros de su casa habían logrado escapar, ¿querría buscarlos y unirse a ellos en un exilio peligroso y miserable en la Antípoda Oscura?

«Esto no era lo que tendría que haber sido —pensó—. Debía haber ocupado el lugar de mi madre con el tiempo, y ejercer el poder que fue suyo y de su madre antes que ella. Toda la sociedad de Ched Nasad se habría postrado a mis pies. Mi deseo más ínfimo lo habría satisfecho con una palabra, una mirada, un simple gesto. En cambio, ahora soy una vagabunda desarraigada.

»¿Por qué, Lloth? —clamó en silencio—. ¿Por qué? ¿Qué ofensa te hicimos? ¿Qué debilidad mostramos?»

Una vez Halisstra había oído los susurros oscuros de la Reina Araña en el corazón, pero ahora su corazón estaba vacío. Lloth decidió no responder. Ni decidió castigar a Halisstra por la temeridad de exigirle una respuesta.

Si realmente Lloth la había abandonado, ¿qué sería de ella si seguía el destino de su casa? Durante toda su vida había creído que su leal servicio a la Reina Araña como sacerdotisa y como *bae'qeshel* le granjearía un lugar importante en el reino de Lloth después de su muerte, pero ¿qué sucedería ahora? ¿Acabaría enterrado su espíritu con las demás almas desgraciadas que ningún dios reclamaba en la vida venidera, condenadas a disiparse y sufrir la muerte real y eterna en los vacíos grises reservados para los infieles? Halisstra se estremeció de terror. La fe de Lloth era dura, y los débiles no tenían sitio en ella, pero una sacerdotisa esperaba que la gratificasen en la muerte por su servicio en vida. Si eso ya no era cierto...

Danifae se acercó con gracia sinuosa y se arrodilló junto a ella. Clavó la mirada en la cara de Halisstra con osadía y no bajó los ojos.

—La pena es un vino dulce, matrona Melarn. Si sólo bebes un poco, tienes la tentación de beber más, y las cosas nunca mejoran.

Halisstra apartó la mirada para rehacerse. No le importaba compartir su horror con Danifae.

—«Pena» no es una palabra suficiente para describir lo que hay en mi corazón —dijo—. He pensado en pocas cosas más desde que empezamos este interminable viaje. Ched Nasad era más que una ciudad, Danifae. Era un sueño, un sueño oscuro y glorioso de la Reina Araña. Altivos castillos, telarañas ascendentes, casas llenas de riqueza y orgullo y ambición, todas quemadas hasta los cimientos en pocas horas. La ciudad, sus matronas e hijas, los bellos palacios de telaraña, todos perdidos, ¿y por qué razón? —Cerró los ojos y combatió el ardiente dolor en el pecho—. Los enanos

no nos destruyeron. Lo hicimos nosotros.

—No lamentaré la caída de Ched Nasad —dijo Danifae. Halisstra levantó la mirada de repente, más afectada por el tono desapasionado de la muchacha que por sus palabras—. Era una ciudad llena de enemigos, la mayoría de los cuales han muerto, mientras otros huyen como indigentes hacia las zonas inexploradas de la Antípoda Oscura. No, no llevaré luto por Ched Nasad. ¿Quién, aparte de los pocos nasadianos que sobreviven, lo haría?

Halisstra decidió no responder. Nadie se entristecería por una ciudad de drows, ni ellos mismos. ésa era la naturaleza drow. Los fuertes resistían, y los débiles se quedaban en el camino, como exigía la Reina Araña. Danifae esperó bastante rato antes de hablar de nuevo.

—¿Has pensado en lo que haremos después?

—Nuestro sino ya está unido al de los menzoberranios, ¿no es así? —dijo Halisstra con una mirada evasiva.

—Hoy sí, ¿pero coincidirán mañana nuestros propósitos con los suyos? ¿Qué haremos si Lloth nos devuelve su favor mañana? ¿Adonde iremos?

—¿Importa eso? —dijo Halisstra—. Volver a Ched Nasad, supongo, y reunir a todos los supervivientes que pueda. Será una tarea dura, pero con la bendición de la Reina Araña la casa Melarn aún podría hacerse.

—¿Crees que Quenthel permitirá semejante cosa?

—¿Por qué debería importarle lo que hago con el resto de mi vida? ¿En especial si los paso levantando un miserable trozo de una casa sobre las humeantes ruinas de mi ciudad? —dijo Halisstra con amargura.

Danifae extendió las manos. Halisstra comprendió. Después de todo, ¿qué razón tenía una Baenre para hacer algo? Los menzoberranios la habían salvado de la destrucción de Ched Nasad, pero a una palabra de Quenthel se convertirían en sus captores o sus asesinos. La muchacha volvió la mirada hacia donde los demás meditaban o montaban guardia, y cambió al lenguaje de signos.

Quizá sería mejor estudiar con cuidado cómo nos haremos indispensables para los menzoberranios, señaló. Llegará la hora en la que ya no confiaremos en la benevolencia de Quenthel Baenre.

Cuidado, advirtió Halisstra.

Se enderezó y controló el impulso de mirar de reojo. Danifae tenía una rara habilidad para manipular a los demás, pero si Quenthel sospechaba que Halisstra y Danifae planeaban socavar su autoridad (o imponer límites a su libertad de acción), Halisstra no dudaba que la Baenre tomaría decisiones rápidas y drásticas.

Es peligroso lo que sugieres, Danifae. Quenthel no dudará en matar a un contrincante, y si me mata...

No sobreviviré, acabó la frase Danifae por ella. *Comprendo las implicaciones de*

mi cautividad bastante bien, matrona Melarn. Sin embargo, la inacción ante el peligro es igual de arriesgada que lo que estoy a punto de proponer. Escúchame y podrás decidir lo que deseas que haga.

Halisstra examinó a la chica, sus rasgos perfectos, su figura seductora. Pensó en la conversación entre Danifae y Quenthel que había oído en las catacumbas de Hlaungadath. Era capaz de detener las confabulaciones de la muchacha con una palabra. Incluso coaccionarla con la magia del medallón; pero entonces no sabría lo que maquinaba Danifae.

—Muy bien —dijo. *Dime lo que tienes en mente.*

capítulo



seis

Gracklstugh, como Menzoberranzan, era una ciudad caverna. A diferencia del reino de los elfos oscuros, las estalagmitas hospedaban grandes hornos y fundiciones, no los elegantes castillos de familias nobles. En el aire flotaba un hedor acre, y el clamor de la industria sonaba sin parar por toda la caverna. Era el rugido de los fuegos, el sonido metálico del hierro contra el hierro y el borbotear de los arroyos contaminados que se llevaban los residuos de las forjas duergars. A diferencia de Menzoberranzan, sin luz excepto por los delicados fuegos feéricos destinados a decorar los palacios drows, Gracklstugh brillaba por la luz del fuego reflejada y el ocasional resplandor del metal al rojo que se vertía en los moldes. Era un lugar singularmente feo, una afrenta a cualquier noble drow. Halisstra pensó que el lugar parecía ni más ni menos que la fragua del Infierno.

En su extremo oriental, la gran caverna se inclinaba de repente para unirse al inmenso golfo del Lagoscuro, por lo que Gracklstugh era un puerto subterráneo; aunque pocas de las razas de la Antípoda Oscura usaban canales navegables como el Lagoscuro para el comercio. Por lo tanto, los muelles y los almacenes que había junto al lago de la ciudad duergar formaban uno de los distritos más pobres y peligrosos. Picahúlla amarró su fúnebre barca al final de un embarcadero de piedra ocupado por un puñado de barcas del mismo tipo.

—Llevaos las cosas y con paso ligero —soltó el enano—. Cuanto menos os vean por las calles, mejor. Un buen consejo para las besa arañas de la Ciudad de las Cuchillas, caminad rápido, no sé si me entendéis.

¡Ni una muerte! Aquí no lo tolerarán, dijo Valas en el lenguaje de signos.

El explorador se echó la mochila al hombro y siguió al enano por el embarcadero, envuelto en el *piwafwi* para esconder los kukris que llevaba en el cinturón.

—No te gustará esto, semidemonio. ¿Cómo pasarás el tiempo sin alguien indefenso al que desmembrar? —dijo Pharaun cuando levantó la mirada hacia Jeggred.

—Dejaré pasar las horas mientras pienso en cómo debería matarte —gruñó el draegloth.

Sin embargo, Jeggred lanzó un suspiro y se tapó el pelaje blanco con la larga capa. Hacía lo que podía por encorvarse y pasar inadvertido. El resto del grupo iba detrás. Caminaron por las desvencijadas calles del barrio de los muelles hacia una

posada que parecía una fortaleza, a pocas manzanas de allí. Un signo escrito en enano y en el común de la Antípoda designaba el lugar como La Fresca Fundición. El edificio estaba compuesto por un muro de piedra que rodeaba varias edificaciones independientes y de pequeño tamaño. El grupo se detuvo ante la puerta principal de la posada, que estaba junto a un corral en el que había unos enormes y apestosos lagartos de carga.

—No es que sea muy atrayente —murmuró Pharaun—. Sin embargo, supongo que es mejor que una roca en el suelo de una caverna.

Valas habló con Picahúlla, y luego se volvió hacia los demás elfos oscuros.

—Picahúlla y yo arreglaremos lo de salir de la ciudad y lo de las provisiones. Es probable que tengamos que hacer algunos sobornos para obtener las licencias necesarias y cosas así, lo que llevará tiempo. Deberíamos quedarnos aquí un día, quizá dos.

—¿Podemos permitirnoslo? —preguntó Ryld.

—Eso depende de la matrona Quenthel —dijo Valas—, pero la próxima etapa del viaje nos llevará muchos días. No conseguiremos nada si nos morimos de hambre al cabo de dos o tres semanas en los túneles de la Antípoda Oscura.

Quenthel estudió la triste posada duergar y tomó una decisión.

—Nos quedaremos dos noches y nos iremos a primera hora pasado mañana —dijo—. Me quedaría más, pero soy reacia a confiar nuestra suerte a la hospitalidad de los duergars. Las cosas van demasiado de prisa para rezagarnos.

Miró al explorador y a Picahúlla, que estaban a poca distancia, luego observó la calle con los brazos cruzados sin prestar atención a lo que decían los elfos oscuros.

¿Es seguro este lugar?, preguntó en el lenguaje de signos. *¿Nos traicionará el enano?*

Lo bastante seguro, respondió el explorador. *Mantén a Jeggred escondido. El resto no deberíais tener problemas siempre y cuando evitéis las confrontaciones.* Lanzó una mirada a Picahúlla. *El enano sabe que le pagaremos bien por sus servicios, pero si llega a creer que lo mataremos antes de pagarle, encontrará el modo de que nos arresten. Sabe que somos algo más que mercaderes, pero no le importa lo que nos trae aquí siempre y cuando se le pague.*

¿Crees que puede ser peligroso?, preguntó Ryld.

Sí, mucho, señaló Valas. *No le quitaré la vista de encima mientras estemos aquí.*

—Llévate a Ryld, por si acaso —dijo Quenthel.

Ryld asintió y tiró de la mochila, para ajustársela mejor a la espalda.

—Listo —dijo.

—No diré que la compañía no sea bienvenida si hay problemas —respondió Valas—. Bueno, no hagamos esperar a maese Picahúlla. Si no sabéis nada de nosotros antes de mañana al mediodía, suponed lo peor y salid de la ciudad por vuestros

propios medios y cuanto antes.

El explorador se alejó de prisa en pos de Ryld. Se reunieron con Picahúlla y se adentraron en la ciudad.

—Es ese ilimitado ánimo que tienes lo que hace que te hayas ganado nuestro cariño, Valas —comentó Pharaun—. Bueno, tengo dos recados que hacer. He de descubrir lo que sucede con un distribuidor de reactivos arcanos y reabastecerme de componentes de conjuros.

—No tardes demasiado —dijo Quenthel. Echó una mirada a Halisstra y Danifae—. Bueno, ¿venís?

—Aún no —dijo Halisstra—. Ya que estamos aquí pienso buscar unas armas y una armadura a Danifae. Volveremos cuando esté equipada como es debido.

—Pensé que te inquietaba permitir que tu prisionera de guerra luchara por ti —dijo Quenthel, con mirada calculadora.

—He decidido que no es bueno que Danifae esté desarmada y desprotegida. No quiero que mi propiedad acabe lastimada por una tontería.

Halisstra casi sentía las sospechas de Quenthel, y la Baenre acarició la empuñadura del látigo mientras observaba a la nasadiana y a su criada con aire pensativo.

«Bien —pensó Halisstra—. Dejemos que se pregunte qué clase de vínculo tengo con Danifae que me permite darle un arma. Un poco de inseguridad haría que se valoraran mejor nuestras aptitudes.»

—No os alejéis demasiado ni os metáis en problemas —dijo Quenthel—. No dudaré en irme sin vosotras si las circunstancias así lo dictan.

Le hizo un gesto a Jeggred y entró en la posada. Parecía que había apartado de su mente a la nasadiana y la eryndli.

Halisstra fue incapaz de reprimir una sonrisa de satisfacción mientras Quenthel desaparecía de la vista, y Jeggred se escabullía tras ella. Cruzó una mirada con Danifae, y las dos se encaminaron hacia la ciudad duergar.

Aunque Picahúlla insistió en que la ciudad estaba abierta a la gente de todas las razas, a condición de que llevaran oro, Halisstra no estaba convencida de que un par de elfas oscuras estuvieran seguras en Gracklstugh. Los robustos duergars que abarrotaban las calles se ocupaban de sus asuntos con una hosca determinación que a Halisstra no le acababa de gustar. No reían, ni se acicalaban, incluso intercambiaban amenazas veladas entre sí. Más bien, miraban con enfado a los transeúntes de cualquier raza, incluida la suya, andaban a zancadas y vestidos con pesadas cotas de malla, los puños cerrados sobre los mangos de hachas y martillos cruzados en sus cinturones. Sólo después de que Halisstra y Danifae dejaran atrás a media docena de seres de otras razas empezaron a relajarse.

Halisstra se detuvo en un punto entre dos hornos imponentes y miró alrededor.

—Aquí. No sé mucho de los enanos, pero creo que esos signos son los de los armeros.

Fueron calle abajo, que era poco más que una vereda serpenteante entre estalagmitas. Llegaron a algo que parecía una especie de plaza, un lugar abierto, rodeado por edificios bajos de argamasa y piedra. Allí encontraron una tienda grande que mostraba docenas de armas y armaduras.

—Esta parece prometedora —dijo Halisstra. Se inclinó bajo la puerta y entró, seguida de Danifae.

El lugar estaba lleno de objetos marciales de todas las clases, la mayoría enanos, pero varios eran de otras razas: pesadas hojas de hierro de artesanía orog, armaduras kuo-toa hechas con las escamas de algún pez grande y pálido, y una armadura de anillas de mithral negro de manufactura drow. Dos duergars armados hasta los dientes se ocupaban de ensamblar una armadura en un banco de trabajo, a un lado de la puerta. Clavaron miradas de sospecha en Halisstra y Danifae cuando entraron y no apartaron la vista de ellas mientras la sacerdotisa y su criada examinaban la mercancía.

—Matrona Melarn —requirió Danifae.

Halisstra se volvió para encontrarse a la chica con la mirada puesta en una cota de malla drow de calidad, con un emblema de una casa menor que no conocía. Una rodela a juego colgaba cerca de la armadura y al lado tenía una maza de acero negro labrado en forma de cara demoníaca, con cuernos retorcidos. Halisstra murmuró las palabras de un conjuro de detección, y sonrió ante el resultado. Los objetos eran mágicos; no demasiado, pero eran tan buenos, o mejores, como los que buscaba.

—¿Qué podéis decirnos de esos objetos drows? —les preguntó a los empleados.

Los duergars hicieron un alto en su trabajo. Podrían ser gemelos; Halisstra apenas los diferenciaba.

—Son unas piezas magníficas —carraspeó uno de ellos—. Un capitán al servicio del terrateniente Thrazgad nos los vendió hace un par de meses. No sé de dónde los sacó.

—Son mágicos —dijo el otro enano—. No son baratos. En absoluto.

Halisstra se desplazó hacia el mostrador y sacó una bolsita de su cota de malla. Rebuscó entre el contenido y escogió varias esmeraldas excelentes.

—¿Hacemos un trato?

El enano gris se enderezó y se acercó a estudiar las esmeraldas.

—Más que eso. Mucho más —dijo con expresión hosca.

Halisstra frunció el entrecejo y afrontó su mirada. No había conseguido llevarse mucho de su casa antes de que cayera y no lo malgastaría por la codicia de un enano, si podía evitarlo.

—Danifae, échale otra mirada —dijo por encima del hombro—. Asegúrate de que

es lo que quieres.

Danifae adivinó sus intenciones. La chica asió la maza y la sopesó, para ver su equilibrio. Como Halisstra esperaba, el segundo enano se puso nervioso, al ver como una elfa oscura manejaba una mercancía tan valiosa. Dejó el trabajo y se desplazó para no perderla de vista. Se aseguró de permanecer entre Danifae y la puerta. De inmediato, Danifae empezó a hacer comentarios sobre los objetos, admiraba la cota de malla, cuestionaba la fuerza de los conjuros, le daba conversación al tipo.

—Te costará cinco veces ese peso en gemas —le dijo el duergar del mostrador a Halisstra—. Y tienen que ser todas buenas.

—Muy bien —dijo Halisstra.

Sacó un estuche de cuero y lo dejó sobre el mostrador. Lo abrió con cuidado, cogió una lira, un pequeño instrumento curvado de hueso de dragón, de cuerdas de mithral y con filigranas del mismo metal.

—Como ves, es una exquisita pieza de artesanía —dijo.

Cogió el instrumento como si fuera a mostrar sus cualidades y cantó una canción de *bae'qeshel* en voz baja. El enano abrió la boca y retrocedió horrorizado cuando se dio cuenta de que estaba lanzando un conjuro. Antes de que pudiera avisar a su compañero la magia de la canción lo atrapó.

—¿Qué sucede? —exigió saber el enano que conversaba con Danifae.

—Dile a tu amigo que todo va bien —susurró Halisstra—. No quieres la lira.

—Nada —dijo el primer enano—. Me ofrece la lira, pero no la queremos.

—Por supuesto que no —murmuró el segundo—. ¿Ves algún instrumento aquí?

Devolvió su atención a Danifae, que le preguntó por la mejor manera de cuidar una cota de malla en lugares húmedos.

—Ahora —dijo Halisstra al enano que había hechizado—, por el momento nuestras posiciones están alejadas, pero estoy segura de que llegaremos a un buen acuerdo. Nos vas a vender el equipo que está examinando mi criada. ¿Te quedarás las esmeraldas como entrada? Volveré en un par de días con una buena suma para cancelar la deuda.

—Las piedras servirán de anticipo —aprobó el comerciante—, pero mi compañero no estará contento. Pensará que no vas a volver.

—Dejémosle pensar que te lo pago todo, y no te molestará —dijo Halisstra.

Pensó un poco más, y luego se inclinó hacia adelante y lo miró a los ojos.

—Ya sabes —dijo en voz baja—, si algo le sucediera a tu compañero, todo el negocio sería tuyo para que lo manejaras a tu antojo, ¿no es así? Te quedarías con todos los beneficios, ¿no?

Un brillo avaricioso apareció en los ojos del mercader.

—Creo que tienes razón —dijo—. ¡No sé por qué no se me ha ocurrido antes!

—Paciencia —aconsejó Halisstra—. En cualquier momento del día sería

excelente. Oh, y preferiría que no mencionaras a nadie que mi amiga y yo hemos hecho negocios contigo. Que quede entre nosotros.



Nimor se fue de Menzoberranzan con varios pagos y facturas como garantía de que Reethk Vasune había llegado a un acuerdo para proveer a los magos de Agrach Dyrr con ciertos reactivos y componentes de conjuros, pues cabía la posibilidad de que se le exigieran explicaciones sobre su salida de la ciudad. Los detalles del verdadero acuerdo que había forjado sólo los llevaba en la mente. La Espada Ungida de la Jaezred Chaulssin se sentía satisfecho por el trabajo realizado durante los últimos días. Aunque no era estrictamente necesario el entendimiento con Agrach Dyrr para lo que tenía en mente, el acuerdo al que había llegado con el anciano señor de la casa haría mucho más fácil el trabajo que le quedaba por hacer.

Nimor fue hacia una pequeña caverna lateral que llevaba al Dominio Oscuro. Había llegado a conocer bastante bien el laberinto de peligrosos túneles que rodeaba la gran ciudad en los últimos meses, y pronto encontró un lugar tranquilo, oscuro e inadvertido para cualquiera de los defensores de la ciudad. La Espada Ungida extendió la mano hacia una piedra de la pared del túnel. El Anillo de las Sombras relució, formando un círculo pequeño de negra oscuridad que parecía más una oquedad diminuta en el mundo que un adorno. Entre otros poderes, el anillo le permitía caminar por el Plano de las Sombras, y eso lo liberaba de muchos de los inconvenientes que le acarrearía viajar a pie.

Dio un paso hacia la pared y se desvaneció en el Margen Sombrío. Su destino no estaba a más de ciento sesenta kilómetros de Menzoberranzan. Ya había hecho el viaje varias veces, y pocas le había llevado más de una hora. Ningún hijo de Chaulssin tenía que temer andar entre las sombras, así que Nimor dedicó el viaje a evaluar su alianza con Agrach Dyrr, y a preguntarse si el anciano mago que gobernaba la casa en secreto era digno de confianza.

Nimor siguió el sendero oscuro que el anillo creó en el Margen Sombrío durante un lapso de tiempo indeterminado, y el camino empezó a volver hacia el mundo material. Era casi imposible determinar el paso del tiempo en el Margen, pero la magia del conjuro era tal que el camino que creaba emergería en el destino deseado. El asesino puso la mano sobre la empuñadura del espadín y dio el último paso del viaje, atravesando un velo de oscuridad para salir en una cámara enorme de bloques de piedra. Sólo había una puerta en la sala, un portal de hierro grande reforzado con conjuros. Nimor sacó una gran llave de bronce y la metió en la cerradura. La puerta se abrió con un chirrido.

Más allá de la puerta había un salón oscuro iluminado por carbones incandescentes en braseros de hierro. Al igual que la cámara, las paredes eran de

bloques de piedra, el techo lo soportaban unas macizas columnas, pero a diferencia de las salas parecidas en los palacios drows, el lugar estaba desprovisto de decoración. Nimor percibió que había vigilantes, aunque decidieron no mostrarse.

—Soy yo, Nimor Imphraezl —dijo—. Informad al príncipe heredero de que estoy aquí.

De la nada aparecieron varios duergars, anulando su invisibilidad. Los enanos grises eran una cabeza más bajos que él, aunque eran de hombros anchos y torso largo, las piernas cortas y gruesas, los brazos musculosos. Llevaban una coraza negra, hachas de batalla y escudos blasonados con el símbolo de Gracklstugh. Una duergar, su rango lo indicaba una banda de filigrana de oro en la frente del yelmo, lo estudió con cautela.

—El príncipe heredero ha dejado instrucciones de que te llevemos a una habitación para huéspedes en el palacio. Te llamará en breve.

Aquella cortesía sonaba como una orden.

El asesino cruzó los brazos y tuvo que soportar la compañía de un par de Guardias de Piedra del príncipe. Los enanos grises lo miraban con inquietud, como si esperaran una treta de Nimor. En realidad, había poca simpatía entre duergars y drows, a pesar de que Menzoberranzan y Gracklstugh eran vecinos desde hacía milenios. Los enanos grises y los elfos oscuros se habían enfrentado en más de una guerra por el control del centenar largo de kilómetros de cavernas y simas que separaban las dos ciudades. El hecho de que tal guerra no se produjera desde hacía un siglo o más sólo indicaba que ambas razas habían llegado a respetar a regañadientes la fuerza del enemigo y no una disminución de la mala voluntad entre ellos.

Los guardias lo llevaron a través de los laberínticos corredores del palacio Gracklstugh y le mostraron un aposento en una parte en desuso de la fortaleza. El mobiliario era simple y funcional, conforme al gusto duergar. Nimor se dispuso a esperar y se acercó a una ventana parecida a una grieta para mirar la ciudad. Esta era tan fea como siempre, una olla maloliente de humos y ruidos.

Al cabo del rato, Nimor oyó unos pasos y se volvió mientras Horgar Sombracerada entraba en la habitación, flanqueado por un par de Guardias de Piedra.

—Ah —dijo el elfo oscuro, con una inclinación de cabeza—. Buenos días tengas, mi señor. ¿Cómo le va a la Ciudad de las Cuchillas?

—Dudo que te importe —respondió Horgar. Para el gobernante de esta poderosa ciudad, el príncipe heredero no tenía mucha importancia. Se parecía mucho a los demás duergars de la sala. Tenía una mirada hosca en los ojos y era calvo. Llevaba un cetro y no vestía armadura, lo que le diferenciaba de los guardias. Les hizo un gesto para que permanecieran cerca de la puerta y avanzó para hablar en voz baja con Nimor—. ¿Bien? ¿Noticias?

—Creo que encontré los aliados que buscaba en Menzoberranzan, querido

príncipe. Una casa fuerte ansiosa por ver el antiguo orden de las cosas desmantelado, pero cuya lealtad no se cuestiona. La hora de nuestra victoria se acerca.

—Humm. La casa Zauvirr estaba deseosa de contratar nuestros mercenarios en Ched Nasad, pero muy pocos del clan Xornbane volvieron. Creo que tú o ese Zammzt dijisteis lo mismo cuando los contratasteis.

—Las pérdidas de Xornbane son lamentables, pero no esperábamos la excepcional efectividad de vuestras bombas quemapiedras sobre las telarañas calcificadas de Ched Nasad. Si no fuera por el imprevisible azar, Khorrl Xornbane habría tomado la ciudad con la casa Zauvirr.

El príncipe duergar frunció el ceño, su barba se alzó puntiaguda.

—Advertí a Khorrl de que los elfos oscuros tienen el hábito de premiar pobremente a los mercenarios, en especial si son enanos. No permitiré que otra de nuestras compañías de mercenarios vuelva a lanzarse hacia un peligro como éste. Xornbane era un octavo de la fuerza de esta ciudad.

—No necesito una sola compañía de mercenarios, príncipe, no importa lo grande y fiera que sea —le aseguró Nimor—. Necesito todo tu ejército. Marcha con todas tus fuerzas, y no hará falta que temas por la derrota.

—Me sigue oliendo a una pérfida estratagema drow.

—Príncipe Horgar —dijo Nimor después de fruncir el entrecejo—, si vacilas en correr riesgos, pocas veces ganarás. Tienes la oportunidad de lograr algo grande, pero no puedo decirte que tu éxito esté asegurado o que no haya riesgos en la empresa.

—No hablamos de un puñado de monedas en un juego estúpido —dijo el príncipe duergar—. Hablamos de embarcar mi reino en una guerra que puede dar un vuelco en un sinnúmero de formas que no me gustan. No intentes forzar mis decisiones con comentarios vacíos sobre los riesgos y las recompensas.

—Muy bien, entonces, no lo haré, pero señalaré que cuando nos reunimos la última vez, sólo querías una cosa antes de dar tu consentimiento para liderar tu ejército contra Menzoberranzan, y ésa era un aliado importante dentro de la ciudad. Te lo he proporcionado. ¿Cuándo mejor sería desbaratar la amenaza que una Menzoberranzan fuerte representa para tu reino? Sus sacerdotisas son débiles, ya han resistido una dañina rebelión de esclavos, y ahora te entrego una gran casa deseosa de ayudarte en tus empeños. ¿Qué más necesitas, príncipe?

El duergar frunció el entrecejo y apartó la vista para mirar Gracklstugh. Se quedó un rato ensimismado. Nimor observó que vacilaba y decidió que era el momento de echar el anzuelo.

—¿Qué mejor manera de asegurar tu puesto ante los desafiantes terratenientes —dijo después de bajar la voz y acercarse— que distraerlos con una campaña más allá de la frontera? Incluso si fallaras en la conquista de Menzoberranzan, podrías asegurarte de que las fuerzas de los hacendados más peligrosos librarán las batallas

más mortíferas. En realidad creo que está a tu alcance una gran victoria en Menzoberranzan y, al mismo tiempo, puedes arruinar la fuerza de los nobles más levantiscos.

El príncipe duergar refunfuñó y estudió a Nimor.

—Tú supones demasiadas cosas, elfo oscuro —dijo Horgar—. ¿Qué esperas ganar al destruir Menzoberranzan, eh? ¿Por qué quieres meterme en esa encerrona?

El asesino sonrió y palmeó el hombro del duergar. Los Guardias de Piedra de la sala se movieron nerviosos. Reprobaban el contacto.

—Mi querido Príncipe Horgar, la respuesta es simple —dijo Nimor—. Revancha. Tu ejército será el instrumento de mi venganza. Naturalmente, sé que no arrasará Menzoberranzan sólo porque yo te lo pida, así que debo proporcionarte la adecuada motivación para hacer lo que deseo. He trabajado duro a fin de que se den las circunstancias para que el ejército de Gracklstugh se dirija a la ciudad que odio; incluido, debería añadir, ayudarte con el pequeño problema de desconsiderada longevidad de tu padre. ¿Cómo podría dejar más claro mi propósito?

—Te pagué por esa ayuda con centenares de bombas quemapiedras —dijo el príncipe duergar, conteniéndose—. No hables de la muerte... de mi padre. Si llego a creer que buscas influir en mis actos con ese tema, tendría que asegurarme de que cualquier información que poseyeras nunca llegara a ver la luz. ¿Me comprendes?

—Oh, no intentaba decir nada con ese comentario, Horgar. Sólo señalaba que antes te fui útil y que puedo serlo de nuevo. Ahora, ¿cuento con el ejército de Gracklstugh o no?

Horgar Sombracerada, príncipe heredero de Gracklstugh, asintió a regañadientes.

—Iremos —dijo—. Ahora, cuéntame con detalle quién nos ayudará dentro de Menzoberranzan y cómo será capaz de hacerlo.



Ryld sentía miradas llenas de odio en la nuca mientras seguía a Valas y Picahúlla por las calles de la ciudad duergar. Era demasiado consciente del hecho de que estaba fuera de su elemento. Se alzaba dos palmos por encima de cualquiera de los enanos grises, y la piel negra como el carbón y el *piwafwi* no le ayudaban a pasar desapercibido. Los tres viajeros serpentearon por la zona de los armeros, un callejón flanqueado por forjas al aire libre donde los duergars con delantales de cuero martilleaban sin cesar el metal incandescente. Ryld sabía un par de cosas sobre el buen acero y de un vistazo advirtió que los enanos conocían su trabajo.

El maestro de armas aceleró el paso y se situó junto a Valas.

—¿Adonde vamos? —preguntó en voz tan baja como le fue posible por encima de los repiqueteos de los martillos—. Pensé que necesitábamos alguna clase de licencia oficial o pase. ¿No deberíamos ir a un tribunal o algo así?

—Si quisieras una licencia real, sí —respondió Picahúlla—, pero te llevaría meses y una fortuna en sobornos. No, os llevo a la casa del terrateniente del clan Muzgardt. Os dará un salvoconducto que debería bastar para llevaros a donde queráis.

Ryld asintió. Después de todo, no era muy diferente de Menzoberranzan.

—¿Hasta dónde valdrá el escrito de Muzgardt? —preguntó Valas—. ¿Nos llevará más allá de los dominios de Gracklstugh?

—El clan Muzgardt son mercaderes. Negocian con cerveza y licores a lo largo del Reino Profundo, y algunas veces traen cervezas del exterior; vino drow, brandy svirfneblin, incluso algunas cosechas de la superficie, eso he oído. Encontrarás a su gente por todo el reino. —Picahúlla soltó una carcajada desagradable y añadió—: Por supuesto, Muzgardt vende salvoconductos a quienes se los piden. Le gusta el oro.

Ryld sonrió. Picahúlla era un tipo avaricioso para los patrones de cualquiera. La codicia de Muzgardt debía ser algo notable para que un enano como Picahúlla la comentara.

Llegaron al final de la calle de los armeros y se encontraron de nuevo cerca del Lagoscuro, aunque mucho más al norte del embarcadero. Ante ellos había una enorme y desvencijada fábrica de cerveza, construida con piedras apiladas entre troncos petrificados de un bosquecillo de hongos gigantes. Unas grandes tinas de cobre humeaban, impregnando el aire con un pesado hedor a fermentos. Cerca había docenas de barriles de cobre, y unos duergars corpulentos se afanaban, majaban hongos, mezclaban masas de fermentos, y llenaban toneles con cerveza recién elaborada.

—La segunda pasión de un enano después del oro —dijo Picahúlla con un sonrisa torcida— y os digo que los muchachos de Muzgardt hacen un buen trabajo.

El enano condujo a Ryld y a Valas al interior de la fábrica y llegó hasta un pequeño cobertizo. Allí había un par de enanos grises con cota de malla y hachas de apariencia amenazadora cerca de la mano. Miraron con enfado a los drows y alzaron las armas.

—¿Qué queréis? —gruñó uno.

—Thummud —respondió Picahúlla—. Quiero hacer negocios.

—Espera aquí —dijo un enano.

Se fue tras una cortina harapienta que cubría una puerta y volvió un momento después.

—Thummud te verá, pero los drows tienen que dejar las armas en la puerta. No confía en ellos.

Ryld miró a Valas.

¿Hemos de temer una emboscada?, preguntó Ryld en el lenguaje de signos.

Picahúlla sabe que hay cinco más en el grupo, incluido un mago calificado y un

draegloth. No creo que nos lleve a una trampa... De todas formas vigila tu espalda, respondió Valas del mismo modo.

—Basta de charla con los dedos —soltó el enano—. Habla de manera que te entendamos, si tienes algo que decir.

—Siempre tengo algo que decir —le dijo Ryld a Valas en voz alta.

Le lanzó una dura mirada al duergar, pero sacó a Tajadora de la espalda y la dejó contra la pared. Desenvainó la espada corta que llevaba al cinto y la dejó al lado.

—Tiene una maldición —dijo—. No os gustaría lo que pasaría si intentarais manejarla.

Valas dejó el arco corto y las flechas, y después los kukris. Los duergars cachearon a los dos elfos oscuros en busca de armas escondidas y luego los condujeron al interior del deprimente cobertizo. El lugar era una especie de oficina, con libros de registro y expedientes por todas partes. Cerca de un escritorio estaba uno de los enanos más gordos que Ryld había visto, un tipo rechoncho, de brazos gruesos y hombros amplios. Los duergars tendían hacia una constitución corpulenta aunque delgada, a pesar de su corta estatura, pero el cervecero Thummud se parecía a uno de sus barriles.

—Picahúlla —dijo a modo de saludo—, ¿qué puedes hacer por mí?

—Traigo un grupo de elfos oscuros que necesitan un salvoconducto de negocios de Muzgardt —dijo Picahúlla—. Prefieren no esperar a una autorización real.

—¿Qué clase de negocios?

—Solemos trabajar con gemas —dijo Valas—. Queremos organizar un transporte a través del Reino Profundo. Necesitamos ir a un lado y a otro, y hablar con un montón de gente y, como ha dicho Picahúlla, no queremos esperar meses para conseguir una licencia real.

—Entonces sois estúpidos o mentís. Pagaréis diez veces el valor de una licencia real para conseguir un escrito del señor de nuestro clan. La mayoría de los mercaderes que conozco no harían eso.

Valas levantó la mirada hacia Ryld y luego la volvió hacia Thummud.

—Muy bien, entonces —dijo Valas—. Tenemos algunos rivales que hacen buenos negocios por aquí y queremos sondear a sus proveedores para ver si los animamos a que nos vendan a nosotros en vez de a ellos. Una licencia real no llegaría tan lejos, ¿no es así?

—No, supongo que no —resopló Thummud.

—¿Ayudarás a mis clientes o no? —preguntó Picahúlla—. ¿O tendré que ir a ver a Cabeza de Hierro o quizá a Yunque Brioso?

—El clan Muzgardt es capaz de ayudarte —dijo Thummud al cabo de unos instantes—. Queremos doscientas monedas de oro por cada uno, y no lo tendrás hoy.

Picahúlla miró a los elfos oscuros. Ryld asintió.

—Pagarán vuestros honorarios —dijo el marinero duergar—, pero quieren empezar de inmediato.

—No importa lo que quieran —respondió Thummud con un encogimiento de hombros—. Tengo que tratar el tema con el señor del clan antes de redactar el salvoconducto.

—¡Nunca había sido así!

El enano gordo cruzó los brazos y cerró la boca en un ademán obstinado. Miró enfadado a Picahúlla y a los elfos oscuros.

—Así son las cosas, últimamente los soldados del príncipe heredero han comprobado nuestros salvoconductos con detenimiento. Horgar nos ha hecho saber que quiere estar al corriente de quién está en el Reino Profundo y por qué, y presiona a los señores de los clanes para que pongan coto a lo de los salvoconductos. Podemos conseguirles el suyo a tus clientes, creo, pero primero tengo que obtener la bendición de Muzgardt. Vuelve mañana o pasado.

Picahúlla murmuró entre dientes, pero no se molestó en discutir. Señaló con la cabeza hacia la cortina y se llevó a Ryld y Valas al exterior. Los elfos oscuros recogieron sus armas, y en pocos minutos la fábrica de cerveza estaba a sus espaldas.

—Ahora, ¿qué deberíamos hacer? —se preguntó Valas en voz alta—. ¿Conoces otro clan que nos pueda ayudar, Picahúlla?

—Quizá, pero con las medidas que Horgar ha tomado con los salvoconductos informales y esas cosas, tendremos problemas allí adonde vayamos. —El enano se rascó la barba—. Tengo que hacer algunas preguntas y creo que me iría mejor sin vosotros.

Ryld miró a Valas, que reflexionó antes de aceptar, e incluso entonces el maestro de armas pensó que su compañero menzoberranio no confiaba lo suficiente en la lealtad de su guía.

capítulo



siete

Cuando Halisstra y Danifae volvieron a La Fresca Fundición, descubrieron que Quenthel había alquilado en la posada un edificio independiente con una sala común y cinco habitaciones individuales repartidas en dos pisos. Todo parecía construido y decorado según el concepto duergar de lo que era la comodidad para un drow. El mobiliario era el adecuado a los huéspedes drows, no a los enanos. Estaba ricamente decorado con tapices y alfombras lujosas, y todas las puertas tenían cerraduras. Los elfos oscuros no necesitaban incontables horas de sueño como las razas inferiores, pero a menos que reposaran tras una puerta cerrada con llave, pocos drows se sentían seguros o cómodos en una ensoñación profunda.

El resto del grupo, a excepción de Pharaun, estaba sentado en las alfombras o se sentaba a la mesa de la sala común, para dar cuenta de una abundante comida regada con vino servido en jarras de plata. Las armaduras y las mochilas estaban amontonadas contra las paredes, pero las armas permanecían al alcance de la mano.

Halisstra levantó una ceja, mientras miraba el banquete allí expuesto. Un enorme asado de rote, varios quesos y varias fuentes humeantes de setas rehogadas le recordaron el tiempo que llevaba sin llevarse nada caliente a la boca.

—¿Podemos fiarnos de esta comida? —preguntó.

—¿Crees que somos estúpidos? —bufó Quenthel—. Por supuesto que lo hemos comprobado. La posadera nos envió un barril de vino drogado la primera vez, pero nos quejamos —Jeggred levantó la mirada y mostró una boca llena de colmillos, Halisstra imaginó la forma que había adquirido la queja—, así que este banquete es un obsequio. Disfruta.

De cualquier modo Halisstra examinó la comida usando el anillo mágico que llevaba. Los venenos eran demasiado comunes entre los nobles drows para fiarse de cualquier comida. Satisfecha, se sirvió y se sentó a la mesa. Danifae hizo lo mismo, reclinándose en un diván cercano a Quenthel.

—Veo que el mago aún no ha vuelto. ¿Tuvisteis suerte? —preguntó Halisstra a Valas mientras comía.

El explorador estaba sentado con las piernas cruzadas junto a la puerta, el cinto de los cuchillos, desabrochado, aún rodeaba sus caderas delgadas. Bebía de una jarra de vino tibio con especias y comía pan con aire meditativo.

—Más o menos —dijo—. El maestro de armas y yo no topamos con una

hostilidad manifiesta, pero no conseguimos llegar tan lejos como me proponía, a pesar de los esfuerzos que hicimos para que los duergars comprendieran la importancia del factor tiempo. —Sacudió la bolsa de monedas que llevaba en el cinturón—. No sé si es señal de que sucede algo anómalo, pero a Picahúlla no le gustó.

—¿Dónde está el enano? —preguntó Danifae.

—Ha ido a ver si obtenía un salvoconducto por otros canales.

—¿Confías en que haga eso?

—No del todo, pero nosotros no lo conseguiríamos con facilidad —dijo el explorador e hizo una mueca—. Vale la pena negociar con los clanes duergars. Si las autoridades me pillaran falsificando nuestros pases, vendría a ser un espía, ¿no? Y todos vosotros, por asociación.

—Los verdaderos espías se acercarán a Gracklstugh de un modo muy parecido al nuestro —dijo Ryld desde una esquina, donde estaba *Tajadora*, apoyada en la pared, a su alcance.

—Es verdad, pero recuerda que Picahúlla es casi un contrabandista. No le apetece que la atención del príncipe recaiga sobre nosotros —respondió Valas—. Sin embargo, el maestro de armas y yo compramos las provisiones, así que estamos listos para partir en cuanto Picahúlla obtenga la licencia.

—Por ahora parece que hemos hecho todo lo que podíamos hacer —comentó Halisstra—. Por un lado, estoy cansada de desiertos cegadores, sombras que te sorben el alma y suelos de caverna. Si vamos a volver pronto a los desolados e incómodos túneles, voy a disfrutar de la civilización mientras pueda.

Halisstra levantó la copa para que se la llenara Danifae. La prisionera se levantó con gracia y se la llenó.

—Bebe si te place, pero no dejes que te embote el juicio —advirtió Quenthel desde su diván—. Apenas tenemos amigos en esta asquerosa ciudad.

—¿Desde cuándo alguno de nosotros está entre amigos? —preguntó Ryld con un bufido.

—Por supuesto —dijo Halisstra después de reírse—, Ryld, pero esta noche descansaremos con comodidad, sabedores de que ninguno de nosotros se fía de los demás y de que no muy lejos acechan enemigos que nos destruirían si pudieran. ¿Lo podríamos hacer en otras circunstancias?

Danifae llevó la jarra hasta Quenthel. Hizo caso omiso del contorneo sutil de las serpientes del látigo de la sacerdotisa, bajó la mirada y se inclinó para llenar la copa de la suma sacerdotisa.

—Debemos aprovechar los placeres cuando surge la oportunidad —añadió Danifae—. ¿No es ése el propósito del poder?

Halisstra bebió a sorbos de su vino y observó la escena. Danifae había decidido

no ponerse un justillo bajo la cota de mallas, ya que encontró la camisa de mithral negro sin la protección de cuero. Ni que decir tiene que Halisstra le había ofrecido uno suyo, y no dudaba que por la mañana lo aceptaría. Mientras tanto, la piel negra de la chica relucía a través de la malla de metal, y sus pechos perfectos y redondos se bamboleaban de manera seductora bajo las anillas mientras se inclinaba a escanciar el vino de Quenthel. Los varones de la sala no eran capaces de apartar los ojos de ella, por mucho que lo intentaran. Incluso Jeggred, una bestia de cuatro brazos, parecía extasiado por la gracia y belleza de la chica. Valas frunció el ceño y se ocupó de engrasar los kukris. Era evidente que percibía el peligro del momento y se retraía con su habitual cautela. Ryld, por otro lado...

Ryld la estaba mirando a ella. Halisstra evitó que la sorpresa se reflejara en su cara cuando cruzó una mirada con el maestro de armas. Sus miradas se cruzaron. Su expresión parecía deseosa, intensa, Halisstra sabía que las posturas de Danifae no podían pasar inadvertidas, pero en vez de boquear ante la esclava, el maestro de armas fijaba la mirada en la dueña.

Ryld mostró una ligera sonrisa.

Un juego interesante, gesticuló con la mano.

No comprendo, respondió Halisstra del mismo modo, aunque se daba cuenta de que el maestro de armas veía sus intenciones.

Volvió a fijar su atención en Danifae mientras la chica se arrodillaba junto a Quenthel, que bebía vino. El grupo fue enmudeciendo, y Ryld sacó su tablero de viaje de *sava* para jugar una partida contra Valas mientras los demás se contentaban con saborear el respiro de tantos peligros.

Pharaun regresó finalmente, con un puñado de pergaminos bajo el brazo. Se retiró a sus aposentos después de burlarse sin mucho entusiasmo del maestro de armas para hacerle perder la concentración. De cualquier modo Ryld ganó, aunque el explorador de Bregan D'aerthe se marcó muchos puntos.

—Ha sido un día largo —dijo Quenthel—. Me voy a mi cuarto. Jeggred, Valas, vosotros montaréis guardia por turnos. Mañana vigilarán otros dos.

Se levantó y desperezó. Luego se volvió y cruzó una mirada con Danifae antes de abandonar el salón.

—Creo que haré lo mismo —dijo Danifae.

La prisionera de guerra echó un vistazo a Halisstra, mostró una sonrisa recatada y fue a toda prisa tras Quenthel. Ryld guardó el tablero de *sava* y se encaminó hacia su habitación, mientras Valas y Jeggred tiraban una moneda para jugarse la primera guardia. Halisstra se levantó, se arrebujó en su *piwafwi* y subió a su habitación. Se detuvo poco tiempo cerca de la puerta de Quenthel y escuchó, justo lo suficiente para oír lo que podría ser un suave jadeo o el frufú de ropas, y continuó. Las serpientes de Quenthel probablemente advertirían que había un curioso en la puerta.

«Chica lista —pensó Halisstra—. Lo de Quenthel es una maniobra astuta y osada».

En Ched Nasad Halisstra había enviado a Danifae a seducir a rivales en más de una ocasión. Incluso la sacerdotisa más pragmática tenía sus mascotas preferidas, y algunas veces, una sacerdotisa, de otro modo fría y calculadora, podía ser manipulada gracias a sus placeres secretos. Halisstra dudaba que acabara teniendo una influencia real en Quenthel, pero en el peor de los casos, proporcionaba a la matrona de Arach-Tinilith una razón para no abandonar a Halisstra y su criada cuando le apeteciera. Por supuesto, si los servicios de Danifae acababan siendo muy valiosos para Quenthel, la Baenre podría decidirse a reclamar a la prisionera como propia, pero eso era un riesgo que Halisstra estaba dispuesta a correr.

Incluso si Danifae continuaba alentando a la Baenre para que hiciera eso, pensó que aún le quedaba el broche de plata que la chica llevaba al cuello, y se permitió una sonrisa. A menos que Danifae se las arreglara para librarse por sí misma del conjuro de vínculo, no daría un solo paso en esa dirección, pues la muerte de Halisstra precipitaría la suya. Por el momento consideró que podía confiar en la lealtad de Danifae.

Halisstra llegó a su habitación y se desvistió para acostarse, colocó la armadura en un cofre del pequeño dormitorio y dejó la maza al alcance de la mano.

Cayó en el ensueño pensando en Danifae y Quenthel.



Aliisza iba en un palanquín de hierro por las calles de Gracklstugh, transportado por cuatro ogros y escoltado por una docena de guerreros tanarukks. Llevaban armadura de hierro bruñido y mandobles ganchudos de apariencia mortífera. Uno portaba un estandarte amarillo con el símbolo adoptado por Kaanyr Vhok: un cetro asido por un guantelete. El doble de enanos escoltaba a la embajada. Miradas de sospecha se clavaban en el palanquín negro y su ocupante. La semisúcubo se acicaló un poco bajo aquellas miradas. Avanzaría más rápido por sus propios medios, por supuesto, pero hacer una gran entrada en la ciudad de los enanos grises haría que los duergars se la tomaran en serio. Además, era divertido.

El viaje desde los salones de la vieja Ammarindar no había sido ni fácil ni rápido. Aliisza y sus guerreros tuvieron que esforzarse para avanzar lo más rápido posible por los antiguos túneles enanos para alcanzar la orilla del Lagoscuro, y les costó tres días conseguir una barca duergar para cruzarlo. Empezaba a cansarse de ir de un lado a otro por la Antípoda Oscura cumpliendo las órdenes de Kaanyr Vhok. Por otro lado, continuaba demostrando su utilidad al señor de la guerra, y quizá no era una mala idea que las circunstancias le dieran razones para ausentarse de vez en cuando. Le daban ganas de volver alguna vez y tener la oportunidad de permitirse el gusto de

la... variedad.

Gracklstugh parecía una gran herrería, una ciudad de forjas rugientes y humo apestoso. A Aliisza le sorprendió que no fuera tan distinta de la sala de la forja en las ruinas de Ammarindar, salvo porque la de Kaanyr Vhok era sólo un fracción del reino de los enanos grises.

«Qué lugar tan feo», pensó Aliisza. Sin embargo, el volumen del trabajo que se desarrollaba a su alrededor era asombroso. Más de una vez, descubrió que partes de enormes máquinas de asedio se estaban ensamblando en los talleres. Ched Nasad habría sido mucho más elegante e insidiosa, pero Gracklstugh era fuerte. La habilidad enana y su resolución casi estaban a la par que la crueldad y la magia drows.

La escolta de enanos grises giró hacia una fortaleza excavada en una gigantesca estalagmita. Baluartes de piedra y torres de hierro guardaban las inclinadas laderas del castillo duergar. Mientras los ogros la transportaban hacia la puerta del palacio del rey, Aliisza no pudo refrenar el impulso de echar un vistazo al imponente rastrillo y los mortíferos dispositivos dispuestos para aplastar cualquier ataque. Tenía varias formas de huir si lo necesitaba, pero ninguno de sus guerreros conseguiría escapar del palacio si los enanos decidían impedirselo.

La procesión se detuvo en un salón grande y depresivo cuyo suelo estaba hecho de losas de piedra pulida.

—Parece que ya he llegado —dijo Aliisza para sí.

Golpeó el costado del palanquín, y los ogros bajaron la litera con cuidado. La semisúcubo esperó a que se posara y luego salió fuera, estirando las alas.

Un oficial duergar con una sobrevesta negra se acercó a ella.

—Dijiste que querías ver al príncipe heredero.

—Cuanto antes —respondió Aliisza. Había tenido la misma conversación varias veces durante el día con diversos tenientes y capitanes duergars.

—¿Quién eres?

—Soy Aliisza, una emisaria de Kaanyr Vhok, el Caudillo, lord de Ammarindar y también señor del Castillo de la Puerta del Infierno. Creo que tu príncipe descubrirá que vale la pena escuchar el mensaje de mi señor.

El oficial frunció el entrecejo.

—Ellos se quedan —dijo señalando el séquito de Aliisza—. Por favor, sígueme.

Aliisza echó una mirada al jefe de su escolta, un veterano soldado tanarukk al que le faltaba un colmillo.

—Tú y tus guerreros esperad aquí. Tardaré un poco.

Siguió al duergar hacia el interior de la fortaleza, flanqueada por media docena de enanos. Decidió pensar que eran una guardia de honor.

Subieron por una escalera ancha que habría sido impresionante si los enanos grises se hubieran decidido a decorar el lugar y al final llegaron al salón del trono, el

cual tenía unas columnas enormes que soportaban el alto techo abovedado.

Al fondo del salón había un grupo de enanos grises. Por la manera en que se movían y la fría mirada en los ojos, Aliisza imaginó que serían los consejeros y nobles del reino, pero su atuendo no reflejaba esa posición. En medio estaba el único enano gris que había visto con alguna clase de ornamentación, un tipo fornido que llevaba una cota de malla de brillante metal bajo una sobrevesta bordada de negro y dorado. Llevaba una diadema de oro en la calva y unos anillos del mismo metal sujetaban las trenzas de su barba.

El oficial que escoltaba a Aliisza le hizo un gesto para que se detuviera y se acercó para susurrar algo a la oreja del príncipe heredero. El gobernante lanzó una mirada a Aliisza y dio un paso al frente, con los brazos cruzados.

—Bienvenida a Gracklstugh —dijo, aunque su dura mirada no decía lo mismo—. Soy Horgar Sombracerada. ¿Qué quiere de mí Kaanyr Vhok?

«Se acabó la cortesía», advirtió Aliisza.

Bueno, nunca se había encontrado a un enano gris que fuera cortés. Decidió hablar claro y no perder el tiempo en halagos y sutilezas, ya que estaba claro que no serviría de nada. Hizo una leve reverencia y se irguió.

—Kaanyr me ha enviado para haceros algunas preguntas sobre lo que sucedió en Ched Nasad y quizá para analizar otros temas —dijo. Miró a los demás enanos grises que estaban cerca—. ¿Todos gozan de tu confianza?

Horgar frunció el entrecejo, y murmuró algo en duergar. Varios de los consejeros y los nobles se fueron, volviendo a aquellos quehaceres que tuvieran en otro sitio. Un par de centinelas con armaduras pesadas y sobrevestas negras permanecieron detrás, al igual que otro duergar de aspecto importante, un tipo lleno de cicatrices, con armadura, que llevaba una librea con un símbolo rojo.

—Mis Guardias de Piedra se quedan —dijo Horgar y señaló al enano surcado de cicatrices—. éste es el señor del clan Borwald Manoígneá, mariscal del ejército de Gracklstugh.

Borwald le devolvió el saludo a Aliisza con una mirada hosca. Se encogió de hombros y volvió al tema que los ocupaba, decidida a responder a la franqueza con franqueza.

—Un clan duergar, Xornbane, ¿no? Atacó Ched Nasad y precipitó su destrucción. Kaanyr Vhok se pregunta si los enviaste tú.

—El clan Xornbane es mercenario —respondió Borwald. La cicatriz que llevaba arrugó la sien de su cabeza desde el pómulo hasta casi la oreja—. Cualquier trabajo que aceptaran en Ched Nasad es un asunto comercial, no la política del Reino Profundo. Deberías tratar el tema con ellos.

—Lo haría, pero es difícil encontrar supervivientes —dijo Aliisza—. Por lo que sabemos, quedaron atrapados en la ciudad quemada. —Devolvió la mirada hacia

Horgar Sombracerada y preguntó—: Así que, ¿destruyeron Ched Nasad con tu bendición?

—¿Mi bendición? —El príncipe duergar pensó un momento, y dijo—: No estoy descontento de que la Ciudad de las Telarañas Resplandecientes cayera, pero no envié al clan Xornbane a hacer ese trabajo. A Khorrl Xornbane lo contrató una de las matronas de Ched Nasad para que la ayudara a destruir las casas que tenía por encima. Y decidí no intervenir en los negocios de Xornbane.

—En ese caso, las decisiones de Xornbane han sido muy desacertadas. Le entregaron a su matrona una ruina humeante y soportaron innumerables pérdidas —observó Aliisza.

De las sombras de una columna del gran salón surgió una forma delgada, un drow enjuto y bajo con gracia felina. Era un tipo apuesto, con unas impecables prendas negras y grises, un estoque y una daga a juego.

—En beneficio de mis socios —dijo el recién llegado— dispuse que a las tropas de Khorrl se las proveyera con bombas quemapiedras que demostraron ser muy efectivas en el levantamiento de los esclavos en Menzoberranzan. Por supuesto, no imaginé que destruirían toda Ched Nasad.

—No esperaba descubrir que un elfo oscuro tuviera la confianza de un príncipe de los duergars —dijo Aliisza después de levantar una ceja.

—En cierto modo soy un mercenario —respondió el tipo—, con la tarea de promover ciertos cambios en un puñado de casas en Ched Nasad y Menzoberranzan. —Mostró una ligera sonrisa que no secundó su mirada—. Llámame Nimor.

—Nimor —respondió Aliisza—. Cualquiera que fuera tu propósito, cambiaste las cosas en Ched Nasad. ¿Qué tienes en mente respecto a Menzoberranzan?

—¿Qué interés tiene en ello Kaanyr Vhok? —dijo Horgar, que rebulló incomodo.

—Bueno, si hubiéramos sabido que alguien tenía la intención de atacar Ched Nasad, habríamos ofrecido nuestra ayuda —respondió Aliisza—. Mi señor ve oportunidades en las dificultades de los elfos oscuros. Si alguien estuviera pensando en hacer un esfuerzo similar en Menzoberranzan, estaríamos deseosos de contar con socios.

—Dudo que el Reino Profundo tenga necesidad de unos pocos centenares de chusma achaparrada —se burló Borwald.

Aliisza reprimió su enfado.

«Son simplemente duergars —dijo para sí—, bruscos y groseros. Así es como son.»

—Tus espías están un poco desfasados —dijo—. Mi señor dirige cerca de dos mil guerreros tanarukks, tan fuertes como un ogro y tres veces más listos. Hemos construido forjas y armerías, quizá no tan espléndidas como las de Gracklstugh, pero suficientes para pertrechar a nuestros soldados. También tenemos tropas auxiliares

(osgos, ogros, gigantes y similares) más numerosas que nuestra Legión tanarukk. —Centró su mirada en Borwald y añadió—: No tenemos la fuerza del Reino Profundo, Manoígneá, pero somos capaces de enfrentarnos al doble de nuestras fuerzas y oponerles una lucha feroz. Desprecias la Legión Flagelante de Kaanyr Vhok muy imprudentemente.

—No desconozco la creciente fuerza de Kaanyr Vhok —murmuró Horgar, mientras se mesaba la barba—. Habla claro. ¿Qué quiere tu señor?

«Nada de sutilidad —lamentó Aliisza—. Kaanyr podría haber enviado un ogro con pocas luces para entregar el mensaje.»

—Kaanyr Vhok quiere saber si intentas atacar Menzoberranzan. Si es así, desea unirse a ti. Como acabo de decir, creo que la Legión Flagelante sería un aliado valioso.

—No te queríamos como aliado si pensáramos en una cosa semejante —dijo Horgar—. Pensaríamos que tenemos fuerzas suficientes para conseguir lo que queremos sin dividir el botín.

—Puedes pensar lo que quieras —concedió Aliisza—. Si tuvieras razón, los elfos oscuros de Menzoberranzan tendrían buenos motivos para buscar aliados contra ti. La pregunta es ¿a qué aliados irían en busca de ayuda?

—Aplastaría a Kaanyr Vhok si hiciera algo tan estúpido —gruñó Horgar—. Regresa con tu demoníaco amo y dile...

—Un momento, príncipe Horgar —dijo Nimor, situándose entre el duergar y la semisúcubo—. No nos precipitemos. Deberíamos estudiar con cuidado el mensaje de lady Aliisza antes de dar una respuesta.

—¡No me digas cómo tengo que llevar los asuntos de mi reino, drow! —prorrumpió Horgar.

—Por supuesto que no, mi señor príncipe, pero me gustaría mucho sopesar con tiempo este tema. —Nimor se volvió hacia Aliisza y dijo—: ¿Supongo que estarías dispuesta a quedarte como invitada del príncipe heredero mientras estudiamos la oferta de tu señor?

Aliisza sonrió. Dejó que sus ojos se demoraran en la figura del elfo oscuro. Si le daban una oportunidad, estaba segura de que lo convencería para ver las virtudes de su propuesta, aunque notaba que en Nimor había algo más de lo que se veía a simple vista. Por desgracia, Horgar y su mariscal, Manoígneá, estaban menos predispuestos a sucumbir a sus encantos. Podía esperar uno o dos días y ver si Nimor tenía éxito con sus argumentos.

El príncipe duergar le tomó las medidas a Aliisza, mientras reflexionaba sobre las palabras de Nimor. Al final, se ablandó.

—Te quedarás poco tiempo, mientras pensamos en tu oferta. Haré que dispongan un alojamiento para ti en palacio. Tus soldados tendrán que quedarse en barracones

cerca de mis guardias. No se les permitirá entrar en el castillo.

—Necesitaré algunos asistentes.

—Bien, quédate con dos. El resto fuera.

Horgar miró hacia el final del salón e hizo un gesto. El capitán se acercó a la carrera.

—Hablaemos de nuevo cuando tome una decisión —le dijo.

—En eso caso, estaré dispuesta cuando te apetezca —le dijo a Horgar, pero dejó que sus ojos se demoraran en Nimor mientras hablaba.



—Hoy no puede ser —le dijo Thummud, del clan Muzgardt, a Ryld, Valas y Picahúlla. El gordo duergar sellaba con un mazo un barrilete de cerveza fresca de hongos—. Volvedlo a intentar en uno o dos días, a ver.

Picahúlla maldijo por lo bajo, pero los drows cruzaron miradas recelosas. Ryld advirtió que una docena de enanos trabajaban cerca de donde estaba Thummud y que en muchos de ellos se veía el inconfundible brillo del metal bajo sus jubones. Parecía que el cervecero no tenía la costumbre de arriesgarse.

—Eso lo dijiste ayer —dijo Ryld—. El tiempo apremia.

—Eso no es mi problema —respondió Thummud. Acabó de poner la tapa y dejó el mazo sobre el barril—. Tendréis que esperar, os guste o no.

Valas suspiró y se llevó la mano hacia la bolsa que le colgaba del cinturón. La sacudió y la dejó cerca de los dos.

—Ahí hay gemas que valen más del doble de lo que acordamos —dijo el explorador—. Son tuyas si nos consigues la licencia hoy.

Thummud entornó los ojos.

—Me pregunto en qué andaréis metidos —dijo lentamente—. No es algo honesto, de eso estoy seguro.

—Considéralo una gratificación personal —dijo Ryld en voz baja—. Tu señor espera doscientas monedas de oro por cabeza, y tú harás lo que tengas que hacer para que las consiga. Lo que sobre no es cosa suya, ¿verdad?

—No puedo decir que no consiguierais lo que queréis en otro momento —admitió Thummud encogiéndose de hombros—, pero mi señor ha sido muy claro en este tema. Me cruzaría en su camino si hago ese trato contigo, y el viejo Muzgardt pediría mi cabeza. —El cervecero pensó en ello durante un momento, y añadió—: Mejor que sean dos o tres días. Los muchachos del príncipe heredero están por toda la ciudad y mejor que no vean que venís aquí todos los puñeteros días.

El corpulento enano levantó el barrilete, se lo puso al hombro y se fue, dejando a los dos elfos oscuros junto a Picahúlla, rodeados por los hoscas duergars.

—¿Ahora qué? —le preguntó Ryld a Valas.

—Supongo que volver a la posada y esperar, digo yo —murmuró Picahúlla—. Quedándoos aquí no sacaréis nada. Volved en un par de días.

—A Quenthel no le gustará —dijo Ryld, dirigiéndose al explorador drow.

Valas se encogió de hombros a modo de respuesta.

Los dos drows y el guía dejaron la cervecería de Muzgardt, pensativos. Caminaron juntos un corto trecho.

—Empiezo a preguntarme si no sería mejor que nosotros mismos redactáramos esa licencia —dijo Valas en voz baja—. Después de todo no la necesitaríamos durante mucho tiempo.

—Es una mala idea —dijo Picahúlla—. Falsificarías una licencia que parecería buena, pero necesitas la bendición de Muzgardt. Si te dan el alto, te retendrían mientras comprueban que cuentas con su patronazgo. Y eso no lo tendrás hasta que Muzgardt te lo conceda.

—Maldición —murmuró Valas.

Ryld examinó la situación, intentando sacar algo en claro: si Picahúlla los había conducido a propósito a un callejón sin salida o si realmente era tan difícil obtener una licencia. En el primer caso, Ryld no veía qué interés podía tener Picahúlla en retrasarlos. Quizá el enano pretendía tenderles una trampa, pero si era así, ¿no habría tenido suficientes oportunidades para dar el golpe que tuviera en mente? Por otro lado, si Picahúlla y Thummud no estaban conchabados, ¿por qué el príncipe heredero había escogido esas fechas para tomar esas medidas tan duras con los extranjeros que se movían por su reino?

«Porque tiene algo que no quiere que vean los extraños, por supuesto —decidió Ryld—. ¿Qué querrá esconder?»

Ryld se detuvo de pronto en medio de la calle. Valas y Picahúlla hicieron lo mismo unos pasos más adelante, y se quedaron mirándolo.

—¿Qué pasa? —preguntó Valas.

—Tú y yo tenemos algo que hacer —le dijo Ryld a Valas, y entonces se volvió hacia el guía—. Ven a la posada mañana temprano.

Picahúlla frunció el entrecejo.

—De acuerdo —dijo. El duergar se volvió y se marchó calle abajo, mientras murmuraba por lo bajo—. No me culpéis si acabáis arrestados por hacer lo que estáis tramando. No hablaré en vuestro favor. Estaré en mi barca si me necesitáis.

¿Qué pasa?, preguntó Valas en el lenguaje de signos después de que el enano desapareciera entre las sombras de la calle.

El príncipe heredero limita la libertad de movimientos a los mercaderes extranjeros y viajeros, respondió Ryld de igual modo. No quiere que las noticias salgan de la ciudad. Creo que el ejército de Gracklstugh está a punto de ponerse en marcha.

¿Así lo crees?, señaló Valas sorprendido.

—Es lo que yo haría —respondió Ryld—. La cuestión es, cómo asegurarse de eso.

Echó un vistazo a la calle. Como siempre, cualquier enano gris que hubiera a la vista miraba a los dos elfos oscuros con abierta hostilidad.

Investigar tus sospechas nos convierte en el tipo de gente que buscan los soldados del príncipe heredero, señaló Valas. El delgado explorador frunció el entrecejo, pensativo. *¿Qué necesitarías para confirmar tus sospechas?*

Una caravana de suministros, respondió Ryld al instante. *Carros, lagartos de carga, esa clase de cosas. Uno no reúne todo eso a menos que pretenda movilizar un ejército, y se tardaría varios días en hacerlo. Se necesitaría un montón de espacio.*

De acuerdo, respondió Valas.

Valas se quedó pensativo y frunció el entrecejo mientras acariciaba los extraños amuletos y símbolos que llevaba en las ropas.

¿Quieres intentarlo?, señaló el explorador.

Ryld miró a su alrededor. Thummud había sido categórico al decirles que las cosas no cambiarían durante varios días como mínimo, y eso no agradaría a Quenthel. Si Gracklstugh pretendía atacar Menzoberranzan, él quería saberlo antes de que el ejército duergar avanzara. Encontrarían la manera de enviar una advertencia a casa. Los duergars no eran una turbamulta de esclavos a los que aplastar como pasatiempo de las casas nobles. El ejército de la Ciudad de las Cuchillas sería grande, fuerte, disciplinado y bien pertrechado, y no le gustaba pensar qué podría hacerle un ejército de esa clase a su ciudad.

Vamos, respondió.

Valas asintió y se puso en marcha al instante. En vez de volver a La Fresca Fundición, se volvió hacia el centro de la caverna. Se adentraron por las calles apestosas y los oscuros callejones durante un buen trecho, dejando atrás distritos de comerciantes donde los artesanos duergar y los mercaderes tenían apiñadas sus tiendas. Se hacía tarde, y los transeúntes parecían disminuir. Al final los dos elfos oscuros llegaron a una calle que corría por el borde de una grieta que dividía los barrios más altos e inaccesibles de la ciudad de los vecindarios destartalados que había junto al lago. Numerosos puentes de piedra cruzaban el abismo, que acababan en calles estrechas. Una brigada de soldados hacía la guardia al principio de cada uno, prohibiendo el paso.

El explorador condujo a Ryld hacia las sombras de una callejuela e hizo un gesto hacia la grieta y los puentes.

—El Surco de Laduguer —comentó—. También conocido por La Raja. Todo lo que hay en el lado oeste está vedado a los forasteros. Hay un par de cavernas grandes en el otro extremo que servirían de campos de maniobras, ocultos a miradas

indiscretas.

Ryld estudió al explorador de Bregan D'aerthe. Se preguntó cómo sabía tanto de una parte de la ciudad que se suponía estaba prohibida.

—Veo que ya has estado ahí —repuso Ryld.

—He pasado por Gracklstugh un par de veces.

«Me pregunto si habrá un lugar por el que no haya pasado», pensó Ryld. Se deslizó entre las sombras para tener una mejor vista de los puentes. Sabía mantenerse escondido, pero no le gustó lo que vio. No había modo de esconderse una vez puesto un pie en uno de esos estrechos puentes sin petril.

—¿Cómo cruzaremos? —preguntó.



Valas acabó de hacer los nudos y se acercó, puso el pie derecho en un lazo y pasó el brazo por otro.

—Trata de ocultarte tras esta estalagmita mientras asciendes —dijo. Ryld asintió y tocó la insignia que llevaba prendida del *piwafwi*. El objeto lo identificaba como maestro de Melee-Magthere, y al igual que los broches de la mayoría de las casas nobles, otorgaba el poder de la levitación. Valas no dudaba que Ryld había luchado con ahínco para ganarse el derecho de llevarlo.

Como esperaba, el encantamiento demostró ser lo bastante poderoso para elevar a los dos. Ascendieron sin esfuerzo hacia el humo y oscuridad que reinaban en las alturas de Gracklstugh, hasta que éstos impidieron ver sus calles. Desde lo más alto de la gran caverna, el suelo parecía envuelto en niebla y humo. El resplandor de los fuegos producía círculos de brillante niebla roja en un centenar de puntos.

—Esto es mejor de lo que pensé —dijo Valas—. El humo nos oculta bastante bien.

—Y me hace llorar —dijo Ryld. Tocó el techo y descubrió que era áspero y lleno de agujeros—. ¿En qué dirección vamos?

—Hacia tu derecha. Sí, eso es.

Valas indicó la muralla septentrional de la ciudad con la barbilla, mientras mantenía asegurados el brazo y la pierna en los estribos que se había hecho. Con cuidado, Ryld se volvió un poco para nivelarse, y tiró con las manos como si escalara una pared de roca. El explorador se movió para asegurar el agarre, mientras mantenía los ojos en el suelo de la caverna y dirigía el avance del maestro de armas.

—Un mago enano con un conjuro de disipación nos fastidiaría el invento —comentó Ryld—. ¿No estás un poco nervioso?

—Siempre me he encontrado a gusto en las alturas, pero dejemos de hablar de ello.

Ryld rió entre dientes.

Durante los días pasados, el viaje había transcurrido sin incidentes, aburrido. Pero aquel desafío de espiar en el corazón de la ciudad duergar les animaba.

—Dirígete más a tu izquierda —dijo Valas, interrumpiendo sus pensamientos—. Hay una especie de repisa en la pared de la caverna que seguramente sigue la misma dirección que llevamos.

Ryld asintió, y ambos descendieron por el inclinado techo de la caverna hasta que encontraron el lugar en el que se convertía en una pared. Allí, una veta erosionada rodeaba la caverna como los aleros de una vieja posada. El maestro de armas lo miró con recelo, pero mientras se acercaban Valas se desenredó y saltó para agazaparse allí como si de una araña se tratara.

Ryld lo siguió, con algo más de torpeza. Apenas era capaz de arreglárselas, pero tenía la suerte de tener la magia de la insignia para recuperar pie si lo demás fallaba.

Valas avanzó confiado por la cornisa, mientras descendía. De repente desapareció en una curva cerrada.

Ryld gateó tras él. Maldecía en silencio mientras sus pies desplazaban alguna piedra suelta y la enviaban pared abajo con estrépito. Las forjas y martillos de Gracklstugh acallaron el ruido bastante bien, pero estaban sobre el Surco de Laduguer. La roca desapareció en el abismo.

Valas echó una mirada hacia el recodo.

—Con cuidado —señaló—. Ven hasta aquí y mira esto.

Ryld avanzó a trancas y barrancas hasta el explorador, y se tendió boca abajo. La repisa bajaba hasta una caverna lateral y giraba bruscamente. Desde su atalaya, a más de treinta metros del suelo, veían una caverna de tamaño considerable, quizá de unos trescientos o cuatrocientos metros de largo y casi la mitad de ancho. Las paredes estaban cubiertas de barracones, suficientes para albergar un gran número de soldados. Pero el suelo del lugar estaba nivelado y despejado. Un buen campo de entrenamiento para tropas.

De un extremo a otro el espacio estaba cubierto de carros y lagartos de carga. Centenares de duergars pululaban por el lugar, aseguraban grandes cestas sobre las espaldas de los feos reptiles, cargaban carros y preparaban máquinas de asedio. El hedor nocivo de las fundiciones de la ciudad no era suficiente para enmascarar el fuerte olor del estiércol que había en la gran caverna, y los siseos y los ásperos gañidos de los lagartos hendían el aire.

Valas empezó a contar carros y bestias de carga. Intentaba estimar el tamaño de la fuerza que se pondría en marcha. Pocos minutos después, apartó la vista.

¿Qué calculas, unos dos mil o tres mil?, dijo Ryld.

Creo que algo más, quizá cuatro mil, pero podría haber más en otras cavernas cercanas, dijo el explorador después de fruncir el entrecejo.

¿Se te ocurre alguna razón pare creer que no van a atacar Menzoberranzan?,

preguntó Ryld.

No somos sus únicos enemigos. Sin embargo, que hayan elegido este momento me inquieta.

Tampoco creo en las coincidencias, susurró Ryld. Empezó a volver sobre sus pasos a rastras, procurando no mover más piedras. Estaría bien inspeccionar las demás cavernas en busca de más soldados, pero creo que hemos visto más de lo que los duergars querían, y no me gusta tentar la suerte. Mejor volvemos e informamos a los demás.

capítulo



ocho

—Deberíamos irnos, y ya está —refunfuñó Jeggred. Su pelaje blanco estaba manchado de vino tinto, y el hocico pringado por la grasa caliente de un asado de rote. El draegloth no soportaba bien las largas esperas, y dos días de confinamiento en La Fresca Fundición eran demasiado para él—. Estaríamos fuera de la ciudad antes de que se dieran cuenta.

—Me temo que no es tan sencillo —dijo Ryld. Estaba arrodillado junto a su mochila, llenando bolsas con la comida que menos se estropeaba. Luego las metió en un círculo negro que había a su lado; era un agujero mágico que se podía llevar uno consigo como si fuera una prenda negra. Era capaz de almacenar kilos y kilos de equipo y vituallas, pero apenas pesaba—. Quizá tú no los has visto, pero estoy seguro de que no soy el único que ha reparado en los espías que vigilan esta posada. No habríamos recorrido ni doscientos metros que ya se nos habrían echado encima los soldados.

—¿Y? —preguntó el draegloth—. ¡No temo a ningún enano!

—Los duergars no son goblins ni gnolls, que son demasiado tontos para usar su superioridad numérica y demasiado torpes y toscos para tener una oportunidad en el uno contra uno. Me he encontrado espadachines duergars casi tan buenos como yo. No dudo que varios de ellos nos atacarían. Además, entre sus filas cuentan con magos y clérigos expertos.

—Tendríamos que habérselo pensado antes de venir a una ciudad duergar —dijo Halisstra—. Qué pérdida de tiempo.

Se apresuró a ponerse la armadura mágica que llevaba el símbolo de la casa Melarn en el pecho. Se preguntó si la mejor estrategia sería esperar unos días más y confiar en que los enanos grises relajaran la vigilancia. Por otro lado, si se retrasaban demasiado, siempre cabía la posibilidad de que el mercader al que había hechizado para comprarle el nuevo equipo a Danifae recuperara la voluntad e informara de lo ocurrido a las autoridades... pero no, si las hubieran denunciado, ya habrían pagado con sus vidas.

Tiró del borde de la cota de malla y se movió para que le asentara mejor en los hombros.

—Maese Argith, ¿cuanto tiempo le puede costar al ejército duergar ponerse en marcha? —preguntó Halisstra.

—Poco —dijo Ryld—. No pueden mantener a los lagartos de carga enjaezados durante mucho tiempo. La pregunta es cuándo podremos irnos. Si esperamos a que el ejército se ponga en marcha, podríamos retrasarnos días.

—Si nos retrasamos, nos matarán —advirtió Danifae.

—Partiremos de inmediato —dijo Quenthel, poniendo punto final al debate.

La matrona de la Academia se vistió para el combate, con expresión sombría, mientras el látigo se retorció inquieto.

—Eso vuelve a plantear la pregunta que nos hicimos antes..., ¿en qué dirección vamos? —preguntó Ryld.

El maestro de armas acabó de recoger las provisiones en el agujero, lo enrolló y lo metió en la mochila.

—Sería capaz de volver a Mantol-Derith —propuso Pharaun—, pero sería difícil avanzar desde aquí. No conozco el camino hacia el Laberinto, así que cada paseo que demos por el Plano de las Sombras nos llevaría a un fin sombrío. Somos demasiados para que os teletransporte a todos, por lo que, a menos que alguien tenga ganas de responder ante los enanos grises por la repentina partida del resto del grupo, supongo que eso también queda descartado.

—¿Qué me dices de un conjuro que disfrazara nuestra apariencia? —preguntó Ryld.

—Por desgracia —respondió el mago—, los enanos grises detectan muy bien esas ilusiones.

—Si sólo uno se percatara de nuestro disfraz y viera un grupo de elfos oscuros... —añadió Halisstra.

—Sería mejor que nos hiciéramos invisibles —dijo el maestro de Sorcere—. Sí, eso sería la mejor solución. Eso me recuerda los tiempos en que...

—Basta. —Quenthel rebulló en el asiento y le preguntó a Valas—: ¿Tenemos que ponernos en camino hacia el Laberinto desde aquí, o podrías encontrar un camino que rodeara Gracklstugh si retrocediésemos un trecho?

—Nos costaría varios días más rodear la ciudad —respondió el explorador—, pero os podría guiar más allá de los bordes de Gracklstugh.

—Excelente —dijo Quenthel—. Nos dirigiremos a los muelles y usaremos el bote de Picahúlla. Es la vía de salida más directa desde aquí, y a menos que me equivoque, la orilla está menos vigilada que los túneles. ¿Estáis todos preparados? —Echó un vistazo a su alrededor. Todos estaban listos, así que la sacerdotisa Baenre hizo un gesto de aprobación y se volvió hacia Pharaun—. ¿Qué tenemos que hacer para que funcione tu conjuro?

—Unid las manos y acercaos a mí —dijo Pharaun—, o apartaos, si preferís, en cuyo caso os volveréis visibles. Ah, no me hago responsable de los inconvenientes que surjan.

Armados y con las mochilas a la espalda, unieron las manos y esperaron, todos excepto Valas. El maestro de Sorcere, en el centro, siseó una serie de palabras arcanas y dio unos pases místicos con las manos. Todos desaparecieron. Halisstra sentía la mano de Danifae en el hombro izquierdo y asía la coraza de Ryld con la derecha, pero sus ojos le decían que sólo el explorador estaba en la sala.

—¿Estás preparado, maese Hune? —dijo Pharaun.

Valas asintió. Iba vestido con lo que para él eran sus galas, una simple cota de malla sobre una buena camisa de tela de araña y unos bombachos oscuros, el *piwafwi* caído por encima de un hombro casual. A esta vestimenta estaban prendidos distintivos e insignias estrafalarios, protecciones y fetiches de una docena de razas que completaban su atuendo.

—Los distraeré paseando un rato por el patio. Salid rápido; será menos sospechoso si no me quedo mucho rato. Me uniré a vosotros en la barca de Picahúlla dentro de diez minutos.

—Te seguirán de cerca —dijo Ryld.

Valas Hune se mostró ofendido.

—Nadie es capaz de seguirme si yo no quiero —dijo.

Valas salió al patio, dejando la puerta para que salieran. Valas hizo como si se desprezara. Halisstra oyó que Ryld arrastraba los pies, e hizo lo mismo, apretujándose contra él a la par que Danifae la empujaba. El aliento cálido de la muchacha le acariciaba la nuca.

Mientras el explorador de Bregan D'aerthe se encaminaba hacia el barrio central de la ciudad, Halisstra y los demás dieron un rodeo y fueron en dirección contraria, a los muelles. Las calles no estaban desiertas, pero tampoco abarrotadas. La mayoría de los duergars estaban en sus aburridas casas después de un largo día en las forjas y fundiciones de la ciudad. Si el grupo se hubiera visto obligado a huir al principio o al final de la jornada, su estratagema se habría desbaratado por el simple encontronazo con un atareado enano.

Halisstra lanzó otra mirada a Valas, que caminaba por la calle en dirección opuesta. Parecía ir con cierta cautela; lo que era mejor que la despreocupación, cosa que sería sorprendente en un lugar como Gracklstugh. También vio a un mozo duergar llevando un barrilete de brandy al hombro. Cuando el explorador pasó, éste se volvió para seguirlo. En apariencia no era más que un trabajador normal y corriente que transportaba artículos de una parte de la ciudad a otra.

«Valas lo habrá advertido —pensó—. Ese mercenario es demasiado astuto para pasar por alto un seguimiento tan claro como ése.»

Aunque Halisstra esperaba que en cualquier momento algún observador escondido diera un grito de alarma, avanzaron sin impedimentos hasta que alcanzaron los muelles. Cuando se acercaban a las barcas amarradas, Ryld se detuvo de repente,

sorprendiendo a Halisstra. ésta tropezó con él. Danifae también chocó con ella. Y todo el grupo se detuvo.

—Problemas —susurró Pharaun—. Una patrulla de soldados con los colores del príncipe heredero acaban de doblar la esquina. También son invisibles, y hay un tipo que parece mago que los guía hacia aquí.

—¿Nos ven? —preguntó Jeggred—. ¿De qué nos sirves, mago?

—Hay conjuros que permiten ver la invisibilidad —respondió Pharaun—. Ahora mismo utilizo uno, por eso yo veo a los soldados, y tú no. Espero que eso responda a la pregunta de para qué sirvo...

—¡Vosotros! ¡Disipad el conjuro y tirad las armas! —ordenó el capitán de la patrulla. El ruido de las armas reverberó en la silenciosa calle, aunque Halisstra seguía sin ver a los enanos grises—. ¡Estáis arrestados!

—Jeggred, Ryld, Pharaun... ocupaos de ellos —ordenó Quenthel—. Danifae, Halisstra, quedaos conmigo.

Salió disparada hacia el muelle y se hizo visible en cuanto se alejó de la influencia mágica de Pharaun. Jeggred y Ryld atacaron por el otro lado. *Tajadora* apareció en las manos del maestro de armas como por arte de magia. Pharaun soltó una frase corta que pareció estremecer el aire del embarcadero, y un momento más tarde una onda de luz bañó el otro lado de la calle, revelando a los duergars. El mago profirió al instante otro conjuro, que lo hizo visible mientras dirigía un rayo negro al mago que acompañaba a los soldados. La lanza púrpura alcanzó al mago en el pecho, y se desplomó al suelo como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

—La próxima vez, golpea primero y lanza los desafíos después —comentó Pharaun. Inició otro conjuro mientras el draegloth y el maestro de armas chocaban contra las filas de la patrulla, asestando tajos y mandobles a diestro y siniestro.

Halisstra siguió a Quenthel mientras ésta corría por el muelle. Quenthel saltó a la barca de Picahúlla. Los enormes esqueletos estaban inmóviles en el centro de la cubierta. No eran más que maquinaria inerte que esperaba una orden. Bajo el puente, el contrabandista duergar se removió y se sentó sobre un jergón, agarrando un hacha de mano.

—¿Quién anda ahí? —rugió mientras se ponía en pie—. ¿Por qué...?

Fue interrumpido por el impacto del pie de Quenthel en el pecho y cayó a cubierta.

La Baenre levantó el látigo para acabar con el contrabandista.

—¡Espera! —gritó Halisstra—. Podríamos necesitarlo para que esta cosa funcionara.

—¿Te has creído sus cuentos? —dijo Quenthel sin apartar los ojos del enano—. Quiere que pensemos que lo necesitamos para que funcione la barca.

—Sea verdad o no, ahora no es momento de poner en riesgo nuestra huida —dijo

Halisstra—. Seríamos unos idiotas si nos abriéramos paso entre una patrulla de soldados del príncipe y no pudiéramos abandonar el muelle.

—No habéis conseguido el favor del príncipe, ¿verdad? —dijo Picahúlla. Se levantó despacio y mostró una fiera sonrisa. Un repentino resplandor eléctrico y un trueno retumbante provenientes del principio del muelle anunciaron la llegada de refuerzos duergars—. Si me matan, nunca escaparéis. Ahora hablemos del precio que pagaréis para sacaros de este lío.

Quenthel se enfureció y sin duda habría derribado al enano, pero Halisstra se situó entre los dos.

—Si nos atrapan aquí —dijo la sacerdotisa Melarn—, te implicaremos en todos los cargos que nos imputen, enano. Y ahora en marcha.

Picahúlla cruzó una mirada con las elfas oscuras, la cara deformada por la ira.

—¿Os trato honestamente, y así me lo pagáis? —soltó—. ¡Tendría que haberlo pensado mejor antes de comerciar con los de vuestra calaña!

Se apresuró a quitar los cabos que aseguraban la macabra barca al muelle, mientras gritaba órdenes a los esqueletos.

—¿Por qué tenemos que salvar al enano? —preguntó Quenthel, con los ojos entornados a Halisstra—. Sabes que miente sobre lo de gobernar la barca.

—Siempre podrás matarlo más tarde, si tantas ganas tienes —dijo Halisstra después de encogerse de hombros.

Cuando la barca empezó a girar, Ryld y Jeggred corrieron a toda velocidad y subieron a bordo. La sangre chorreaba de las garras del semidemonio y de *Tajadora*. Pharaun saltó un poco más tarde, después de cerrar el acceso al muelle con un muro de llamas rugientes para detener a los soldados.

—Eso no los retendrá mucho tiempo —dijo el mago—. Debe de haber tres o cuatro magos allí, y extinguirán el muro con rapidez. Alejémonos antes de que lancen sus conjuros sobre nuestro humilde transporte.

—¿Te das cuenta que también has bloqueado la ruta de escape de Valas con ese conjuro? —dijo Ryld entre dientes—. Lo necesitamos, Pharaun. No podemos abandonarlo aquí.

—Me siento halagado, maese Argith.

Valas se levantó de entre las sombras de la popa del barco y se ajustó el *piwafwi*.

—¿De dónde demonios has salido? —preguntó el maestro de armas, mientras se frotaba los ojos.

—Embarqué justo después de que las tres damas lo hicieran —dijo el explorador. Miró a su alrededor, para saborear la sincera sorpresa en las caras de sus compañeros, luego hizo una ligera reverencia y un gesto como para quitarse importancia—. Como dije, no me siguen con facilidad cuando yo no quiero. Además, parecía que estabais muy ocupados con los soldados del príncipe.

El maestro de Melee-Magthere resopló y devolvió a Tajadora a la vaina que llevaba cruzada en la espalda. Acto seguido, se volvió hacia el puerto, que se desvanecía en la oscuridad con rapidez. El fuego aún brillaba en el muelle, iluminaba las extrañas formas de los bajeles duergars, en los que la tripulación se apresuraba por las cubiertas, gritándose órdenes unos a otros mientras obedecían a los soldados del príncipe heredero.

—Espero que tu barca sea más rápida que sus bajeles —dijo Ryld.

—No te preocupes —gritó Picahúlla desde el puente—. Esta es la barca más rápida del Lagoscuro. No nos alcanzarán.

Bramó otra orden a los enormes esqueletos que conducían el bote, y éstos redoblaron sus esfuerzos, accionando las manivelas cada vez más rápido, hasta que una espuma blanca hirvió en las aspas. La ciudad duergar se desdibujó en la oscuridad, sólo la delataba ya el resplandor rojizo que se veía en el techo de la caverna.

—De todos modos, la situación es inquietante —reflexionó Quenthel—. Menzoberranzan no puede afrontar una guerra contra los duergars ahora mismo.

—¿Alteraremos el rumbo? —preguntó Ryld—. Debemos avisar a Menzoberranzan.

La matrona de Arach-Tinilith se paró a pensar un momento.

—No —dijo—. Lo que tenemos entre manos es más importante, y, si no estoy equivocada, Pharaun posee los medios para enviarle una advertencia al archimago. ¿No es así?

El maestro de Sorcere sonrió y extendió los brazos.



Las pisadas de Nimor reverberaban en los pasillos de la fortaleza del príncipe heredero. A intervalos pasaba ante parejas de soldados ceñudos con armadura pesada y alabardas enhiestas. Se preguntaba si nunca se cansaban de mirar las paredes lisas durante su servicio.

Lo más probable era que no. Los duergars eran insensibles a esas cosas.

Nimor jugueteaba con un sobre pequeño que llevaba en la mano. La dama Aliisza de la Corte del Caudillo (un título de lo más imaginativo que había oído) lo había invitado a reunirse con ella para cenar en sus aposentos, no sin dejar caer que los enanos grises hasta ahora no la habían invitado a un banquete o cena. Nimor no esperaba que la compañía para cenar fuera lo único previsto en el programa.

Al llegar a las habitaciones asignadas a la emisaria del Caudillo, se metió la invitación en el bolsillo del pecho, y llamó dos veces a la puerta.

—Adelante —dijo una voz aterciopelada.

Nimor entró. Aliisza esperaba sentada a la mesa, que estaba llena de unos platos

impresionantes y rematada por una botella de vino del mundo de la superficie y un par de copas. Llevaba una falda de seda roja con un ajustado corsé decorado con un lazo negro. Nimor advirtió que los colores la favorecían, y que incluso quedaban bien con sus suaves alas negras.

—Lady Aliisza —dijo con una reverencia—. Me siento halagado. Estoy seguro de que la comida que hay ante mí no proviene de las cocinas del príncipe heredero.

—Hay un límite a la cantidad de queso ahumado de rote y pan de harina de esporas que uno es capaz de soportar —dijo. Tomó las copas de vino con una mano y se acercó para darle una—. Lo admito, ordené a mi séquito que rebuscara por la ciudad para encontrar posadas y tabernas deseosas de suministrar viandas apropiadas al paladar de un elfo.

Nimor se llevó la copa a la nariz para aspirar el aroma. No sólo apreció la fragancia del vino, también olfateó la presencia de algunos de los venenos con los que estaba familiarizado. Habría sido muy difícil envenenarlo. Pero no detectó aromas extraños.

—Muchas gracias. últimamente he viajado mucho y me he visto obligado a vivir sobriamente.

Aliisza sorbió un poco de vino e hizo un gesto hacia la mesa.

—En ese caso, ¿por qué no comemos mientras hablamos?

Nimor tomó asiento frente a la semisúcubo y empezó a comer. Una de las consecuencias de su verdadera naturaleza era el sorprendente saque que tenía para su complexión, así como su capacidad para el ayuno. El asado de rote con salsa de setas estaba en su punto, el pescado ciego estaba algo más salado de lo que le habría gustado y el vino era seco y fuerte, una buena elección para el asado.

—Así, ¿a qué debo el placer de esta ocasión? —preguntó entre bocado y bocado.

—Me intrigas, Nimor Imphraezl. Quiero saber más de ti y a qué intereses representas.

—¿Quién soy? Te he dicho mi verdadero nombre —respondió Nimor.

—ésa no es la clase de respuesta que pretendía. —Aliisza se inclinó hacia adelante, con los ojos fijos en él—. Lo que quería decir es, ¿a quién sirves? ¿Qué haces aquí?

Nimor sintió una sutil agitación en sus pensamientos, como si intentara recordar algo que momentáneamente había olvidado. Se reclinó en la silla y sonrió a la semisúcubo.

—Espero que me perdones, querida, pero hace poco me encontré en una entrevista en la que el otro era capaz de leer mis pensamientos, y por eso esta tarde he tomado medidas para protegerme contra esas cosas. No verás las respuestas en mi mente.

—Ahora me pregunto qué pensamientos tienes que guardar tan bien, Nimor.

¿Tienes miedo de que no me guste lo que encuentre?

—Todos tenemos nuestros secretos. —Nimor agitó de nuevo el vino y admiró su fragancia. No le diría toda la verdad, por supuesto, pero lo que le ofrecería era lo bastante veraz dadas las circunstancias—. Pertenezco a una casa menor de Menzoberranzan con unas prácticas inusuales que las matronas no aprobarían. Entre otras cosas, no nos sometemos a la tiranía de nuestras adoradoras de Lloth y tenemos viejos y fuertes vínculos con casas menores en varias ciudades con prácticas similares. Nos hacemos pasar por mercaderes de poca importancia, pero mantenemos nuestra verdadera naturaleza y habilidades en secreto.

—¿Habilidades?

—Somos asesinos, querida, y muy buenos en nuestro oficio.

Aliisza se inclinó hacia adelante y posó la barbilla sobre las manos mientras examinaba a Nimor con su mirada oscura y traviesa.

—¿Qué hace un asesino de Menzoberranzan en Gracklstugh, aconsejando a Horgar Sombracerada mientras reúne su ejército para la guerra? —preguntó—. ¿No sería eso la peor de las traiciones?

—Deseamos alterar el orden de las cosas —respondió Nimor después de encogerse de hombros—. No venceremos a las grandes casas de nuestra ciudad sin un ejército, y Gracklstugh es el más fuerte en este rincón de la Antípoda Oscura. En cuanto fue evidente que Lloth había abandonado a sus sacerdotisas, nos dimos cuenta de que teníamos una oportunidad de oro para descargar un golpe mortal sobre las grandes casas. Hemos hecho todo lo posible por ayudar a Horgar para que vea que nuestra oportunidad también es la suya.

—¿No te preocupa que los duergars se nieguen a dejar la ciudad drow en vuestras manos una vez que la conquisten?

—Por supuesto —dijo Nimor—, pero con toda honestidad, vemos la caída de las casas de la Reina Araña como un éxito lo bastante deseable para compensar los riesgos de que nos traicionen los enanos. Incluso si Gracklstugh se vuelve contra mi casa y ocupa Menzoberranzan durante un centenar de años, sobreviviríamos, y a su debido tiempo, reclamaríamos la ciudad.

—¿De verdad crees que la Reina Araña permitirá que caiga su ciudad? ¿Qué sucederá en caso de que las sacerdotisas recuperen de pronto sus poderes?

—Somos una raza longeva, querida. Mi abuelo vio con sus propios ojos los acontecimientos de hace mil años. No olvidamos el pasado como hacen otras razas. En todas nuestras leyendas, nuestras tradiciones, nunca nos encontramos con un silencio tan completo y duradero. Incluso si es temporal, bueno, es una oportunidad que se da una vez cada dos mil años, ¿no? ¿Cómo no escoger este momento para golpear?

—Quizá tengas razón. Hablé con otro drow que siente que éstos son tiempos

extraordinarios y sin precedentes. —Aliisza volvió la mirada hacia él y añadió—: De hecho, en Ched Nasad me encontré con unos nobles de Menzoberranzan que llegaron a la ciudad con la esperanza de descubrir la causa del silencio de Lloth. Quenthel Baenre, matrona de Arach-Tinilith, dirigía al grupo.

—Oí hablar de la misión de la matrona Quenthel. ¿Así que fueron a Ched Nasad?

—Sí, después de pasar por el territorio de Kaanyr Vhok. Llegaron justo a tiempo de ver la destrucción de la ciudad.

—¿Sobrevivió alguno de ellos?

—No estoy segura —dijo Aliisza después de encogerse de hombros—. Eran gente muy capaz. Si alguien podía escapar a la caída de la ciudad, eran ellos.

Nimor golpeó ligeramente la mesa con los dedos, pensando. ¿Entonces la misión de investigación de Quenthel era importante? Imaginaba que las matronas habían decidido mandar fuera de la ciudad a la matrona de Arach-Tinilith durante un tiempo por si tenía aspiraciones peligrosas. Sin embargo, era algo inesperado, un factor desconocido del que convendría que la Jazred Chaulssin tomara nota. Un grupo de poderosos elfos oscuros vagando por la Antípoda Oscura encontrarían la oportunidad de causar toda clase de problemas.

—¿Hallaron las respuestas a sus preguntas? —preguntó.

—No, que yo sepa —dijo Aliisza. Apartó la mirada de la ventana y se acercó hacia la mesa—. Parecías muy ansioso por discutir mi caso con el príncipe coronado. ¿Puedo preguntar el porqué?

El asesino se removió en el asiento y se reclinó, posando la mirada en ella.

—Ya lo mencionaste antes —dijo—. O Gracklstugh es lo bastante fuerte para vencer a Menzoberranzan, o no. Si es lo segundo, entonces la Legión Flagelante de Kaanyr Vhok puede desequilibrar la balanza a nuestro favor. Si Gracklstugh es lo bastante fuerte, entonces la Legión Flagelante serviría para averiguar las aspiraciones de Horgar. No queríamos que el príncipe heredero olvidara los detalles de nuestro acuerdo.

—¿Y por qué la Legión Flagelante servirá como vuestro ejército en la batalla?

—Porque para Horgar no contarás como aliada a menos que lo persuada de que estaría mejor con los tanarukks de Kaanyr Vhok a su lado que atacando su flanco —respondió Nimor—. Además, tu señor quiere quedarse sentado mientras se desencadenan los hechos. Te ha enviado para apremiar a los duergars a que atacasen Menzoberranzan, ¿no es así?

Aliisza escondió su sonrisa tras la copa de vino.

—Bueno, sí —admitió—. Así, ¿pedirás a los duergars que acepten nuestra ayuda, o no?

El asesino estudió a la semisúcubo mientras pensaba en la respuesta. Agrach Dyrre era un aliado útil, pero dudaba que la Quinta casa de Menzoberranzan tuviera la

fuerza necesaria para contrarrestar al ejército de Horgar si llegaba el momento decisivo. Otra fuerza en la batalla incrementaría las probabilidades de éxito de la Jaezred Chaulssin, y con tres ejércitos con los que operar, se podía alinear dos contra el tercero en cualquier combinación necesaria para lograr sus objetivos últimos. En último término, la Jaezred Chaulssin utilizaría sus fuerzas, pero éstas no eran numerosas, y siempre era preferible emplear los recursos de un aliado antes que utilizar los propios.

—Creo —dijo al fin— que no le daremos oportunidad a Horgar de rechazar tu ayuda. ¿Conoces un lugar llamado los Pilares del Infortunio?

Aliisza frunció el entrecejo y sacudió la cabeza.

—Es un desfiladero que hay entre Gracklstugh y Menzoberranzan —dijo Nimor—, un lugar para el que tengo grandes planes. Estoy convencido de que algunos de los exploradores de Kaanyr Vhok conocerán el sitio y me aseguraré de que saben encontrarlo. Vuelve con Kaanyr Vhok y haz que lleve la Legión Flagelante a los Pilares del Infortunio lo antes posible. Tendrás la oportunidad de contribuir a la destrucción de Menzoberranzan. Si el príncipe heredero demuestra que es un insensato, tendrás otras oportunidades, pero creo que Horgar aceptará tu ayuda, dadas las circunstancias, una vez que encuentre tus fuerzas en la batalla.

—Eso suena arriesgado.

—El riesgo es el precio de la ocasión, querida. No es posible evitarlo.

Aliisza estudió sus intenciones.

—Muy bien —dijo—, pero te advierto que Kaanyr Vhok se enfadará conmigo si su ejército avanza por la Antípoda Oscura y se pierde la diversión.

—No te defraudaré —prometió Nimor. Se permitió dar un buen trago de vino y apartó la silla de la mesa—. Con esto se acaba nuestro asunto, lady Aliisza. Gracias por la excelente cena y la agradable compañía.

—¿Te vas tan pronto? —dijo Aliisza con mohín.

Se acercó más. Sus ojos le lanzaron una mirada traviesa, y Nimor se descubrió paseando la mirada por las voluptuosas curvas de su cuerpo. Ella se inclinó hacia adelante, puso las manos en los brazos de la silla y lo rodeó con las alas. Con un encanto sinuoso bajó la cabeza para mordisquearle la oreja, mientras apretaba su carne suave y ardiente contra él.

—Si ya hemos acabado con los negocios, Nimor Imphraezl, es el momento del placer —le susurró a la oreja.

Nimor inhaló la fragancia deliciosa de su perfume y descubrió que sus manos se paseaban por sus caderas para atraerla hacia sí.

—Si insistes... —murmuró y le besó el cuello.

Ella tembló entre sus brazos cuando él alargó la mano y empezó a desabrocharle el corsé.



Las burdas aspas a los costados de la barca de Picahúlla traquetearon con fuerza en la oscuridad, batiendo el agua negra y formando espuma blanca. Los gigantescos esqueletos del centro de la barca se encorvaban y erguían una y otra vez, con las huesudas manos sujetas a la manivela que accionaba las ruedas. Sin descanso, continuaron su mecánico trabajo, atados a su tarea por la magia nigromántica que les insuflaba sus años de vida, quizá décadas. Halisstra no era una experta en los viajes en barco, pero le parecía que la barca de Picahúlla llevaba un ritmo que era difícil de igualar.

Lanzó una mirada de reojo para ver si sus compañeros mostraban algún signo de que los perseguían. Ryld, Jeggred y Pharaun se hallaban en la popa, mirando la estela. Quenthel estaba sentada sobre un gran baúl justo bajo el puente y también miraba hacia Gracklstugh. Valas estaba en el puente junto a Picahúlla, asegurándose de que el enano mantenía la desgarrada nave en el rumbo que deseaban.

Halisstra y Danifae cumplían las funciones de vigías, con la vista al frente para cerciorarse de que no se metían de cabeza en problemas. Halisstra no se molestó en discutir la medida. Los varones estaban mejor situados para hacer frente a las probables amenazas, y Pharaun era posiblemente su mejor arma contra cualquier persecución desde Gracklstugh.

La ciudad ya no era visible, excepto por la mancha larga y rojiza. La luz de los fuegos de las fraguas enanas se veía desde varios kilómetros de distancia en el vacío inmenso de las aguas del Lagoscuro. A Halisstra le recordaba los paisajes antinaturales del mundo de la superficie. Avanzaron hacia el sureste de Gracklstugh durante varias horas, sin que nadie los siguiera, pero Halisstra no podía quitarse la sensación de que aún no se habían librado de los enanos. De mala gana, volvió la mirada hacia la enorme oscuridad de proa y comprobó la ballesta para asegurarse de que estaba preparada para disparar.

Halisstra vigilaba su mitad de la proa. Empezaba por el agua cercana a la barca y alejaba la vista hasta que no distinguía nada en la oscuridad. Entonces volvía hasta la barca y comenzaba de nuevo. Grandes estalactitas o columnas (era imposible decirlo) descendían del techo y se desvanecían en las aguas negras de vez en cuando, titánicos pilares que la barca rodeaba. En otros puntos, los puntiagudos extremos de estalagmitas salían de la superficie cual lanzas. Picahúlla se apartaba bastante de ellas, alegando que podría haber dos rocas más sumergidas por cada una que rompía la superficie.

—Soy incapaz de creerme que estoy en una barca duergar, huyendo de una ciudad que no había visto hasta hace tres días —murmuró Halisstra, rompiendo el largo silencio—. Hacía casi tres semanas era la heredera de una gran casa, en una noble

ciudad. Diez días atrás era la prisionera, traicionada por la maldad mezquina de Faeryl Zauvirr, y ahora aquí estoy, siendo una vagabunda desarraigada sin nada más que mi nombre, la armadura que llevo y todo lo que hay en la mochila. Soy incapaz de comprender el porqué.

—No me son extraños los cambios —dijo Danifae—. ¿Qué sentido tiene preguntarse por qué? Es la voluntad de la Reina Araña.

—¿Lo es? —planteó Halisstra—. La casa Melarn estuvo en pie durante veinte siglos o más, para caer cuando Lloth retiró su favor a toda nuestra raza. Y en su ausencia nuestros enemigos pueden derrotarnos.

Danifae no respondió, ni Halisstra lo esperaba. Después de todo, esa idea estaba muy cerca de la herejía. Sugerir que ocurría algo contra la voluntad de Lloth era dudar del poder de la Reina Araña, y cuestionarlo era tentar la muerte y condenarse como un débil infiel. El destino que aguardaba a los infieles en el más allá era demasiado terrible para considerarlo. A menos que Lloth decidiera llevar el alma de un seguidor a su morada divina en la Red de Pozos Demoníacos, el espíritu de un drow sería condenado al dolor y el olvido en los yermos desiertos donde los muertos de todas clases eran juzgados. Sólo un culto vil y un servicio perfecto persuadirían de interceder a la Reina Tenebrosa en beneficio de una y garantizar la vida después de la vida, la existencia eterna entre las huestes divinas de Lloth.

«Por supuesto —pensó Halisstra—. Si Lloth estaba muerta, entonces la condenación y el olvido eran inevitables, ¿no?»

Palideció ante la idea y se estremeció de terror. Se levantó y se alejó del puente para esconder la cara de la vista de los demás.

«No debo pensar esas cosas —dijo para sí—. Mejor vaciar la mente de todo pensamiento antes que recrearme en la blasfemia.»

Cerró los ojos y respiró profundamente, haciendo todo lo posible para apartar sus dudas.

—Tenemos problemas —anunció Ryld desde la cubierta de popa. El maestro de armas se arrodilló y forzó la mirada para mirar entre la oscuridad—. Tres barcas, muy parecidas a ésta.

—Las veo —dijo Pharaun. Levantó la mirada hacia el puente—. Maese Picahúlla, habías dicho que ésta era la barca más rápida del Lagoscuro. ¿Debo pensar que exageraste un poco?

—Nunca me han alcanzado hasta hoy —dijo el enano después de mirar atrás con el entrecejo fruncido—, así que, ¿cómo iba a saberlo?

Lanzó una retahíla de maldiciones y se paseó de un lado a otro del puente, sin apartar los ojos de las naves perseguidoras.

—No van mucho más rápido que nosotros —comentó Quenthel momentos más tarde—. Les va a costar un poco alcanzarnos.

Halisstra se volvió y se asomó por el puente para mirar por popa. Apenas veía las barcas que los perseguían. Iban a la estela del bote de Picahúlla, a tiro de arco. Se veían siluetas de fantasmas negros contra la agonizante mancha roja que señalaba la ciudad. Un destello blanco jugueteaba en la proa de cada bote mientras hendía las aguas.

—¿Esta cosa no puede ir más rápido? —dijo después de levantar la mirada hacia el duergar.

Picahúlla soltó un gruñido y agitó una mano hacia los esqueletos que conducían la embarcación.

—Ya les he dicho que vayan lo más rápido que puedan —dijo—. Podríamos aumentar la velocidad tirando peso por la borda, pero no sé si sería de mucha ayuda.

—¿Cuánto queda hasta la pared sur de la caverna? —preguntó Quenthel.

—No conozco bien estas aguas. Supongo que unos cinco kilómetros.

—Entonces mantén el rumbo —decidió la Baenre—. Cuando estemos en tierra, nos distanciamos de nuestros perseguidores o escogeremos el terreno para luchar si decidimos quedarnos.

—Pero ¿qué hay de mi barca? —exigió Picahúlla—. ¿Tienes idea de lo mucho que pagué por ella?

—Espábilate por tu cuenta, enano —respondió Quenthel.

Le dio la espalda al duergar y se sentó a esperar, mientras acariciaba el látigo y observaba cómo los perseguidores se acercaban.

La barca continuó su avance, dejando atrás más estalagmitas que sobresalían de las aguas mientras los perseguidores se aproximaban. Halisstra y Danifae observaban los obstáculos que surgían a proa, pero a pesar de sí misma, Halisstra era incapaz de resistir el impulso de mirar a su espalda cada pocos minutos para mirar las evoluciones de los perseguidores. Cada vez que lo hacía, estaban un poco más cerca, hasta que distinguió a varios sujetos que se afanaban sobre las cubiertas. Un cuarto de hora después de que el primero surgiera a popa, las naves duergars empezaron a disparar proyectiles: pesados virotes de ballesta que caían en su estela y torpes disparos de catapulta de bolas llameantes que caían más allá de la barca para golpear las húmedas columnas que plagaban las aguas que los rodeaban.

—Zigzaguea un poco —le dijo Quenthel al enano—. No queremos que una de éstas nos dé de lleno.

—Ganarán terreno antes si hacemos eso —protestó Picahúlla, aunque empezó a mover el timón de un lado a otro, intentando no seguir el mismo rumbo durante demasiado tiempo.

—Ryld, Valas, responded a los disparos de la barca de cabeza. Usad sólo la mitad de los proyectiles. Podríamos necesitarlos más tarde.

—Quenthel echó un vistazo a su alrededor y le hizo un gesto a Halisstra—. Tú

también. Danifae, mantén la guardia a proa. Pharaun, responde a las catapultas.

Valas se volvió y afirmó los pies en unas planchas entrecruzadas, mientras ponía una flecha en el arco. Apuntó hacia la barca de cabeza y disparó la flecha. Ryld y Halisstra hicieron otro tanto. Un largo instante después, la diminuta figura de un enano gris levantó los brazos, y cayó por la borda y desapareció bajo las aspas. Otros enanos corrieron a toda prisa para cubrirse con unas protecciones de gran tamaño que había en la barca.

Pharaun dio un paso al frente y gritó un conjuro hacia la barca que iba en cabeza. De las yemas de sus dedos salió disparada una bolita de llamas anaranjadas que atravesó las aguas con la velocidad de una flecha. Pareció que se desvanecía en la negrura, tragada por la masa de la nave. Luego, una brillante explosión brotó justo en la proa del perseguidor, arrasando la cubierta con un rugido que resonó por toda la caverna. Duergars bañados en llamas daban bandazos de aquí para allá, pero la mayoría caía o se tiraba por la borda.

—¡Bien hecho! —exclamó Quenthel.

Incluso Jeggred dio un grito de alegría, pero un momento más tarde un globo de energía azul se elevó de la segunda nave con la velocidad del rayo. Pharaun inició un conjuro para desviarlo o detenerlo, pero fue incapaz de eludir el golpe, y unos rayos cegadores de electricidad envolvieron la barca de Picahúlla. El aire rugió con docenas de truenos y explosiones mientras los arcos eléctricos hacían explotar barriles o quemaban la piel. Halisstra soltó un grito y se dobló sobre cubierta cuando uno le atravesó la cadera izquierda. Ryld se desplomó entre sacudidas, su coraza tenía un brillo blanco azulado producido por la energía de la esfera eléctrica.

Los remeros seguían con su trabajo, dirigiendo la barca hacia adelante.

Pharaun sacó su varita y devolvió un rayo a la nave que les había lanzado la esfera eléctrica. Un meteoro de fuego cegador salió de la embarcación que iba en cabeza. Rebotó en el agua con un ardor propio de un ser vivo. Por un golpe de buena suerte, el proyectil chocó con unas rocas que sobresalían y detonó cerca de popa, esparciendo una capa de fluido ardiente sobre la superficie del agua. La tercera nave disparó su catapulta de nuevo y lanzó una bola de llamas que zumbó por encima del puente y explotó a poca distancia de proa.

—Maldición —exclamó Picahúlla—. ¡Nos tienen a su alcance!

—Parece que me superan en número —gritó Pharaun—. Tal vez debiéramos redoblar los esfuerzos para escapar.

Las flechas zumbaron a su alrededor, silbando sobre el bote o clavándose en la cubierta de madera.

—Halisstra —llamó el mago—, coge mi varita y úsala para desanimar a los de la primera nave.

Halisstra hizo caso omiso del fuerte dolor que sentía en la cadera y gateó hacia

popa. Cogió la varita de la mano del mago, la apuntó hacia la embarcación que iba al frente y gritó la palabra de activación. El aire crepitó y se llenó de ozono mientras el rayo salía disparado en dirección a la nave perseguidora, para acabar desvaneciéndose sobre alguna clase de escudo levantado por los magos duergars.

Pharaun pronunció las palabras de otro conjuro, y una niebla blanca y espesa se levantó. Sus vaharadas se extendieron por el agua con una velocidad sorprendente. Casi al instante, se levantó por popa como un muro blanco, que bloqueó por completo la visión de los perseguidores.

—Eso —dijo el mago— los retrasará un poco.

—Es niebla. ¿No pueden atravesarla? —preguntó Ryld.

—No es una niebla cualquiera, amigo mío. Esa niebla es lo bastante espesa para detener una flecha en pleno vuelo. Lo mejor de todo es que es bastante acida, así que cualquiera que se mueva por ella será consumido lentamente. —El mago sonrió y cruzó los brazos—. Jo, qué bueno que soy.

—¡Parad! ¡Rocas a proa! ¡Parad! —gritó Danifae desde proa, cuando Quenthel estaba a punto de abrir la boca, lo más probable para criticar el autoelogio del mago.

—¡Maldito infierno! —jadeó Picahúlla—. ¡Atrás toda! ¡Atrás toda, patanes huesudos!

Los esqueletos ralentizaron su frenético movimiento, incapaces de detener las pesadas aspas al instante. Poco a poco empezaron a girar las aspas en dirección contraria. El enano no esperó, dio un golpe de timón para alejarse de una línea negra de rocas como colmillos que había por proa. El lago parecía llegar a su fin, el suelo se unía al techo. La costa se extendía a izquierda y derecha hasta donde alcanzaba a ver Halisstra. La barca viró sobre su eje con torpeza. El costado de estribor chocó con una roca erosionada que encontró en su camino. El impacto dejó estupefacto a todos los que estaban a bordo y casi lanzó a Danifae por encima de la proa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ryld, mientras se ponía en pie—. Nos tienen atrapados contra la pared de la caverna.

—¿Cuánto retrasará la niebla a los enanos grises? —le preguntó Quenthel a Pharaun.

—Sólo un par de minutos —respondió—. Pero podrían rodearla, por supuesto.

Pharaun observó con atención su obra. En la lejanía, los duergars chillaban de dolor. La pérfida niebla amortiguaba los gritos de agonía de los enanos grises.

—Es difícil que el conjuro mate o incapacite a muchos de ellos —añadió el mago—, y tampoco creo que hunda sus botes.

—Entonces nos bajamos aquí —dijo Quenthel. Señaló la pared de la caverna—. Nos refugiaremos en las rocas de ahí y nos esconderemos. La barca seguirá en esa dirección —señaló hacia el este—, y dejaremos que los hombres del príncipe heredero la persigan.

—¡No seré vuestro señuelo! —protestó Picahúlla—. ¡Me metisteis en este lío y me sacaréis de él!

Los elfos oscuros hicieron caso omiso del enano mientras lanzaban a toda prisa las mochilas hacia las rocas húmedas. Jeggred saltó a las aguas heladas y subió a la orilla, seguido de Ryld y Pharaun. También Valas bajó del puente y saltó.

—Me estás haciendo perder el tiempo —le dijo Quenthel al capitán duergar—. Continúa, ahora, tienes una oportunidad, o quédate y enfréntate al draegloth.

Saltó a las rocas, junto a Halisstra y Danifae.

—Pero si... ah, ¡así acabéis en los infiernos de Lloth! —juró Picahúlla.

Se precipitó hacia el puente y empezó a gritar órdenes a los remeros. La barca se apartó despacio de las rocas.

—¡Si me atrapan —gritó—, les diré exactamente dónde encontraros!

Quenthel entornó los ojos. Iba a hacerle una seña a Jeggred, pero Halisstra negó con la cabeza y empezó una grave canción *bae'qeshel*. Reunió toda su fuerza de voluntad y la lanzó sobre el furioso enano.

—Escapa, Picahúlla —siseó—. Huye tan rápido como puedas y no dejes que te alcancen. Si lo hacen, nada antes que dejar que te atrapen.

Las redes invisibles del conjuro se posaron alrededor del enano como una nevada de veneno mortal. éste se quedó mirando a Halisstra con la boca abierta, y luego redobló sus esfuerzos para desembarrancar la barca antes de que se levantara la niebla. Quenthel echó una mirada a Halisstra y levantó una ceja.

—He creído mejor asegurarnos de que huiría —explicó Halisstra mientras reunía sus cosas con celeridad y se apresuraba a esconderse tras las rocas y las estalagmitas de la costa.

Quenthel la siguió. Llegaron a tierra entre chapoteos y se situaron tras una gran roca, justo cuando la proa de la primera embarcación duergar, que aún mostraba el brillo rojo de las ascuas que había dejado la bola de fuego de Pharaun, salió de entre las nieblas mortales.

Los elfos oscuros se arrebujaron en sus *piwafwis* y se quedaron quietos, mientras observaban cómo los duergars se movían y salían de los refugios que habían encontrado para evitar la niebla ácida. Uno de los enanos grises señaló y gritó, y los demás se unieron al clamor. Hicieron una virada por delante y salieron tras la barca de Picahúlla.

Bien, dijo Pharaun en el lenguaje de signos. Tenía miedo de que usaran magia para seguirnos. Parece que maese Picahúlla nos hará un último servicio.

¿Qué crees que sucederá cuando lo atrapen?, preguntó Ryld.

Las naves duergars se alejaron.

—Supongo que depende de si sabe nadar o no —dijo Halisstra.

capítulo



nueve

Un día de marcha después —aunque se detuvieron a fin de que Pharaun enviara un mensaje para darle las noticias del ejército de Gracklstugh a Gomph—, el grupo llegó al Laberinto. Surgieron de unos túneles serpenteantes para encontrar una serie de galerías naturales de kilómetros de longitud y salpicadas por caminos labrados y pequeñas cámaras cuadradas. Picahúlla, su barca y los perseguidores de Gracklstugh estaban a más de treinta kilómetros de ellos.

Los túneles eran de basalto negro, frío y áspero, los restos helados de los grandes fuegos del inicio de los tiempos. De vez en cuando, el grupo se encontraba con grandes fisuras de decenas de metros de altura, donde los túneles acababan en paredes con peldaños que bajaban o subían a un nivel diferente, donde continuaba el sendero.

Capas enteras de la corteza del mundo estaban hundidas o rotas, sellando los viejos túneles de lava o abismos oscuros. Algunos de éstos los cruzaban puentes delgados de piedra, o los rodeaban toscos caminos cortados en la dura roca de las paredes. Allí donde miraban, se veían más entradas y túneles que se desviaban de su camino, así que, al cabo de una hora, Halisstra se vio obligada a admitir que se había perdido.

—Ya veo por qué llaman a este lugar el Laberinto —dijo en voz baja, mientras el grupo enfilaba por una delgada cornisa que pasaba sobre uno de esos abismos—. Este lugar es una maraña.

—Es peor de lo que crees —respondió Valas desde delante. Se detuvo a estudiar el camino que tenían ante ellos, y otras de las omnipresentes aberturas laterales—. Mide más de trescientos kilómetros de norte a sur, y casi la mitad de este a oeste. La mayor parte es como esto, una confusión de túneles con miles de bifurcaciones.

—¿Cómo esperas encontrar la casa Jaelre? —preguntó Ryld—. ¿Conoces tan bien este lugar?

—¿Conocerlo bien? Apenas. Puedes pasarte una vida aquí y nunca lo verás por entero, pero recuerdo alguno de sus caminos. Varias rutas transitadas por caravanas pasan por los caminos más rectos, aunque no estamos cerca de ninguna. Pocos viajeros se acercan al Laberinto desde el este, como nosotros. —El explorador dio unos pasos más y pasó la mano por la pared, cerca del lugar donde se abría otro túnel. Unos símbolos extraños y viejos relucieron con una luz verdosa—. Por fortuna, sus

constructores grabaron runas para identificar sus caminos secretos. Es un código de marcas que es válido para todo el Laberinto. Resolví el acertijo la última vez que pasé por aquí. No vine por estos túneles, pero creo que sé cómo alcanzar los que conozco desde aquí.

—Qué sagaz que eres —comentó Pharaun.

—¿Quién hizo estos túneles? —preguntó Halisstra—. Si este lugar es tan grande como tú dices, debió ser un reino poderoso en sus días. Pero a simple vista se ve que estas marcas no son nuestras. Ni duergar, ni ilicidio, ni aboleth.

—Los minotauros —respondió Valas—. No sé cuánto hace que surgió o cayó su reino, pero fue muy poderoso.

—¿Los minotauros? —se burló Quenthel—. Son bestias salvajes. Apenas tienen el ingenio y la paciencia para emprender trabajos de este alcance, y menos construir un reino.

—Eso es ahora —dijo Valas después de encogerse de hombros—. pero miles de años atrás, ¿quién sabe? He encontrado bastantes objetos por esta región. Los cráneos cornudos son bastante característicos. Mis amigos de la casa Jaelre me dijeron que muchos minotauros aún merodean por lugares olvidados y caminos abandonados del Laberinto y además hay bestias demoníacas con magia poderosa. Las patrullas que vienen por aquí tienen escaramuzas con esos monstruos con regularidad.

—Me pregunto si será imposible que en algún punto de nuestro viaje lleguemos a un reino lleno de gente civilizada preocupada por nuestro bienestar y ansiosa por ayudarnos —murmuró Pharaun—. Empiezo a pensar que nuestra hermosa ciudad yace al fondo de un barril de serpientes venenosas.

—Si es así, somos más rápidos, fuertes y más venenosos que cualquier otra serpiente del barril —dijo Quenthel con una sonrisa—. Vamos, continuemos. Si hay minotauros por aquí, mejor que aprendan a no mostrarse cuando los hijos de Menzoberranzan decidan pasear.

El grupo continuó durante varias horas más a través de interminables salas tristes y túneles retorcidos antes de descansar y recuperar fuerzas. Esa región del Laberinto estaba bastante desierta, por lo que parecía. Encontraron pocos signos de que nada, incluso los depredadores sin mente de la Antípoda Oscura, hubiera pasado por ese camino en años. El aire estaba muy quieto. Sólo se oía el silencio. Cuando los susurros de su conversación morían durante un momento, ese silencio parecía precipitarse sobre ellos, oprimiéndolos como si a las mismas piedras les molestara su presencia.

Después de que Valas y Ryld se pusieran a hacer guardias, el resto se arrebujó en sus *piwafwis* y se acomodó lo mejor que pudo en las frías piedras del suelo de la caverna. Halisstra dejó que sus ojos se medio cerraran y se sumió en el ensueño. Soñó con infinitos túneles y viejos secretos enterrados en el moho. Pensó que era capaz de

distinguir murmullos lejanos o susurros en el silencio, como si fuera capaz de oír algo más si se apartaba de los otros, sola en la oscuridad. A pesar de que el aire estaba quieto, distinguió un suspiro profundo de un viento muy lejano, un lamento que cosquilleaba el borde de su conciencia, como algo importante que hubiera olvidado. Los susurros de Lloth a veces aparecían de ese modo: un sibilante suspiro mudo que pretendía colmar a una sacerdotisa con el conocimiento de los deseos de la reina demonio.

La esperanza y el miedo despertaron en el corazón de Halisstra mientras se acercaba a la vigilia.

«¿Cuál es tu deseo, Diosa? —gritó en su mente—. Dime cómo la casa Melarn volverá a recuperar tu favor. Dime cómo reconstruir Ched Nasad. ¡Haré todo lo que me ordenes!»

«Hija infiel —le respondió el viento—. Débil insensata.»

El horror sacó a Halisstra del ensueño y se incorporó de golpe. Notaba los latidos de su corazón.

«Sólo ha sido un sueño —se dijo—. He soñado con lo que deseaba que sucediera y lo que temía que podría ocurrir, pero nada más. La Reina Araña no ha hablado. No me ha condenado.»

Cerca, los demás yacían en el frío suelo de piedra o estaban sentados, absortos en sus meditaciones, descansando. A poca distancia Ryld hacía guardia. Era una mera forma de hombros anchos en la oscuridad. La hija de la casa Melarn bajó la mirada y escuchó el curioso sonido del viento, rodeada de la oscuridad que su pueblo había hecho suya.

—Lloth no habla —susurró—. Sólo he oído el viento, nada más.

«¿Por qué la diosa nos abandonó? ¿Por qué permitió que Ched Nasad cayera? ¿Cómo incurrimos en su ira? —se preguntó Halisstra. Tenía los ojos llenos de amargas lágrimas—. ¿No éramos dignos de ella?»

El viento se levantó de nuevo, esta vez más cerca, más sonoro. No era un silbido o una corriente fuerte. Le recordaba la llamada de un cuerno profundo y lejano, quizá muchos, y crecía. Halisstra frunció el entrecejo, desconcertada. ¿Era algún fenómeno extraño del Laberinto, una corriente de aire a través de los túneles? Esas cosas ocurrían en otros lugares de la Antípoda Oscura. En algunos casos los vientos eran capaces de arrancar toda vida de un túnel. Eran repentinos y muy poderosos. éste murmuraba, resonaba, como muchos cuernos bramando a la vez...

Halisstra se puso en pie de un salto. Ryld seguía mirando al lugar por el que habían venido, con *Tajadora* en la mano.

—¿Los oyes? —le dijo a Ryld—. ¡Vienen los minotauros!

—Pensé que era el viento —refunfuñó el guerrero—. Despierta a los demás.

Corrió hacia la hueste que se acercaba, mientras le gritaba a Valas que se uniera a

él. Halisstra cogió su mochila y se la puso al hombro, a la vez que despertaba al resto del grupo con gritos de alarma y ocasionales patadas a aquellos que eran lentos en sacudirse el sueño.

Preparó la ballesta. Cargó un virote mientras miraba por el túnel que tenían a la espalda.

El suelo tembló bajo sus pies. Fuertes pisadas, duras como la roca, en una estampida, y profundos bramidos y resuellos reverberaron una y otra vez en un irritante clamor que llenó el túnel. La nariz se le impregnó de un cálido hedor animal, y entonces los vio; una caterva exaltada de docenas de brutos, enormes monstruos de cabeza de toro, de pellejos largos y macizos cascos, que asían grandes hachas y mayales en sus recios puños.

Ryld y Valas salieron disparados hacia ellos, luchaban con furia por sus vidas contra aquellos salvajes sedientos de sangre. Halisstra apuntó y alcanzó a un monstruo en el pecho con su ballesta, pero la criatura estaba tan enloquecida que hizo caso omiso del virote que se le había clavado en el torso. Colocó otro proyectil mientras el arma actuaba, sólo para malgastar el disparo por la precipitación de Jeggred.

—¡Jeggred, idiota, hay demasiados! —gritó.

El draegloth no atendió y se lanzó hacia la horda. Por un momento la furia y el tamaño del demonio contuvieron el ataque de los minotauros, pero por encima de los hombros de Jeggred y las centelleantes armas de Ryld y Valas se distinguían aún más docenas de monstruos, bocas colmilludas que rugían desafíos, ojos inyectados en sangre llenos de rabia. Ya habían caído varios ante *Tajadora*, los cuchillos curvos de Valas y las garras de Jeggred, pero los minotauros sedientos de sangre sólo prestaban atención a las heridas más graves.

Halisstra se hizo a un lado y disparó de nuevo, mientras Danifae se unía a ella con su ballesta. Quenthel se colocó justo detrás de Jeggred, fustigando con el látigo a aquellos monstruos que amenazaban con apiñarse sobre el draegloth, y Pharaun gritó una palabra arcaica que lanzó una esfera luminosa de energía crepitante en medio de la horda de minotauros. El globo detonó con el restallido de un trueno y lanzó arcos eléctricos de un lado al otro del túnel. Algunos minotauros se achicharraron hasta convertirse en cenizas, y a otros les produjo quemaduras grandes y negras.

Bajo la cegadora luz de la bola eléctrica, Halisstra vio algo más alto y larguirucho que los minotauros, una presencia demoníaca (no, varias) dirigía a los enfurecidos monstruos. Unas alas grandes y negras envolvían a aquellos seres en sombras, y sus cuernos oscuros brillaban.

Rugidos y bramidos colmaban el sendero de rabia.

—¡Hay demonios al fondo! —gritó Halisstra, aunque apenas oía su voz debido al ruido del acero contra el acero.

—Los veo —respondió Quenthel. Dio un par de pasos atrás y agarró a Pharaun del brazo—. ¿Puedes rechazarlos?

—No tengo ese conjuro preparado —respondió el mago—. Además, librarnos de los demonios no nos sacará de este embrollo. Creo que...

—¡No me importa lo que pienses! —gritó Quenthel—. ¡Si eres incapaz de rechazar a los demonios, obstruye el túnel!

Pharaun hizo una mueca, pero obedeció. Halisstra recargó la ballesta y buscó otro disparo seguro. Ryld se agachó y desjarretó a un minotauro que le atacaba con un hacha lo bastante grande para partir un yunque en dos, y destripó a la criatura con un corte ascendente. Valas se vio en el aire por obra de una cadena que tiró de sus pies. El explorador se alejó rodando y escapó por poco de acabar con el cráneo aplastado.

Uno o más de los demonios que había tras los minotauros lanzaron una andanada de proyectiles verdes hacia los elfos oscuros. Uno se disipó ante la resistencia innata a la magia de Quenthel, mientras los demás quemaban a Pharaun y Danifae con un fuego cáustico. Para entonces, el mago ya había concluido el conjuro.

Lo que Halisstra percibió como alguna clase de barrera invisible obligó a la mayoría de los minotauros y a sus demoníacos amos a echarse atrás. Mientras la hueste principal de las criaturas se lanzaban sobre el muro invisible de Pharaun e intentaban, en vano, abrirse camino a golpes gracias a sus toscas armas, los elfos acabaron deprisa con los desafortunados minotauros que se habían quedado del lado de los drows.

En pocos momentos los gritos y los impactos del combate se transformaron en el bramar monótono y atenuado de los minotauros del otro lado de la pared, mientras merodeaban y sacudían las armas amenazando a los drows. Los minotauros se volvieron al unísono y salieron disparados en la dirección por la que habían venido. Una docena o más de cuerpos seguían esparcidos por el suelo.

Ryld se alejó con cuidado, mientras ayudaba a Valas a ponerse en pie. Jeggred aún jadeaba y sangraba por una docena de heridas sin importancia.

—¿Cuánto aguantará el muro? —preguntó Quenthel.

—No más de un cuarto de hora —respondió Pharaun—. Es probable que los demonios consigan atravesarlo si lo desean, pero sospecho que conducen a esos minotauros por túneles para llegar hasta nosotros por otro lado. Mejor será que nos vayamos de aquí antes de que descubramos cómo pretenden franquear mi barrera.

—De acuerdo. Vamos —dijo Quenthel con expresión ceñuda, después de recuperar la mochila.



Si su manera de ser le impeliera a pasear de un lado a otro de su santuario cuando estaba alarmado, Gomph Baenre se habría pasado la mayor parte de la hora anterior

haciéndolo. En cambio, escrutaba la gran bola de cristal que descansaba en el centro de su santuario de espionaje, para confirmar las noticias de Pharaun. ¿Cómo lo había expresado el maestro de Sorcere?

«Felicitaciones, poderoso Gomph. Te interesará saber que el ejército de Gracklstugh marcha hacia Menzoberranzan. Nosotros continuamos nuestro camino. ¡Buena suerte!»

—Arrogante petimetre —murmuró Gomph. Aquel muchacho no sentía respeto por sus mayores.

Antes de salir corriendo hacia las matronas presa del pánico, decidió investigar la información de Pharaun. El orbe lechoso reveló una aceptable escena para los ojos del mago, una columna larga de guerreros duergars que serpenteaba a través de la Antípoda Oscura. Grandes lagartos de carga llevaban fardos, suministros y aparatos de guerra. Máquinas de asedio rodaban tras largas líneas de esclavos ogros.

Conseguir ese atisbo del ejército en movimiento era difícil, pues los magos duergars intentaban esconder los movimientos del ejército del príncipe de los esfuerzos escrutadores de magos hostiles. Sin embargo, Gomph, era un adivino extraordinariamente capaz. Le costó un tiempo, pero acabó atravesando las defensas de los magos duergars.

Gomph examinó la escena, en busca de los detalles más diminutos; la insignia de los soldados en marcha, el tamaño exacto y las condiciones de los túneles por los que pasaban, la cadencia de los cánticos de marcha. Quería estar seguro de que comprendía el alcance y la inmediatez de la amenaza antes de llevar las noticias a la atención del Consejo, ya que las matronas esperarían que conociese las respuestas a cualquier pregunta que se les ocurriera. La más perturbadora, por supuesto, era cuánto le habría costado descubrir al ejército en movimiento si Pharaun no hubiera pasado por Gracklstugh. Los duergars habrían cubierto la mitad de la distancia entre las ciudades antes de que un puesto avanzado o una patrulla detectara el ejército.

—Maldición —refunfuñó el mago.

Tanto si Menzoberranzan estaba preparada como si no, el siguiente desafío para la ciudad se libraría de los humeantes pozos del reino duergar, a unos ciento cincuenta kilómetros al sur. Gomph suspiró y decidió que también tendría que lidiar con el incómodo asunto de decir lo que había visto cuanto antes. Se levantó con agilidad, se arregló las ropas y cogió su bastón favorito. Tenía que aparecer ante las matronas con una completa seguridad, en especial si les llevaba unas noticias tan terribles.

Estaba a punto de dar el paso para entrar en el tubo de piedra y descender a sus aposentos en Sorcere, cuando advirtió una sensación familiar. Alguien lo espiaba; logro de no poco mérito, considerando las medidas que tomaba para prevenir ese hecho. Gomph empezó a lanzar un conjuro para acabar con ese espionaje mágico, pero se detuvo. No estaba ocupado en algo que le importara esconder y quería

descubrir si el mago duergar se las había arreglado para descubrir lo que tenía entre manos.

—¿Hay algo que desees decirme —preguntó al aire— o sólo debo dejarte ciego?

«Ahórrate el conjuro —dijo una voz fría y rasposa en su cabeza—. Pues desde hace casi mil años no tengo ojos y dudo que les hicieras mucho daño.»

—Lord Dyrr —dijo Gomph, con expresión ceñuda—. ¿A qué debo el honor?

«¿Y cómo me has encontrado?», se preguntó, aunque tuvo buen cuidado de no verbalizar la pregunta.

«Deseo continuar la conversación que empezamos días atrás, joven Gomph —respondió la voz del liche—. Pretendo ampliar mi anterior oferta y describirte con mayor detalle algunos de los planes que tengo en mente. Después de todo, si tengo que pedirte que confíes en mí, supongo que primero debo ganarme tu confianza.»

—Desde luego. Bueno, me gustaría complacerte, pero me reclaman asuntos urgentes con el Consejo. ¿Quizá podríamos retomar la conversación un poco más tarde?

Gomph echó un vistazo a la habitación, y su mirada recayó en el orbe de cristal. La esfera se arremolinaba con una opalescencia verde.

«Ah, por supuesto —se dijo el mago—. Me ha encontrado aquí, donde mis pantallas contra adivinaciones hostiles son débiles por la transparencia de mi estudio. Tengo que descubrir maneras de protegerme contra semejantes interferencias.»

«Me temo que debo hablar contigo ahora —insistió Dyrr—. No te retendré mucho tiempo y creo que te agrada escuchar me antes de enfrentarte a esas calculadoras hembras. ¿Podría reunirme contigo?»

Gomph se detuvo y levantó la mirada hacia la presencia invisible que lo observaba, al tiempo que reprimía un gesto de enfado. Invitar a una criatura como Dyrr a su estudio no le gustaba. Tanto si el anciano mago tenía algo que deseaba oír como si no, las matronas no se tomarían a bien que las hiciera esperar. Golpeteó con un dedo en el gran bastón de madera que tenía a su lado, sopesando la idea. No tenía intención de ofender a Dyrr si podía evitarlo, y después de largos siglos de no muerte era difícil saber qué sería una ofensa para el liche. Además, Gomph estaba en su santuario, donde tenía potentes defensas mágicas a su alcance...

—Muy bien, lord Dyrr. Aunque debo insistir en que sea una conversación corta ya que mis asuntos con el Consejo son urgentes.

El aire empezó a hervir y zumbar, y con un repentino crujido el liche apareció ante él. La criatura se apoyaba en un bastón, un utensilio poderoso hecho de cuatro varas de adamantita retorcidas. Una rodela de metal negro con la forma de una cara demoníaca contorsionada en una sonrisa idiota revoloteaba en el aire a la altura de su codo. Dyrr no se preocupó por su disfraz y permaneció expuesto como un esqueleto horroroso con los ojos tan negros como la muerte.

—Saludos, archimago. Te pido disculpas por importunarte —dijo el liche. Fijó sus negras cuencas en Gomph—. ¿Qué te lleva a solicitar audiencia con las matronas, joven Gomph?

—Con el debido respeto, lord Dyrr, creo que es un asunto privado. Dime, ¿qué oferta tienes que no puede esperar?

—Como desees —dijo Dyrr—. Un ejército marcha hacia Menzoberranzan desde el sur; parece ser que los enanos grises supieron lo de nuestros problemas y decidieron aprovechar la oportunidad.

—Sí, lo sé —soltó Gomph—. Por esa razón debo irme al instante. Si no tienes nada más...

Empezó a dirigirse al tubo de piedra que conducía a sus aposentos.

—Descubro complacido que mis noticias no te sorprenden —dijo el liche—. Si no supieras ya lo del ejército duergar, tendría que haberme asegurado de que no llegaba a tu conocimiento. No sé si comprendes lo que quiero decir. —Dyrr se volvió para estar frente a la espalda de Gomph, produciendo un terrible sonido con los chasquidos de sus huesos—. Recuerda que hablamos hace unos días de que llegaría el momento en el que tendrías que tomar una decisión. Ese momento ha llegado.

Gomph se quedó helado y se volvió despacio. Esperaba que el liche no deseara enfrentarse con él, pero parecía que Dyrr tenía la intención de incidir en el tema le gustara o no.

—¿Una decisión, Dyrr?

—No juegues conmigo a los malentendidos. Sé que eres mucho más inteligente que eso. Todo lo que necesitas es retener tu informe durante unos días más, y luego podrás precipitarte a aterrorizar a las matronas con esas noticias sobre el ejército duergar. Conviene a mis planes que lo hagas en el momento y de la manera que te diga.

—Eso pondría a la ciudad en peligro —dijo Gomph.

—Ya está en peligro, joven Gomph. Tengo la intención de poner cierto orden en lo inevitable. Me serías de gran ayuda en los días venideros, o...

—Ya veo —dijo Gomph.

Entornó los ojos, mientras estudiaba sus opciones. Si fingía aceptar y hacía su voluntad de todas formas despertaría la ira del liche en el momento y el lugar que escogiera Dyrr. Si lo rechazaba de plano era probable que aquella conversación acabara en un duelo mortal allí mismo.

«O puedo aceptarlo en serio —pensó—. Quizá podríamos canalizar las fuerzas organizadas contra la ciudad hacia un caos provechoso. Sin duda haría tremendos daños, pero la Menzoberranzan que emergería de ese crisol de sangre y fuego sería una ciudad mejor, más fuerte a fin de cuentas, una ciudad expurgada de la tiranía cruel de las sádicas sacerdotisas, gobernada por la inteligencia fría y desapasionada

de los pragmáticos magos. La crueldad serviría a un propósito racional, todo exceso reprimido generaría una ciudad cuya fuerza no se malgastaría en luchas intestinas. ¿Semejante ciudad no sería digna de mi lealtad?»

«¿Tendría un lugar para un Baenre?», se respondió.

Ninguna revolución como la que soñaba Dyrr cambiaría nada, sólo significaría la aniquilación completa de la primera casa de Menzoberranzan. Aunque Gomph despreciaba a sus hermanas y aborrecía a la mayor parte de la parentela hipócrita que habitaba el Castillo Baenre, se condenaría si permitía que alguna casa menor derrocaria a su noble y antigua familia como poder supremo de Menzoberranzan. En realidad, sólo había una respuesta.

Tan rápido como el pensamiento, Gomph levantó la mano y descargó una brillante y terrible explosión de color sobre el liche, un conjuro cuya energía había preparado con tanto cuidado y esfuerzo que sólo le costó un mero acto de voluntad desencadenarlo. Colores nunca vistos en la lobreguez de aquella caverna salieron despedidos. Cada uno transportaba un destino, plaga o energía diferentes. Un rayo eléctrico azul pasó tan cerca de Dyrr que sus viejas ropas crepitaron, mientras un rayo anaranjado quemó a la criatura con un ácido lo bastante poderoso para fundir la piedra. Un tercer haz de color violeta fue desviado por la rodela del liche. El objeto rió, como si de un niño malvado se tratara, cuando interceptó el ataque.

—Soy el archimago de Menzoberranzan —rugió Gomph—. ¡No un recadero!

Dyrr retrocedió con un alarido de rabia mientras el ácido salpicaba y siseaba, royendo su antigua piel. El olor de hueso quemado producía un terrible hedor. Gomph añadió un conjuro de abjuración que esperaba que retornara los conjuros que lanzaría Dyrr en su defensa. El archimago esperaba que le diera ventaja ante sus tretas, defensas y conjuros, y así vencer a alguien tan poderoso como el Señor de Agrach Dyrr.

Gomph terminó el conjuro justo a tiempo, mientras Dyrr se recuperaba y con una velocidad imposible azotaba con un terrible rayo negro, que habría arrancado la mayor parte de la fuerza vital del archimago si hubiera dado en el blanco. En cambio, el haz de ébano rebotó en el escudo de Gomph y alcanzó a Dyrr en el centro de su torso. Esto, sin embargo, tuvo un resultado imprevisto. En vez de hacer jirones la fuerza vital del liche, la crepitante energía negra insufló al Señor de Agrach Dyrr su horrible poder. El liche soltó una sonora carcajada.

—Una maniobra inteligente, Gomph, pero me temo que equivocada. ¡A las criaturas vivas el conjuro las daña, pero a los no muertos nos vigoriza!

El archimago masculló una maldición y atacó de nuevo. Esta vez dirigió un rayo verde al risueño liche. Abrió un perfecto agujero redondo en el esternón de Dyrr, convirtiendo la carne y el hueso en ceniza. Dyrr soltó un grito y saltó a un lado antes de que Gomph lo desintegrara.

Mientras el archimago iniciaba otro encantamiento, Dyrr gritó las palabras de un vil conjuro que arañó terriblemente la carne de Gomph, al tiempo que aspiraba con avidez los fluidos de su cuerpo y decoloraba su carne. Gomph boqueó de dolor y perdió el conjuro que se preparaba para lanzar, al tiempo que tropezaba con una banqueta de mármol y caía al suelo pesadamente.

«Maldición —pensó—. Necesito un momento de respiro.»

Por fortuna, estaba en su santuario, rodeado de una docena de armas que podía emplear.

—¡Szashune! ¡Destruyelo! —vociferó Gomph.

En un nicho de la habitación, la estatua de obsidiana negra de un espadachín con cuatro brazos cobró vida, levantando y haciendo entrechocar sus armas.

Dyrr se alejó un poco y pronunció una palabra. El liche se elevó lejos del alcance del gólem, aunque Gomph usó esa oportunidad para invocar el conjuro más destructivo que conocía y lanzarlo. De sus manos surgieron ocho orbes brillantes de una energía cegadora que explotaron sobre Dyrr destrozando al mago. Los meteoros causaron grandes daños en el santuario de Gomph. Destruyeron un par de viejas estanterías y partieron uno de los brazos del gólem como si fuera un juguete estropeado por un niño. Gomph soltó un grito de triunfo mientras los trozos de liche caían con estrépito al suelo.

Caía polvo de la forma suspendida de Dyrr, y su cráneo se inclinaba sobre el esternón como si la magia vigorizante le fallara, pero la criatura se recuperó con una velocidad sorprendente. Dyrr levantó la mirada cuando la malvada luz verdosa aumentó en las cuencas de sus ojos y soltó una risotada.

—Mis viejos huesos no son la totalidad de mi ser —carraspeó—. De nada te servirá maltratarlos.

Empezó a entonar otro conjuro, pero el archimago atacó de nuevo. Buscaba disipar cualquier encantamiento o conjuro defensivo que protegiera al liche. El conjuro de vuelo de Dyrr falló y éste descendió, quedando al alcance de las armas de la estatua viviente que lo esperaba abajo.

El gólem se abalanzó sobre él. La maciza estatua asestó terribles golpes con los brazos que le quedaban. Su cara resplandeciente no mostraba expresión alguna. El estudio resonó con el poderoso impacto de los golpes. Gomph apretó los dientes en una sonrisa salvaje.

—Puede que no estés ligado a tu cuerpo descompuesto, pero te costará lanzar conjuros cuando estés desmembrado y enterrado en una docena de tumbas —dijo—. ¡Eres un necio por haberme desafiado aquí!

Gomph se acercó más, en busca de un resquicio para atacar con un nuevo conjuro.

Dyrr resistió tres golpes tremendos de la estatua, mientras trastabillaba al tiempo

que sus huesos crujían y se partían. La rodela con cara de demonio giraba a toda velocidad a su alrededor, reía con estridencia y bloqueaba los ataques. Detenía golpe tras golpe. El mago se retiró un paso, recuperó el equilibrio y extendió los brazos. La reluciente túnica negra brilló una vez y explotó hacia fuera, transformándose en una mortal sierra de cuchillas afiladas que arrancó pedazos de piedra del gólem e hizo astillas las mesas, el mobiliario y los libros.

Las cuchillas atravesaron los potentes encantamientos defensivos del archimago, arañándolo en una docena de puntos, aunque ninguna herida fuera mortal. Gomph se lanzó al suelo, mientras las salpicaduras de sangre lo obligaban a parpadear y su gólem se convertía en una inútil roca negra.

Dyrr dio un grito de triunfo y saltó hacia el archimago, agitando el bastón de adamantita con increíble velocidad. Gomph rodó a un lado, justo a tiempo de evitar el golpe a dos manos que partió la losa de mármol donde estaba un momento antes.

—¡Eso no es muy apropiado para magos de nuestra categoría! —aulló Gomph, al tiempo que se ponía en pie.

Dyrr no respondió. El liche saltó tras él, mientras destrozaba las mesas y las estanterías con grandes barridos del bastón.

Gomph lanzó un conjuro que le arrancó el arma de las manos y la arrojó al otro lado de la sala con tanta fuerza que el bastón de adamantita se hundió en la pared como una jabalina lanzada por un gigante.

Mientras Dyrr trastabillaba tratando de recuperar el equilibrio, Gomph se tomó un respiro para idear un potente ataque, un globo brillante que anularía los efectos de casi todos los conjuros más poderosos. Rebuscó entre los conjuros que atesoraba en su mente, para hallar el más eficaz contra el Señor de Agrach Dyrr.

—Ah —comentó Dyrr, mientras estudiaba la reluciente esfera—. Una defensa excelente, joven, Gomph, pero no impenetrable para alguien con mis poderes.

El liche murmuró una palabra de poder abominable y avanzó, con las esqueléticas manos extendidas. Aparentemente indiferente al conjuro defensivo de Gomph, Dyrr hundió la mano a través del globo de colores danzantes y agarró al archimago por el brazo. Gomph chilló cuando el poder del conjuro cayó sobre él, desintegrando la esfera defensiva en motas de luz parpadeante y paralizando todos y cada uno de sus músculos.

—Gomph Baenre, estás enquistado —dijo Dyrr, sus dientes brillaron en la negrura terrible de su boca.

El archimago cruzó una mirada con el triunfante liche y empezó a caer. Gomph, incapaz de moverse, descendió a través del suelo y de las oscilantes cámaras y habitaciones de Sorcere, a través de una vasta distancia, hacia la roca negra que había bajo la torre, la ciudad, el mundo. Por un instante Gomph se sintió en el fondo de un pozo infinito, con la mirada puesta, tras incontables kilómetros de oscuridad, en la

figura de su enemigo. La oscuridad descendió sobre él y lo sofocó con su abrazo.



En las salas del archimago, en Sorcere, Dyr miraba el punto en el suelo en el que se había sumido Gomph Baenre. Si estuviera vivo, Dyr habría jadeado en busca de aire, temblando de cansancio, o quizá se habría desmoronado por las heridas mortales producidas en el encarnizado duelo, pero la magia negra que unía sus tendones y huesos no estaba sujeta a la debilidad de los vivos.

—Aguarda un tiempo, joven Gomph —dijo hacia el espacio vacío—. Encontraré un uso para ti, aunque quizá tarde un siglo o dos.

Hizo un gesto brusco y desapareció de la sala.



El estruendo de un trueno reverberó por los túneles de piedra negra. Fue un ruido tan profundo y visceral que Halisstra lo sintió más que lo oyó. Se agazapó a la sombra de un arco de piedra y lanzó una mirada al otro lado de la gran sala. En un extremo un puñado de monstruos se levantaban del suelo. Varios más yacían entre los cascotes.

—Eso detuvo la carga —gritó Halisstra a sus compañeros—. Y ahora se reagrupan.

—Tozudos bastardos —dijo Pharaun.

El mago se escudó tras un pilar de piedra con expresión de cansancio. Durante un día y medio el grupo había avanzado al menos cuarenta kilómetros a través de los túneles sin fin del Laberinto, perseguido a cada esquina por infinitas hordas de minotauros y baphomets.

En dos ocasiones los elfos oscuros se libraron por los pelos de los esfuerzos de los demonios por atraparlos cerrando los túneles por los que escapaban.

—Me quedan pocos conjuros de éstos —dijo Pharaun—. Necesitamos encontrar un lugar donde descansar y preparar más conjuros.

—Descansarás cuando los demás lo hagan, mago —refunfuñó Quenthel. La Baenre y el látigo estaban cubiertos de sangre. Su armadura mostraba más de un impacto allí donde había desviado los golpes mortales—. Estamos cerca de los Jaelre. Pongámonos en movimiento de nuevo antes de que los minotauros organicen otro ataque.

Los demás drows intercambiaron miradas, pero se pusieron en pie y siguieron a Quenthel y Valas por otro túnel. éste debía de medir unos cuatrocientos metros antes de desembocar en otra sala, que presentaba columnas altas y acanaladas, y un suelo pavimentado de baldosas. Escalinatas elegantes se elevaban por las paredes de la caverna para llegar a galerías protegidas donde se veían pálidos fuegos feéricos, que

iluminaban salas que una vez fueron tiendas, casas de mercaderes o casas modestas de soldados y artesanos.

—Trabajo de los drows de nuevo —comentó Ryld—. Y otra vez, todo abandonado. ¿Estás seguro de que éste es el lugar, Valas?

El explorador asintió con cansancio, con la mano derecha apretaba una herida superficial que le sangraba en el hombro.

—Ya estuve en esta misma caverna —respondió—. éstos son los dominios de los Jaelre. Allí arriba vivían varios armeros, y sobre esa pared había una posada en la que me hospedé. El palacio de los nobles está justo al otro lado del siguiente túnel.

Quenthel subió de un salto por una escalera de caracol y miró hacia algún tipo de tienda. Las ventanas estaban oscuras y vacías. Maldijo y pasó ante varias más, mirándolas una a una antes de descender de vuelta a la sala principal.

—Si éstos son los dominios de los Jaelre, entonces, ¿dónde infiernos están los Jaelre? —exigió saber—. ¿Los minotauros los mataron a todos?

—Lo dudo —dijo Halisstra—. Aquí no se produjo una batalla; habríamos visto los signos. Incluso si durante años los minotauros se hubieran llevado todos los cuerpos, habría marcas de quemaduras, baldosas rotas, restos de armas... Creo que los Jaelre abandonaron este lugar por propia voluntad.

—¿Cuánto hace que estuviste aquí, Valas? —preguntó Ryld.

—Casi cincuenta años —dijo el explorador—. No hace mucho tiempo, en realidad. Los Jaelre tenían escaramuzas con los minotauros entonces, y estas cavernas estaban guardadas por defensas físicas y mágicas. —Estudió la gran caverna—. Dejadme avanzar un poco más. Veré si encuentro algo en el palacio que ayude a resolver este rompecabezas.

—¿Podríamos ir todos? —preguntó Ryld.

—Mejor que no. Sólo hay una entrada al palacio, y acabaremos atrapados si los minotauros vuelven. Permaneced fuera, de manera que podáis escapar si es necesario. Volveré en pocos minutos.

El explorador desapareció entre la oscuridad, dejando al grupo en la sala abandonada.

—Creo que coincido con lady Melarn —dijo Ryld—. Parece que los Jaelre se llevaron todo lo de valor y abandonaron este lugar.

—Entonces, demasiados problemas para nada —comentó Pharaun—. No hay nada tan decepcionante como el trabajo baldío en la adversidad.

El grupo permaneció en silencio durante un momento, cada uno sumido en sus pensamientos.

A Halisstra le dolía todo de puro cansancio. Tenía las piernas tan débiles como el agua. Había evitado las heridas graves, pero por otro lado había casi acabado con sus reservas de fuerza mágica. Había cantado las canciones *bae'qeshel* para confundir a

las hordas atacantes, fortalecer a sus compañeros y contener las peores heridas.

Jeggred, al acecho en la retaguardia del grupo, cerca del túnel que llevaba a la sala anterior, rompió el silencio.

—Si el mercenario no vuelve pronto, volveremos a luchar —dijo el draegloth—. Ya no oigo a los minotauros a nuestra espalda, lo que quiere decir que es probable que estén dando un rodeo para venir por otra dirección.

—Les enseñamos a no seguirnos —dijo Ryld. Estudió la caverna con mirada experta—. Mejor no dejemos que nos atrapen en un lugar abierto como éste. Podrían aplastarnos.

—¿Qué pasa si esto es un callejón sin salida? —preguntó Danifae en voz baja.

—No es posible —dijo Quenthel—. En algún lugar de estas cavernas descubriremos adonde huyeron los Jaelre, y los seguiremos. He llegado muy lejos para regresar a Menzoberranzan con las manos vacías.

—Todo eso está muy bien —dijo Pharaun—. No obstante, me veo obligado a señalar que estamos cansados y casi hemos consumido nuestra fuerza mágica. Movernos a ciegas por estas salas y pasillos hasta que los minotauros se las ingenien para atraparnos y matarnos es una estupidez. ¿Por qué no nos escondemos en una de esas casas de artesanos y descansamos hasta que estemos preparados para continuar? Creo que podemos ocultarnos bien.

—Descansaremos cuando lo crea apropiado. Hasta entonces, seguiremos adelante —dijo Quenthel, con una mirada de ira.

—No creo que entiendas lo que estoy diciendo... —empezó a decir Pharaun, mientras se ponía en pie y hablaba con palabras cortas y secas.

—¡No creo que entiendas lo que te estoy ordenando que hagas! —estalló Quenthel. Se encaró con el mago y se acercó. El látigo se retorció inquieto—. Deja de cuestionar constantemente mi liderazgo.

—Cuando empieces a dirigir con inteligencia, lo haré —replicó Pharaun; su tranquilidad desapareció—. Ahora, escucha...

Jeggred se levantó con un gruñido animal y agarró al mago de los brazos con las enormes garras, lo apartó de Quenthel y lo lanzó al suelo.

—¡Muestra algo de respeto! —tronó el draegloth—. ¡Te diriges a la Suma Sacerdotisa Quenthel Baenre, matrona de Arach-Tinilith, matrona de la Academia, matrona de Tier Breche, Primera Hija de la casa Baenre de Menzoberranzan... perro insolente!

Los ojos de Pharaun destellaron mientras se ponía en pie. La expresión de calma contenida se esfumó de su cara, dejando nada más que una maldad perfecta y fría.

—Nunca vuelvas a ponerme la mano encima —dijo con un siseo de advertencia.

Tenía las manos a los costados, preparado para invocar terribles conjuros contra el draegloth, mientras Jeggred se agachaba para saltar.

Quenthel posó la mano en el flagelo y se acercó mientras las cabezas de serpiente se retorcían. Ryld llevó la mano a la empuñadura de *Tajadora* y observó a los tres. Su cara era una máscara inexpresiva.

—Esto es una locura —dijo Halisstra mientras se apartaba, apuntando con la ballesta al suelo—. Debemos cooperar si queremos salir vivos de aquí.

Quenthel abrió la boca para hablar, quizá para dar la orden de que Jeggred atacara al mago, sin importar las consecuencias; pero en ese momento llegaba Valas. Corría hacia el grupo. El explorador se detuvo. Captó la situación con una mirada.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó con cautela.

Cuando no respondió nadie, el Bregan D'aerthe cruzó una mirada con todos y cada uno.

—No me lo puedo creer. ¿Es que no habéis tenido suficientes combates durante las cuatro últimas horas? ¿Cómo se os ocurre gastar las fuerzas que os quedan, la magia, la sangre, matándoos unos a otros, cuando ya nos hemos abierto paso a través de la mitad del condenado Laberinto?

—No estamos de humor para que nos arengues, mercenario —dijo Quenthel—. Cállate. —Miró a Pharaun, y se metió el látigo en el cinturón—. No sirve de nada luchar aquí.

—Coincido —dijo Pharaun; quizá la afirmación más seca que había pronunciado el locuaz mago desde que lo conociera Halisstra. Gracias a una insospechada autodisciplina el mago dominó la rabia y se irguió, relajando las manos—. Aunque no se me tratará como a un goblin. Eso no lo soportaré.

—Y yo no seré insultada y maltratada a cada momento —respondió Quenthel. Se volvió hacia Valas—. Maese Hune, ¿has encontrado algo en el palacio?

El explorador, nervioso, miró a Quenthel y Pharaun, al igual que Halisstra y Danifae.

—De hecho, sí —dijo—. En el salón principal hay un portal grande. A menos que malinterpretara los signos, un gran número de gente pasó por él. Sospecho que la casa Jaelre está en algún lugar al otro lado, en un nuevo asentamiento.

—¿Adonde conduce el portal? —preguntó Ryld.

—No tengo ni idea, pero seguro que hay una manera de descubrirlo —dijo después de encogerse de hombros.

—Excelente —dijo Quenthel—. Pondremos tu portal a prueba ahora mismo, antes de que los minotauros y los demonios vuelvan. En pocos minutos cualquier sitio será mejor que éste.

Demoró la mirada en Pharaun, que desvió los ojos, como si rindiera una leve reverencia.

Halisstra dejó escapar el aire que no recordaba haber aguantado.

capítulo



diez

—Esto no lo esperaba —comentó el mago.

El mago suspiró y se sentó en una roca, mientras dejaba que su mochila cayera sobre el suelo cubierto de musgo. El grupo estaba en la entrada de una cueva que daba a un bosque bañado por la luz del día, en algún lugar de la superficie. El portal estaba a unos centenares de metros tras ellos, en una caverna sinuosa que conducía a un sumidero enorme, de rocas cubiertas de líquenes y arroyuelos de agua fría que descendían por una ladera.

El cielo estaba muy cubierto (de hecho, caía una fina lluvia) y eso unido a la penumbra del bosque, hacían más soportable la insufrible luz del sol. No era un día tan radiante como el que habían pasado en el desierto de Amauroch hacía diez días; pero, para ojos demasiado acostumbrados a la completa negrura de la Antípoda Oscura, la luz difusa del sol parecía tan dura como el brillo de un relámpago.

—¿Seguimos avanzando? —preguntó Ryld. Devolvió *Tajadora* a la vaina, si bien llevaba una ballesta preparada y miraba los imponentes árboles con los ojos entornados—. Los minotauros no tardarán en descubrir adonde hemos ido.

—Es igual si lo hacen —dijo Pharaun—. El portal sólo se activa con drows. Para nuestros amigos del Laberinto no es nada más que una pared de piedra; una precaución sensata por parte de los Jaelre, supongo, aunque si estuviera en su piel creo que no descartaría la posibilidad de que atacaran los de mi propia raza.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Quenthel.

—Tuve la precaución de estudiar el portal antes de atravesarlo —dijo el mago después de asentir—. Saltar a ciegas a través de ellos es un mal hábito y debería reservarse para las situaciones más graves, como escapar de una muerte inminente. Y, antes de que nadie lo pregunte, puedo decir que podemos volver sobre nuestros pasos si lo deseamos. El portal funciona en ambas direcciones.

—No tengo prisa por volver al Laberinto. Mejor la superficie azotada por el sol que eso —murmuró Halisstra.

Se abrió camino por la entrada de la cueva, mientras estudiaba el bosque. El aire era fresco, y advirtió que la mayoría de los árboles cercanos eran coníferas, árboles que no perdían la hoja en invierno, si estaba en lo cierto. También había otros árboles pelados, entre los de hoja perenne, de troncos delgados y blancos, y sólo unas hojas rojas y pardas cerca de la copa.

«¿Muertos? —se preguntó—. ¿O pierden las hojas sólo durante los meses de invierno?» Había leído muchos relatos sobre el mundo de la superficie, sus gentes, las plantas verdes y los animales, sus estaciones, pero había una gran diferencia entre leer sobre algo y conocerlo de primera mano.

—¿En qué punto de la superficie nos encontramos? —preguntó Quenthel.

Valas se quedó mirando los árboles durante largo rato y alzó la cabeza para mirar la capa de nubes que escondían el sol. Se volvió despacio para examinar la ladera cercana. Al final se arrodilló y pasó los dedos sobre la capa de musgo que cubría las rocas de la entrada de la cueva.

—Al norte de Faerun —dijo—. A principios de invierno. No veo el sol demasiado bien para juzgar su posición, pero lo siento. Estamos a la altura de Menzoberranzan; sólo unos cientos de kilómetros al sur o al norte, creo.

—¿En algún punto del Alto Bosque, entonces? —preguntó Danifae.

—Es posible. No estoy seguro. Viajé por las tierras de la superficie cerca de nuestra ciudad, y el follaje parece diferente del que recuerdo del Alto Bosque. Podríamos estar algo alejados de Menzoberranzan.

—Genial —murmuró Pharaun—. Recorremos la Antípoda Oscura hasta Ched Nasad, nos vemos obligados a atravesar un portal hasta la superficie a cientos de kilómetros de casa, regresamos a la Antípoda Oscura entre sombras y peligros, sólo para atravesar otro portal que nos lleva de nuevo a la superficie, quizá aún más lejos de casa. Me pregunto si podríamos haber llegado aquí, desde Hlaungadath, sin nuestro placentero desvío por el Plano de las Sombras, la encantadora hospitalidad de Gracklstugh y nuestra adorable excursioncilla por el Laberinto infestado de minotauros.

—Has recuperado tu buen ánimo —observó Ryld—. Vuelves a ser sarcástico.

—El sarcasmo es un arma más afilada que tu espada, amigo mío, y tan devastadora cuando se emplea como es debido —dijo el mago. Se pasó las manos por el torso y se sobresaltó—. Estoy medio muerto. Cada vez que me doy la vuelta, algún bruto enorme con cabeza de toro intenta partirme en dos con un hacha o clavarme en el suelo con una lanza, ¿te molestaría cantarnos una de tus canciones curativas, querida? —le preguntó a Halisstra.

—No le cures las heridas —saltó Quenthel. Aún se apretaba el torso con una mano mientras la sangre le goteaba entre los dedos—. Nadie está mortalmente herido. Conserva tu magia.

—Ahora, precisamente... —empezó a decir Pharaun de nuevo, con la mirada clavada en Quenthel.

—¡Dejadlo! —explotó Halisstra—. He gastado todas mis canciones, así que no importa. Cuando recupere mis fuerzas arcanas curaré a todo el que lo necesite, es una estupidez continuar en nuestro estado. Hasta entonces, tendremos que confiar en los

métodos normales para tratar las heridas. Danifae, ayúdame a vendarlos.

La prisionera de guerra se volvió hacia Jeggred, que estaba cerca, le hizo un gesto para que se sentara y se quitó la mochila de la espalda para buscar vendajes y ungüentos. El draegloth no protestó, una señal de lo cansado que estaba.

Halisstra miró a los demás y decidió que el mago era el que necesitaba más atención. Después de sentarlo en una roca, sacó su surtido de vendajes. Examinó el brazo de Pharaun, donde las garras de Jeggred habían hendido la piel, y empezó a aplicar un ungüento del surtido que había comprado en Gracklstugh.

—Esto te escocerá —dijo, divertida.

Pharaun profirió una maldición y saltó como si le hubieran apuñalado, aullando de dolor.

—¡Lo has hecho a propósito! —dijo.

—Por supuesto —respondió Halisstra.

Mientras ella y Danifae curaban a los demás, Valas subió por un sendero estrecho escondido junto a la pared de la cueva. Examinó el suelo y se detuvo a observar el bosque cercano.

—¿Has encontrado algo interesante, maese Hune? —preguntó Halisstra.

—Ahí hay un camino —respondió el Bregan D'aerthe—, pero soy incapaz de decir adonde fueron los Jaelre. Aquí convergen varios caminos de cabra, pero ninguno parece que lo haya utilizado mucha gente.

—En el palacio Jaelre dijiste que descubriste signos claros de que habían usado el portal. ¿Cómo es que no hay signos a este lado? —quiso saber Quenthel.

—El polvo en la Antípoda Oscura muestra los signos de paso durante muchos años, matrona. En la superficie, no es tan fácil. Llueve, nieva y las plantas crecen de prisa sobre los caminos que no se usan. Si un gran número de Jaelre hubiera pasado por aquí hace dos o tres semanas, es probable que viera los signos, pero si pasaron hace cinco o diez años, no quedaría nada que ver.

—No habrán ido muy lejos por la superficie —meditó Quenthel—. Deben de estar cerca.

—Es probable que tengas razón, matrona —respondió Valas—. Los Jaelre sin duda habrán preferido moverse de noche, permaneciendo bajo el abrigo de los árboles durante el día. Si es un bosque muy grande (el Alto Bosque o quizá Cormanthor) podrían estar a cientos de kilómetros.

—Qué idea más optimista —murmuró Pharaun—. De todas formas, ¿qué demonios trajo a los Jaelre aquí arriba? ¿No pensaron en la posibilidad de que los habitantes de la superficie los asesinarían con tanta saña como los minotauros?

—Cuando los conocí hace años, Tzirik y sus socios hablaban de vez en cuando de regresar a la superficie —dijo Valas. Se alejó del bosque y se dejó caer en la boca de la cueva—. Reclamar el mundo de la superficie es parte de la doctrina del Señor

Oculto, y los dirigentes de la casa Jaelre se preguntaban si la denominada «Retirada de los elfos de la luz» no sería una invitación para reclamar sus tierras.

—¿No se te ocurrió en Ched Nasad que tus heréticos amigos habrían decidido actuar de acuerdo con sus vanas ilusiones y abandonar esa desolada madriguera negra que llamaban hogar? —preguntó Quenthel—. ¿No se te ocurrió que nos llevarías a un callejón sin salida en el Laberinto?

—No veía mejores alternativas, matrona —dijo el explorador de Bregan D'aerthe, que se movía nervioso bajo la mirada de Quenthel—. No, si realmente queremos llegar al fondo de la cuestión.

—Estabas tan ansioso por resolver el misterio del silencio de la Reina Araña que decidiste apostar a que tu amigo Tzirik aún estaba en el Laberinto, ¿aun cuando sabías que su casa planeaba huir del lugar desde hacía años? —preguntó Ryld—. Hemos afrontado muchos peligros en la ciudad de los duergars y en los dominios de los minotauros para satisfacer tu curiosidad.

—Quizá no tenía la intención de encontrar a ese Tzirik —dijo Quenthel—. Quizá maese Hune nos ha llevado lejos de nuestra verdadera misión durante las últimas semanas, y quizá no ha sido por accidente.

—Cuando estudiamos el asunto de si debíamos volver a Menzoberranzan —dijo Jeggred—, fue el Bregan D'aerthe el que nos instó a ir en busca de ese Tzirik; un hereje del que ninguno de nosotros había oído hablar, excepto Valas. —Entornó los ojos, y se puso en pie, cerró los puños y apartó a Danifae—. Las cosas se aclaran. Nuestro guía es un hereje vhaeraunita y ha servido bien al Señor Oscuro al conducirnos a través de inútiles peligros.

—Eso es ridículo —protestó Valas—. Es difícil que condujera a la Bregan D'aerthe a la defensa de Menzoberranzan si fuera un enemigo de la ciudad.

—Ah, pero ésa es la clásica estratagema —ronroneó Danifae—. Haz que las víctimas confíen en su ejecutor. En tu caso, has hecho el trabajo con pericia.

—Incluso si ése fuera el caso —dijo Valas—, ¿por qué no os vendí a los duergars de Gracklstugh? ¿U os abandoné a los minotauros del Laberinto? ¿Cómo es que aún no estáis muertos? Si fuera vuestro enemigo, estad seguros de que lo habría hecho.

—Quizá te habrías puesto en peligro al traicionarnos en Gracklstugh o en el Laberinto —dijo Pharaun—. Sin embargo, hay algo convincente en tu defensa.

—Nada más que las elocuentes mentiras de un traidor —saltó Jeggred. Miró a Quenthel—. Dame una orden, matrona. ¿Puedo hacerlo pedazos?

Valas se llevó las manos a las empuñaduras de los kukris y se relamió. Estaba lívido de miedo, pero en sus ojos relampagueaba la ira. Todos los demás volvieron la mirada hacia Quenthel, que aún estaba recostada en una roca, el látigo en la cintura. Permaneció en silencio, mientras la lluvia caía sobre el bosque y los pájaros trinaban.

—Suspenderé la sentencia por ahora —dijo, mirando al explorador—. Si eres leal

te necesitaremos para encontrar a Tzirik (si es que existe ese clérigo de Vhaeraun); pero estás avisado, tienes que encontrar a los Jaelre y a su sumo sacerdote de prisa, maese Hune.

—No tengo ni idea de dónde están —dijo Valas—. También podrías condenarme ahora, y prepararte para la respuesta de Bregan D'aerthe.

Quenthel cruzó una mirada con Jeggred. El draegloth sonrió, sus colmillos brillaron en su oscura cara.

Halisstra no estaba segura de qué pensar, ya que conocía al explorador desde hacía diez días, y no sabía qué había pasado en Menzoberranzan antes de que los menzoberranios fueran a Ched Nasad. No obstante, estaba convencida de que se arrepentirían si Quenthel mataba a Valas y se descubría que todavía se necesitaban los servicios del guía, o si la poderosa compañía de mercenarios decidía vengarse por la muerte de su explorador.

—¿Cuál es el mejor modo para localizar a los Jaelre desde aquí? —preguntó Halisstra, con la esperanza de desviar la conversación hacia derroteros menos peligrosos.

—Como ha señalado la matrona Quenthel —dijo Valas después de titubear—, no es probable que se hayan alejado mucho. Buscaremos hasta que los encontremos.

—Ese plan suena a tedioso —comentó Pharaun—. Marchar sin rumbo por este bosque no me atrae.

—Quizá podríamos encontrar a un habitante de la superficie y sacarle información —dijo Ryld—. En el supuesto de que haya alguno cerca y que sepa algo del paradero de la casa Jaelre.

—De nuevo, tendremos que ponernos en marcha para localizar a un morador de la superficie —observó Pharaun—. Tu plan no difiere mucho respecto al de maese Hune.

—¿Entonces qué propones? —preguntó Quenthel, en tono frío.

—Permitidme descansar y estudiar mis libros de conjuros. Por la mañana, prepararé un conjuro que revele la localización de nuestra perdida casa de exiliados herejes. —Levantó una mano para evitar las protestas de la Baenre y añadió—: Lo sé, lo sé, te gustaría continuar ahora mismo, pero si logró adivinar la meta de nuestra búsqueda, es muy probable que nos ahorre muchas horas de marcha en la dirección equivocada. La demora también le daría a la adorable lady Melarn la oportunidad de recuperar sus fuerzas mágicas y quizá curar nuestras heridas más graves.

—A lo mejor no descubres nada con tus conjuros —dijo Quenthel—. La magia de ese tipo es bastante caprichosa.

Pharaun se la quedó mirando.

Quenthel levantó la mirada, parpadeaba ante la luz despiadada que atravesaba las nubes. Suspiró y miró a los demás, sus ojos se demoraron demasiado tiempo en

Danifae. La prisionera de guerra inclinó la cabeza en un gesto casi imperceptible que Halisstra no estaba segura de haber visto.

—Muy bien —dijo al fin la matrona de Arach-Tinilith—. En cualquier caso, sería juicioso esperar a que se haga de noche, así que montaremos el campamento en la cueva, donde la condenada luz del sol no nos molestará. Maese Hune, permanecerás a mi lado hasta que encontremos a Tzirik.



Nimor Imphraezl se apresuró por la ancha repisa y dejó atrás una larga columna duergar a su derecha. Mover un ejército de varios miles de efectos por los caminos de la Antípoda Oscura era un reto formidable, y la mayoría de las rutas más directas y estrechas eran infranqueables para tantos soldados. Eso significaba utilizar sólo las cavernas y los túneles más grandes y esas rutas implicaban peligros que los caminos más recónditos evitaban.

El camino seguía el borde de un gran cañón subterráneo, que serpenteaba en dirección norte, a sesenta kilómetros de Gracklstugh. No habían pasado más de dos horas desde que habían iniciado la marcha, y el ejército de enanos grises ya había perdido un lagarto cargado hasta los topes (y cinco desafortunados soldados que estaban cerca de la bestia) gracias a un grupo de yrthaks hambrientos, que barrieron el camino con sus estallidos sónicos.

No era una pérdida tremenda, estimó Nimor, pero cada día conllevaba su contratiempo o accidente, y así empezó el desgaste del ejército. En honor a la verdad, el asesino de la Jazred Chaulssin no había llegado a entender el enorme esfuerzo que se requería para mover un ejército grande y bien pertrechado por centenares de kilómetros a través de la Antípoda Oscura. él estaba bastante familiarizado con el viaje por los caminos oscuros en solitario o en compañía de un grupo de mercaderes o exploradores, ligeros de peso, usando los caminos secundarios secretos y los refugios escondidos a lo largo de las rutas principales de viaje. Tras marchar varios días junto a un ejército, con abundantes oportunidades de observar las adversidades y retos que nunca imaginó, Nimor admiraba el alcance de la expedición. Desde luego, los duergars estaban ansiosos por dar el golpe mortal al vecino en dificultades si aceptaban de tan buen grado el inmenso gasto en bestias, soldados y material requerido para poner ese ejército en movimiento.

El asesino dobló un recodo precario y llegó hasta el carruaje del príncipe: un casco flotante de hierro, de unos diez metros de largo y tres de ancho, encantado no sólo para levitar sobre el suelo sino también para moverse bajo el control de los enanos que lo conducían. Su grotesca forma negra estaba erizada de púas para repeler atacantes y tenía aberturas acorazadas, por las cuales los ocupantes disparaban proyectiles o lanzaban conjuros al exterior. El carruaje tenía varias ventanas grandes

con postigos abiertos, a través de los que Nimor vislumbró la actividad tranquila y metódica de los líderes duergars y sus edecanes. El artefacto servía como puesto de mando, trono y aposento del príncipe heredero. Era la personificación de la manera enana de hacer las cosas, un aparato que reflejaba una artesanía habilidosa y una magia poderosa, pero sin gracia y belleza.

De un salto subió al carruaje y se agachó para pasar por una gruesa puerta de hierro. En el interior brillaban unas luces apagadas en unos globos azules, que iluminaban una gran mesa en la que había una representación de los túneles y cavernas entre Gracklstugh y Menzoberranzan. Allí estudiaban los señores y los capitanes de los enanos grises el avance del ejército y planeaban las batallas venideras. El asesino tomó nota de los oficiales y sirvientes, y se volvió hacia la porción central elevada del transporte. El Señor de la Ciudad de las Cuchillas estaba sentado ante una mesa con sus consejeros más importantes y observaba la planificación.

—Buenas noticias, mi señor —dijo Nimor, mientras atravesaba el círculo de capitanes y guardias que rodeaban a Horgar Sombracerada—. Me acaban de notificar que ha desaparecido el archimago de Menzoberranzan, el mismo Gomph Baenre. Las matronas aún no sospechan que estamos avanzando hacia su territorio.

—Si tú lo dices —replicó el señor duergar con sequedad—... Al tratar con los elfos oscuros descubrí que era prudente no descartar la presencia de un archimago hasta que no lo viera muerto bajo mi propio martillo.

Los enanos grises reunidos junto a Horgar asintieron y miraron a Nimor con abierta sospecha. Un drow desleal podía ser un aliado útil en una guerra contra Menzoberranzan. Pero eso no significaba que consideraran a Nimor un socio de confianza.

Nimor advirtió que había un pichel de oro cerca de la mesa y se sirvió una buena copa de vino oscuro.

—Gomph Baenre no es el único mago hábil de Menzoberranzan —gruñó Borwald Manoígneá. Bajo y corpulento, incluso para un enano gris, el mariscal aferraba la mesa con sus manos enormes y fuertes, y se inclinaba hacia adelante para mirar al asesino—. Esa maldita escuela de magos está llena de magos con talento. Tus aliados han utilizado nuestra mejor baza demasiado pronto, drow. Aún estamos a quince días de Menzoberranzan, y la muerte de Gomph causará alarma.

—Una opinión sensata, pero no del todo correcta —dijo Nimor. Dio un largo trago a la copa, saboreando el momento—. A Gomph pronto lo echarán en falta, estoy seguro; pero en vez de volverse hacia la Antípoda Oscura en busca de enemigos, cada maestro de Sorcere buscará en vano al archimago e intrigará contra sus colegas. Mientras el ejército del príncipe heredero se acerca, los magos más poderosos de la ciudad no se quitarán ojo, y bastantes asesinarán a sus colegas para obtener el puesto

vacante de archimago.

—A buen seguro que los maestros de Sorcere dejarán a un lado sus ambiciones una vez que se den cuenta del peligro —dijo el príncipe heredero. Acalló a Nimor con un gesto brusco y añadió—: Sí, sé que dices que puede que no, pero sería atinado planear el primer choque considerando que la ciudad tendrá una defensa organizada y bien dirigida. Sin embargo, es un buen golpe, sí que lo es.

Se levantó y se abrió paso entre los soldados y señores del clan para acercarse a la mesa del mapa, al tiempo que hacía señas a Nimor para que lo siguiera. El asesino rodeó la mesa para atender a las palabras del soberano duergar. Horgar trazó la ruta con el dedo.

—Si los magos de Menzoberranzan no advierten que nos aproximamos —dijo Hogar—, entonces la pregunta es ¿en qué punto percibirán el peligro?

El señor de clan Borwald se acercó a la mesa e indicó la intersección de una caverna.

—Si damos por sentado que no tropezaremos con ninguna patrulla drow, el primer lugar en el que nos encontraremos al enemigo es aquí, en la caverna llamada Dilema de Pvhazzt. Los mezoberranios han mantenido durante mucho tiempo una avanzadilla ahí para vigilar el camino, ya que es uno de los pocos lugares lo bastante grande para que lo use un ejército. Nuestra vanguardia debería llegar a él en cinco días. Después de eso, nuestro camino se bifurca y tenemos que tomar la primera decisión difícil. Podemos ir al norte, a través de los Pilares del Infortunio, o rodear por el este, lo que añade por lo menos seis días de marcha. Es probable que nos ataquen en los Pilares, lo que nos podría atrasar indefinidamente.

—Los Pilares del Infortunio... —dijo Horgar. El príncipe tiró de su barba gris mientras estudiaba el mapa—. Cuando los drows descubran que llegamos, seguro que moverán tropas hasta allí y detendrán nuestro avance. Ese camino no es bueno. Tendremos que seguir la otra bifurcación, hacia el oeste, y acercarnos a la ciudad por ese lado. El tiempo que añada a la marcha es inevitable.

—Al contrario, espero que escojas el camino directo —dijo Nimor—. Pasar por los Pilares del Infortunio te ahorrará seis días y, una vez en el otro lado, estarás en el umbral de Menzoberranzan. Si vas por los pasos del oeste, descubrirás que el terreno es menos favorable.

—Quizá no conoces este territorio, Nimor —dijo el señor duergar después de soltar un bufido—. Escoges un camino difícil si planeas abrirte paso por los Pilares del Infortunio. El cañón se vuelve estrecho y sube abruptamente. Dos columnas enormes obstruyen el final, con un camino angosto entre ellas. Una pequeña fuerza de drows podría detenernos indefinidamente.

—Eres capaz de vencer a los mezoberranios en los Pilares, príncipe heredero —dijo el asesino—. Te entregaré la avanzadilla del Dilema de Rhazzt. Permitiremos

que los defensores del puesto informen de que se aproxima un ejército duergar, pero mientras el mensaje llega hasta las matronas, tus fuerzas avanzarán a toda prisa para tender una trampa mortal en los Pilares del Infortunio. Allí destruirás el ejército que los gobernantes de la ciudad envíen para detenernos.

—Si eres capaz de entregarnos esa avanzadilla, drow, ¿por qué permitir que los soldados avisen? —gruñó Borwald—. Mejor mantenernos ocultos durante todo el tiempo que nos sea posible.

—El mejor engaño —dijo Nimor— no es privar de información al enemigo, sino mostrarle lo que espera ver. Con el golpe que hemos diseñado contra los magos de la ciudad, no pueden evitar advertir pronto nuestro avance. Es mejor controlar las circunstancias bajo las que se informa del avance de nuestro ejército a los gobernantes de Menzoberranzan, y quizá adelantarnos a su respuesta.

—Eso me intriga. Sigue —dijo Horgar.

—Los soldados de Menzoberranzan esperan que un ejército que se acerque por este camino se retrase por el esfuerzo que supone tomar el Dilema de Rhazzt, lo que daría tiempo a la ciudad para hacerse fuerte en el cuello de botella de los Pilares del Infortunio. Te sugiero que permitas que la avanzadilla informe y advierta a las autoridades de Menzoberranzan de la presencia de tu ejército. Antes de que las matronas reúnan a un contingente para enfrentarse a ti, tomaremos el Dilema de Rhazzt. Y nos apostaremos a la espera de los drows en los Pilares del Infortunio.

—Tu plan tiene dos fallos fundamentales —dijo Borwald con tono de menosprecio—. Primero, presumes de que somos capaces de tomar el puesto avanzado cuando deseemos. Segundo, parece creer que las matronas decidirán enviar un ejército en vez de quedarse a esperar el asedio. Me gustaría saber en qué te basas para dar por sentado esos dos hechos.

—Fácil me lo pones —respondió el asesino—. El puesto caerá porque la mayor parte de su guarnición ha salido para mantener el orden en la ciudad. De los soldados que queden, muchos son Agrach Dyr. Por eso os animo a tomar este camino para atacar. El puesto avanzado se rendirá cuando llegue el momento.

—Lo sabías antes de que partiéramos —dijo Fiorgar—. En el futuro, compartirás la información que tengas en los momentos oportunos. ¿Qué habríamos hecho si hubieras tenido algún accidente por el camino? Tenemos que saber exactamente qué clase de ayuda nos prestarás y cuando serás capaz de hacerlo.

—Sería bueno para una amistad duradera, príncipe Horgar —dijo Nimor después de soltar una carcajada— que, de vez en cuando, descubrieras lo útil que puedo llegar a ser.



Halisstra se despertó del ensueño y descubrió que estaba helada y empapada.

Durante la noche, un polvo ligero, que imaginó sería nieve, había caído sobre el bosque, engalanando todas las ramas con una delgada capa de blanco brillante. La novedad de la experiencia pronto dejó de ser agradable, sobre todo después de darse cuenta de que empapaba sus ropas y el *piwafwi*. La realidad de la nieve en la superficie era menos atractiva que cualquier texto sobre el fenómeno que hubiera leído en la comodidad de la biblioteca de su casa.

El cielo volvía a estar oscuro y gris, pero era más luminoso que el día anterior; lo bastante para causar incomodidad a los viajeros drows, pues Quenthel había decidido no llevarlos bajo la luz del sol después de que Pharaun descansara y estudiara sus conjuros. Pasaron la mayor parte de las horas del día cobijados en la cueva, lejos de la luz. El grupo no se preparó para desmontar el campamento hasta la tarde, cuando el sol ya empezaba a declinar.

—Recuérdame que investigue cómo se podría extinguir ese orbe infernal —comentó Pharaun, mientras entornaba los ojos—. Sigue ahí arriba, tras esas benditas nubes, quemándome los ojos.

—No eres el primero entre los de nuestra raza que comprueba que su luz es dolorosa —respondió Quenthel—. De hecho, cuanto más te quejas, más me molesta, así que guárdate tus lloriqueos y ponte a trabajar en el conjuro.

—Por supuesto, magnífica matrona —dijo Pharaun con tono sarcástico.

Se dio media vuelta y corrió por las rocas cubiertas de nieve antes de que Quenthel replicara. La Baenre masculló una maldición por lo bajo y también se alejó, ocupándose en observar cómo Danifae llenaba la mochila con el saco de dormir y las mantas de Quenthel. El resto del grupo se mantuvo en un respetuoso silencio y fingió que no veía lo sucedido entre Quenthel y Pharaun, y Quenthel y Danifae. Reunieron sus pertenencias y desmontaron el campamento.

Halisstra cogió la mochila y siguió a Pharaun por el túnel. Ascendieron por un sendero escondido que llegaba hasta el bosque. En el claro que rodeaba la boca de la cueva descubrió que el bosque era muy denso y que se cernía sobre ellos desde todas direcciones. Allí donde miraba, la pared de árboles y maleza era la misma, una barrera frondosa indiferenciada, sin montañas lejanas por las que fuera capaz de orientarse, ni restos de senderos que seguir. Incluso en las cavernas más intrincadas de la Antípoda Oscura, por lo general a uno se le daban un puñado de opciones a la vez; adelante, atrás, izquierda, derecha, arriba, abajo... En el bosque, caminabas en la dirección que te apeteciera y a la larga llegabas a alguna parte. Era una sensación perturbadora y desconocida.

Acabó su cuidadoso examen de la ladera boscosa y volvió a mirar a Pharaun. El resto del grupo también la observaba, algunos de pie, otros en cuclillas, mientras se protegían la cara con las manos y esperaban las directrices del mago.

—Si digo algo —dijo Pharaun, al tiempo que miraba los árboles—, cualquier

cosa, tenedlo muy presente. Puede que entienda lo que veo o puede que no.

Extendió los brazos y cerró los ojos, mientras susurraba unas palabras ásperas de poder mágico una y otra vez al tiempo que giraba lentamente.

La potente sensación de la magia tiró de Halisstra. Era casi palpable y sin embargo distante. Se levantó una brisa fría y extraña. Suspiraba entre las copas de los árboles mientras los inclinaba, primero en una dirección, luego en otra. Aumentaba por momentos. La nieve de las ramas cayó mientras el viento se tornaba un vendaval aullante y salvaje. Halisstra levantó una mano para protegerse los ojos del polvo que levantaba. Durante todo el rato, oyó la voz de Pharaun cada vez más profunda, más poderosa, mientras el conjuro tomaba vida propia y parecía arrastrarse desde su garganta. Perdió pie y como pudo apoyó la rodilla en el suelo. El pelo le azotaba la cabeza como si estuviera vivo.

La magia del conjuro de Pharaun lo elevó en el aire. Aún tenía los brazos extendidos. Giró mientras el viento lo rodeaba. Tenía los ojos como idos, en dirección al cielo. Un halo de energía verdosa empezó a agruparse alrededor del mago, y éste soltó un aullido. Unos rayos de fuego esmeralda salieron disparados del halo para destrozar las rocas cercanas. Cada uno rebanó la roca como si de carne se tratara, provocando que las piedras se partieran con crujidos ensordecedores. Allí donde tocó cada uno de los rayos verdes se formó una runa o un dibujo negro, como grabados al ácido. Esos signos hicieron que los ojos le dolieran a Halisstra. Desde el aire, en el centro del claro, Pharaun empezó a murmurar en una voz horrible que se sobreponía al viento y los truenos.

—A cinco días al oeste hay un riachuelo —entonó el mago—. Gira al sur y sigue sus aguas rápidas y oscuras río arriba durante un día, hasta las puertas de Minauthkeep. El sirviente del Señor Oculto habita allí. Te ayudará y te traicionará, aunque de ninguna de las maneras que esperas. Todos salvo uno cometeréis traición antes de que acabe vuestra búsqueda.

El conjuro acabó. El viento se desvaneció, la energía verde se disipó y Pharaun descendió de su elevada posición como si cayera de un tejado. El mago tocó suelo con torpeza y se desmoronó, quedando con la cara hundida en el fango que cubría la tierra. Mientras los ecos de aquella violencia desaparecían en el bosque nevado, las runas grabadas en las piedras y rocas sufrieron el mismo destino. Formando hilos de humo negro se evaporaron en un instante.

El resto del grupo se irguió y se cruzaron miradas sombrías.

—Ya veo por qué tardaba en lanzar el conjuro —comentó Ryld.

Avanzó y asió a Pharaun por el brazo, lo puso boca arriba y comprobó que no estaba herido. Pharaun levantó la mirada y se las compuso para mostrar una débil sonrisa.

—Buenas y malas noticias, supongo —dijo—. Al menos Tzirik parece estar sano

y salvo.

—Las indicaciones son claras —dijo Valas con tiento—. Creo que no me costará hallar el camino hacia el oeste.

—¿Qué querías decir en la última frase? —le dijo Jeggred a Pharaun, haciendo caso omiso de Valas—. Sobre la traición...

El draegloth cerró los puños.

—¿Sobre lo de las traiciones...? No puedo llegar a imaginarlo —dijo el mago. Carraspeó y se sentó, mientras gesticulaba para apartar a Ryld—. La naturaleza de la magia es ofrecer predicciones crípticas como ésa, pequeños acertijos amenazadores que apenas tienes la esperanza de resolver hasta que, de pronto, se hace evidente que el acontecimiento que temías ha sucedido. —Mostró una sonrisa irónica—. Si alguno de nosotros no planea cometer algún escandaloso acto de traición en un futuro cercano, debo decir que me gustaría saber quién tiene tan buen fondo. Empañará nuestra reputación si no lo comete.

Halisstra observó al resto del grupo. Tomó nota de las caras imperturbables, la mirada pensativa... Danifae cruzó una mirada con ella al tiempo que mostraba una leve sonrisa y un movimiento sutil de los ojos en dirección a Quenthel. Un gesto tan insignificante que nadie salvo Halisstra lo notaría.

A pesar de la desenvoltura con la que el mago había quitado importancia a las palabras de la adivinación, no le gustaba saber que cada uno de sus compañeros cometería en algún momento un acto de traición. O, para ser exactos, todos excepto uno. Sólo porque Halisstra no planeara de inmediato un acto de traición no significaba que no decidiera aprovechar una oportunidad si ésta se planteaba. No había retenido el título de Primera Hija de la casa Melarn sin desarrollar un instinto despiadado para esas cosas. Si la ruina no se hubiera abatido sobre Ched Nasad, no dudaba que en algún momento hubiera urdido planes contra su propia madre para reclamar el liderazgo de la casa. La matrona Melarn había desbancado a la abuela de Halisstra de la misma manera y por las mismas razones hacía cientos de años. Era el método de la Reina Araña.

—Bueno —dijo Pharaun mientras se ponía en pie, tembloroso. El mago aceptó la mochila que le tendía Ryld—. Parece que ya tenemos una dirección. Así que, ¿hacia dónde cae el oeste, maese Hune?

—Hay un par de caminos de cabras que conducen más o menos hacia poniente —dijo Valas después de hacer un gesto hacia el borde del claro.

—Vamos —dijo Quenthel—. Cuanto antes empecemos, antes llegaremos. No tengo ganas de pasarme una hora más de la necesaria en esta tierra abrasada por la luz. Maese Hune, irás en cabeza como es costumbre. Maese Argith, tú lo acompañarás. Halisstra, te quedarás en retaguardia y estarás ojo avizor.

Halisstra frunció el entrecejo y rebulló con nerviosismo. Eso era un trabajo para

un varón. Durante los últimos días de viaje, Jeggred iba en retaguardia. No se le escapaba a Halisstra que cambiar el orden de marcha mantenía a Jeggred cerca de Quenthel, donde el draegloth podía proteger a la sacerdotisa Baenre de cualquier ataque. También advirtió que Quenthel se había dirigido a Valas y Ryld como «maese», mientras que a ella sólo la llamaba Halisstra.

No había motivo para protestar, por supuesto, así que esperó mientras el resto del grupo desfilaba hacia el bosque, en busca del sendero de Valas. Comprobó la ballesta para asegurarse de que estaba preparada. Después, dejó que el resto se distanciara unos quince pasos y se puso en marcha tras ellos.

capítulo



once

El bosque de la superficie se reveló como un lugar extraño e inquietante. Mientras el grupo se alejaba del claro, la intrincada maleza desapareció, dejando una sucesión verde de troncos que se elevaban hacia lo alto, como las columnas de algún salón drow en algún lugar de la Antípoda Oscura. Aquí y allí descansaban troncos caídos, cubiertos de musgo de un verde brillante. Algunos eran tan grandes que el grupo tuvo que desviarse decenas de metros, o subirlos o gatear por debajo. Una fina capa de nieve se había formado hasta el suelo, y el agua fría goteaba sin cesar de las ramas. A diferencia del desolado Anauroch, el bosque no sólo estaba lleno de grandiosos árboles y zarzas, si no de toda clase de pájaros y otros animales. Después de una docena de sobresaltos, aprendió a identificar distintos cantos de pájaros y otros sonidos animales, y relegarlos al reino de lo insignificante.

Al principio temió perder de vista al grupo; pero, aparte del abarrotado follaje, el sotobosque consistía en helechos y plantas que pocas veces llegaban más allá de la cintura. Mientras la noche caía sobre el bosque, su visión mejoró, y Halisstra se sintió cada vez más cómoda.

Los drows marcharon durante toda la noche. Hicieron una parada antes del amanecer para montar el campamento en una vieja torre en ruinas cubierta de musgo. El lugar tenía una notable elegancia formal, y el dintel de la puerta, hacía tiempo desaparecida, tenía labradas unas enredaderas florecientes. Estaba claro que era el trabajo de elfos de la superficie. Después de que Pharaun inspeccionara el lugar en busca de conjuros peligrosos para los drows, el grupo acampó para pasar las dolorosas horas del día. Quenthel ordenó a Jeggred y a Pharaun que montaran guardia, y los demás disfrutaron de la penumbra, la seguridad del terreno y los elegantes muros de la torre en ruinas.

Comieron al ocaso, desmontaron el campamento y volvieron a ponerse en marcha, en el mismo orden que antes. Pasaron las dos noches y días siguientes del mismo modo. Descansaban cuando salía el sol y viajaban de noche. Valas se las arregló para abatir un cervatillo poco antes del amanecer al final de la tercera noche de viaje, y Halisstra se sorprendió al descubrir que la carne era suave y succulenta, mejor que la de un rote joven.

Al final del día volvieron las nubes, más oscuras y espesas, y mientras la luz del día desaparecía y los elfos oscuros se preparaban para la cuarta caminata por la

superficie, empezó a nevar, con fuerza. Reinaba un misterioso silencio, como si el bosque entero aguantara la respiración para no molestar. Halisstra vigilaba en retaguardia. Daba una docena de pasos al frente y se volvía para examinar el sendero a su espalda. Algunas veces caminaba hacia atrás durante varios minutos y miraba adelante sólo para ver dónde pisaba. Si los augurios de Pharaun eran acertados, alcanzarían el arroyo al final de esa noche o quizá la siguiente, lo que significaba que la casa Jaelre y el clérigo de Vhaeraun estaban a un día.

Con el objetivo de su viaje al alcance de la mano, se le ocurrió que el hereje no tenía una razón para ayudarlos. Valas sería un viejo amigo, pero ningún clérigo del Señor Oculto ayudaría a una sacerdotisa de Lloth sólo por la bondad de su corazón. Tendrían que llegar a un acuerdo, de eso Halisstra estaba segura. ¿Riquezas, quizá? Quenthel y sus camaradas llevaban muchas gemas valiosas. Era la manera más fácil de llevar dinero por las regiones salvajes de la Antípoda Oscura. Halisstra se había llenado los bolsillos de ellas antes de huir de Ched Nasad. Aunque dudaba que un poderoso vhaeraunita se dejara comprar con tanta facilidad.

La coacción era posible... o tal vez deberían intercambiar alguna clase de servicio para ganarse su ayuda. De vez en cuando Danifae era útil en esa clase de arreglos. Cualquier drow tenía al menos un enemigo que le gustaría que tuviera un contratiempo.

Se dio cuenta de que se rezagaba un poco, así que apretó el paso para situarse más cerca del grupo. Corrió fácilmente entre la oscuridad. Sus botas se deslizaban sobre la nieve, hasta que percibió la forma voluminosa de Jeggred y las de sus compañeros. Halisstra recuperó su ritmo y se volvió para echar un vistazo atrás.

Allí había alguien.

Se oyó ruido de pasos a hurtadillas por todo el bosque. Pero, de pronto, los pasos enmudecieron en un silencio perfecto e impenetrable que podría ser mágico.

Halisstra levantó la ballesta. Por el sendero venía a toda velocidad un larguirucho elfo con la piel tan blanca como la nieve, armado con una elegante hacha de batalla en una mano y otra más pequeña en la otra. Sus ojos centelleaban como esmeraldas en la noche.

—¡Ten cuidado! —gritó para advertir a sus compañeros, pero de nuevo nada rompió el perfecto silencio.

Sin dudarle un instante dio media vuelta y disparó la ballesta hacia Jeggred, quizá a unos cincuenta metros delante. Desvió un poco el arma, así que en vez de darle entre los omoplatos el virote se clavó en un árbol, junto a la cabeza del semidemonio. El draegloth saltó mientras lanzaba un grito (o eso imaginó, ya que no lo oía); pero, más importante, se volvió para ver qué sucedía detrás. Descubrió que unos elfos de la superficie se acercaban con sigilo.

Un instante más tarde, un guerrero elfo estaba sobre Halisstra, las hachas giraban

dibujando formas con los destellos del acero. También gritaba algo, un grito de guerra quizá. Halisstra levantó su excelente ballesta para desviar el primer golpe del hacha mayor. Saltó hacia atrás, para quedar fuera del alcance de la pequeña y sacó la maza a toda velocidad mientras se quitaba el escudo del hombro. El elfo pálido avanzó de un salto para enzarzarse con ella de nuevo, y empezaron a girar e intercambiaron hábiles golpes que fallaron el blanco.

Halisstra veía más formas con armaduras verdes que revoloteaban por el bosque hacia ella, espadas y lanzas que relucían en la oscuridad. Redobló los esfuerzos y puso al guerrero de las dos hachas a la defensiva, con la esperanza de desembarazarse de él antes de que estuviera rodeada de enemigos.

Una luz cegadora detonó en el sendero, detrás de ella, y llenó el bosque oscuro con el doloroso brillo de la luz diurna. Lo último que vio antes de que el conjuro la cegara del todo fue a un grupo de elfos de la superficie y unos guerreros humanos, que se unían a la lucha.

Sólo podía hacer una cosa. Levantó el escudo para ganar un momento, se agachó, aferró un puñado de tierra y hojas secas del suelo, y los imbuyó de oscuridad mágica, haciendo buen uso del poder que compartían todos los drows. Un golpe fuerte maltrató su escudo, sin hacer ruido. Se alejó de prisa de su atacante, agachada, mientras intuía la dirección. Algunos de los enemigos esperarían a que saliera de la oscuridad impenetrable; al menos eso era lo que haría en su lugar. Lo más inteligente era permanecer en ella tanto como fuera posible, con la esperanza de que los habitantes de la superficie no tuvieran más magia para disipar o cancelar la esfera de oscuridad.

Como cualquier drow de casa noble con experiencia, supo en un instante lo que duraría la oscuridad. En su caso, era capaz de mantenerla durante tres horas. Si se quedaba en silencio y quieta un largo rato, pensarían que se había escabullido. Al final, estaba bastante segura de que era capaz de aguardar a que acabara el conjuro de silencio que cubría la zona. Una vez volviera a oír, podría formarse una idea mejor de qué hacer.

Maza en mano, fue a tientas hasta un árbol grande, se apoyó en el tronco y se sentó a esperar.



Nimor esperaba en el salón, ante la cámara del Consejo, con los hombros caídos y expresión hundida. Después de todo se suponía que estaba cansado. Estaba enfundado en la armadura de un oficial de la casa Agrach Dyrr, pues se suponía que se había abierto paso en la batalla del Dilema de Rhazzt para llevar noticias del ataque a las matronas. Por supuesto, la guarnición de Agrach Dyrr ya había entregado el puesto avanzado al ejército de Gracklstugh, pero las matronas aún no lo sabían.

Fingir agotamiento, desesperación y dosificarlo en las cantidades adecuadas era difícil para él, en especial cuando su corazón latía excitado y su cuerpo se estremecía por la expectación. Sus planes a largo plazo estaban encontrando su momento y se desarrollaban para dar su terrible fruto. Gracias a sus actividades y afanes había alterado el destino de dos grandes ciudades. Ambas se habían movido de forma inexorable hacia el terrible impacto que había imaginado meses atrás, y a cada hora los hechos ganaban velocidad y requerían cada vez menos su guía. Pronto podría abandonar la escena de nuevo, con el trabajo hecho, y dispuesto a cosechar las recompensas de sus actividades.

Para distraerse mientras esperaba que el Consejo lo llamara, Nimor estudió la sala. Uno nunca sabía, al fin y al cabo, cuándo una puerta u otra salida significaría la diferencia entre la vida y la muerte. El Salón de Peticionarios, como se llamaba el lugar, era la entrada a la cámara del Consejo de las Matronas. Las nobles damas pasaban pocas veces por esa habitación. Tenían varios métodos mágicos y secretos para viajar a los tronos desde sus palacios y castillos. En cambio, el Salón de Peticionarios era el lugar en el que todos aquellos que tenían negocios esperaban voluntariamente a las matronas. Naturalmente, estaba casi vacío.

Cualquier drow que necesitara algo se lo suplicaba a una de las matronas, y con cautela y respeto. Sólo aquellos drows a los que ordenaban aparecer ante el Consejo esperaban en el Salón de Peticionarios, y cualquiera al que se exigiera su presencia allí era muy probable que ya hubiera informado de antemano a una de las matronas. La sala se usaba por lo general como lugar apropiado para que personas designadas por el Consejo esperaran hasta que los llamaran a entregar el informe, presentar su demanda, o más a menudo implorar y oír sentencia.

Dieciséis guerreros y magos orgullosos montaban guardia en la sala, dos de cada casa cuya matrona se sentaba en el Consejo. Estos habían sido escogidos como cuerpo de guardia, aunque en realidad cada uno pasaba la mayor parte del tiempo vigilando a los varones de casas rivales para asegurarse de que no había una conjura en marcha.

El suelo, de mármol negro pulido, con vetas doradas, relucía bajo la tenue luz de los fuegos feéricos del techo, y grandes frisos en las paredes mostraban la historia de la fundación de Menzoberranzan.

Varios funcionarios de segundo orden pasaban a toda prisa por el salón, se inclinaban ante todo aquel que se mereciera ese servilismo y hacían caso omiso de los que no. Nimor, que llevaba la armadura de un oficial insignificante de Agrach Dyrr, estaba en algún lugar entre las dos situaciones.

Para sorpresa de Nimor, sólo lo hicieron esperar cuarenta minutos hasta que uno de los chambelanes se acercó y le señaló la puerta.

—El Consejo espera tu informe, capitán —dijo.

Nimor siguió al chambelán hasta la misma cámara del Consejo e hizo una reverencia a los tronos de las ocho matronas. Cada una estaba asistida por una o dos hijas, sobrinas o favoritas. Una gran arcada de un lado de la cámara conducía a un conjunto de altares más pequeños y salones adyacentes, a los que se podía despachar a los asistentes y secretarios en caso de que decidieran discutir los asuntos en privado.

—Matronas, el capitán Zhayemd de la casa Agrach Dyrr —anunció el chambelán.

Nimor se volvió a inclinar y mantuvo la pose mientras estudiaba a las matronas en secreto.

Triel Baenre se sentaba a la cabeza del Consejo, por supuesto. Pequeña y bonita, parecía demasiado joven para ese puesto de honor, aunque tenía cientos de años. Mez'Barris Armgo de la casa Del'Armgo se sentaba a su lado, luego venía el lugar donde la matrona de la casa Faen Tlabbar se sentaba antiguamente. Nimor no sonrió, pero permitió que su mirada se demorara un momento en la joven que ocupaba el lugar de Ghenni; Vadalma, la quinta hija de la casa.

«O las cuatro primeras se mataron entre ellas luchando por el lugar de su madre —reflexionó—, o la joven Vadalma es más competente de lo que parece.»

Enfrente de la nueva matrona Faen Tlabbar se sentaba Yasraena Dyrr, bella y elegante, cómoda en la silla que ocupaba desde la defunción de Auro'pol.

—Ah, veo que mi capitán ha llegado —dijo Yasraena a sus pares—. Bienvenido, Zhayemd. Hoy has padecido mucho, pero me temo que debo someterte a otra dura prueba antes de que se te permita un bien merecido descanso. Informa al Consejo de las noticias que me comunicaste antes.

—Como desees, Honorable Matrona —dijo Nimor. Paseó la mirada por todas las nobles y fingió un asomo de nerviosismo—. Matronas, llego de la guarnición en el Dilema de Rhazzt. Nos atacó una gran fuerza de duergars y aliados, incluidos derros, durzagons, gigantes y muchas tropas de esclavos. No podremos detenerlos más tiempo del que cueste a los duergars utilizar sus máquinas de asedio.

—Conozco el lugar —dijo Mez'Barris Armgo—. Está a tres o cuatro días al sur de la ciudad. ¿Tus noticias son tan viejas? ¿Por qué no nos advirtieron los magos en vez de enviar a alguien para que informara en persona?

—Nuestro mago fue asesinado en el primer ataque, matrona Del'Armgo. Tuvo la desgracia de liderar una patrulla más allá de nuestras defensas y por lo que parece fue víctima de la embestida de los duergars. Cuando lady Nafyrra Dyrr (la comandante de nuestro destacamento) se dio cuenta de que no había forma de enviar un aviso, me ordenó traer el mensaje a Menzoberranzan. Eso ocurrió esta mañana.

—Sólo has respondido a una de las preguntas que te he planteado, capitán —repuso la matrona de la casa Barrison Del'Armgo—. El Dilema de Rhazzt está bajo asedio desde esta mañana, pero el puesto avanzado está a más de cuarenta kilómetros al sur de aquí, lo que supone un viaje de varios días.

Nimor fingió un poco de indecisión y miró deliberadamente a Yasraena Dyrr como si buscara ayuda. La matrona de la casa Agrach Dyrr inclinó la cabeza con aprobación.

—Usé un portal poco fiable para que el viaje durara horas en vez de días, matrona Del'Armgo —dijo—. Está a dos o tres kilómetros del puesto avanzado y es algo difícil de usar, pues funciona a intervalos. El otro lado está en una caverna en desuso en el Dominio Oscuro. Mi casa lo conoce desde hace algún tiempo, aunque no confiamos lo bastante en la magia de ese portal, excepto en caso de extrema necesidad.

—No dudo que Barrison Del'Armgo conozca portales parecidos alrededor de la ciudad —observó Yasraena Dyrr—. Perdonad si olvidamos mencionar la existencia de éste hasta hoy.

—El portal es irrelevante —dijo Triel Baenre, al tiempo que hacía un gesto de despreocupación—. El capitán está aquí para dar el informe, y eso basta. Dime lo que viste del ejército duergar.

—Me atrevería a decir que son entre tres o cuatro mil enanos grises, más soldados esclavos; la mayoría orcos y ogros. Distinguimos los estandartes de ocho compañías en el ataque, y muchas más en reserva. Podría haber más, por supuesto, o los duergars nos intentaron engañar llevando falsos pendones a la batalla.

—Una incursión —murmuró Prid'eesoth Tuin de la casa Tuin'Tarl—. Ponen a prueba tu puesto avanzado, capitán.

Nimor cambió el peso de un pie a otro y se esforzó para parecer decidido, serio y respetuosamente servil.

—Lady Nafyrra no lo cree así, matrona Tuin —dijo Nimor—. Hemos rechazado incursiones duergars en numerosas ocasiones, pero ésta no se parece en nada al ataque de esta mañana. Si no nos asedia todo el ejército de Gracklstugh, lo parece.

—¿Con qué fuerzas cuenta la guarnición? —preguntó Yasraena Dyrr.

—Casi ochenta soldados, y tenemos una posición defensiva excelente, matrona. Podemos resistir varios días, pero el puesto avanzado caerá cuando los duergars empleen las máquinas de asedio o empleen la magia adecuada.

—No me sorprendería descubrir que ese ataque duergar es poco más que una incursión particularmente grande y agresiva —dijo Vadalma de Faen Tlabbar—. Estoy segura de que la matrona Dyrr ha informado de lo que sus varones creían, pero quizá debería investigarse el asunto antes de reaccionar a ciegas. Una simple confirmación de la información, al menos. Después de evaluar el alcance de la amenaza, el Consejo deliberará sobre los medios para enfrentarse a ello.

—En la mayoría de las situaciones, nuestra joven hermana sería prudente al sugerir una evaluación minuciosa de la situación —dijo Yasraena. Estaba bien adiestrada. Nimor bajó la mirada para evitar que vieran su sonrisa—. Sin embargo,

mis oficiales me dicen que, si deseamos enfrentarnos al ejército duergar fuera de la ciudad, el lugar donde hacerlo es en los Pilares del Infortunio, a medio camino entre aquí y el Dilema de Rhazzt. Un ejército poderoso enviado con rapidez resistirá cualquier asalto, pero si nos demoramos demasiado, los duergars llegarán antes que nosotros. Perderíamos una posición ventajosa. Por supuesto, deberíamos buscar la confirmación del informe con celeridad, pero mientras investigamos, nuestros soldados tendrían que estar en marcha.

—¿No deberíamos esperar a la defensiva, en la caverna de la ciudad? —preguntó Mez'Barris Armgo—. Fortificaríamos las entradas con bastante facilidad, y el ejército duergar tendría dificultades para rodear toda la ciudad, y, mientras, nuestro ejército seguiría intacto.

—Si permitimos que los enanos grises se hagan con la ciudad —dijo otra de las matronas—, veremos ilicidos, aboleths y ejércitos humanoides en nuestras puertas dentro de poco. Tenemos muchos enemigos. Mirad lo que sucedió en Ched Nasad.

Las ocho sacerdotisas cruzaron miradas sombrías.

—Es evidente que el Consejo debe llegar a una decisión con rapidez —dijo Triel Baenre, rompiendo el silencio—. No nos queda mucho tiempo si queremos enfrentarnos a los duergars fuera de la ciudad, así que ordenaré que la mitad de las tropas Baenre se preparen para la marcha. Os aconsejo que hagáis lo mismo. Siempre podemos echarnos atrás, si optamos por permanecer a la defensiva en la caverna de la ciudad, pero si decidimos avanzar, tenemos que hacerlo pronto.

—Abogo por una defensa vigorosa y agresiva de la ciudad —dijo Yasraena Dyrr—. El empleo de nuestras fuerzas serviría para desalentar futuros ataques. Ordenaré a la mitad de las tropas de la casa Dyrr que se preparen de inmediato. —Observó a las demás matronas con cautela y añadió—: Siempre que, por supuesto, las demás casas acepten una parte del riesgo y nos ayuden. Tanto si llegamos al mismo compromiso o a ninguno.

—La casa Baenre avala a Agrach Dyrr hasta la vuelta de la expedición —dijo Triel con firmeza.

Nimor asintió para sí. Esperaba que la líder de la casa más fuerte de Menzoberranzan decidiera dar ejemplo. Entre otras cosas, evitaba los turbios propósitos de las demás casas enfocando su actividad en un enemigo exterior, circunstancia que presentaría a la Baenre tomando acciones decisivas para proteger la ciudad. Triel tenía mucha necesidad de ese tipo de medidas.

—Las matronas deben discutir cómo enfrentarse a ese ataque a traición en privado. Dejados —dijo después de pasear la mirada entre las guardias, consejeros e invitados de la sala del consejo.

—Capitán Zhayemd —dijo Yasraena Dyrr—. Me gustaría que tomaras el mando del contingente de Agrach Dyrr y empezaras a hacer los preparativos ahora mismo.

Sé que hoy ya te has abierto paso entre grandes peligros, pero posees un conocimiento detallado del campo de batalla, y tengo la máxima confianza en ti.

—Os serviré lo mejor que pueda —dijo Nimor—. Con la ayuda de la diosa, barreré a los enemigos de la ciudad de nuestro territorio.

Hizo otra reverencia a las matronas y se retiró en silencio.



Los sonidos del bosque volvieron de repente, señalaban el final del conjuro de silencio. El viento suspiraba en las copas de los árboles, cerca pasaba un arroyuelo, se oían murmullos y sonidos de pasos cortos en la oscuridad, mientras las criaturas pequeñas del bosque (o las grandes que sabían ser cautelosas) se movían por los alrededores. Halisstra escuchó durante un largo rato, con la esperanza de oír algo que le dijera que los habitantes de la superficie se habían ido o que sus camaradas luchaban en algún lugar cercano, pero no se oía ruido de espadas ni de conjuros ensordecedores. No oyó que ninguno de sus enemigos dijera nada, por lo que no sabía si se habían ido o estaban agazapados, aguardándola. Halisstra podía ser muy paciente cuando era necesario, y estaba acostumbrada a la adversidad y al peligro, pero la tensión nerviosa por esforzarse en identificar cada sonido que llegaba a sus oídos hizo que pronto le cayeran gotas de sudor por la cara.

«Si Quenthel y los demás están cerca, lo oiría —dijo—. La lucha los tiene que haber llevado bastante lejos.»

Se le aceleró el corazón ante la idea de estar perdida en los interminables bosques, los cuales eran un enemigo formidable para cualquier criatura que no estuviera acostumbrada al mundo de la superficie.

«Mejor morir intentando reunirme con los demás —decidió Halisstra—. Al menos se adonde van, aunque no sé si seré capaz de mantener el rumbo.»

Primero, necesitaba escapar de la oscuridad que la protegía. Decidió no disipar la oscuridad mágica y dejó que continuara hasta que se acabara por sí sola en una o dos horas. Había una pequeña posibilidad de que los enemigos estuvieran a la espera de que se disipara. Halisstra tanteó en su cinturón y sacó una varita de marfil. Palpó con cuidado para asegurarse de que era la varita que necesitaba y, cuando estuvo convencida, se golpeó ligeramente el pecho con ella y susurró una palabra.

Aunque no tenía manera de verificarlo, sentada en el suelo del bosque, en la oscuridad mágica, la magia de la varita la había hecho invisible. Se levantó con tanto sigilo como pudo, acobardada ante cualquier susurro o tintineo de la cota de malla, y empezó a alejarse.

Halisstra salió antes de lo que esperaba; parecía haberse sentado a menos de dos metros del borde de la oscuridad. Confiada en la invisibilidad, se irguió y miró a su alrededor. El bosque estaba como antes, excepto que no había señales de sus

compañeros o de los hombres y los elfos de la superficie que los habían atacado. La luna ascendía, y su brillante luz plateada inundaba el bosque. Se puso en marcha hacia lo que pensaba que era el oeste. Avanzaba tan rápido y con tanta cautela como podía.

Pronto llegó al escenario de lo que parecía haber sido un cruento combate. Aún humeaban unos grandes círculos ennegrecidos en el bosque. En otros lugares los cuerpos de quizá media docena de elfos de la superficie y humanos vestidos de verde yacían en el suelo. La mayoría llevaban marcas de espadas, mazas y garras. No había señales de los drows.

Halisstra intentó recordar las imágenes que se le habían grabado de los pálidos elfos y sus aliados humanos, y decidió que debían de ser unos quince o veinte.

—¿Dónde estarán vuestros camaradas? —preguntó a los guerreros muertos antes de alejarse.

Halisstra caminó como un kilómetro por el bosque bañado en la luz de la luna antes de caer en la emboscada. Un momento antes caminaba a hurtadillas, rápida y confiada, ansiosa por alcanzar al resto del grupo y los habituales riesgos que tenían que afrontar. La sorprendió la aparición de un mago elfo de la superficie que salió de detrás de un árbol y le lanzó un conjuro mientras gesticulaba con las manos.

—¡Rápido! —gritó—. ¡La tenemos!

La invisibilidad de Halisstra desapareció al instante, disipada por el mago de la superficie, y de entre el follaje y los árboles que la rodeaban surgieron una docena de pálidos elfos y humanos vestidos de verde, con las armas en ristre. Se abalanzaron sobre ella, con la muerte en la mirada, mientras llenaban el bosque con sus gritos de guerra. Al reconocer lo desesperado de su situación, Halisstra gruñó de rabia y atacó a los guerreros de la superficie, decidida a vender cara su vida.

El primer enemigo con el que se topó era un humano corpulento de barba encrespada, que luchaba con un par de espadas cortas. Se lanzó en un ataque giratorio, con un arma dirigida hacia sus ojos, para hacerle levantar el escudo, y con la otra hacia abajo para destriparla. Halisstra se hizo a un lado y golpeó el brazo extendido de su oponente con la maza, la cual alcanzó su objetivo, haciendo crujir el hueso y desarmándolo. El hombre gruñó de dolor pero aguantó, y siguió asestando cuchilladas y estocadas con la espada que le quedaba.

Otros tres se acercaron para enfrentarse a Halisstra desde todos los lados. Esta se vio obligada a pasar a la defensiva, desviando espadas y lanzas con el escudo y parando arremetidas con su maza mágica. El bosque resonó con el entrechocar del acero.

—Cogedla viva si podéis —pidió el mago—. Lord Dessaer quiere saber quiénes son estos forasteros y de dónde vienen.

—Es muy fácil decirlo —gruñó el primer espadachín, que aún resistía a pesar de

que la mano izquierda le colgaba inerte—. No parece muy dispuesta a rendirse.

Halisstra soltó un gruñido de frustración y de pronto se volvió hacia el elfo que tenía a la izquierda, esquivó la punta de la lanza y se abalanzó hacia él. El tipo retrocedió y empuñó el arma tan pronto como pudo, pero Halisstra ya lo tenía.

Con un grito de alegría le aplastó el puente de la nariz con la maza. El impacto destrozó parte del cráneo de la víctima, que se desplomó al suelo.

Halisstra pagó un elevado precio por ese golpe un momento más tarde cuando el espadachín elfo que estaba a su espalda le hundió la punta de su arma en el omoplato izquierdo. El acero rechinó en el hueso, y Halisstra chilló de dolor mientras perdía la fuerza del brazo que sostenía el escudo. Un momento más tarde la flecha disparada por un arquero se le hundió en la pantorrilla derecha y le dobló la pierna.

—¡Ya la tenemos! —dijo el espadachín elfo.

Este levantó el arma para atacar de nuevo, pero Halisstra se tiró al suelo y rodó bajo su guardia, a la par que le destrozaba la cadera izquierda con otro golpe atronador de la maza. El elfo gritó y se alejó tambaleándose para desplomarse sobre la nieve.

Halisstra intentó ponerse en pie, pero el mago la abatió con un cegador rayo. La fuerza del conjuro la levantó del suelo, la arrojó por los aires y la hizo caer en un riachuelo gélido. Todo el cuerpo de Halisstra se agitaba y le dolía. Halisstra percibió el olor característico de la carne quemada.

Se apoyó en un brazo y le lanzó una canción *bae'qeshel*, una aguda tonada mortal que azotó la corteza de los árboles y levantó la nieve polvo hasta formar una punzante tormenta blanca. El mago elfo lanzó un juramento y se cubrió con la capa, resguardándose los ojos y resistiendo la canción.

Halisstra empezó a cantar otra canción, pero los guerreros corrieron hacia ella, y el humano corpulento y barbudo la silenció de una patada en la mandíbula que la volvió a despatarrar en el suelo. Por un instante todo se volvió oscuro, y cuando recuperó la vista, no menos de cuatro espadas apuntaban hacia ella. El fuerte espadachín la miró por encima de la punta del arma.

—Por lo que más quieras, continúa —profirió—. Nuestros clérigos formularán preguntas a tu cuerpo con la misma facilidad que si estuvieras viva.

Halisstra intentó aclarar su cabeza ante el terrible dolor y el pitido en sus oídos. Miró a su alrededor y no vio otra cosa que muerte en la mirada de los habitantes de la superficie.

«Fingiré que me rindo —se dijo—. Quenthel y los demás deben saber que he desaparecido y me buscarán.»

—Me rindo —dijo en la brutal lengua humana.

Halisstra permitió que su cabeza cayera sobre la orilla del riachuelo y cerró los ojos. Sintió cómo la levantaban, le quitaban la cota de malla y le ataban las manos a

la espalda con brusquedad. Durante todo el tiempo hizo abstracción mental de sus captores, al tiempo que mantenía la mente aislada concentrándose en las oraciones a Lloth que le habían obligado a aprender de novicia.

—Tiene que ser alguien importante. Mira la armadura. No creo que haya visto nunca una igual.

—Aquí tenemos una lira y un par de ramitas —murmuró el soldado de la mano rota mientras rebuscaba entre sus pertenencias—. Tened cuidado, muchachos, podría ser un bardo. Tenemos que amordazarla para estar a salvo.

—Rápido, tráeme esa poción curativa. Fandar se muere.

Halisstra lanzó una mirada al espadachín al que le había destrozado la cadera. Varios de sus compañeros estaban de rodillas cerca de él, en la nieve y el fango, intentando consolarlo mientras se retorció entre estertores agónicos. La sangre brillante manchaba la nieve. Observó la escena distraídamente. Tenía la mente a miles de kilómetros.

—Maldita bruja drow. Gracias a los dioses no todos luchan como ella.

El mago elfo apareció frente a ella. Su bella cara tenía una expresión tensa y enfadada.

—Encapuchadla, compañeros —ordenó—. No tiene sentido dejar que sepa dónde está.

—¿Adonde me lleváis? —exigió Halisstra.

—A nuestro señor le gustará saber ciertas cosas —respondió el mago. Mostraba una sonrisa fría dirigida a ella y la mirada tan afilada como un cuchillo—. Sé por experiencia que la mayoría de drows son tan malos bichos que es más probable que se ahoguen en su propia sangre que hacer algo inteligente y útil. No confío en que seas la excepción. Lord Dessaer te hará unas preguntas, si le dices algo desconsiderado, te traeré aquí y te destriparé como a un pescado. Después de todo, eso es mejor que lo que vosotros hacéis con vuestros cautivos.

La capucha le tapó la cara y se la ciñeron con fuerza al cuello.

capítulo



doce

Ryld se agazapó tras un gran árbol cuyo tronco era tan grueso y alto que podría estar en el bosque de Narbondel. *Tajadora* estaba a su espalda. Apenas la había usado en el último combate que el grupo había librado en el bosque. Se inclinó un poco y atisbo entre la moteada luz de la luna y las sombras del bosque, en busca de un blanco. él y Pharaun esperaban en silencio para defender la retaguardia del grupo, con la esperanza de devolvérsela a los elfos y humanos que los acosaban desde hacía rato. Después de varios intentos de conducir a los drows al combate cuerpo a cuerpo, los elfos de la superficie y sus aliados humanos aprendieron a respetar la habilidad y el arrojo del grupo drow. Pronto, el combate se convirtió en una escaramuza lenta y sigilosa de flechas en la oscuridad, con puntuales emboscadas repentinas y rápidas retiradas.

Silbó una flecha. Ryld se apartó justo a tiempo de ver cómo un asta de plumas blancas pasaba delante de su cara, tan cerca del tronco que la punta rozó la corteza. Si hubiera confiado en la cobertura del árbol, la flecha le habría ensartado el ojo.

—No hay razón para esperar más —susurró Pharaun.

El mago había recibido la orden de Quenthel de aguardar ocultos con muy poco entusiasmo. Creía que su ataque sería un fracaso y que mejor les iría si se reunían con el resto del grupo. Concentrado, murmuró las sílabas ásperas de un conjuro y gesticuló de un modo peculiar.

Vamos, dijo el mago en el lenguaje de signos después de erguirse. Acabo de crear una imagen que les hará creer que nos quedamos aquí. Sígueme en silencio y quédate cerca.

Ryld asintió y fue detrás del mago. Lanzó una última mirada hacia atrás. Se preguntaba si el truco funcionaría.

«Halisstra está ahí, en alguna parte —pensó—. Es muy probable que muerta.»

Los habitantes de la superficie no habían mostrado interés en tomar prisioneros, y en la parte lógica de su mente Ryld anotó la pérdida como otra baja de guerra, lo mismo que hubiera hecho si se tratara de la prematura muerte de un camarada. Había librado suficientes batallas durante su vida para aceptar la muerte de un guerrero; pero a pesar de eso, la pérdida de Halisstra lo afectó mucho.

Pharaun se detuvo y se volvió despacio en busca de alguna señal de sus compañeros o enemigos. Ryld permaneció quieto y a la escucha.

Un viento suave sacudió las copas de los árboles y suspiró entre las ramas. Las hojas susurraron, las ramas crujieron. Un riachuelo fluía cerca. No eran capaces de detectar nada que indicara peligro. Ni a Halisstra.

«Es estúpido confiar en que esté viva», se dijo para sí.

¿Algo te preocupa?, gesticuló Pharaun.

No, respondió el maestro de armas.

El mago lo observó, la luz de la luna brillaba en su hermosa cara.

¡Dime que no estás preocupado por ella!

Por supuesto que no, respondió Ryld. *Sólo estoy preocupado porque era una compañera valiosa y no me gusta la idea de quedarnos sin sus habilidades curativas. Pero no me preocupa nada más. No soy un estúpido.*

Creo que te ha afectado demasiado, señaló Pharaun. *Pero no tiene importancia, supongo.*

Iba a decir algo más, pero en ese momento un susurro detrás de ellos interrumpió sus palabras. Mago y guerrero se volvieron al unísono, la mano de Ryld se dirigía a la empuñadura de *Tajadora* al tiempo que apuntaba la ballesta con la otra, pero de entre las sombras apareció Valas Hune. De todos los compañeros, el Bregan D'aerthe parecía casi tan habilidoso como los habitantes de la superficie en el paciente juego de la caza en el bosque.

—¿Habéis visto a alguno de nuestros enemigos? —preguntó el explorador.

—No, pero alguien vio a Ryld y le disparó una flecha —respondió Pharaun—. Ya que parecían saber dónde estábamos, dejamos una ilusión y vinimos para reunirnos contigo.

—¿Algún signo de Halisstra? —preguntó Ryld.

—No. ¿Vosotros tampoco la habéis visto? —respondió Valas.

—Quizá hace media hora oí ruidos de combate camino abajo. Duraron un par de minutos. Podría ser ella —repuso Pharaun.

—Eso es todo, entonces —murmuró Valas—. Bueno, vamos. Los demás esperan, y si no somos capaces de emboscar a nuestros perseguidores, deberíamos movernos. Cuanto más nos retrasan aquí, más probable es que vengan refuerzos.

El explorador encabezó la marcha, que era presurosa y en silencio. Pharaun y Ryld eran incapaces de hacer tan poco ruido al caminar como su compañero, pero la magia del mago pareció surtir efecto, pues no se toparon con más arqueros o lanceros escondidos. Unos centenares de pasos más adelante llegaron a un pequeño barranco, con arbustos espesos y grandes rocas. Allí encontraron a Quenthel, Danifae y Jeggred, agazapados. Atentos a la menor señal de un nuevo ataque.

—¿Sorprendiste a los arqueros? —preguntó Quenthel.

—No. Nos localizaron rápido, y evitamos el combate —respondió Ryld. Se pasó la mano por el pelo y suspiró—. Este no es un terreno para nosotros. No podemos

contener a los elfos de la superficie, no con la ventaja que tienen aquí; pero si no hacemos nada, acabarán rodeándonos y machacándonos con las flechas.

—Intentan rodearnos —añadió Valas después de asentir—. Hemos ganado unos minutos, pero tenemos que movernos o pronto habrá que luchar. Tenemos diez minutos o menos, creo.

—Dejad que vengan —tronó Jeggred—. Matamos a una docena de ellos no hará más de una hora, cuando cayeron sobre nosotros. Ahora que sabemos que los diurnos están ahí, los masacraremos.

—El siguiente asalto seguramente consistirá en una lluvia de flechas —dijo Valas—. Dudo que los habitantes de la superficie nos complazcan poniéndose en fila para que los matemos. Pero ¿qué pasará si los elfos van en busca de ayuda? El siguiente ataque podría suceder al amanecer, y podrían ser dos o tres veces más de los que hemos visto hasta ahora. No me gusta la idea de acabar machacado por flechas y conjuros después de la salida del sol, cuando nuestros oponentes ven mejor que nosotros.

—Genial —estalló Jeggred—. ¿Qué propones entonces?

—Retírame —contestó Ryld por el explorador—. Lo antes posible, y mantenerme en movimiento. Con suerte los dejaremos atrás antes de que salga el sol y quizá encontremos un buen lugar donde escondernos.

—O quizá lleguemos a territorio controlado por los Jaelre —añadió Valas.

—Lo que puede ser más peligroso que jugar al gato y al ratón con nuestros amigos, los habitantes de la superficie —dijo Pharaun—. Si los Jaelre no sienten cariño por los forasteros...

—No importa si lo sienten o no —dijo Quenthel—. Venimos a hablar con su clérigo y lo haremos, incluso si tenemos que abrirnos paso a estocadas para conseguirlo.

—Tu sugerencia no es muy alentadora, maese Hune —dijo Danifae. Sangraba de una herida en el brazo derecho, donde una flecha había perforado la cota de malla. Mientras hablaba vendaba con torpeza la herida—. ¿Qué sucede si no conseguimos dejar atrás a nuestros enemigos? Parecen muy capaces de seguir nuestro rastro en este maldito bosque.

—Un momento —dijo Ryld—. ¿Qué pasa con la matrona Melarn? Está ahí, en alguna parte.

—Es muy probable que ya esté muerta —dijo Valas mientras se encogía de hombros—. O prisionera.

—¿No deberíamos asegurarnos antes de abandonarla? —respondió el maestro de armas—. Sus canciones sanadoras son la única magia de esa clase que nos queda. El sentido común obliga...

—El sentido común obliga a no malgastar tiempo y sangre en un cadáver —lo

interrumpió Quenthel—. Nadie vino en mi busca cuando...

Se calló y entonces se levantó y fue a ayudar a Danifae a asegurar el vendaje.

—Nuestra misión está delante, no detrás —dijo la matrona de Arach-Tinilith—. Nuestra búsqueda es más importante que cualquier drow.

Ryld se pasó la mano por la cara y paseó la mirada por todo el grupo. Valas apartó los ojos para observar alguna fijación sin importancia de la armadura. Pharaun se quedó mirando a Quenthel con una expresión evidente de que advertía la hipocresía de la sacerdotisa. Había pasado más tiempo en Ched Nasad con la esperanza de vaciar los almacenes Baenre que en recuperar el favor de Lloth.

Danifae miró hacia el bosque, que estaba a sus espaldas, con el entrecejo fruncido, pero se veía a las claras que no abogaría por su dueña.

—¿Quizá nuestro habilidoso mago tiene algún conjuro que podría ayudarnos a desalentar a esos condenados elfos de que nos siguieran? —dijo Quenthel después de volverse hacia Pharaun.

Pharaun se acarició la barbilla y pensó.

—Nuestra dificultad principal en estas circunstancias —dijo el maestro de Sorcere— estriba en el hecho que nuestros enemigos son capaces de usar el terreno para su ventaja y nuestra desventaja. Si de pronto prendiera un fuego en el bosque, el humo y las llamas...

—Lo siento, pero no sabes mucho de los bosques de la superficie —dijo Valas después de soltar una carcajada—, maese Mizzrym. Estos árboles están demasiado húmedos para complacerte con un fuego. Inténtalo dentro de unos meses, después de que el verano los haya secado.

—Oh —contestó el mago—. Eso es verdad para un fuego normal.

—No serás capaz de impedir que el fuego venga hacia nosotros —objetó Ryld. La idea le producía ansiedad.

—Bueno, no estoy seguro del todo, pero mis fuegos queman como yo decido —dijo Pharaun—. Como advierte maese Hune, el bosque está lo bastante húmedo para que los árboles no prendan a menos que lance un conjuro. Y entonces tendríamos la ventaja de saber cuándo y cómo empiezan los fuegos.

—Muy bien, procede —dijo Quenthel después de pensárselo un momento.

Ryld sintió que se le hacía un nudo en la garganta y se alejó del grupo, para recuperar el control de sí mismo.

El maestro de Sorcere se levantó y metió la mano en una bolsa que llevaba en el cinturón, para sacar un pequeño paquete de seda. Lo abrió. Un polvo rojo relució bajo la luz de la luna. Pharaun estudió el bosque, se volvió para ver de dónde venía el viento y pronunció el conjuro. Acto seguido lanzó el polvo al aire. Aparecieron brillantes chispas entre el polvo que descendía. Crecían en número y cada vez brillaban más. Con otro gesto, Pharaun esparció las motas ardientes en un amplio

arco hacia el bosque.

Cuando cada una de las motas se posaba en el suelo, prendía y crecía en forma de araña tan grande como la cabeza de un hombre. Envueltas en llamas púrpuras, los arácnidos de fuego corrieron por el suelo, para adentrarse entre los árboles. Todo aquello que tocaban humeaba al principio y luego estallaba en llamas. El bosque estaba húmedo, y las llamas exhalaban humo y costaba que se propagaran; pero Pharaun había conjurado cientos de esas criaturas. Las motas vivientes de fuego atacaron los troncos cubiertos de musgo con ferocidad, como si la presencia de tanta madera les provocara una locura destructiva.

—Bien, bien —murmuró Pharaun—. Les gustan los árboles...

—Ese fuego es demasiado lento para quemar a nuestros perseguidores —objetó Quenthel.

—Nunca oí hablar de un elfo de la superficie que permitiera que un fuego como éste quemara sin control todo su precioso bosque —dijo Pharaun con una sonrisa—. Estarán ocupados durante algún tiempo cazando mis arañas y extinguiendo las llamas.

Quenthel observó las llamaradas un poco más y sonrió.

—Podría servir... —dijo—. Maese Hune, encabeza la marcha. Quiero llegar a la casa Jaelre antes de que los habitantes de la superficie nos molesten de nuevo.



Kaanyr Vhok cruzó sus musculosos brazos y frunció el entrecejo.

—¿Cuántos han sido esta vez? —preguntó.

Kaanyr examinaba las consecuencias de un combate entre tanarukks y de su vanguardia y un gigantesco gusano púrpura, un enorme carnívoro de unos treinta metros de largo. El gusano estaba muerto, desmembrado por una docena de soldados, pero un puñado de guerreros del Caudillo yacían destrozados y aplastados por el monstruo.

—Siete, mi señor, pero como ves, hemos matado a la bestia.

El capitán tanarukk, de nombre Ruinfist, se apoyaba en su descomunal hacha, manchada con la fétida sangre del animal. La mano izquierda del semidemonio había sido mutilada en alguna batalla olvidada y la cubría un guantelete que funcionaba mejor como arma que como asidero.

—Los soldados oyeron cómo se movía entre las rocas —continuó Ruinfist—, pero cayó por sorpresa sobre ellos.

—No os he traído aquí para matar estúpidos gusanos —dijo Kaanyr—. Ni tampoco como alimento para cualquier monstruo que pasara por aquí. Este combate era mejor evitarlo, Ruinfist. Estos siete guerreros no estarán con nosotros cuando nos enfrentemos a los elfos oscuros.

—No, mi señor —gruñó el tanarukk. Bajó la cabeza—. Diré a los capitanes de las patrullas que eviten los combates innecesarios.

—Bien —dijo Kaanyr. Le mostró al tanarukk una sonrisa y le palmeó el hombro—. Guardad las hachas para los drows, Ruinfist. Estaremos sobre ellos dentro de poco.

Una mirada ávida brilló en los ojos del tanarukk y el semidemonio volvió a levantar la colmilluda mandíbula. Soltó un gruñido de aprobación y corrió para reunirse con sus leales capitanes.

—¿No lo meterás en cintura? —preguntó Aliisza, mientras salía de entre las sombras—. La indulgencia no es una cualidad a la que me tengas acostumbrada, amor.

El señor se volvió.

—Algunas veces —respondió—, una palabra suave presta el servicio de dos duras. Saber cuáles y cuándo escogerlas es el arte del liderazgo. —Kaanyr movió uno de sus guerreros muertos con el pie y sonrió—. Además, ¿por qué debo ofenderme con una muestra del verdadero espíritu de lucha que me ha costado tanto instilar en mi Legión Flagelante? La naturaleza de un tanarukk es lanzarse a la batalla y derrotar a su enemigo o morir en el intento.

Aliisza miró el gusano púrpura y se encogió de hombros.

—Creo que es el más grande que he visto —murmuró.

La sede del poder del semidemonio en las ruinas de la antigua Ammarindar era el bocado más apetecible en los cuatrocientos kilómetros que había hasta Menzoberranzan, y el Lagoscuro era un obstáculo en su camino. Por fortuna, los tanarukks eran rápidos, vigorosos y capaces de resistir marchas forzadas con pocos suministros. Los enanos de la antigua Ammarindar habían cavado grandes carreteras subterráneas por su reino, túneles anchos y de suelo liso que atravesaban kilómetro tras kilómetro la inacabable penumbra. A Kaanyr le inquietaba un tanto pensar que la tremenda caverna del Lagoscuro se hallaba en algún punto a dos o tres kilómetros bajo sus pies, pero la vieja carretera enana le ofrecía la mejor ruta hasta los aledaños de Menzoberranzan. Si la carretera estaba plagada de monstruos hambrientos, bueno, cualquier otra ruta tendría sus problemas.

Abandonó sus reflexiones y se encaminó hacia las filas de sus guerreros, que marchaban ante la escena del combate en doble columna.

—Háblame de ese Nimor —dijo Kaanyr—. Puedo entender el motivo de Horgar Sombracerada para este ataque. Los enanos grises y los elfos negros han guerreado mucho durante siglos. Lo que no entiendo es qué gana con ello ese asesino drow.

—Todo lo que sé —respondió Aliisza— es que odia lo bastante a las grandes casas de Menzoberranzan para destruir la ciudad.

—La sinceridad al expresar sus intenciones es rara en un elfo oscuro. Supongo

que sabes que te ha mentido.

Kaanyr sospechaba, como siempre, que Aliisza ocultaba cosas de su encuentro con Nimor. Después de todo, era una semisúcubo, la hija de una súcubo, y sus armas y métodos eran de sobra conocidos.

—¿Mentido? —bromeó—. ¿A mí?

—Sólo apunto que uno debe tener cuidado con los elfos que nos hacen regalos —respondió Kaanyr—. Podría haberte convencido de que es beneficioso para mí movilizar mi ejército, pero no creo que ni por un instante que tu misterioso asesino no tenga algo más que ganar de lo que dice.

—Eso no hace falta decirlo —dijo ella—. Si crees eso, ¿por qué accediste a traer el ejército a los Pilares del Infortunio?

—Porque allí sucederá algo —dijo Kaanyr—. Mis ambiciones han alcanzado los límites de la antigua Ammarindar, y no me interesa detenerme ahí.

El semidemonio observó cómo marchaban los fieros guerreros, su mente convocó oscuras visiones que lo cautivaron.

—Nos acercaremos por el este —dijo Kaanyr—, la posición perfecta para flanquear una fuerza que intenta detener en los Pilares el avance del ejército de Gracklstug. La versión simple es que por eso Horgar Sombracerada y ese drow asesino nos quieren allí. Convendría a sus propósitos que nos detuviésemos en el desfiladero unos días para que los drows diezmaran a mis soldados antes de que atacaran ellos el paso. Estar en el mismo lado de un obstáculo que nuestros enemigos supone una desventaja y una oportunidad. No me sorprendería que Horgar adujera alguna excusa para retrasarse y dejar que mis tanarukks librarán lo más duro de la batalla.

—Hasta que no empiece la batalla, amor —ronroneó Aliisza—, no hay por qué escoger bando. Los elfos oscuros podrían pagar, y bien, por tu ayuda en una situación crítica. Incluso si ese apoyo consiste en no hacer nada en favor de los enanos grises.

Kaanyr Vhok esbozó una sonrisa irónica que mostró sus puntiagudos dientes.

—Eso es. Muy bien. Veremos lo que sucede cuando los Pilares del Infortunio estén frente a nosotros.



Halisstra avanzó durante varios kilómetros a través del bosque, amordazada, encapuchada y con las manos atadas a la espalda. Los elfos de la superficie le curaron la pantorrilla para que no los retrasara, pero no se preocuparon de atender las demás heridas. Aunque le quitaron la cota de malla y el escudo, le permitieron quedarse la chaqueta para protegerse del frío de la noche; después de cachearla para asegurarse de que no escondía ningún arma u objeto mágico.

Al final llegaron a un lugar cuyo suelo era de piedra. Oyó los susurros de varias

personas a su alrededor. Hacía más calor, y una luz oscura penetró a través de la tela de la capucha que le cubría la cabeza.

—Lord Dessaer —dijo una voz cercana—, ésta es la prisionera de la que habló Hurmaendyr.

—Ya veo. Quitadle la capucha. Me gustaría verle la cara —dijo una voz profunda desde algún punto frente a ella.

Sus captores le quitaron la capucha, y Halisstra parpadeó ante la brillante luz de un elegante salón hecho de reluciente madera. Las enredaderas se entrecruzaban por los postes y vigas, y un fuego ardía en la chimenea. Varios elfos pálidos la observaban con cautela; por lo que parecía eran guardias, vestidos con armaduras de escamas plateadas, que llevaban alabardas y espadas en la cintura.

Lord Dessaer era un semielfo alto, de cabello dorado y piel pálida con un débil tono bronceado. Era musculoso para ser un varón, casi tan grande como Ryld, y llevaba una coraza dorada con magníficos adornos.

—Quitadle la mordaza también —dijo Dessaer—. O no nos podrá contar nada.

—Cuidado, mi señor —dijo un hombre que tenía al lado, el humano de barba negra con el que Halisstra había luchado en el bosque—. Sabe algo de las artes de los bardos y podría ser capaz de cantar un conjuro con las manos atadas.

—Tendré el debido cuidado, Curnil. —Lord Dessaer se acercó para contemplar con aire pensativo los ojos rojos de Halisstra—. Así, ¿cómo debemos llamarte?

Halisstra permaneció en silencio.

—¿Eres Auzkovyn o Jaelre? —preguntó Dessaer.

—No soy de la casa Jaelre —dijo—. Y no conozco la otra casa que nombras.

Lord Dessaer intercambió una mirada de inquietud con sus consejeros.

—Entonces, ¿perteneces a una tercera facción?

—Viajaba con un pequeño grupo en un viaje de negocios —respondió—. No queríamos causar problemas a los habitantes de la superficie.

—La palabra de un drow provoca algo de escepticismo en estas tierras —respondió Dessaer—. Si no eres Auzkovyn o Jaelre, ¿qué asuntos tenías en Cormanthor?

—Como he dicho, estaba en un viaje de negocios —mintió Halisstra.

—Desde luego —dijo Dessaer con tono cansado—. Cormanthor no fue del todo abandonado durante la Retirada, y mi gente se defiende de los drows que quieren arrebatar nos nuestras tierras. Ahora, me gustaría saber quién eres tú y tus compañeros, y qué hacéis en nuestro bosque.

—Nuestros negocios no son asunto vuestro —contestó Halisstra—. No pretendíamos perjudicar a los habitantes de la superficie y queremos irnos de este lugar en cuanto cerremos nuestros tratos.

—Así que debería dejarte libre, ¿no es eso?

—No te perjudicaría si lo hicieras.

—Mis guerreros se enzarzan en combates mortales cada día con tus gentes —dijo Dessaer—. Aunque digas que no tienes nada que ver con los Jaelre o los Auzkovyn, eso no significa que no seas nuestra enemiga. Ni pedimos cuartel a los drows ni se lo damos. A menos que me expliques por qué debería liberarte, serás ejecutada.

Lord Dessaer cruzó los brazos sobre la coraza y clavó una fiera mirada en los ojos de Halisstra.

—Nuestros negocios son con la casa Jaelre —dijo Halisstra. Se levantó como pudo con las manos atadas a la espalda—. No es asunto de los habitantes de la superficie. Como he dicho, mi grupo no está aquí para causar problemas a los tuyos.

Lord Dessaer suspiró y luego hizo un gesto hacia los guardias.

—Escoltad a la dama hasta su celda —dijo—, y veamos si se vuelve más locuaz con el tiempo que tendrá para pensar en la situación.

Los guardias le colocaron la capucha. Permitted que lo hicieran sin protestar. Si sus captores la creían sumisa, siempre había la oportunidad de que tuvieran un fallo y le dieran la ocasión de desatarse.

La llevaron al exterior. Sentía un frío acerado y la creciente claridad del cielo incluso a través de la capucha. El amanecer se acercaba, y la noche se desvanecía ante la proximidad del sol. Se preguntó si sus captores tenían la intención de encerrarla en una jaula, un sitio en el que los curiosos y los descontentos se acercarían para burlarse y atormentarla, pero la condujeron a otro edificio y la hicieron bajar por una corta escalera.

Las llaves tintinearón, una puerta pesada se abrió entre chirridos, y entró. Le desataron las manos, sólo para apresárselas de nuevo en unas argollas.

—Escucha bien, drow —dijo una voz—. Te vamos a quitar la capucha y te desataremos como lord Dessaer ha ordenado. Sin embargo, la primera vez que intentes lanzar un conjuro, te pondremos un bozal de acero y una capucha tan ajustada que te costará respirar. Nosotros no maltratamos a los prisioneros, pero te devolveremos los problemas que nos causes por triplicado. Si tenemos que romperte las piernas y partirte la boca para que te tranquilices, lo haremos.

Le quitaron la capucha. Halisstra parpadeó en la brillante celda, iluminada por un cálido rayo de sol que se filtraba por una reja. Varios guardias armados no le quitaban ojo de encima. Hizo caso omiso y se reclinó contra la pared. Sus manos estaban bien sujetas, y los grilletes estaban unidos a un anclaje seguro en el techo, diseñado para resistir cualquier esfuerzo.

Los guardias le dejaron media rebanada de pan dorado y de corteza dura, y un pellejo con agua fresca, y salieron de la celda. La puerta estaba recubierta con una placa de hierro, barrada por fuera.

«¿Y ahora qué?», se preguntó, mientras miraba la pared que tenía enfrente.

Por lo poco que había visto del pueblo de la superficie, Halisstra sospechaba que sus camaradas la podrían liberar con bastante facilidad a poco que se esforzaran.

—Pero es improbable —murmuró para sí.

Era una desarraigada cuya utilidad no iba más allá del hecho de que, como la hija mayor de una casa noble, era la rival más directa de Quenthel en el grupo. La matrona de la Academia sería feliz si abandonaba a Halisstra al destino que la aguardaba.

¿Quién abogaría ante Quenthel por ella?

«¿Danifae?», pensó Halisstra.

Dejó que la cabeza le cayera sobre el pecho y soltó una carcajada amarga.

«Desde luego, tengo que estar desesperada si espero la compasión de Danifae.»

Siendo como era una prisionera de guerra, Danifae encontraría la situación deliciosa, paradójica. El vínculo no permitiría que Danifae le levantara la mano, pero sin instrucciones específicas, la prisionera no se sentiría obligada a buscarla.

Sin nada más que hacer que mirar la pared, Halisstra decidió cerrar los ojos y descansar. Aún le dolía la pantorrilla, el torso y la mandíbula por las heridas recibidas en el último combate. Aunque deseaba usar las canciones *bae'qeshel* para curarse, no se atrevía. Tenía que soportar el dolor.

Con un simple ejercicio mental apartó de su mente el dolor y la fatiga, y se sumió en el ensueño.



En el salón de audiencias de Dessaer, el señor semielfo observaba cómo las guardias conducían a la elfa oscura mientras se acariciaba la barba.

—Seyll —dijo—. ¿Qué has sacado de esto en claro?

De detrás de un biombo salió un ser con faldas y chaqueta adornada en verde. Era una elfa, delgada y elegante; y además era drow, la piel negra como la tinta, el iris de sus ojos de un rojo sorprendente. Se acercó a Dessaer y miró a los soldados que se llevaban a la cautiva.

—Creo que dice la verdad —dijo—. Al menos, no es una Jaelre o una Auzkovyn.

—¿Qué debo hacer con ella? —preguntó Dessaer—. Mató a Harvaldor y a punto estuvo de hacer otro tanto con Fandar.

—Con la bendición de Eilistraee, devolveré la vida a Harvaldor y curaré a Fandar —dijo la drow—. Además, creo que la patrulla de Curnil les atacó a ella y sus compañeros nada más verlos. Sólo se defendía.

Dessaer levantó una ceja, sorprendido, y miró a Seyll.

—¿Tienes la intención de comunicarle el mensaje de tu diosa?

—Es mi deber sagrado —respondió Seyll—. Después de todo, hasta que me lo dieron a mí, era muy parecida a ella.

—Esa orgullosa drow es de una casa noble —dijo Dessaer—. Dudo que atienda a las palabras de Eilistraee. —Posó una mano en el hombro de la sacerdotisa drow—. Ten cuidado, Seyll. Dirá o hará cualquier cosa para que bajes la guardia, y si lo haces, te matará si te interpones entre ella y su libertad.

—Haré lo que deba. Mi deber es claro —respondió.

—Atrasaré el veredicto diez días —dijo lord Dessaer—, pero si rechaza escuchar tu mensaje, actuaré para proteger a mi gente.

—Lo sé —dijo Seyll—. Procuraré no fallar.

capítulo



trece

Las casas de Menzoberranzan se unieron para la batalla. De una docena de castillos y palacios, cavernas y fortalezas partieron en orgullosas columnas soldados esbeltos en elegantes cotas de malla, pavoneándose en las sillas altas de los lagartos de guerra, los pendones ondeando al viento. En circunstancias normales cada casa enviaría cientos de guerreros esclavos, una chusma de kobolds, goblins y ogros contra sus enemigos antes de comprometer a las valiosas tropas drows; pero los esclavos armados eran escasos después de la insurrección del alhún. Miles de esos seres inferiores habían sobrevivido a la revuelta, así como a las represalias atroces que siguieron, pero los guerreros de las razas de esclavos habían sufrido las peores pérdidas. Y a aquellos que se les permitió rendirse no gozaban de la confianza suficiente para llevar un arma.

Nimor estaba montado en un lagarto de guerra de Agrach Dyrr y sonreía satisfecho mientras las tropas de la casa Dyrr avanzaba ante él. Las compañías estaban reunidas en una plaza cerca del borde de la Muralla Oeste y Narbonellyn, curiosamente no demasiado lejos de la casa Faen Tlabbar. Cada espadachín drow llevaba un equipo ligero además de las armas y la armadura. El convoy de suministros iba cobrando forma a medida que cada compañía aportaba sus lagartos de carga y sus servidores. La mayor parte del pueblo se había congregado para ver aquel ejército, pues, con diferencia, era la acumulación más grande de soldados que habían dirigido las matronas desde el infortunado asalto, años atrás, a Mithril Hall.

—Sospecho que el Consejo fue bien —dijo lord Dyrr, que estaba junto al estribo de Nimor.

El hechicero no muerto no mostraba su verdadera apariencia, por supuesto, ni la del viejo decrépito que fingía ser en su casa. Su actual disfraz era el de un mago poco destacado de Agrach Dyrr, joven y robusto, vestido con los magníficos ropajes de su casa.

—Tu matrona estaba bien aleccionada —respondió Nimor. Hablaba en voz baja, aunque no había nadie lo bastante cerca para escucharlos—. Hemos conseguido que la mitad de los soldados de la ciudad se reúnan para la batalla.

—Yasraena ha resultado ser una fachada útil —apuntó el liche—. He conocido a una docena de matronas Dyrr y de vez en cuando descubro que mi parentela femenina pone objeciones a mi posición dentro de la casa. Yasraena me mataría si

pudiera, por supuesto, pero sabe que Agrach Dyrre sería destruida si me sucediera una desgracia. La informé de ciertos arreglos que hice años atrás para evitar que me dé sorpresas.

—Sospecho que pocas veces te sorprenden, lord Dyrre —dijo Nimor después de soltar una risa ahogada.

—El éxito depende de la preparación, joven Nimor. Considéralo la lección del día. —El liche mostró una sonrisa afectada y se alejó de la montura de Nimor—. Buena suerte en tu aventura, capitán.

Nimor volvió grupas en el lagarto de guerra mientras la última de las columnas pasaba ante él.

—Una cosa más —dijo volviéndose hacia el liche—. Hace diez días, Narbondel estuvo iluminado durante unas horas de más, pero desde entonces se respeta el horario. Y por toda la ciudad se rumorea que los maestros de Sorcere no encuentran al archimago.

Dyrre sonrió y extendió los brazos.

—Como el archimago Baenre estará inencontrable durante bastante tiempo —respondió—, me agradaría descubrir que los maestros de Sorcere deciden por sí mismos quién de entre ellos ocupa el puesto de Gomph.

—¿La matrona Baenre y el Consejo no tienen nada que decir sobre eso?

—No, si los maestros congregados se dan cuenta del poder que tienen ahora —dijo Dyrre—. No soy un miembro de la Academia, pero un par de jóvenes de mi casa lo son y me mantienen bien informado. Los maestros debaten si es el momento de romper con la tradición y nombrar a su propio archimago; pero la mitad de ellos intriga para eliminar a cualquier colega listo y lo bastante valiente para quedarse con el puesto, mientras que la otra mitad piensa si es mejor volver a sus casas y gobernar desde allí. Romper con el Consejo significaría una guerra civil, y aquellos pocos maestros que no se dan cuenta de que la guerra civil ya está en marcha discuten si deben aceptar la situación existente por temor a que vuelva Lloth. De todos modos, Sorcere está paralizada en ausencia de Gomph.

El liche se volvió, se apoyó en el alto bastón y se alejó con una carcajada seca y estridente.

Nimor levantó una ceja y observó cómo se iba el liche, pensando en las palabras de su aliado. Luego, salió al trote para sumarse a la columna.

—¡Teniente Jazzt! —llamó.

De la columna de guerreros de la casa Agrach Dyrre, se separó un varón pequeño y lleno de cicatrices. Los soldados de la expedición sabían que el capitán Zhayemd no era un vástago de la casa, pero se les había explicado que el oficial al mando de las tropas gozaba de la completa confianza de la matrona Yasraena y que, de hecho, ahora lideraba su antiguo clan; una práctica bastante común entre las casas de la

ciudad. Nimor no dudaba que Jazzt Dyrr, segundo primo de la matrona, había recibido órdenes adicionales que especificaban en qué circunstancias debía pasar por alto las órdenes de Nimor; pero, como pretendía respetar escrupulosamente el pacto con Agrach Dyrr, estaba bastante seguro de que el oficial Dyrr no le daría problemas.

—¿Sí, capitán? —dijo Jazzt.

Procuraba mantenerse inexpresivo. Miraba a Nimor con la impasible curiosidad de un curtido veterano.

—Forma la compañía allí, junto al contingente Baenre. Diles a los hombres que se preparen para una marcha larga. Quiero salir dentro de una hora.

—Sí, capitán —respondió Jazzt.

El teniente dio un paso atrás y saludó, luego se dio la vuelta y empezó a dar órdenes a los soldados de Agrach Dyrr. Nimor hizo girar su montura y trotó hasta el otro lado de la plaza hacia una tienda llena de actividad. Allí estaban los oficiales nobles al mando de cada uno de los contingentes de las casas, la mayoría con un séquito. Varias discusiones sobre toda clase de temas diferentes (el orden de marcha, el mejor lugar para detenerse al final del día, la ruta más rápida hacia los Pilares del Infortunio) se sucedían al mismo tiempo.

Desmontó, entregó las riendas del lagarto de guerra a un esclavo que había cerca, se metió en medio de la confusión y entró en la zona restringida. Tuvo que mostrar la insignia de la casa y el rango para que lo admitieran. Dentro, un puñado de capitanes y oficiales de varias casas mantenían varias discusiones. La ocasión de reunir un ejército y marchar a la guerra parecía desplazar las rivalidades habituales y las venganzas, al menos por un tiempo. En vez de enzarzarse en duelos en las calles, aquellos camaradas pretendían eclipsarse unos a otros con proezas de valor y crueldad en el campo de batalla.

Nimor repasó a los oficiales, advirtió las insignias de seis de las ocho grandes casas y otra media docena de las casas menores más poderosas. Sus ojos se posaron en uno que llevaba la insignia de la casa Baenre cuando el tipo levantaba las manos y la voz para captar la atención de los demás.

—Volved con vuestras compañías y examinad el convoy de suministros —dijo Andzrel Baenre, maestro de armas de la casa Baenre—. Quiero una lista del número de bestias de carga y carros, y un inventario de vuestros suministros. Volved en una hora. Sin duda nuestras hembras debatirán muchos temas de estrategia, pero recaerá sobre nosotros el resolver los detalles de las caravanas de suministros y las señales que utilizaremos en la batalla. Y aún tenemos mucho que discutir.

Andzrel era un tipo alto y delgado que llevaba una coraza de mithral teñido de negro y una capa a juego. La sobrevesta mostraba con orgullo el emblema de la casa Baenre, y sus ojos una disciplina de hierro, además de una expresión de franqueza y voluntad que era atípica en un drow noble, tanto si era varón como hembra.

Los oficiales se dispersaron y salieron de la tienda, en dirección a sus unidades. Nimor les dejó pasar. Mientras se acercaba para hablar con el maestro de armas Baenre, el asesino susurró un conjuro.

—Maestro Baenre... —preguntó Nimor, para cubrir las últimas sílabas del conjuro.

—Si —dijo el maestro de armas, que parpadeó—. Yo... ah...

Nimor sonrió al ver el efecto que el encantamiento tenía sobre el drow y al saber que, durante bastante tiempo, Andzrel Baenre y él serían amigos íntimos.

—Tu casa me suena, pero no creo que te conozca —dijo Andzrel—. Llevas las armas de Agrach Dyr.

—Soy Zhayemd Dyr y dirijo las tropas de mi casa —respondió Nimor—. ¿Tienes alguna idea de cuándo se dignarán a unirse a nosotros las sacerdotisas o al menos cuándo nos pondremos en camino?

—Creo que las matronas aún estaban discutiendo cuál de ellas dirigirá la expedición —replicó Andzrel, que parecía recuperado—. Ninguna de ellas confía en las demás lo suficiente para abandonar la ciudad, pero todos piensan que está claro que es mejor que una de ellas esté al cargo de los varones.

Nimor soltó una carcajada.

—Sabes hablar claro, señor —dijo Nimor y añadió—: Supongo que ya has contado qué casas están aquí y cuántas tropas, y de qué tipo, ha traído cada una. Las sacerdotisas querrán saberlo, y sería útil para todos tener una idea de quién marcha al lado de quién.

Tenía en mente otros usos para esa información, por supuesto, pero no tenía intención de mencionarlos.

—Por supuesto —respondió Andzrel. Señaló una mesa en la parte exterior de la tienda, donde unos oficiales Baenre estudiaban mapas e informes—. Necesito que les digas a esos tipos el número de infantes y caballeros que hay en tus tropas e infórmales sobre tu convoy de suministros. Tras lo cual, me gustaría preguntarte algunas cosas sobre la ruta y el lugar en el que esperamos encontrarnos al ejército duergar. Sé que estás familiarizado con la región, así como con la composición y las tácticas de las fuerzas duergars.

Nimor se irguió y asintió con seriedad.

—Por supuesto —dijo—. Las conozco bien.



A Halisstra la despertó el sonido que hizo la puerta de la celda al abrirse. Levantó la mirada. Se preguntó si quizá había llegado el momento de su ejecución.

—No tengo nada más que decirle a tu señor —dijo, aunque le pasó por la cabeza la idea de que vender a sus camaradas era preferible a la muerte por tortura, en

especial si recuperaba la libertad a cambio.

—Excelente —respondió una voz de mujer—. Entonces espero que consientas en hablar conmigo.

Una figura esbelta entró por la puerta de la celda, que al instante se cerró. Oculta en una capa oscura y larga, la visitante se detuvo a examinar a Halisstra y luego extendió unas manos negras como el carbón y se quitó la capucha para revelar una cara negra como el ébano y unos ojos rojos como la sangre.

—Soy Seyll Auzkovyn —dijo la drow— y he venido a darte el mensaje de mi señora: te espera un lugar apropiado en los Reinos de la Superficie, en la Tierra de la Gran Luz. Ven en paz y vive de nuevo bajo el sol, donde crecen los árboles y las flores.

—Una sacerdotisa de Eilistraee —murmuró Halisstra. Ya había oído hablar de ese culto. La Reina Araña despreciaba la fe débil e idealista de la Dama Oscura, cuyos adoradores soñaban con la redención y la acogida en el mundo de la superficie—. Bueno, he venido en paz, y parece que he encontrado mi lugar en esta celda pequeña y limpia. Espero que las flores maravillosas florezcan justo tras las barras de mi ventana, y estoy más que agradecida porque el tres veces maldito sol no brille más en mi prisión. —Soltó una carcajada amarga—. El mensaje sagrado de tu tonta diosa bailarina suena un poco falso. Ahora vete y déjame prepararme para las inevitables torturas que me esperan, cuando el señor de este fétido montón de estiércol pierda la paciencia por mi testarudez.

—Me recuerdas a mí cuando escuché el mensaje de Eilistraee por primera vez —respondió Seyll. Se acercó más y se sentó en el suelo, junto a Halisstra—. Como tú, era una sacerdotisa de la Reina Araña que acabó siendo capturada por la gente de la superficie. Aunque vivo aquí desde hace varios años, aún encuentro la luz del sol demasiado fuerte.

—No te adules a ti misma, renegada —soltó Halisstra—. No soy como tú.

—Te sorprendería —continuó Seyll sin alterarse—. ¿Los castigos de la Reina Araña te han parecido alguna vez inútiles o un despilfarro? ¿Alguna vez fracasaste en forjar una amistad porque temías una traición? ¿Alguna vez, quizá, viste cómo destruían a tu hijo porque falló en una prueba sin sentido, sólo para decirte a ti misma que era demasiado débil para vivir? ¿Alguna vez te preguntaste si había algún propósito en la deliberada y calculada crueldad que emponzoña a toda nuestra raza?

—Desde luego que lo tiene —respondió Halisstra—. Estamos rodeados por todas partes de enemigos depravados. Si no nos esforzamos en perfeccionar a nuestra gente, nos convertiríamos en esclavos; no, peor aún, nos convertiríamos en rotes.

—¿Y los juicios de Lloth te han hecho más fuerte?

—Por supuesto.

—Demuéstralo, entonces. Dame un ejemplo. —Seyll la observó, luego se inclinó

hacia adelante y dijo—: Recuerdas incontables pruebas y combates, naturalmente, pero no eres capaz de demostrar que te hicieran más fuerte. No sabes lo que habría sucedido si no te hubieran sometido a esas torturas.

—Eso es mera palabrería. Naturalmente no puedo demostrar que las cosas son lo que no son.

Halisstra miró encolerizada a la hereje, muy irritada. Habría encontrado la conversación irritante e irrelevante en las mejores circunstancias, pero con los brazos y las piernas encadenados, apoyada contra la pared fría de una celda de piedra, con el doloroso rayo de luz solar que entraba, era indignante. Sin embargo, tenía poco con lo que ocupar la mente, y cabía la pequeña posibilidad de que una demostración de entusiasmo por la fe de Seyll le ganara una especie de libertad bajo palabra. Lloth no toleraba a los renegados, pero fingir la aceptación de otra fe para ganarse la libertad de traicionar la confianza de los captores de uno... ésa era la clase de inteligencia que admiraba la Reina Araña. El truco, por supuesto, era no parecer demasiado ansiosa, y sí lo bastante ambigua para que Seyll y sus amigos llegaran a esperar un verdadero cambio en el corazón de Halisstra.

—Me irritas —le dijo a Seyll—. Déjame sola.

—Como quieras —dijo ésta. Se levantó y sonrió a Halisstra—. Piensa en lo que te he dicho y pregúntate si encierra alguna verdad. Si tu fe en Lloth es tan fuerte como crees, seguro que puede resistir un examen. Que Eilistraee te bendiga y te dé calor.

Se volvió a poner la capucha y se fue en silencio. Halisstra apartó la cara para que Seyll no viera la cruel sonrisa que deformaba sus facciones.



«La retaguardia —meditó Ryld— es el puesto que guarda Quenthel a aquellos que estima menos útiles en ese momento.»

Se detuvo para escuchar, en busca de algún sonido en el bosque que le indicara que se aproximaba un enemigo. No oyó más que el ruido de la lluvia. Las arañas de Pharaun se las habían arreglado para propagar un fuego humeante en el bosque, que ya habían dejado atrás; pero la lluvia había evitado que los fuegos quemaran los árboles demasiado. El maestro de armas miró al cielo, permitiendo que las frías gotas le mojaran la cara. Advirtió un mortecino resplandor plateado tras las nubes.

«Al menos la lluvia borraré nuestras huellas», pensó.

Después de una dura marcha en la noche anterior y una larga espera entre unas zarzas durante el soleado día, reanudaron la caminata por la tarde, para encontrarse, poco después de comenzar, que el suelo del bosque no era más que barro.

Se tomó un momento para ajustarse la capucha y se puso en camino de nuevo, intentando no acelerar el ritmo. No quería acercarse demasiado a los demás, pero por otro lado, lo último que deseaba era quedarse demasiado atrás, y no percibir algún

giro del camino y perderse en el interminable bosque. Si no habían querido ir a salvar a Halisstra, no concebiría falsas esperanzas sobre lo que sucedería si llegaba a separarse del resto del grupo. Avanzó durante un buen rato, parando cada doce pasos y escudriñando el bosque.

Pronto se dio cuenta del fuerte e insistente sonido del agua en movimiento. Era un arroyo rápido, sombrío y ancho, que fluía entre orillas fangosas cubiertas de abrojos y helechos. El riachuelo lo cruzaba un tronco de árbol, cuya parte superior estaba serrada. Quenthel y los demás esperaban allí, observando los alrededores en silencio. Ryld advirtió la intensa atención de sus compañeros y que las ballestas apuntaban en su dirección. El combate con las gentes de la superficie había enseñado a sus camaradas a ser cautelosos en el bosque.

—No disparéis —dijo en voz baja—. Soy Ryld.

—Maese Argith —dijo Quenthel—. Empezaba a preguntarme si te habrías perdido.

Ryld hizo una reverencia a Quenthel y se unió a los demás. Se tomó un momento para sentarse en el tocón de un árbol y buscó en los bolsillos de su capa un frasco de brandy duergar. Normalmente no se arriesgaría a que el alcohol embotara sus sentidos, pero las horas de marcha bajo la fría lluvia habían empapado sus ropas y estaba calado hasta los huesos. El licor le calentó el pecho.

—¿Es éste el riachuelo? —le preguntó a Pharaun.

—Sí —dijo el mago sin vacilar—. Lo cruzaremos y nos dirigiremos al sur, río arriba. La casa Jaelre no está a más de tres kilómetros.

Señaló a Ryld con un dedo y murmuró una palabra mágica. El frasco se levantó de la mano del maestro de armas y se balanceó por el aire hasta el mago, que se sirvió un saludable trago.

—Gracias —dijo Pharaun—. Puede que los enanos grises sean unos patanes odiosos, pero destilan un buen brandy.

—No bebas demasiado —dijo Quenthel—. Es probable que los Jaelre nos disparen en cuanto nos vean. Te necesito alerta y despierto, mago. Maese Argith, mantente cerca de nosotros a partir de ahora. Me preocupa más lo que está delante que lo que hay detrás.

—Como deseas, matrona —dijo Ryld.

Extendió la mano hacia Pharaun, que dio otro trago y le lanzó el frasco. El maestro de armas se levantó, se puso la mochila al hombro y encabezó la marcha por el puente. La superficie del tronco era resbaladiza, desigual, y sin duda un enano o un humano torpes habrían tenido problemas, pero los elfos oscuros cruzaron con facilidad.

Al otro lado, encontraron los restos de una antigua carretera de piedra, rota por las raíces torcidas de innumerables árboles y cientos de años de hielos y deshielos. Una

piedra blanca y suave, unida con pericia, la señalaba como un trabajo de los antiguos elfos de la superficie que habían habitado en el bosque. Ryld no tenía tan poca educación que no supiera de Cormanthor, el gran imperio del bosque de los elfos de la superficie, o la gloria olvidada de su legendaria capital, Myth Drannor. Aunque más allá de los nombres apenas sabía nada de quiénes fueron los constructores de ese imperio y qué les ocurrió.

Se movían despacio y con tiento, la compañía avanzaba en formación abierta, preparada para defenderse contra cualquier ataque. Siguieron la vieja carretera durante más de un kilómetro, como Pharaun había dicho que harían, y llegaron a los restos de unas antiguas murallas y almenas que rodeaban un viejo baluarte. Unas enredaderas cubrían las paredes, florecientes a pesar del invierno, aunque el muro estaba agrietado y agujereado por una docena de puntos. Una puerta de hierro oxidada yacía atravesada en la carretera, una barrera que hacía tiempo que se había vuelto inservible. Más allá de las murallas se levantaba una colina escarpada, coronada por una fortaleza pentagonal de piedra blanca. Al principio, Ryld pensó que el lugar estaba intacto, pero al examinarlo, se dio cuenta de que la parte alta de las torres estaba agujereada y que más de uno de los contrafuertes que unían las torres exteriores con el edificio principal de la fortaleza se habían desmoronado con los años. Las enredaderas fijaban sus raíces en la piedra quebrada, cubriendo las ruinas como una manta viviente.

—Ruinas —refunfuñó Jeggred, disgustado—. Tus tontos conjuros te han fallado, mago..., ¿o es que has hecho que nos perdamos a propósito? Quizá está conchabado con nuestro traicionero explorador...

—Mis conjuros no fallan —respondió Pharaun—. Este es el lugar. Los Jaelre están aquí.

—¿Entonces dónde están? —ladró el draegloth—. Si tú...

—¡Silencio, los dos! —exclamó Valas. Se alejó unos pasos de la puerta, tan silencioso como un leopardo al acecho, con una flecha aprestada en el arco—. Este lugar no está tan abandonado como parece.

Ryld se movió para esconderse tras una tambaleante columna de mampostería, con una mano en la empuñadura de *Tajadora*. Danifae y Pharaun hicieron lo mismo, al otro lado de la carretera, con la mirada puesta en la fortaleza en ruinas. Quenthel, sin embargo, decidió quedarse donde estaba.

Se quedó en el centro del camino.

—¡Los de la casa Jaelre! ¡Queremos hablar con vuestros líderes de inmediato!

De una docena de lugares escondidos, se levantaron sin prisa unas formas sigilosas con capas oscuras que imitaban el entorno. Arcos y varitas apuntaron a los menzoberranios. Una de las figuras, una hembra que llevaba una espada de dos hojas, se apartó la capucha y miró al grupo con frío desdén.

—Sois unos miserables besa arañas —siseó—. ¿Qué tenéis que los señores de la casa Jaelre necesiten, excepto vuestros cuerpos emplumados con nuestras flechas?

Quenthel se irguió y dejó que su mano se posara en el látigo. El arma se retorció despacio, las inquietas cabezas de serpiente abrían y cerraban la boca.

—Soy Quenthel Baenre, matrona de Arach-Tinilith, y no discuto en el umbral de una puerta con los soldados de guardia. Anuncia nuestra llegada a tus señores, para que podamos entrar y librarnos de esta maldita lluvia.

La capitana Jaelre entornó los ojos y les hizo un gesto a sus soldados, que cambiaron de posición y se prepararon para disparar. Valas negó con la cabeza y bajó el arco. Se adelantó con una mano levantada.

—Espera —dijo—. Si el clérigo Tzirik aún está entre vosotros, dile que Valas Hune está aquí. Queremos hacerle una propuesta.

—Dudo que nuestro alto sacerdote saque algún provecho de vuestra propuesta —dijo la capitana de la guardia.

—Aunque no sirva para nada, descubriré por qué hemos viajado mil quinientos kilómetros desde Menzoberranzan para hablar con él —respondió Valas.

—Bajad las armas y esperad aquí —dijo la capitana con la mirada clavada en Quenthel—. No os mováis o mis soldados dispararán, y hay más de los que pensáis.

Valas asintió y dejó el arco en el suelo. Miró a los demás y tomó asiento en el borde de una fuente desmoronada. El resto actuó como él, aunque Quenthel no se rebajó a tomar asiento. Cruzó los brazos y esperó con imperioso desagrado. Ryld paseó la mirada por el patio llene de guerreros hostiles y se frotó la cabeza mientras profería un suspiro.

Quenthel sabe cómo causar impresión, ¿eh?, comentó Pharaun discretamente con las manos.

Hembras, respondió Ryld, con la misma discreción.

Con cuidado rebuscó en la capa para volver a sacar el frasco de brandy.

capítulo



catorce

El mayor tormento del encarcelamiento, reflexionó Halisstra, estaba siendo el aburrimiento, puro y simple. Como era habitual en su longevo pueblo, la sacerdotisa apenas notaba el paso de las horas, los días, incluso las semanas cuando su mente estaba ocupada. No obstante, a pesar de la sabiduría y paciencia de sus más de doscientos años, unas pocas horas de confinamiento en una celda de piedra parecían más pesados que la severa disciplina que había soportado durante su juventud.

Las interminables horas del día pasaban despacio, un día en el que su cuerpo deseaba descansar a pesar del doloroso brillo de la luz del sol que se filtraba por la maldita ventana. Mientras tanto, sus ideas pasaban de los ruegos para que sus camaradas volvieran a rescatarla a idear las torturas más abominables y angustiosas que pudiera imaginar para cada uno de ellos por haberla abandonado en manos de sus captores.

Al cabo del tiempo, cayó en el ensueño, su mente vacía de nuevas tretas o viejos recuerdos. Su percepción era tan débil y lejana que podría estar durmiendo. El agotamiento la había alcanzado, no tanto por el cansancio físico de las largas semanas de viajes y peligros por el desierto, las sombras, la Antípoda Oscura, sino por la fatiga mental debida a la pena que aún sentía por la pérdida de la casa que algún día tenía que gobernar. Halisstra no se habría permitido derramar una lágrima por Ched Nasad, pero la dolorosa verdad de su situación acababa reluciendo entre sus pensamientos, emponzoñándolos con un deprimente abatimiento y una desesperación que eran difíciles de apartar. Las largas horas de confinamiento permitían que aflorara la odiosa situación en su totalidad, así como comprender su pérdida de posición, riqueza, y seguridad, hasta que aquellas ideas fijas la saturaban.

Al anochecer le llevaron comida, un cuenco de algún estofado insípido pero nutritivo y otra media barra de pan. Halisstra tenía un hambre voraz y devoró aquello sin pensar en que pudieran envenenarla o drogarla. Poco después de que terminara, se corrieron los cerrojos de la celda, produciendo un sonido de metal oxidado, y Seyll Auzkovyn entró de nuevo.

La sacerdotisa no llevaba la capa, vestía un elegante vestido de montar, una chaqueta verde con bordados, una falda larga hasta las rodillas y botas del mismo color que la chaqueta. La visión de una sacerdotisa drow vestida como una elfa noble sorprendió a Halisstra.

—¿Te ha vestido así Dessaer? —se burló—. Pareces casi una perfecta noble de los condenados elfos dorados.

—¿Cómo debería vestirme? —contestó Seyll—. Aquí estoy entre amigos y no necesito llevar armadura. Además, descubrí que los adornos de la calavera y la araña de mis antiguas vestiduras parecían alarmar a los habitantes de la superficie. —Hizo un pequeño gesto a los carceleros, y éstos cerraron la puerta—. En cualquier caso —añadió—, aquí no hay elfos dorados.

—Todos son iguales para mí —dijo Halisstra.

—Cuando los conozcas mejor, serás capaz de reconocer las distintas especies con bastante facilidad.

—No deseo conocerlos mejor.

—¿Estás segura de eso? Siempre tiene ventajas conocer a los enemigos de uno... en especial si no hay necesidad de que lo sean.

Seyll se arrodilló en el suelo junto a Halisstra y se atusó la ropa. Era joven, no más de un centenar de años, y guapa a su manera, pero su conducta era... extraña. Sus ojos carecían de ambición o de la fría evaluación que Halisstra solía ver reflejada en las caras de los demás. Era fácil que uno confundiera la expresión paciente de Seyll con algún tipo de docilidad, la carencia de la voluntad necesaria para el logro. Pero, con todo, desprendía un aplomo sereno que sugería una fuerza contenida.

Los ojos de Halisstra miraron las manos de Seyll, mientras la sacerdotisa se alisaba las vestiduras. Eran fuertes y callosas como las de un maestro de armas.

—Hoy he tenido la oportunidad de examinar la heráldica de tus armas. Melarn es una casa importante en la ciudad de Ched Nasad, ¿no es así?

—Lo era —dijo Halisstra.

Al instante lamentó el desliz. Si las gentes de la superficie no sabían el destino de Ched Nasad, no necesitaba regalarles esa información. Tenía que poner un precio a todo aquello que revelara.

—¿Os vencieron en una guerra entre casas?

Era una suposición aceptable por parte de Seyll, pues la mayoría de las casas drows que desaparecían, perdían posición o caían, normalmente lo hacían de resultas de las acciones de otras casas.

—No del todo.

Seyll esperó un rato a que Halisstra se explicara, y al no hacerlo, la sacerdotisa de Eilistraee cambió de táctica.

—Ched Nasad está muy lejos de Cormanthor. Al menos a novecientos, o mil kilómetros, con el gran desierto de Anauroch y los Reinos Enterrados llenos de phaerimm en medio. Lord Dessaer siente curiosidad por las circunstancias que han traído a una hija importante de la poderosa casa de Ched Nasad a sus tierras. Para ser sincera, yo también siento curiosidad.

—¿Así que éste será el método de interrogación? —dijo Halisstra—. ¿Un oído compasivo que escuche las respuestas a las preguntas formuladas por una supuesta amiga?

—Tendría que hacer algún informe sobre tus propósitos al venir a Cormanthor antes de que lord Dessaer te libere bajo palabra. Si tus asuntos son tan inocentes como decías, no hay por qué tenerte en esta celda.

—¿Soltarme? —Halisstra soltó una carcajada larga y discreta—. Ah, veo que no has olvidado ser cruel a pesar de tu apostasía, Auzkovyn. ¿Tus amigos de la superficie te piden que juegues con las esperanzas de los prisioneros al ofrecerles libertad a cambio de cooperación, o fuiste tú quien sugirió la táctica? ¿De verdad crees que un solo día en esta condenada celda me llevaría a agarrarme a unas esperanzas ilusorias?

—Las esperanzas que ofrezco no son ilusorias —dijo Seyll—. Dinos lo que haces aquí, demuéstranos que no eres enemigo del pacífico pueblo de Cormanthor y tendrás tu libertad.

—No esperarás que me crea eso.

—Aquí estoy, ¿no? —contestó Seyll—. Es evidente que algunos de los tuyos aprenden a vivir con la gente de la superficie.

—Por supuesto que no tienes nada que temer de la gente de aquí —replicó Halisstra—. Tu diosa bailarina y sosa es demasiado débil para amenazarlos.

—Como te dije antes, era una sacerdotisa de Lloth cuando me capturaron —dijo Seyll. Puso las manos en un ademán de súplica, una pose ceremonial que Halisstra conocía bien. Pronunció las palabras de una oración secreta en la lengua de los planos del Abismo donde moraba Lloth—: Gran Diosa, Madre de la Oscuridad, concédeme la sangre de mis enemigos para beber y sus corazones palpitantes para comer. Concédeme los gritos de sus hijos como canciones, concédeme la indefensión de sus varones para que me sacie, concédeme la riqueza de sus casas para mi cama. Por este indigno sacrificio te honro, Reina de las Arañas, y te imploro la fuerza para destruir a mis enemigos.

Las infernales palabras parecían crepitar con un oscuro poder, cada sílaba estaba cargada con una potencia malvada que se propagó por la celda como un veneno resbaladizo. Seyll hizo el gesto de desenvainar con la mano y empuñar un cuchillo. Y volvió a sentarse sobre sus talones.

—Muchas almas desafortunadas murieron bajo mi cuchillo, pero aquí encontré la redención y la paz. Si lo mismo te aguarda a ti es una pregunta que no puedo contestar, pero me ofrezco como prueba de que eres capaz de caminar por estas tierras en paz si lo deseas.

Halisstra se quedó mirando a Seyll, casi como si la viera por primera vez. Estuvo a punto de decirle una vez más a la sacerdotisa que era un ser débil, una fracasada,

una traidora a la única y verdadera diosa drow, pero las palabras murieron en sus labios. Nadie excepto una sacerdotisa de alto rango conocería ese rito. Sin embargo Seyll había decidido darle la espalda a Lloth. No sólo eso, sino que aún vivía, y parecía haber encontrado alguna complacencia en la decisión. Por supuesto, a Halisstra la habían adoctrinado durante sus años de entrenamiento para que juzgara la herejía, la apostasía, como el crimen más vil imaginable. A pesar de eso, en sus años de sacrificio y humillación ante el altar de la Reina Araña nunca se había encontrado a una verdadera renegada. Sí, calumnió a algunas de sus rivales con falsas acusaciones de haberse apartado de la Reina Araña, pero sentarse en presencia de alguien que había cometido la traición final a la diosa, y vivía para contarlo...

—Quiero retarte a que hagas algo —dijo Seyll—. Creo que tienes la inteligencia e imaginación para ello, pero ya veremos. Imagina, por un momento, que vives en un lugar en el que puedes caminar por las calles sin temer la daga de un asesino en la espalda. Imagina que tus amigos, verdaderos amigos, no quieren nada más de ti que el placer de tu compañía, que tus hermanas aprecian tus logros en vez de envidiar tus éxitos y que tus hijos no son asesinados por fallar una prueba. Imagina que tus amantes te buscan por ser quien eres, no por tu situación o influencia. Imagina que tu diosa te pide que reces por ella con alegría, no aterrorizada.

—No existe semejante...

—Respondes demasiado rápido. Te he pedido que imagines, si puedes —dijo Seyll. Se levantó y se alejó, dándole la espalda a Halisstra—. Esperaré.

—Soy incapaz de imaginar esa tontería. Es una fantasía vacua, que no significa nada. No estamos hechos para esas cosas; nadie lo está, ni el elfo oscuro, ni el elfo de la luz, ni los bobos humanos. Sólo un loco vive en los sueños.

—A pesar de eso, ¿no te parecería una cosa agradable? —dijo Seyll volviendo la cabeza—. Debes recrearte en sueños imposibles todo el tiempo. Todas las criaturas pensantes lo hacen. Quizá habrás soñado en tener a tus enemigos bajo tu poder, o a un amante al que no puedes conseguir, o elevarte a la posición que realmente mereces.

Halisstra resopló, muy molesta, y sacudió las manos en los grilletes.

—Si eres capaz de imaginarte la destrucción de todos tus enemigos al instante —insistió Seyll—, eres capaz de imaginarte la fidelidad de un amigo o una diosa complacida por tu lealtad, no tu sacrificio.

—Todos los dioses exigen sacrificio. Te engañas si crees que Eilistraee es diferente. Quizá eres demasiado ingenua para comprender tus ataduras. —Halisstra apartó la mirada y añadió—: Has conseguido aburrirme de nuevo. Ahora puedes marcharte.

La sacerdotisa caminó hacia la puerta. Llamó una vez y esperó, mientras se volvía para encararse a Halisstra.

—¿Qué pasa si te demuestro que estás equivocada? —dijo en voz baja—. Mañana

por la noche danzaremos en el bosque para deleite de Eilistraee. Te llevaré allí, y verás por ti misma lo que nuestra diosa nos exige.

—No tomaré parte en ello —saltó Halisstra, tan irritada ya, que se había olvidado de su decisión de fingir una conversión a las tontas creencias de los habitantes de la superficie.

—¿Tu fe en la Reina Araña es tan débil que eres incapaz de contemplar cómo bailamos? —preguntó Seyll—. Escucha, observa y juzga por ti misma. Es todo lo que pido.



El eterno vendaval que ululaba a través de las calles verticales de las ruinas de Chaulssin acogió el retorno de Nimor con una andanada de ráfagas tan poderosas que incluso lo levantaron del suelo. El cabello blanco se encrespaba alrededor de su cabeza como una aureola salvaje. La Espada Ungida detuvo un momento sus pasos para permitir que una racha de aire se disipara.

No podía quedarse mucho en la Ciudad de las Dracosombras, al menos mientras el ejército de Menzoberranzan avanzara y el contingente de Agrach Dyrre marchara sin él, pero no tenía tanta prisa como para no rezagarse un poco en la ciudadela escondida de su casa secreta. Después de todo, Nimor Imphraezl era un príncipe de Chaulssin, y las espléndidas ruinas, aquella ciudad labrada en el infierno, era su dominio. No había nacido allí, por supuesto, ni había pasado los años de su infancia en la ciudad poblada de sombras. Era demasiado peligrosa, así que la Jazred Chaulssin distribuyó a sus príncipes por una docena de casas menores repartidas en ciudades de toda la Antípoda Oscura. Aunque cuando alcanzó la madurez y heredó su patrimonio, Nimor consideraba aquellas ruinas azotadas por el viento como su palacio.

La ráfaga quedó atrás, al menos en la medida en que esas rachas de viento se desvanecían en aquel abismo negro que rodeaba la ciudad, y el asesino continuó su camino. Menzoberranzan estaba a poco menos de una hora a través del Plano de las Sombras, y por eso le había costado tan poco idear una excusa para ausentarse de la columna. Incluso si Andzrel Baenre convocaba a los capitales de las casas para una reunión durante la ausencia de Nimor, se arriesgaba muy poco al desaparecer durante tan poco tiempo. El ejército se movía rápido, como era normal, pero nadie juzgaría demasiado sospechoso que un noble se demorara un poco en la ciudad.

Alcanzó la gran escalera en espiral labrada en el corazón de la montaña de piedra de Chaulssin y descendió de prisa, bajando los escalones de dos en dos. En el gran salón, se encontró a los patriarcas congregados, en grupos de dos o tres mientras intercambiaban noticias y urdían complots para encumbrar su casa aprovechando la coyuntura. El gran patriarca Mauzzkyl se volvió para dirigir su temible mirada sobre

Nimor cuando el asesino entró.

—Una vez más nos haces esperar.

—Te pido perdón, Venerado gran patriarca —respondió Nimor Imphraezl. Se sumó al círculo e hizo una pequeña reverencia. Los vientos del exterior gimieron misteriosamente en la distancia—. Fui convocado a un consejo de guerra que pensé que no sería inteligente perderse —añadió.

—Se podría decir lo mismo de esta reunión —observó el patriarca Tomphael.

Nimor forzó una sonrisa.

—He trabajado durante algún tiempo para lograr una identidad y un nivel de responsabilidad entre los defensores de Menzoberranzan, Tomphael. Y hay que cultivar esos esfuerzos. Hasta que el gran patriarca no me diga lo contrario, os haré esperar cuando sea necesario para proteger nuestras intrigas contra los favoritos de Lloth.

—Basta, Nimor —tronó Mauzzkyl—. ¿Cómo van las cosas en Menzoberranzan?

—Muy bien, Venerado gran patriarca. El príncipe heredero Horgar Sombracerada, de Gracklstugh, avanza con un ejército de casi cinco mil duergars hacia Menzoberranzan. Las matronas han decidido enfrentarse a ellos en campo abierto en vez de esperar al asedio, pues temen que se les unan otros reinos de la Antípoda Oscura. No obstante, lo he arreglado para que el ejército del príncipe marche sobre los menzoberranios, y además tengo el mando de un contingente que, en el momento adecuado, puede ayudar a asegurar el resultado que deseemos. Por último, también he convencido al señor de la guerra Kaanyr Vhok para que lleve su ejército de tanarukks contra menzoberranzan, aunque no confío demasiado en la Legión Flagelante. Puede que Vhok se presente y puede que no, pero si lo hace, siente poca lealtad a nuestra causa.

—Entonces pretendes destruir las fuerzas de Menzoberranzan —observó el patriarca Xorthaul. El clérigo de armadura negra se acariciaba la barbilla—. ¿Qué pasa si los menzoberranios son más resistentes de lo que esperabas y vencen a los duergars? ¿O Kaanyr Vhok nos traiciona? Habría sido mejor atraer una fuerza más pequeña hacia tu trampa, Espada Ungida. Tu primera jugada es demasiado arriesgada.

—Si no hubiera presentado a los duergars como una grave amenaza, las matronas habrían estado tentadas de hacer caso omiso de ese peligro. Tal como están las cosas, tres resultados podrían darse en la batalla entre Gracklstugh y Menzoberranzan: los duergars ganan, hay tablas o los drows vencen. Haremos lo que podamos para entregar el ejército de Menzoberranzan en manos del príncipe heredero; pero si falla al destruir a los llothitas por completo, será una excelente oportunidad para que los duergars machaquen a los menzoberranios; en cuyo caso, debilitarían tanto a nuestros enemigos que podríamos destruirlos nosotros mismos. En el peor de los casos, si Gracklstugh es derrotado, bueno... perdemos poco.

—Recuerda, patriarca Xorthaul, nuestra estrategia contra Menzoberranzan es de desgaste —dijo Mauzzkyl—. La ciudad es demasiado fuerte para tomarla de golpe, así que debemos sangrarla hasta la muerte.

—Los magos de Menzoberranzan adivinarán la existencia de ese gran ejército tan cerca de su ciudad —observó el patriarca Tomphael, mago por más señas—. Las matronas reclamarán su ayuda o utilizarán tu stratagema contra los duergars.

—Nuestro aliados en Agrach Dyrr nos han ayudado con eso —dijo Nimor—. Gomph Baenre ha desaparecido. Los maestros de Sorcere se están poniendo a prueba para decidir quién será el siguiente archimago.

—Hay demasiados magos poderosos sirviendo a las casas de la ciudad, Nimor —respondió Tomphael—. No se distraerán por lo de Sorcere.

—Es verdad —dijo Nimor después de asentir gravemente—, pero como sabemos bien, los magos tienden a pasarse la vida espionando las debilidades de las demás casas. Hasta ahora, no parece que haya salido nadie para refutar la versión de los sucesos que he dado al Consejo.

—Basta una pizca de inteligencia para hacer planes considerando que las intrigas pueden ser descubiertas en el momento más inapropiado —dijo el patriarca Xorthaul—. ¿Qué harás si algún aprendiz de alguna casa de segundo orden consigue escrutar la aproximación del ejército del príncipe heredero, y las matronas llaman a los suyos? Tendríamos un asedio casi eterno.

—Ahora comprendes —dijo Nimor recurriendo a su paciencia—, por qué me atreví a acercarme a Agrach Dyrr con una oferta de alianza y decidí arriesgarme a ganarnos a Kaanyr Vhok para nuestra causa. Necesitamos a la Quinta casa por si se da esa posibilidad, para dejar entrar al ejército de Horgar o a la Legión Flagelante, en la ciudad si es necesario.

Mauzzkyl cruzó los brazos y bajó la mirada.

—En cualquier caso, la tendremos —dijo el venerado gran patriarca, mientras una sonrisa de satisfacción torcía sus facciones—. Si Kaanyr Vhok te traiciona, aún tienes Agrach Dyrr. Si Agrach Dyrr te traiciona, tienes a ese semidemonio del Caudillo. ¿Debo suponer que Dyrr y Vhok no saben nada el uno del otro?

—Pensé que sería mejor reservar al menos una sorpresa contra cada uno de mis supuestos aliados, venerado gran patriarca —dijo Nimor—. Me pareció inteligente asegurarme de que tendría todas las bazas en mi mano, durante tanto tiempo como fuera posible, mientras dure el ataque contra la ciudad.

—Excelente. ¿Cómo podemos ayudarte?

La Espada Ungida consideró la propuesta. Estaba tentado de decir de «ninguna manera», y reclamar toda la gloria de la victoria, pero se acercaba el momento en que su habilidad para moverse de un sitio a otro estaría limitada por el papel que interpretaba a la cabeza del ejército de Menzoberranzan, y necesitaba ayuda para

manejar a Kaanyr Vhok. Además, si el Caudillo los traicionaba, la culpa sería de aquel que hubieran enviado ante el señor de la guerra.

—Deberíamos reunir nuestras fuerzas y estar preparados para golpear cuando nuestros aliados ataquen las defensas de Menzoberranzan —dijo.

—No tenemos un gran ejército, Espada Ungida —dijo Mauzzkyl—. No comprometeré a la Jaezred Chaulssin en una batalla campal.

—Comprendo Venerado gran patriarca. —Si reunía todas las fuerzas en un lugar, la casa secreta apenas tendría el número de miembros de una casa menor de Menzoberranzan; aunque la Jaezred Chaulssin tendría un impacto desproporcionado para su número—. Necesito que uno de mis hermanos vaya a la Legión Flagelante de Kaanyr Vhok y guíe al Caudillo en la dirección correcta. Mis responsabilidades en el ejército de Menzoberranzan y mis esfuerzos por guiar a Horgar Sombracerada y a los renegados Agrach Dyr no me dejarán velar por Kaanyr Vhok tanto como me gustaría.

—Muy bien —dijo Mauzzkyl después de asentir—. Zammzt, ya no te queda nada por hacer en Ched Nasad. Quiero que vayas con Kaanyr Vhok y seas nuestra voz en su campamento. Haz lo que creas necesario para mantener a su ejército contra Menzoberranzan, aunque responderás ante Nimor.

—Por supuesto, venerado gran patriarca —respondió el asesino de semblante desagradable.

—Me acerqué al señor de la guerra a través de su consorte, Aliisza —le dijo Nimor a Zammzt—. Es una semisúcubo y una hechicera poderosa. Sabe que represento a una sociedad u orden de alguna clase, así que no le sorprenderá recibir a otro de los nuestros.

«Aunque dudo que te dé la bienvenida que me la dió a mí», dijo para sí.

—¿Cuándo esperas que los menzoberranios se encuentren con el ejército de Horgar? —preguntó Mauzzkyl.

—Dentro de cuatro días, creo.

—Haz lo que puedas para sembrar la disensión y la incertidumbre, Espada Ungida —dijo Mauzzkyl—. El momento del engaño y el sigilo se acaba. La Jaezred Chaulssin deja las sombras para salir al descubierto. Destruye el ejército de las matronas y conduce a tus aliados duergars hacia Menzoberranzan lo antes posible. Nos encontraremos allí y veremos si el Señor Oculto nos bendice o no.

Nimor repitió la reverencia, se volvió y se alejó a grandes zancadas de los patriarcas. Sus planes no saldrían a la perfección. Algo iría mal. Tenía que ser así. Nadie era capaz de elaborar semejante colisión de fuerzas dispares sin que alguno de los componentes fallara. Aunque podía decir que la Jaezred Chaulssin estaba preparada. Cuanto más tiempo mantuviera en secreto las mortíferas maniobras de sus aliados y su casa, más altas serían las probabilidades de éxito.

«Quizá convendría alentar a Andzrel a que me nombrara jefe de exploradores de la expedición —pensó Nimor—. No hay que molestar al Baenre con insignificantes informes de los ejércitos en movimiento.



Los elfos oscuros de la casa Jaelre se revelaron como unos anfitriones desconfiados y descorteses. Ryld esperaba que lo llevaran a una sala de audiencias, donde se reunirían con una matrona del clan y la sobornarían, amenazarían o persuadirían para que les permitiera consultar al clérigo Tzirik. Sin embargo, no ocurrió nada de eso. Dado que se negaron a entregar las armas, los Jaelre condujeron al grupo a una sala de guardia pequeña y en desuso.

—Esperaréis aquí hasta que Tzirik decida recibiros —dijo la hembra que dirigía la guardia—. Si intentáis abandonar la habitación, nos lo tomaremos como un signo de hostilidad y os atacaremos.

—Somos una embajada de una ciudad poderosa —dijo Quenthel a modo de respuesta—. Si nos maltratáis, ateneos a las consecuencias.

—Sois esclavos de la Reina Araña, y lo más probable es que seáis espías y saboteadores —respondió la capitana—. Aquí Lloth no tiene influencia, zorra besa arañas.

Cerró y atrancó la puerta antes de que Quenthel replicara adecuadamente, aunque la fuerte agitación del flagelo de cabezas de serpiente señalaba lo intenso de su ira.

—¿Vamos a quedarnos confinados aquí, como chusma encerrada en una cárcel de deudores? —refunfuñó Jeggred—. Tengo una idea...

—Aún no, Jeggred —se opuso Quenthel.

Paseó de un lado a otro, enfadada. Hablaba sola, en una silenciosa furia. La ira alimentaba a Quenthel con una energía implacable. El tiempo que estuviera confinada en esa habitación pequeña se les iba a hacer muy largo.

Danifae la observó y contuvo el nervioso andar de Quenthel cuando posó la mano en el brazo de la Baenre.

—¿Qué sucede, esclava? —saltó la sacerdotisa.

—Tu fervor es admirable, matrona —dijo Danifae—, pero, por favor, ahora tenemos que ser pacientes. —Escondió las manos tanto como pudo y añadió—: Recuerda, puede que nos estén observando.

—Tiene algo de razón, querida Quenthel —dijo Pharaun—. ¿No querrás empezar un altercado con la gente a la que has venido a ver? Tus duras palabras y postura arrogante se entienden mejor en Arach-Tinilith que ante la puerta de otro dios.

Quenthel le devolvió una mirada de tanto odio que Danifae levantó una mano para calmarla. La misma Danifae clavó una mirada venenosa en Pharaun. El desprecio desfiguraba sus bellos rasgos.

—Silencio, Pharaun —ordenó la prisionera de guerra—. Tu petulante arrogancia y tus puyas sin fin se entienden mejor en Sorcere. Al menos la matrona tiene la fuerza de sus convicciones; todo lo que tú tienes es cinismo.

Danifae contempló la cara de Quenthel y le ofreció una tímida sonrisa.

—Guarda la ira para después, matrona —dijo la prisionera de guerra con suavidad—. Seguro que la diosa estará más contenta si les arreglas las cuentas a los infieles después de que te sirvas de ellos que si destruyes las herramientas necesarias para servirla.

Quenthel se permitió relajarse. Respiró hondo y tomó asiento en una mesa de madera donde había una botella de agua.

—Excelente, entonces —suspiró Quenthel—. Veremos qué pasa.

«Eso —imaginó Ryld— es lo más cercano a admitir que está equivocada.» Con nada que hacer, el grupo se acomodó para soportar la espera con la que los Jaelre los pondrían a prueba.

Pasaron largas horas. La noche dio paso a una mañana nublada, que luego se transformó en una tarde muy lluviosa y gris.

Ryld estudió las partes del castillo que veía desde las aspilleras y llegó a la conclusión de que Minauthkeep no estaba ni la mitad de derruido de lo que parecía a primera vista. Los Jaelre habían reparado astutamente la mayor parte de la antigua estructura, aunque habían dejado la apariencia exterior casi sin cambios.

Al final, cuando la espera se hacía interminable, el maestro de armas se sentó con la espalda en el muro de la sala y se hundió en un ligero trance. *Tajadora* estaba en su regazo por si era necesaria.

Lo despertaron del ensueño con tres vigorosas llamadas. La cerradura giró, y entró la capitana de la guardia de la noche anterior, con más guardias detrás.

—Os han convocado ante el sumo sacerdote Tzirik —dijo—. Tenéis que dejar las armas aquí. El mago debe consentir que le aten los pulgares, y el draegloth será esposado.

—No —replicó Jeggred—. No somos prisioneros, no tenéis que llevarnos encadenados ante vuestro señor. ¿Por qué tenemos que hacer algo a lo que no puedes obligarnos?

—Viniste a nosotros, mestizo —dijo el capitán.

—¿Matrona? —susurró Danifae.

Sin apartar los ojos de la cara de la capitana, Quenthel sacó el látigo. Lo sopesó, parecía debatirse, luego lo tiró a una esquina de la habitación.

—Yngoth, vigila nuestras armas —dijo a una de las siseantes víboras—. Mata a cualquiera que manosee nuestras pertenencias mientras no estamos. Jeggred, deja que te aten. Pharaun, tú también.

Ryld soltó un suspiro y dejó a *Tajadora* en el suelo, y de una patada la dejó al

alcance de las víboras de Quenthel. Valas también dejó los kukris. Con una mueca de disgusto, Pharaun se acercó y extendió las manos. Un Jaelre le ató los pulgares con una cuerda recia, una medida que le haría muy difícil hacer los gestos complejos y pases necesarios para la mayoría de sus conjuros. A los brazos superiores de Jeggred, los largos de las garras afiladas, les pusieron grilletes, pero dejaron libres los más pequeños.

El draegloth rugió.

—Tranquilo, sobrino —dijo Quenthel, y luego se volvió hacia la capitana—. Llévanos hasta el clérigo.

La capitana de la guardia hizo un gesto a sus soldados, que formaron alrededor de los menzoberranios, con las espadas desenvainadas. Llevaron al grupo fuera de la sala de guardia y se adentraron en las profundidades de la fortaleza. Los hicieron pasar a un gran salón reconvertido en santuario a Vhaeraun, el Señor Oculto. Ryld examinó el templo con algo de interés. Nunca había puesto el pie en un lugar dedicado a un dios que no fuera Lloth. Al otro lado de la sala de la pared colgaba media máscara del tamaño de un escudo, que presidía el santuario. El símbolo era de cobre batido, con dos discos negros que marcaban los ojos.

Dos varones los esperaban. El primero era joven, vestido con una armadura de cuero negro que mostraba un torso musculoso. En el cinturón llevaba un kukri, y un brazalete en forma de áspid enrollado en el brazo. Tenía la pierna izquierda en un arnés de hierro y cuero, y se movía con rigidez. El segundo era calvo y muy bajo, llevaba una coraza de mithral negro y la cara oculta tras un velo de seda negra.

—Señores, los visitantes —dijo la capitana de la guardia.

El clérigo los examinó. Su expresión era inescrutable tras el velo.

—Valas Hune, el mismo que viste y calza —dijo al fin—. Bueno, esto es una sorpresa. No te había visto desde hacía cincuenta años. —Vaciló un momento, y luego avanzó con decisión y palmeó al explorador de Bregan D'aerthe en la espalda—. Ha pasado mucho tiempo, viejo amigo. ¿Cómo te van las cosas?

—Tzirik —dijo Valas. Le devolvió la sonrisa. Su expresión austera revelaba una desacostumbrada alegría, y tomó la mano del clérigo con firmeza. Paseó la mirada por la sala—. Veo que al final has logrado el Retorno del que siempre hablabas. En cuanto a cómo me van las cosas, bueno, eso será largo de contar.

Tzirik estudió al grupo.

—Un maestro de Sorcere —dijo el clérigo—, y otro de Melee-Magthere.

—Maese Pharaun Mizzrym, un mago consumado —respondió Valas—, y maese Ryld Argith, maestro de armas de no poca habilidad.

—Caballeros, si Valas me da su garantía, sois bienvenidos a Minauthkeep —dijo el clérigo. Cuando miró a los demás, su expresión se endureció, la simpatía se tornó en un cuidadoso examen.

—El draegloth es Jeggred —dijo Valas—, un vástago de la casa Baenre. La sacerdotisa es Danifae Yauntyrr, noble de Eryndlyn, antes prisionera de guerra. La líder de nuestro grupo es...

—Suma Sacerdotisa Quenthel Baenre —interrumpió Quenthel—. Matrona de Arach-Tinilith, matrona de la Academia, matrona de Tier-Breche, Primera Hija de la casa Baenre de Menzoberranzan.

—Ah —dijo Tzirik—. Apenas tenemos trato con aquellos que gozan de tus convicciones y mucho menos con sacerdotisas poseedoras de tantos títulos impresionantes.

—Descubrirás que poseo más que títulos, clérigo —respondió Quenthel.

La expresión de Tzirik se tornó fría.

—Puede que Lloth gobierne en vuestras ciudades enterradas —dijo—, pero aquí, en el mundo de la superficie, Vhaeraun es el amo. —Se volvió y le hizo un gesto al varón lisiado que estaba a su espalda—. En aras de la cortesía, os presento a mi primo, Jezz de la casa Jaelre.

El joven cojeó hacia ellos.

—Estáis muy lejos de casa, menzoberranios —dijo con voz rasposa—. Eso, más que nada, os salvó la vida. Los besa arañas con los que tenemos problemas vienen de Maerimydra, a pocos kilómetros al sur de aquí, pero no nos habíamos encontrado con gente de Menzoberranzan desde hace bastante tiempo.

Rió suavemente, de alguna broma particular. Tzirik sonrió aunque se notó que era forzado.

—Jezz se refiere al hecho de que somos menzoberranios, o al menos lo éramos, en otro tiempo. Hace casi quinientos años la sabia y benéfica matrona Baenre ordenó la destrucción de nuestra casa porque éramos gobernados por un varón y seguíamos al Señor Oculto. Muchos de los míos murieron entre alaridos en las mazmorras del Castillo Baenre. De aquellos que escaparon murieron más en los largos y duros años de exilio en lugares olvidados de la Antípoda Oscura. Debéis entender lo paradójico que es que caiga en nuestro poder una hija Baenre. Si no sale nada de los negocios que te han traído, al menos, Valas, te estoy agradecido por eso. —Se acercó más y cruzó sus fuertes brazos—. Así, ¿por qué me buscas, Baenre?

Quenthel se mantuvo impassible.

—Necesitamos comunión con Vhaeraun —dijo— y hacerle algunas preguntas en nuestro nombre. Pagaremos bien por las molestias.

Tzirik levantó las cejas.

—¿De verdad? ¿Y por qué querría Vhaeraun que hiciera eso por vosotros?

—Por supuesto, descubrirás lo que nos trae aquí y lo que sabe tu dios.

—Si os torturo durante unos años, descubriré lo mismo —dijo el clérigo—. O, quizá, si acepto que le hagáis las preguntas al Señor Oculto, no considero apropiado

compartir las respuestas con vosotros.

—Es verdad, tal vez —dijo Quenthel—, aunque creo que descubrirías que estamos lejos de la indefensión, incluso con las armas en la sala de guardia. Antes de hacer una prueba, veamos si alcanzamos una especie de acuerdo.

—Fanfarronea —remarcó Jezz—. ¿Por qué negociar con esas criaturas venenosas? Perdona a tu amigo si quieres, pero mata a las sacerdotisas ahora mismo.

—Paciencia, joven Jezz. Siempre habrá tiempo para eso —dijo Tzirik. Se alejó, y luego se volvió hacia Quenthel—. ¿Qué deseas saber?

Quenthel se puso rígida y cruzó una mirada con el clérigo.

—Deseamos saber lo que ha sucedido con Lloth —dijo—. La diosa nos niega los conjuros desde hace meses. Ya que no tenemos acceso a la magia que nos concede, no hay modo de preguntárselo.

—Tu voluble diosa os pone a prueba —dijo Tzirik con una carcajada—. Hace caso omiso de vuestros conjuros para ver cuánto tiempo continuaréis siendo fieles.

—Eso pensamos al principio —dijo Quenthel—, pero han pasado casi cuatro meses, y hemos llegado a la conclusión de que su voluntad es que busquemos las respuestas.

—¿Por qué preguntarle a un clérigo de Vhaeraun? —preguntó Jezz—. Seguro que serías capaz de persuadir a las sacerdotisas de una ciudad vecina para que intervinieran en vuestro favor.

—También han perdido el contacto con la diosa —respondió Danifae—. Vengo de Ched Nasad, donde reina el mismo silencio que entre las sacerdotisas de Menzoberranzan. Hay razones para creer que todas las ciudades drows de la Antípoda Oscura están en la misma situación. Lloth no habla con nadie.

—Eso explicaría la retirada de Maerimydra —le dijo Jezz en voz baja a Tzirik—. Si sus sacerdotisas son débiles, estarán demasiado ocupadas para causarnos problemas.

—Los hechos parecen encajar —respondió Tzirik. Centró su atención en Pharaun—. ¿Qué hay de vuestros elogiados magos? ¿No son capaces de invocar demonios en abundancia y preguntarles por el misterioso silencio de vuestra diosa o usar conjuros de adivinación?

—Descubrimos que los poderes de los planos inferiores saben poco más que nosotros —dijo Pharaun—. Parece que Lloth ha cerrado el contacto con los planos contiguos del Abismo, sellando los bordes de su reino a los demás poderes. —Levantó las manos atadas por los pulgares e hizo un gesto de autocensura—. Eso es lo que supuse de los informes de los colegas que investigaban la materia, con cierto detalle. No lo hice en persona, pues el archimago me ordenó que no invocara esos seres bajo pena de sufrir una muerte espeluznante.

Tzirik estudió a los menzoberranios y luego se alejó para consultar con Jezz. Los

dos hablaron en voz baja, mientras los menzoberranios esperaban. Ryld estudió en secreto a los guardias, calculó a cuál de ellos sería capaz de desarmar para hacerse con un arma. Aún llevaba la coraza enana y se sentía lo bastante confiado para arrancarle la alabarda a uno de los guardias antes de que lo alcanzaran; aunque sería mejor que usara el cuchillo del cinturón para cortar las ataduras de Pharaun como primer paso.

Sus planes fueron interrumpidos cuando Tzirik y Jezz volvieron hacia ellos.

—Intercederé ante Vhaeraun en vuestro favor —dijo el sumo sacerdote de los Jaelre—, a mí también me gustaría saber qué le pasa a Lloth. Sin embargo, creo que es justo pedir un favor por otro, y como os habéis acercado a mí con franqueza, solicitaré la ayuda de Vhaeraun sólo después de que completéis una tarea.

—Excelente —dijo Quenthel entre dientes—. ¿Qué deseas que hagamos?

—A tres días al oeste de aquí están las ruinas de Myth Drannor, la antigua capital del viejo reino elfo de Cormanthor —dijo Tzirik—. Durante el transcurso de nuestras exploraciones, llegamos a sospechar que un libro que contiene conocimientos secretos y poderosos (el *Geildirion* de Cimbar) está enterrado en la biblioteca secreta de la torre en ruinas de un mago. Necesitamos ese conocimiento que está en el *Geildirion*, ya que nos ayudará a dominar las antiguas defensas mágicas que levantaron nuestros olvidados primos de la superficie. Por desgracia, demonios de todas clases plagan las ruinas de la ciudad, y la misma torre es el hogar de un poderoso contemplador mago. Enviamos dos expediciones a la torre, pero el contemplador destruyó o ahuyentó a nuestros exploradores. No deseo malgastar las vidas de los que tengo a mi cargo, pero me gustaría mucho poseer ese libro. Puesto que parecéis ser lo mejor que puede ofrecer Menzoberranzan, quizá vosotros tengáis éxito donde nuestros guerreros fallaron. Traedme el *Geildirion*, y apelaré a la sabiduría de Vhaeraun en lo tocante al silencio de Lloth.

—Hecho —respondió Quenthel—. Proporcionáanos un guía hasta ese lugar y te conseguiremos el libro.

—No aceptaríais tan rápido —dijo Jezz después de soltar una carcajada— si supierais lo peligroso que es el contemplador. Tendréis nuestra ayuda, dadlo por hecho.

capítulo



quince

Al anochecer, Seyll, acompañada por una joven drow y una elfa, fue a buscar a Halisstra. La sacerdotisa de Eilistraee llevaba una armadura bajo la capa verde, una espada larga, unas botas altas de cuero y un paquete bajo el brazo.

—Llueve —dijo mientras entraba en la celda—, pero nuestras ancianas sacerdotisas dicen que aclarará más tarde, cuando se alce la luna. Esta noche iremos a honrar a nuestra diosa.

Halisstra se levantó.

—No honraré a Eilistraee.

—No necesitas participar. Sólo te ofrezco la oportunidad de observar y sacar tus propias conclusiones. Me emplazaste a demostrar que mi diosa no es cruel ni celosa. Estoy preparada para demostrártelo.

—Sin duda crees que me atraparás con seductores encantamientos —dijo Halisstra—. No creas que me embaucarás tan fácilmente.

—Nadie intentará lanzarte un conjuro —respondió Seyll. Dejó el paquete en el suelo y lo desenvolvió. Dentro había una caja grande de cuero, botas y una capa parecida a la de ella—. Te he traído la lira, con la esperanza de que nos honres con una canción si así lo quieres.

—Dudo que disfrutes de las canciones *bae'qeshel* —dijo Halisstra.

—Ya veremos —dijo la sacerdotisa—. Has estado atada aquí durante tres días, y te ofrezco la oportunidad de salir de esta celda.

—Sólo para volver cuando acabes de acosarme con tu diosa.

—Como te dije, sólo necesitas darle a lord Dessaer una explicación para ser libre —dijo Seyll. Sacó un manajo de llaves y las sacudió ante Halisstra—. Xarra y Feliane están aquí para ayudarme a escoltarte hasta el lugar de la ceremonia de esta noche, y lo siento, pero debo atarte las manos.

Halisstra echó una ojeada a las otras dos. Llevaban cotas de malla bajo las capas y espadas en la cintura. Tenía pocas ganas de ver sandeces sin sentido en honor de Eilistraee, pero Seyll le daba la oportunidad de salir de la celda. En el peor de los casos, Seyll la vigilaría bien y ella no tendría oportunidad para escapar, quedándose como estaba. En el mejor, Seyll y sus colegas cometerían un error que Halisstra sabría aprovechar.

En cualquier caso, al menos tendría la oportunidad de observar parte del pueblo y

el bosque de los alrededores, lo que sería útil si más adelante tenía la oportunidad de escapar... y siempre existía esa posibilidad.

—Muy bien —dijo.

Seyll abrió los grilletes de Halisstra y ayudó a la sacerdotisa Melarn a vestirse con las ropas de invierno y la capa que había traído. Anudó una cuerda plateada alrededor de las manos de Halisstra, y el pequeño grupo dejó las mazmorras del castillo y ascendió a la fría y lluviosa noche.

En realidad, Elventree no era un pueblo, ni un puesto avanzado, ni un campamento, sino algo intermedio. Muros derruidos de piedra blanca cruzaban el lugar, sugiriendo viejas murallas y plazas amplias de una ciudad de buen tamaño, pero la mayoría estaban en ruinas por el paso de los años. Muchos de los edificios originales no eran más que caparazones vacíos, pero varios de ellos estaban ocupados por los actuales residentes, que los habían cubierto con enrejados de madera o tiendas de campaña para convertirlos en humildes casas. Grandes árboles nudosos se elevaban de las grietas del pavimento de los antiguos patios, y muchos de los edificios estaban por encima del nivel del suelo gracias a fuertes ramas, unidos por pasarelas de cuerdas plateadas y tablonos blancos. Un puñado de los edificios originales aún estaba más o menos intacto.

Halisstra vio que estaba encerrada bajo una vieja torre de vigía. Al otro lado de la plaza se vislumbraba un elegante palacio entre los árboles, iluminado por centenares de suaves linternas. El palacio de lord Dessaer, supuso. Le llegaba el sonido de una canción lejana y risas.

Las sacerdotisas de Eilistraee llevaron a Halisstra por un viejo paseo que las condujo fuera del pueblo, hacia el oscuro y lluvioso bosque. Avanzaron durante un buen rato. El silencio de la noche sólo quedaba roto por sus suaves pasos en el suelo del bosque y el constante ruido de la lluvia, que disminuyó mientras avanzaban y que dio paso a un cielo parcialmente nublado por el que en ocasiones aparecían las estrellas.

Halisstra ya estaba harta del mundo de la superficie. Intentaba deshacer los nudos de la cuerda que le ataba las manos mientras no quitaba ojo a sus captoras, con la esperanza de que bajaran la guardia. Xarra, la drow, iba al frente, mientras Feliane marchaba detrás. Seyll estaba cerca de Halisstra todo el rato, o un poco adelantada o atrasada.

—¿Adonde me lleváis? —preguntó Halisstra.

—A un lugar al que llamamos la Piedra Danzante —respondió Seyll—. Es sagrada para Eilistraee.

—El bosque siempre es igual —dijo Halisstra—. ¿Cómo diferenciáis una parte de la otra?

—Conocemos bien el camino —respondió Seyll—. De hecho, no estamos muy

lejos de donde os encontramos a ti y a tus compañeros. Te abandonaron y no se les ha visto desde esa noche.

La sacerdotisa renegada cometía un error y ni se daba cuenta. Si no estaban muy lejos de donde la capturaron, era razonable pensar que sería capaz de seguir las instrucciones de la visión de Pharaun desde allí y tendría la posibilidad de encontrar a los Jaelre. Sin importar lo que lograra esa noche, había valido la pena esperar.

Llegaron a un río, en el cauce había unas cuantas rocas grandes. Xarra cruzó la primera, saltaba sin problemas de roca en roca, y llegó hasta los árboles del otro lado, mientras vigilaba por si había peligro. Seyll la siguió, unos pasos por delante de Halisstra, con los ojos en el inseguro suelo. Halisstra empezó a seguirla. El agua de los rápidos producía un murmullo grave, aunque el río era poco profundo y no demasiado ancho. La luna se escondió tras las nubes, y el bosque se oscureció.

Halisstra vio su oportunidad.

Saltó dos rocas y se detuvo, como si estudiara el siguiente paso. Empezó a entonar una canción *bae'qeshel*. El canto lo cubrió el estrepitoso río. Seyll siguió avanzando, y detrás de Halisstra la elfa Feliane se detuvo, esperando a que ella cruzara.

Era difícil con las manos atadas, incluso pese a que ya estaban bastante sueltas, pero el poder del encantamiento estaba en la voz de Halisstra, no en sus manos. Cuando Feliane perdió la paciencia y saltó para ayudarla, Halisstra se dio media vuelta y clavó los ojos en la cara pálida de la chica.

—*Angardh xorr feleal* —siseó—. Querida Feliane, ¿desenfundarías la espada para liberarme de estas molestas ataduras? Tengo miedo de caer.

El hechizo atrapó a la sacerdotisa. Con una expresión vacía, sacó la espada.

—Por supuesto —murmuró la elfa ausente.

Pasó el borde afilado por las cuerdas en las muñecas de Halisstra. Esta miró de reojo a Seyll y movió el cuerpo con cautela para esconder lo que estaba haciendo Feliane.

—¿Qué sucede? —requirió Seyll.

—No respondas —le susurró Halisstra a la chica. Mantuvo las manos unidas y se volvió para situarse de cara a la sacerdotisa—. ¡Un momento! —dijo—. No me siento segura con las manos atadas. La siguiente roca parece resbaladiza.

Seyll echó una mirada al riachuelo y volvió sobre sus pasos, saltaba de una roca a la siguiente mientras se acercaba a Halisstra y Feliane. Halisstra se volvió para mirar a Feliane, que estaba tras ella con la espada desenfundada.

—Querida Feliane —dijo en tono dulce—. ¿Puedes prestarme la espada un momento?

La chica frunció un poco el entrecejo, quizá consciente en las profundidades de su mente de que algo no iba bien, pero le tendió la empuñadura de la espada. Halisstra

volvió a esconder el movimiento con el cuerpo y asió la espada.

—Aquí —dijo Seyll. La sacerdotisa de Eilistraee alcanzó la siguiente roca y afirmó los pies con cuidado, mientras extendía la mano—. Agarra mi brazo, y te sujetaré.

Halisstra se volvió con la celeridad de un gato y hundió la espada de Feliane bajo el brazo extendido de Seyll. La sacerdotisa boqueó sorprendida y se desplomó al instante. Acabó apoyada contra la piedra, sentada y con el agua hasta la cintura.

Halisstra arrancó la espada y se volvió hacia Feliane, que la miraba con asombro.

—Seyll está herida, muchacha —restalló Halisstra—. ¡Rápido, vuelve a Elventree y busca ayuda! ¡Ve!

La doncella elfa sólo fue capaz de asentir antes de dar media vuelta y salir a toda prisa. Halisstra saltó sobre la roca de Seyll y envió a toda velocidad el camino. Xarra, la joven sacerdotisa drow, surgió de pronto de entre los árboles de la orilla. Había vuelto para descubrir qué retrasaba a las demás. Dicho sea a su favor, Xarra captó la situación al primer vistazo. Levantó la ballesta y apuntó.

Halisstra se lanzó a un lado. El virote de Xarra pasó tan cerca de su torso que sintió cómo tiraba de su capa.

—Fallaste el tiro —gruñó Halisstra.

Xarra dejó caer la ballesta y fue a sacar la espada. Murió antes de que la espada saliera de la vaina, atravesada por la garganta. Alistar se enderezó y bajó la mirada hacia aquel cuerpo. El corazón le latía acelerado. El riachuelo sonaba con fuerza junto a ella, el aire olía a lluvia y hojas mojadas.

«¿Y ahora qué?», se preguntó.

Su preciada cota de malla, la maza y la ballesta estaban en Elventree. Aunque quería recuperar sus posesiones, no se veía capaz sin la ayuda de los menzoberranios. Lo mejor sería armarse tan bien como pudiera, tomar las provisiones de Seyll y Xarra, y salir en busca de los Jaelre. Con suerte los encontraría antes de que los soldados de Dessaer la encontraran a ella.

Halisstra se metió la espada en el cinturón y se acercó de nuevo al riachuelo para ver si Seyll llevaba algo útil. Chapoteó en el frío arroyo junto a la sacerdotisa de Eilistraee, la asió por debajo de los brazos y la puso en la losa de piedra para ver mejor su equipo. La armadura era mágica, como el escudo colgado del hombro y la espada del cinturón. Halisstra empezó a desabrochar la armadura con la intención de quitársela.

—Halisstra... —gimió Seyll mientras movía los ojos.

Halisstra reculó, asustada, y algo asqueada al descubrir que desnudaba el cuerpo de alguien que aún no estaba muerto. Bajó la mirada hacia la piedra y descubrió que la sangre caía del costado de Seyll hacia el agua. La respiración de la sacerdotisa era pesada, y la sangre manchaba sus labios.

—Espero que me perdones, Seyll, pero necesito tus armas y la armadura, y tú morirás en muy poco tiempo —remarcó Halisstra—. He decidido declinar tu amable invitación para unirme a tu ceremonia nocturna, ya que tengo negocios apremiantes en otra parte del bosque.

—¿Los... otros? —dijo con dificultad.

—Xarra tuvo la decencia de morir rápido y sin embarazosas conversaciones. La chica elfa a la que hechicé se fue corriendo.

Halisstra aflojó la hebilla del cinturón de la espada de Seyll y lo soltó, dejándola fuera del alcance de la drow. Se puso a trabajar en las fijaciones de la armadura.

—Aunque admiro tu determinación por salvarme, Seyll, soy incapaz de creer que no vieras esto como un resultado probable de tus intentos de convertirme.

—Un riesgo... todos estamos... dispuestos a correrlo —consiguió decir Seyll—. Nadie está más allá de la redención.

Masculló algo más y extendió la mano para interferir el trabajo de Halisstra, pero la sacerdotisa Melarn se la apartó.

—Un riesgo estúpido, entonces. Lloth ha castigado tu infidelidad a través de mi mano, apóstata —dijo Halisstra. Le quitó las botas y desató las polainas—. Dime, ¿valía la pena seguir el camino que te ha llevado a una muerte inútil en este bosque miserable?

Para sorpresa de Halisstra, Seyll sonrió. Aún le quedaba una reserva de fuerza.

—¿Valerlo? Y tanto. —Movió la cabeza atrás y contempló la cara de Halisstra—. Aún... tengo esperanzas para ti —susurró—. No te...preocupes... por mí. He sido... redimida.

Cerró los ojos por última vez, y el sonido de su respiración se detuvo.

Halisstra hizo un alto en su tarea. Esperaba rabia, resentimiento, quizá incluso miedo o burla, pero ¿perdón? ¿Qué poder tenía la Doncella Oscura sobre sus fieles que eran capaces de morir con una bendición para sus enemigos?

«Seyll se apartó de la Reina Araña —dijo para sí—, a través de mí la Reina Araña ha logrado su venganza. Sin embargo, Seyll ha muerto con aplomo, como si al final hubiera escapado por completo de Lloth al terminar su vida.»

—Que la Reina Araña se lleve tu alma —dijo a la sacerdotisa muerta, pero de algún modo dudó que Lloth lo hiciera.



—Un avance rápido es el camino más seguro hacia la victoria —dijo Andzrei Baenre.

Nimor estaba a un lado y observaba al maestro de armas Baenre, uno más entre el puñado de varones invitados al Consejo. Todas las grandes casas, y no menos de dieciséis de las menores, estaban representadas en el ejército de la Araña Negra que

se había reclutado con precipitación. Cerca de treinta sumas sacerdotisas (al menos una de casi todas las casas, y en algunos casos, varias de la misma) llenaban el gran pabellón suministrado por el contingente Baenre, observando a Andzrei como animales de presa mientras se reclinaban, sentaban o se erguían conforme dictaban el rango o la ocasión. Nimor y los demás varones estaban en pie, por supuesto. Ni un solo varón se sentaría mientras una suma sacerdotisa permaneciera en pie.

—Lideramos una fuerza de cuatro mil soldados drows y dos mil quinientos guerreros esclavos. Por todos los informes parecería que estamos igualados con el ejército duergar que marcha desde el sur, pero no pretendemos enfrentarnos a los duergars en una lucha «justa», por supuesto. —La palabra «justa» hizo que las risas ahogadas reverberaran por el pabellón. Andzrel usaba una varilla para dirigir la atención hacia un gran mapa dibujado en vitela de rote—. Podemos contener un ejército bastante más considerable que el nuestro si escogemos el terreno adecuado para luchar. El lugar donde detendremos el avance de los duergars es éste, los Pilares del Infortunio.

—Si decido que tu plan tiene mérito, miserable —dijo Mez'Barris Armgo de la casa Barrison Del'Armgo con voz cansina—. Triel Baenre puede creer en tu buen juicio, pero yo intento pensar por mí misma.

Una mujer alta y corpulenta, la matrona de la segunda casa, era la sacerdotisa presente de rango más alto y nominalmente al mando de toda la expedición. Cada una de las casas había contribuido con varias de sus sacerdotisas para mandar los contingentes en la batalla, desde acolitas sin linaje hasta primeras hijas y matronas. Maestros de armas como Andzrel y varones (incluido Nimor en su papel de Zhayemd Dyrr) mandaban compañías, escuadrones de caballería y atendían los interminables detalles que suponía organizar el ejército de Menzoberranzan.

—Mi primo representa el punto de vista de la casa Baenre, matrona Mez'Barris —dijo Zal'thera Baenre con voz áspera—. La matrona Triel apoya el plan del maestro de armas.

La primera entre los primos de Triel Baenre, Zal'thera no se parecía en nada a la menuda matrona de la casa Baenre. Era alta y de hombros anchos, una hembra con una notable fuerza física y una actitud amenazante. Ella y Mez'Barris eran la misma cosa, aunque la matrona de la casa Del'Armgo poseía una perversa astucia que no era más que una sorda tendencia en la sacerdotisa Baenre. Mez'Barris clavó los ojos en la joven, pero no respondió.

Andzrel sabía que no tenía que hablar mientras las dos mujeres discutían. Durante un momento esperó en silencio para continuar con las instrucciones previas.

—Aquí está el Dilema de Rhazzt —dijo—, donde el capitán Zhayemd vio a la vanguardia duergar ayer por la mañana. Está a cuarenta kilómetros al sur de los Pilares del Infortunio, al otro extremo del cañón. En el peor de los supuestos, los

duergars tomarán el puesto avanzado durante la tarde de hoy, quizá mañana si tenemos suerte. Los duergars son soldados vigorosos y pueden marchar durante todo un día, pero son lentos, y su ejército tendrá que cargar con el peso de un convoy de suministros largo y la pesada maquinaria de asedio. Subir el cañón será una operación difícil. Parece que, de nuevo en el peor de los casos, deberían alcanzar los Pilares en cinco días; es más probable que en siete u ocho.

—¿Cómo sabes que los enanos grises aún no han tomado el puesto avanzado? —preguntó una sacerdotisa de Tuin'Tarl.

—No lo sabemos, matrona Tuin'Tarl. Los magos duergars y los clérigos impiden nuestros esfuerzos para escudriñar la zona, una táctica común en el arte de la guerra. —Andzrel asintió en dirección a Nimor y añadió—: Por eso es esencial desplegar una línea de exploradores calificados, para descubrir los que nuestros magos no ven. Zhayemd de Agrach Dyrre está al cargo de nuestras tropas de reconocimiento.

»En cualquier caso —añadió Andzrel después de esperar un momento para ver si alguna sacerdotisa tenía más preguntas—, nuestras tropas avanzan más rápido que los enanos grises, y tenemos un camino más fácil. Creo que la vanguardia llegará a los Pilares del Infortunio en tres o cuatro días. Si mantenemos la salida norte del desfiladero, los duergars nunca romperán nuestras defensas. Como podéis ver, es parecido a una carrera, y, por lo tanto, deberíamos proceder con toda la celeridad posible.

—¿Qué plan tienes para la batalla, Zal'therra? —preguntó otra sacerdotisa, la matrona del contingente de la casa Xorlarrin.

Nimor sonrió ante la pregunta. Triel había ordenado a Zal'therra que confiara en el consejo del maestro de armas de la casa al planear la batalla, pero la suma sacerdotisa habló de Andzrel como si no estuviera allí.

—Andzrel te lo explicará ahora —respondió la sacerdotisa Baenre, como si acabara de detallárselo a él y le permitiera mostrar ante los demás el genio de la sacerdotisa.

Si el maestro de armas tomó nota del desaire, no lo demostró.

—Levantaremos una línea de defensa de un lado a otro de la entrada del desfiladero. Un centenar de soldados bastaría para esto, pero utilizaremos mil. El resto de nuestros soldados se quedará en reserva y asegurará varios pasos estrechos y las cavernas de los alrededores. —Andzrel dejó la vara y se enfrentó a las sacerdotisas, inexpresivo excepto por el penetrante brillo de determinación en sus ojos—. Me propongo dejar que los enanos vengan a nosotros, y destruirlos entre los Pilares del Infortunio. Cuando lancen sus fuerzas sobre nosotros en vano, los perseguiremos por el desfiladero y los masacraremos.

—¿Y qué pasa si los duergars deciden no atacar los Pilares? —preguntó Mez'Barris.

—Los duergars invaden nuestras tierras, matrona, así que la iniciativa la llevan ellos. Si deciden no intentarlo por los Pilares, los esperaremos fuera; nuestro convoy de suministros es más corto que el de ellos. En cuestión de días tendremos que decidir entre avanzar o retirarnos.

Mez'Barris contempló el mapa, analizando la respuesta de Andzrel.

—Muy bien —dijo—. Quiero ver lo rápido que alcanzamos ese lugar. Alarga la marcha durante dos horas diarias. Si alcanzamos los Pilares del Infortunio en tres días, tendremos tiempo de descansar antes de que empiece la batalla. Quiero que nuestras tropas más rápidas se apresuren hacia los Pilares, por si acaso. No hay razón por la que no podamos tener un par de cientos de exploradores en el desfiladero en un día y medio. Ahora, si nos perdonáis, desearía discutir con mis hermanas sacerdotisas el mejor uso para nuestras habilidades en el conflicto previsto.

Andzrel hizo una reverencia superficial y salió de la habitación. Nimor se encontró junto al maestro de armas Baenre cuando dejaron el pabellón negro. La tienda se erguía en un túnel grande y circular atestado de soldados y lagartos de carga, o estandartes de varias casas se extendían hasta perderse de vista en una y otra dirección.

—Zhayemd —dijo Andzrel—. Quiero que asumas el mando de nuestra vanguardia, como ha sugerido la matrona Del'Armgo. Toma la caballería de Agrach Dyr y corre a toda velocidad mañana y pasado. La falta de información sobre el ejército duergar me pone nervioso. Haré que algunos de los demás jinetes se unan a ti, a fin de que tengas tropas de refuerzo para defender el paso si las cosas se ponen feas.

—Debo consultar con nuestra suma sacerdotisa —dijo Nimor, aunque no tenía intención de hacer semejante cosa. El maestro de armas, aún bajo el poderoso y duradero hechizo de Nimor, lo creería de todos modos—. Aunque creo que apoyará la sugerencia.

—Bien —dijo Andzrel mientras llegaban al campamento Baenre. Palmeó la espalda de Nimor—. Si encuentras a los duergars en algún lugar en el que se supone que no tendrían que estar, comunícalo al instante. No quiero que hagas tonterías. Eres los ojos de nuestro ejército.

—No te preocupes maestro Andzrel —dijo Nimor con una sonrisa—. No voy a dejar nada al azar.



Jezz el Cojo se agazapaba con torpeza bajo la sombra de la pared derruida, mirando al otro lado de una plazuela, hacia una gran torre circular que estaba a un tiro de piedra.

—Allí —dijo—. La torre del contemplador. Hay un tramo de la escalera que sube

hasta la puerta, pero sabemos que está protegido por trampas mágicas mortales. Veréis varios ventanucos en los pisos superiores, quizá lo bastante grandes para que un drow se deslice hacia el interior. Aunque no lo hemos intentado.

Ryld, que se agazapaba justo al lado de Jaelre, se inclinó para echar un vistazo. La torre era casi como la había descrito Jezz, rodeada por las ruinas diseminadas de Myth Drannor. Después de usar la magia de Pharaun para acelerar el viaje hasta la antigua capital de los elfos y descansar unas pocas horas, el grupo se había pasado la mayor parte de la noche abriéndose paso entre las ruinas.

Myth Drannor era poco más que unos grandes escombros de piedra blanca donde los árboles y las enredaderas crecían por doquier, pero hacía tiempo había sido algo más. La vieja ciudad elfa no fue tan grande como Menzoberranzan o tan espléndida como Ched Nasad pero poseía una elegancia y belleza que igualaba, si no excedía, los mejores ejemplos de la arquitectura drow.

Ryld lanzó una mirada de cautela hacia los tejados.

—No hay signo de demonios —dijo—. Quizá hemos matado tantos que han decidido no molestarnos más.

—Es improbable —dijo Jezz con un bufido—. Se han retirado para organizar otro ataque y esperar la llegada de demonios más poderosos.

—En ese caso, deberíamos aprovechar para hacer lo que hemos venido a hacer —dijo Quenthel. Ella también se movió para estudiar la torre—. No veo nada que me anime a cambiar de plan. Pharaun, lanza el conjuro.

—Como deseas, querida Quenthel —dijo el mago, complacientemente—, aunque debo decir que no estoy del todo de acuerdo con la estratagema de...

Las miradas de enfado de los demás hicieron enmudecer a Pharaun antes de que acabara la protesta. Suspiró y agitó la mano.

—Muy bien.

El mago se enderezó y pronunció las palabras del conjuro. Las potentes sílabas resonaban con el poder de la magia. Una ola intangible pasó sobre Ryld y los demás. Después, Ryld sintió que la fuerza y la rapidez huían de sus extremidades, y Tajadora pareció más pesada en sus manos. La brillante hoja se deslustró de repente. Ryld no era mago, pero, como cualquier drow, durante su vida se había pertrechado con varios objetos mágicos y encantamientos para incrementar la velocidad, la fuerza, la resistencia de la armadura y la eficacia de las armas. El conjuro de Pharaun negaba toda la magia en los alrededores, y dejaba a Ryld sin el poder de esos encantamientos, y a los demás drows les afectó de modo parecido. El efecto más extraño fue la repentina inactividad del espantoso látigo de Quenthel. Un momento antes las serpientes siseaban y se retorcían, alerta, y después se bamboleaban como seres inertes.

—Permaneced a mi lado si queréis estar bajo el efecto del conjuro —dijo

Pharaun.

Se relamió los labios, nervioso. Dentro de la zona de antimagia que acababa de crear, no podía lanzar conjuros, y su formidable serie de objetos encantados y protección también eran inútiles. El mago preparó la ballesta y desenfundó la daga.

—Me siento como si me acercara a un dragón con el cuchillo de la mantequilla —murmuró.

Ryld le dio una palmada en el hombro y se levantó. Envainó a *Tajadora* y sacó la ballesta.

—Sí, pero tu conjuro aparta los colmillos del dragón —dijo.

—En marcha —dijo Quenthel.

Parecía algo más que incómoda. Era evidente que le afectaba el silencio del arma. Sin esperar, corrió por el patio y subió los escalones que llevaban a la puerta de la torre. Los otros la siguieron, mientras parpadeaban a la luz del cercano amanecer. Ryld se encargó de vigilar las calles y las paredes de detrás del grupo, por si volvía alguno de los monstruosos habitantes de Myth Drannor. Lo último que necesitaban era que una banda de demonios sedientos de sangre cayera sobre ellos mientras no funcionaba la magia.

Ante la puerta de la torre, Quenthel se apartó para que pasara Jeggred. El voluminoso draegloth subió y arrancó la puerta, y de un salto se coló en el interior. La mampostería crujió. Quenthel lo siguió pisándole los talones, luego Danifae y Valas. Ryld echó un último vistazo a su alrededor y advirtió que Jezz se quedaba atrás.

—¿No vienes? —preguntó al Jaelre.

—Sólo pretendo observar —respondió Jezz—. Vencer al contemplador es vuestra tarea, no la mía. Si sobrevivís, me reuniré con vosotros en unos minutos.

Ryld frunció el entrecejo, pero se metió dentro. Estaban en una especie de vestíbulo, iluminado por los rayos inclinados de la luz que se colaba por los agujeros de la vieja mampostería. Al fondo de la habitación, había una segunda puerta. En otro tiempo el vestíbulo había sido una sala espléndida e impresionante, pero las losas del suelo estaban agrietadas y cubiertas por un moho verde, y las banderas y tapices que colgaban de las paredes era poco más que harapos. Pharaun permaneció cerca, mientras examinaba un símbolo intrincado grabado en un bloque del suelo. Todo el emblema era un poco más grande que su mano, con una gran complejidad de líneas curvadas y caracteres.

—Un símbolo de discordia —observó el mago—. Si no estuviéramos protegidos por el campo de antimagia, nos lanzaríamos unos sobre otros con furia asesina... Pero quizá no lo necesitábamos, ¿no creéis?

—¿La siguiente habitación? —preguntó Ryld.

Jeggred ya estaba cerca de la puerta. El draegloth la abrió y saltó al interior, seguido por los demás, de una habitación redonda semejante al fondo de un pozo.

Varios de los pisos superiores se habían derrumbado hacía tiempo, enterrando el suelo de la habitación bajo los cascotes. Grandes vigas de madera sobresalían aquí y allá. Montones de ladrillos obstaculizaban el paso.

Ryld clavó la mirada en el espacio vacío sobre sus cabezas, en busca de signos del monstruo que se suponía que acechaba por allí. Los demás hicieron lo mismo. Pero todo estaba en calma.

—No veo al contemplador —dijo Jeggred.

—Por supuesto que no, imbéciles. ¡No deseo que me vean! —graznó una voz horrible, antes de que Ryld respondiera.

Un instante más tarde la criatura les lanzó una andanada. Desde algún punto sobre sus cabezas, cerca de la cima de la torre, varios rayos brillantes de energía mágica (los mortales rayos de los ojos del monstruo para herir, paralizar, hechizar o desintegrar a sus enemigos) surcaron el aire hacia los drows, seguidos por un enorme relámpago conjurado por el monstruo invisible. Ryld no veía la fuente de la magia.

Los rayos y el relámpago se desvanecieron al entrar en contacto con las cabezas de los drows, negados por la zona de antimagia. La criatura lo intentó de nuevo, lanzando rayos diferentes e invocando algún conjuro horrible con su voz profunda y susurrante, pero no tuvieron mayor éxito.

Ryld apuntó la ballesta, intuyó el punto de donde venían los rayos y disparó el virote con su acostumbrada habilidad. Un chillido de dolor le dijo que había dado en el blanco. Valas, Danifae y Pharaun también dispararon, mientras Jeggred agarraba un ladrillo de buen tamaño con una zarpa y lo lanzaba hacia la oscuridad con sorprendente rapidez. No toda la andanada dio en el blanco, por supuesto. Incluso si fuera visible, la piel gruesa y quitinosa del contemplador era capaz de desviar muchos ataques, y dar de lleno en la criatura cuando estaba invisible era más que difícil. Sin embargo, un par de viroles lo alcanzaron.

El mago contemplador comprendió la naturaleza de la defensa del grupo muy rápido. En vez de lanzar los ataques en dirección a los elfos oscuros, volvió la mortífera mirada sobre los cascotes de los pisos superiores. Con el rayo de un ojo achicharró la base de una pesada viga de madera, y con el otro levantó el madero y se lo lanzó a Valas. El explorador se echó a un lado justo a tiempo de evitar que el madero lo aplastara, pero perdió el equilibrio y cayó entre los escombros. El polvo y los crujidos llenaron aquel espacio. Al instante, el contemplador se puso a hacer lo mismo con otra viga de madera. Mientras tanto, la criatura cambió de conjuro y empezó otro.

—Tenemos que subir —dijo Quenthel—. La criatura está a salvo del conjuro de Pharaun.

—¿Propones que saltemos? —preguntó Pharaun. Esquivó un trozo de mampostería que cayó rebotando desde arriba y apuntó con la ballesta otra vez—. La

antimagia que nos protege también evita que volemos o levitemos...

—¡Por Lloth! —exclamó Ryld—. ¡Hablad con signos!

Valas buscó un lugar aventajado. El explorador sacó el arco corto y lanzó otra flecha. El contemplador soltó un chirrido atroz. Los rayos se desvanecieron y dejaron de caer escombros.

El contemplador se ha retirado al siguiente piso, dijo Valas en el lenguaje de signos de los drows. Tenemos que subir para atraparlo.

Ryld estudió las paredes interiores de la torre. Quizá faltaban los cuatro pisos inferiores, pero había dos o tres intactos por encima de ellos. La mampostería era vieja y estaba dañada, y la altura parecía ser de unos dieciocho metros. Un escalador experto daría buen uso a los restos de las vigas que en otros tiempos soportaban los pisos, aunque le supondría un esfuerzo.

No me gusta escalar, dijo.

Ni a mí, añadió Danifae. Sabe que estamos protegidos por la antimagia. ¿Esperará que disipemos el conjuro para atraparla?

—Es posible —dijo Pharaun. Ante la ceñuda mirada de Ryld volvió a los signos—. *Me pregunto si quizá deberíamos haber evaluado mejor la situación antes de acceder a la tarea impuesta por los Jaelre.*

Pharaun, como los demás, se movía por la habitación, con la mirada en lo alto.

—¡Eh! ¡Contemplador! —dijo Pharaun—. Puesto que estamos en un callejón sin salida, ¿te avendrás a hablar?

Quenthel se enfureció.

—¿Hablas por nosotros, mago? —refunfuñó.

Desde las alturas de la torre se oyó de nuevo la voz profunda y áspera.

—¿Hablar? ¿Sobre qué? Habéis invadido mi casa, estúpidos insolentes.

—Pharaun... —empezó a decir Quenthel.

—Tienes un libro que nos interesa —respondió el mago, haciendo caso omiso de la suma sacerdotisa—. Creo que se llama el *Geildirion*, de Cimbar. Dánoslo, y no te molestaremos más.

El contemplador permaneció callado. Era evidente que estaba considerando la oferta. Quenthel clavó la mirada en el mago, pero como los demás, esperaba la respuesta del contemplador.

—Ese libro es extremadamente valioso —respondió al fin—. No lo entregaré sólo porque un elfo oscuro granuja me lo exige. Marchaos, y os perdonaré la vida.

—¿Qué te esperabas, Pharaun? —dijo Quenthel entre bufidos. Hizo un gesto con la mano para captar la atención de los demás—. A la de tres, Pharaun disipará el conjuro. Danifae y Ryld, me seguiréis hacia arriba. Pharaun, cuando llegemos a la mitad, tú y Jeggred os teletransportaréis al piso de arriba y lo cogeréis por sorpresa. Valas, te quedas aquí y cubres nuestro ascenso con el arco. Y luego sube lo antes que

puedas, cuando estemos arriba. —La Baenre no dio más detalles sobre su plan y empezó la cuenta al instante.

—Uno, dos... ¡tres!

Pharaun hizo un gesto y disipó el conjuro de antimagia, Ryld sintió cómo el poder arcano del cinturón, los guanteletes y la espada volvía a fluir a sus extremidades. Sacó a *Tajadora* y ascendió, utilizando el encantamiento de la insignia de Melee-Magthere. Con suerte, la habilidad de la espada de disipar conjuros lo protegería de lo que el contemplador le lanzara.

Quenthel y Danifae subieron junto a él. Eran tres figuras negras y elegantes que subían hacia la oscuridad. Pharaun se acercó a Jeggred y observó sus evoluciones, con una mano en el hombro peludo del draegloth.

El techo presentaba una abertura circular en un lado. Allí se veían los restos de la vieja escalera que antiguamente ascendía por la torre. Ryld miró la abertura. Esperaba una muerte incandescente en cualquier momento.

El mago contemplador no le decepcionó.

De repente, surgió el resplandor de un rayo verde. Ryld lo detuvo con *Tajadora* y notó un zumbido en la empuñadura cuando el mandoble destruyó el rayo. A su lado, Danifae soltó un grito y esquivó otro tremendo relámpago que formó un arco para abrasar a los tres elfos oscuros y que dejó un olor de madera quemada.

Las flechas pasaron silbando desde abajo, en dirección al enemigo invisible. Ryld soltó un gruñido de desafío y se elevó con más rapidez. Otro conjuro alcanzó a Quenthel; alguna clase de magia disipadora que le impidió levitar. Agitó los brazos y cayó en picado. Ryld se estiró para agarrarla, pero la Baenre no estaba lo bastante cerca. Golpeó el suelo tras caer unos trece metros. Quenthel chocó con los escombros y desapareció entre el polvo y los cascotes.

—¡Continuemos! —gritó Danifae—. ¡Casi estamos arriba!

El mago contemplador llegó a la misma conclusión. Un momento después, apareció una barrera de hielo, que tapió el acceso al piso superior y atrapó a los drows.

—¡Maldito! —juró Ryld.

—Quizá podemos... —dijo Danifae con la mirada puesta en la barrera.

En ese momento, Jazz el Cojo apareció abajo. Se dio media vuelta, lanzó un conjuro y cerró la puerta de golpe.

—No importa lo que hagáis, acabadlo —dijo el Jaelre—. ¡Los demonios han vuelto en masa!

Ryld levantó la mirada hacia el muro de hielo y luego la bajó hacia el suelo. Quenthel yacía medio enterrada entre los escombros, inmóvil. Los conjuros retumbaban sobre el hielo, señal de que Pharaun y Jeggred habían encontrado al enemigo, pero la barrera de la criatura había dividido en dos al grupo. Abandonar el

esfuerzo para llegar hasta el mago contemplador daría la oportunidad al monstruo de destruirlos uno por uno, pero Quenthel estaba muerta o herida.

—Arriba —decidió Ryld—. ¡Valas, Jezz ayudad a Quenthel!

Se levantó bajo el brillante techo blanco y golpeó el muro con *Tajadora*, usando el poder de la espada para destruir conjuros. Unos afilados fragmentos de hielo se desprendieron allí donde golpeó, pero la espada no consiguió disipar la magia del contemplador. Ryld maldijo y lo intentó de nuevo, con el mismo resultado.

Bajo ellos, la puerta de la torre retumbó. Valas se puso el arco al hombro y corrió sobre los montones de cascotes en dirección al punto donde se había estrellado Quenthel.

Jezz el Cojo soltó un gruñido, entonó un conjuro y selló el vestíbulo de la torre con una masa de telarañas pegajosas. Pronunció las palabras de otro encantamiento y salió disparado hacia arriba, abandonando a Valas y a Quenthel en el suelo.

—Olvídate de la sacerdotisa —le dijo a Valas—. ¡Ven, si quieres vivir!

El explorador hizo un gesto de frustración.

—¡Soy incapaz de escalar y llevarla! —le gritó cuando el segundo golpe en la puerta astilló la madera y dobló el hierro.

La vieja puerta no resistiría otro golpe. Valas levantó la mirada y la bajó hacia Quenthel, extendió la mano y le desabrochó la insignia de la casa Baenre del hombro. El látigo se agitó e Yngoth intentó atacar al explorador, pero Valas se apartó y fijó la insignia en su ropa.

—Intento salvar a tu ama —le dijo al látigo.

El explorador se acercó y agarró a Quenthel por debajo de los brazos, y usó el poder del broche para levitar y alejarse del suelo.

Mientras tanto, Ryld midió la barrera de hielo que tenía enfrente.

—Muy bien —murmuró.

Se apartó, afirmó los pies lo mejor que pudo y levantó a *Tajadora* para dar el golpe con toda la fuerza de que era capaz. Con un grito de rabia, alcanzó el muro con una fuerza tremenda. La hoja de *Tajadora* cortó el hielo mágico mientras a Ryld le invadían unas oleadas de dolor intolerable. Hizo caso omiso del dolor y golpeó una y otra vez. La pared de hielo se resquebrajó en doce trozos y cayó. Sin esperar a los demás, Ryld se lanzó hacia la guarida del contemplador.

capítulo



dieciséis

El mismo día en que había matado a Seyll, Halisstra empezó a preguntarse si no habría sido mejor acompañar a las sacerdotisas de Eilistraee y fingir que se convertía. Habría sido una estrategia bien extraña para reunirse con sus camaradas, pero le habría procurado cobijo, comida y la remota oportunidad de recuperar su equipo, en vez de una interminable caminata por los bosques helados. Cuando se acercaba el alba, no encontró mejor abrigo que un hoyo húmedo y pequeño rodeado por rocas, de la altura de un drow, y árboles sin hojas. Entre temblores, se quitó la mochila robada y rebuscó a conciencia, con la vaga esperanza de que hubiera pasado por alto algún utensilio importante o un poco de comida.

Seyll y sus seguidoras habían pensado que su paseo por el bosque duraría unas pocas horas. No llevaban más equipo del que Halisstra habría cogido si hubiera decidido aventurarse a una caverna conocida a dos o tres kilómetros de Ched Nasad. Desde luego, no se habían equipado para ayudar a su cautiva en su huida.

Con la ballesta que había cogido a Xarra y las canciones *bae'qeshel* tendría una posibilidad de abatir cualquier pieza con la que se cruzara, pero durante las dos horas que había vagado por el bosque no había visto nada más grande que un pájaro. Incluso si conseguía matar algo para comer, no tenía manera de cocinarlo, y empezaba a sospechar que el bosque conspiraba contra ella.

Estaba bastante segura de que se las había arreglado para mantener el rumbo oeste después de escapar de las renegadas. Si Seyll no había mentido cuando dijo que estaban cerca del punto en el que la habían capturado, no se hallaba a más de uno o dos días de marcha del riachuelo que Pharaun había descrito en su visión. Puesto que el río bajaba de sur a norte, era un objetivo difícil de fallar siempre y cuando siguiera avanzando hacia el oeste.

Intentó mantener el ocaso y la luna al frente, y un poco a la izquierda, pues tenía que estar algo al sur en ese momento del año; o eso había deducido al observar cómo Valas se guiaba por los bosques durante los días pasados. Por supuesto, no tenía manera de saber si dirigirse río arriba o abajo cuando alcanzara ese río, pues no estaba segura de encontrarlo en el mismo punto que el mago había visto. Por eso mismo, tampoco estaba demasiado segura de si el riachuelo sería el correcto. Ya había dejado atrás una docena de arroyos, y aunque creía que a ninguno de ellos se le podía llamar río, no tenía la experiencia suficiente en el mundo de la superficie para

saberlo con certidumbre.

—Por supuesto, todo esto es así a menos que haya caminado en círculos durante horas —murmuró Halisstra.

Podría ser que lo más atinado fuera abandonar la idea de buscar a los Jaelre, y escoger el camino más directo que fuera capaz de encontrar para salir del bosque. Tarde o temprano, volvería a encontrar una civilización y mendigaría, pediría prestada o robaría comida. O hechizaría a un guía que la llevara hasta los Jaelre.

Cerró los ojos. Intentaba construirse una imagen mental de Cormanthor y las tierras que lo rodeaban. Sabía que estaba en la parte oriental del bosque. ¿Era mejor ir hacia el este, hacia el sol naciente? Había poco en ese lado del bosque a excepción del asentamiento humano del valle de la Rastra, si recordaba la geografía. ¿O era mejor dirigirse al sur? Había varios valles más en esa dirección, así que tendría más probabilidades de alcanzar una civilización si seguía por allí, incluso si eso implicaba un viaje más largo hasta salir del bosque. El norte lo descartó de inmediato, puesto que estaba bastante segura de que en esa dirección estaba Elventree. Fuera cual fuese la decisión que tomara, daría la espalda a los Jaelre y a su misión sagrada, al menos por un tiempo.

—Esto sería más fácil si la diosa se aviniera a responder mis oraciones —gruñó.

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, fue incapaz de reprimir una mirada a su alrededor y taparse la boca. Lloth no miraba con buenos ojos a los que se quejaban.

Pasó un día frío, húmedo y miserable encorvada entre las rocas de su pequeño escondite, mientras permanecía en un duermevela. Más de una vez deseó haber tenido la presencia de espíritu para ordenar a Feliane que la guiara hasta los Jaelre. Era muy probable que los soldados de Dessaer estuvieran bajo su pista, por supuesto, y no mostrarían mucha compasión si volvía a caer en sus manos. Aun así, Halisstra empezaba a pensar que una ejecución rápida por parte de los elfos de la superficie sería preferible a una muerte larga y solitaria por inanición en el interminable bosque.

Al anoecer se levantó, reunió sus pertenencias y salió a gatas del escondite. Miró en la dirección en que creía que estaba el oeste, luego al sur y al oeste de nuevo. El sur ofrecía más posibilidades de encontrar un asentamiento humano o elfo, aunque era incapaz de abandonar la esperanza de reunirse con sus camaradas. Mejor marchar un poco más hacia el oeste y, si no encontraba el río de Pharaun al amanecer, desistir.

—El oeste, entonces —dijo para sí.

Caminó durante un par de horas. Intentaba mantener la luna a la izquierda, aunque la sentía más que verla. La noche era fría, y unas nubes finas se deslizaban en el cielo, impulsadas por fuertes ráfagas de viento que no pasaban de las copas de los árboles. Los bosques estaban en calma, probablemente negros como boca de lobo para los patrones de los habitantes de la superficie, pero Halisstra descubrió que la

difusa luz de la luna inundaba el bosque como un mar de brillantes sombras plateadas. Se detuvo a estudiar el cielo. Trataba de calibrar si el avance de la luna afectaba demasiado su rumbo cuando oyó el débil sonido de agua en movimiento.

Avanzó con cuidado, corrió y apareció en la orilla de un riachuelo ancho que discurría sobre un lecho de guijarros. Era más ancho que los que había visto hasta entonces, mediría unos diez o doce metros de ancho y fluía de izquierda a derecha.

—¿Es éste? —suspiró.

Parecía lo bastante grande y estaba cerca de donde esperaba encontrarlo; un día y medio de marcha desde el lugar en el que había sido capturada. Halisstra se agachó y examinó las rápidas aguas. Si tomaba la decisión incorrecta, seguiría el arroyo hasta llegar a alguna parte del bosque desolada y moriría de frío y hambre. A pesar de todo, su destino no era muy prometedor, hiciera lo que hiciese. Soltó un resoplido y siguió el riachuelo hacia la derecha. ¿Qué podía perder?

Avanzó otro kilómetro antes de que la caminata nocturna y el frío aire le provocaran un hambre demasiado atroz para soportarla, y decidió detenerse y comer las pocas provisiones que le quedaran. Se quitó la mochila y empezó a mirar a su alrededor cuando oyó un extraño zumbido. Sin pensárselo, se tiró al suelo. Conocía ese sonido demasiado bien.

Dos virotes pequeños pasaron sobre ella. Uno se hundió en un árbol cercano, el otro colgaba de la manga de la cota de malla. Halisstra rodó hasta el árbol y cantó un conjuro de invisibilidad lo más rápido que pudo, con la esperanza de quitarse de encima a los asaltantes, cuando se les ocurrió mirar de nuevo el virote. Era negro y pequeño, de plumas rojas; el dardo de una ballesta de mano drow.

Varios atacantes sigilosos se acercaron por entre los árboles. Su presencia la indicaba el ocasional ruido de las hojas o un silbido bajo. Halisstra se levantó con cuidado, mientras permanecía escondida tras el árbol.

—Dejad de disparar —exigió en voz baja—. Maté a la sacerdotisa de Eilistraee que llevaba esta armadura. Sirvo a la Reina Araña.

Su voz tenía dejes de una canción *bae'qeshel*, que le dieron a sus palabras una innegable sinceridad.

Varios drows se acercaron, sus pies hacían poco ruido. Halisstra los vio, varones vestidos de negro y verde que buscaban entre los árboles como panteras. La buscaban, pero el conjuro la ocultaba bastante bien.

Posó la mano en la empuñadura de la espada que le había arrebatado a Seyll y se movió un poco para cubrirse con el escudo en el caso de que encontraran el modo de disipar su invisibilidad.

—Te buscábamos —dijo uno de los drows que tenía delante.

—¿Me buscabais? —dijo Halisstra—. Quiero una audiencia con Tzirik. ¿Me llevaréis hasta él?

Los guerreros Jaelre se detuvieron. Sus dedos se movieron con rapidez, se comunicaban entre ellos. Un momento después, el guerrero que acababa de hablar se enderezó y bajó la ballesta.

—Tu grupo de besa arañas llegó a Minauthkeep hace tres días —dijo—. ¿Te separaron de ellos?

Con la esperanza de que Quenthel y los demás no hubieran hecho algo para enemistarse con los Jaelre, Halisstra decidió contestar con honestidad.

—Sí.

—Muy bien, entonces —respondió el extraño—. El Alto Clérigo Tzirik nos ordenó que te encontráramos, así que te llevaremos de vuelta. El porqué y qué pasará contigo es de su incumbencia.

Halisstra permitió que se desvaneciera la invisibilidad y asintió. Los Jaelre la rodearon y se pusieron en marcha hacia el sur, a buen ritmo, siguiendo el riachuelo. No sabía dónde estaban, pero los Jaelre parecían conocer bien los bosques. En menos de una hora, llegaron a la fortaleza en ruinas. Sus murallas blancas relucían bajo la luz de la luna. El riachuelo pasaba a un tiro de piedra de la fortaleza.

Era el arroyo correcto, advirtió Halisstra con algo de sorpresa.

Había mantenido el rumbo durante dos noches y parecía haberse desviado sólo tres o cuatro kilómetros hacia la derecha. Pensó qué habría sucedido si hubiera cruzado el riachuelo y hubiese continuado. La idea le hizo temblar.

Los exploradores Jaelre condujeron a Halisstra hacia el interior de la fortaleza en ruinas, dejando atrás centinelas escondidos. Descubrió que el lugar estaba mucho más restaurado de lo que parecía el exterior. La escoltaron hasta una modesta sala cuyos únicos adornos eran una gran chimenea y una colección de trofeos de caza, la mayoría, criaturas de la superficie que Halisstra no reconocía. Esperó bastante rato, mientras le acuciaban la sed y el hambre, pero al final apareció un varón de corta estatura y de complexión fuerte, con la cara cubierta de un velo ceremonial negro.

—Qué suerte la mía —dijo con voz sonora—. Dos veces en tres días han acudido a mi hogar adoradores de la Reina Araña y han preguntado por mí. Empiezo a preguntarme si Lloth desea que reconsidere mi devoción por el Señor Oculto.

—¿Eres Tzirik? —preguntó Halisstra.

—Lo soy —dijo el clérigo, que cruzó los brazos mientras la examinaba—. Y tú debes ser Halisstra.

—Soy Halisstra Melarn, Primera Hija de la casa Melarn, segunda casa de Ched Nasad. Debo suponer que mis compañeros están aquí.

—Claro —dijo Tzirik. Mostró una sonrisa helada—. Aunque cada cosa a su tiempo. Veo que llevas las armas de una sacerdotisa de Eilistraee. ¿Cómo las conseguiste?

—Como dije a tus guerreros, mi grupo fue atacado por elfos de la superficie hace

cinco días. Mis compañeros escaparon al ataque, pero a mí me capturaron y me llevaron a un lugar llamado Elventree. Allí, una hembra llamada Seyll Auzkovyn acudió a mi celda y pretendió adoctrinarme en la senda de Eilistraee.

—Una idea más bien peregrina —observó Tzirik—. Continúa.

—Permití que creyera que me convencería —dijo Halisstra—. Me ofreció llevarme a un rito que tenían que celebrar hace dos días en el bosque. Encontré una oportunidad para escapar mientras nos dirigíamos hacia la ceremonia.

Bajó la mirada hacia la cota de malla y las armas que llevaba. La ingenuidad de aquella hembra aún sorprendía a Halisstra. Seyll no le había parecido una drow estúpida, ni por asomo, y, sin embargo, había juzgado mal a Halisstra.

—En cualquier caso —acabó—, me tomé la libertad de tomar prestadas algunas cosas que Seyll ya no necesitaba, pues la buena gente de Elventree me confiscó las armas y la armadura.

—¿Y ahora te gustaría reunirte con tus camaradas?

—Siempre que no estén muertos o encarcelados.

—Nada de eso —dijo el clérigo—. Me pidieron que les proporcionara un servicio inusual, así que pensé en algo que pudieran hacer por mí, como compensación por el tiempo y las molestias. Si tienen éxito, deberían volver en uno o dos días. La pregunta es: ¿estarás aquí para saludarlos?

Halisstra entornó los ojos y permaneció en silencio. El clérigo paseaba ante la chimenea y asió un atizador de un pedestal cercano y avivó el fuego.

—Los camaradas que te abandonaron a tu suerte me contaron un cuento insólito —dijo el clérigo—. Sin duda te preguntarás: ¿cómo saber cuánto le han dicho a Tzirik? No puedes, por supuesto, así que lo más inteligente es que me lo cuentes todo.

—A mis compañeros no les gustará eso cuando vuelvan —dijo Halisstra.

—Nunca sabrán que estuviste aquí si no satisfaces mi curiosidad, matrona Melarn —dijo Tzirik. Dejó el atizador en su sitio y se sentó cerca del fuego—. Ahora, ¿por qué no empiezas desde el principio?



Ryld estaba en una nube acida. Intentaba con denuedo no respirar a pesar de que necesitaba el aire. La piel le quemaba como si hubieran derramado fuego líquido sobre su cuerpo, y los verdugones crecían allí donde la piel negra se exponía al aire. Quedarse donde estaba suponía una muerte lenta, pero los vapores se aferraban a sus extremidades como manos y le impedían moverse. El maldito contemplador acechaba en algún lugar de la sala, pero ¿dónde?

Un brillante relámpago iluminó las pálidas tinieblas y atravesó la bruma con una docena de arcos eléctricos. El maestro de armas se tiró a un lado y cayó al suelo

despacio, refrenado por el vapor, mientras un fuerte trueno sacudía las piedras de la sala y sus dientes chascaban.

—¡Pharaun! —gritó—. ¿Dónde está el maldito...?

Lamentó sus palabras al instante, cuando un dolor agónico traspasó su garganta y nariz.

—¡Contra la pared oeste! —respondió el mago, algo alejado.

El maestro de Sorcere volvió a lanzar otro conjuro. Apresuraba las palabras para acabarlo lo antes posible. Mientras tanto, el contemplador canturreaba, murmuraba las palabras de media docena de conjuros a la vez. El rayo centelleó de nuevo, seguido de los silbidos de los proyectiles invocados, que se dirigían a sus blancos, y los gritos y maldiciones de sus compañeros.

Al final Ryld se encontró apoyado contra una pared curvada; lo único que distinguió en la horrible niebla. Sin tomarse un respiro, se lanzó hacia adelante tan rápido como pudo, con la esperanza de salir de la nube acida antes de que le quemara la piel de la cara.

«¡Diosa, qué confusión!», pensó, mientras arremetía contra la niebla con *Tajadora*.

El contemplador había esperado a utilizar su magia hasta que ascendieran y barrió al grupo con todos los conjuros de los que disponía.

—¡Los demonios vienen a por nosotros! —gritó Jezz desde más allá de la niebla—. ¡Acabad rápido con esa cosa y cojamos lo que vinimos a buscar!

«Acabad rápido —pensó Ryld con una mueca—. Es una idea nueva.»

Siguió adelante y de pronto se encontró fuera de la nube mortal. No había nadie cerca, aunque oía cómo sus compañeros luchaban en la niebla que tenía a su espalda.

—¡Maldición! —murmuró.

Tras librarse de la anormal nube, vio que todo aquel piso había estado destinado a aposentos nobles. Una espesa capa de polvo en el suelo parecía ser lo único que quedaba de una alfombra, y las paredes estaban pintadas con unas cenefas anaranjadas y doradas que formaban la imagen de un bosque con sus hojas pintadas en rojos, naranjas y amarillos. Ryld tosió, le lloraban los ojos por el contacto con los humos tóxicos. Era evidente que había atravesado una arcada que daba a una habitación diferente y al otro lado de la sala había otra.

—¿Dónde infiernos estoy?

Algo chilló de rabia más adelante, y la habitación más allá de la arcada resplandeció con las luces de un fuego mágico. Ryld blandió *Tajadora* y se precipitó hacia la otra cámara.

Danifae y Jezz luchaban allí contra un par de enjutos demonios escarnosos de casi tres metros de alto. Eran unos enemigos horribles con grandes alas que peleaban con flagelos y colas espinosas de las que goteaba un veneno verde. Varios demonios

menores siseaban tras los dos que ya estaban en la habitación, a la espera de unirse al combate.

—¡Los demonios se nos echan encima! —gritó Jezz.

El Jaelre luchaba con un cuchillo curvo en una mano y una llama blanca de fuego mágico en la otra. Uno de los grandes demonios saltó hacia Jezz y descargó sus armas contra el Jaelre, que cayó al suelo. La criatura se inclinó y extendió la mano hacia el cuello del aturdido drow.

Ryld amagó un golpe para que el demonio se protegiera la cara y, acto seguido, se agachó para cortarle la pierna a la altura de la rodilla. El enorme demonio rugió de dolor y se desplomó, las alas se agitaban torpemente mientras la sangre manaba de la espantosa herida. Ryld se acercó para acabar con el monstruo, pero éste respondió con un frenesí de zarpazos y mordiscos, mientras dirigía la cola espinosa hacia él tan rápido que sólo la robustez de la coraza enana le salvó de acabar atravesado por el aguijón del demonio herido.

Ryld detuvo los golpes con furia, luchaba por su vida, mientras aumentaban los demonios (un grupo compuesto de criaturas de la altura de un hombre que estaban armados con ganchos afilados que sobresalían de sus cuerpos escamosos), que tenían las colmilludas caras deformadas por una alegría infernal.

—¡Elfos oscuros para el banquete! —se regodeaban—. ¡Corazones drows para comer!

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Danifae—. ¡No podemos detenerlos!

Giró la maza con pericia y fuerza mientras se batía con el otro gran demonio y un par de los pequeños, que arremetían contra ella desde los flancos.

—¡No hay adonde ir! —exclamó Ryld—. ¡El contemplador está a nuestra espalda!

Sintió cómo lanzaban mortíferos conjuros en la habitación de atrás, las reverberaciones de los relámpagos y el frío de los conjuros de muerte que le ponía la piel de gallina.

«Esto no funciona —pensó—. Nos han dividido en dos, luchamos contra dos enemigos peligrosos.»

Necesitaban reagruparse y centrarse en un enemigo o el otro, o abandonar la lucha e intentarlo más tarde. Eso si los habitantes de Myth Drannor les permitían retirarse. Era más que probable que murieran allí, rodeados y aplastados por hordas interminables de demonios sedientos de sangre. Cabía pensar incluso que Quenthel y Valas ya estuvieran muertos.

«Basta —se reconvino a sí mismo—. ¡No hemos venido hasta aquí para que nos venzan!»

Redobló los ataques, se abalanzó sobre el demonio y hundió la punta de *Tajadora* en el cuello escamoso de la criatura. Esta agitó las extremidades con violencia, pero

se moría, y las convulsiones golpearon la piedra y dieron zarpazos al aire en vez de vapulear a Ryld. El maestro de armas saltó por encima del cuerpo de la criatura para enfrentarse a los otros demonios que ya se dirigían hacia él.

Jezz se incorporó a la refriega, mientras sacaba un pergamino de su cinturón y leía a toda prisa el conjuro de abjuración que hizo estallar a varios de los demonios menores, que volvieron al plano infernal del que habían escapado.

Al instante dos más reemplazaron a sus compañeros.

—¡Tenemos que movernos! —gritó el Jaelre—. ¡El contemplador es nuestro enemigo! ¡Los demonios son sólo una distracción!

Ryld repitió la mueca. Si intentaba huir, los atacarían por la espalda. Sin embargo, empezó a retirarse hacia la puerta que llevaba hasta el contemplador, mientras rezaba para que la criatura no estuviera en una posición desde la que los viera. Cedió terreno a regañadientes, reacio a enzarzarse en otro combate mientras otro proseguía.

Para su sorpresa, uno de los demonios del fondo de la habitación desapareció de la vista, y otro soltó un chillido cuando un flagelo de cabezas de serpiente le hundió los colmillos en la nuca. Quenthel y Valas aparecieron de pronto diezmando las filas de demonios. El explorador sostenía a la sacerdotisa herida, le protegía el flanco con uno de los kukris mientras ella azotaba con el látigo.

Danifae y Ryld aprovecharon la momentánea desventaja de los demonios para matar a sus enemigos más inmediatos. Quenthel se desplomó contra la pared, mientras palpaba en busca de la varita de curación de Halisstra, y Valas sacaba el segundo cuchillo, se lanzaba a la refriega y apuñalaba a los demonios por la espalda.

—¡Rápido! —jadeó Quenthel—. Un demonio en la sima y una docena más de los otros nos pisan los talones.

Ryld asestó un mandoble a otro de los demonios con púas, mientras Danifae esparcía el cerebro de un segundo por la habitación con un golpe a dos manos de la maza. En unos instantes, los drows limpiaron la habitación de demonios. Jezz sacó otro pergamino, leyó el conjuro a toda prisa y selló la puerta detrás de Quenthel y Valas con una cortina de brillante energía amarilla.

—Eso detendrá a la criatura durante un momento —advirtió.

La Baenre miró a su alrededor. La caída le tenía que haber provocado graves heridas. La sangre manchaba un lado de su cabeza, y parecía que sus ojos no querían enfocarse. Un brazo le colgaba inerte, pero se levantó.

—¿Dónde están el contemplador, Pharaun y Jeggred? —preguntó.

Ryld hizo un gesto con la cabeza en dirección a la arcada. Otro conjuro retumbó en el aire.

—Allí atrás —dijo—. El contemplador...

Le interrumpió la repentina sensación enfermiza de una presencia abrumadora que se acercaba a la barrera de Jezz, algo desconocido que parecía sacudir las

mismísimas piedras de la torre con sus pisadas.

—Viene el demonio de la sima —informó Danifae, entre jadeos y con una expresión de alarma.

—Vamos —dijo Quenthel, que les indicó que avanzaran con el brazo bueno.

Sin más palabras, los elfos oscuros corrieron hacia la otra salida, entraron en la siguiente habitación, sacudida por los conjuros que tronaban y hormigueaban por el aire.



Triel estaba en un puente alto de la casa Baenre, contemplando Narbondel. El anillo radiante que subía por la imponente columna de piedra marcaba el paso del tiempo en Menzoberranzan. El brillo estaba cerca de la punta del pilar, lo que significaba que el día pronto acabaría. No por primera vez, le pareció curioso que una raza a la que habían expulsado del mundo de la luz al menos hacía diez mil años aún señalara el paso de los días y las noches a la manera de la gente de la superficie, cuando la noche era eterna e inmutable en la Antípoda Oscura. Pero esto les servía para recordar el transcurrir de los días en el mundo de la superficie. Ayudaba a tratar con aquellos que aún respetaban esa costumbre, como los mercaderes que bajaban algún artículo exótico y deseable a la Ciudad de la Reina Araña.

Pero éstos no visitaban mucho Menzoberranzan últimamente. La guerra era mala para el comercio.

La otra pregunta que surgió en la mente de Triel mientras miraba Narbondel y la ciudad era algo menos abstracta: ¿quién vendría en una hora o dos para lanzar los conjuros que renovaban el anillo ardiente de Narbondel? El oficio de archimago aún pertenecía a su hermano Gomph, desaparecido desde hacía más de diez días, pero los maestros de Sorcere no permitirían que el puesto siguiera vacante durante mucho más tiempo. Había descubierto que varios de los maestros más ambiciosos ya maniobraban por el puesto. Sin duda, Pharaun Mizzrym habría estado entre ellos si se hubiera quedado en la ciudad, pero el recado de Ched Nasad, por fortuna, había apartado al héroe del momento en Menzoberranzan de la situación en la que habría sacado más partido de su fama. Volvió la cabeza, habló a los leales guardias Baenre que estaban a una distancia respetuosa de ella.

—Mandad a buscar a Nauzhor —dijo—. Decidle que deseo su consejo en un asunto de importancia. Que venga a la capilla.

Triel se dirigió al gran templo de Lloth, que estaba en el centro de la casa Baenre. Su atención estaba lejos de lo que la rodeaba mientras pensaba en el gran número de problemas que se cernían sobre la ciudad desde hacía unos meses. Casi estaba agradecida a los duergars por proporcionarle una causa con la que cohesionar el Consejo y, de paso, a las docenas de casas menores que también eran la fuerza de

Menzoberranzan. Una victoria en los túneles al sur de la ciudad haría mucho para que se restableciera el dominio de las Baenre.

Pero otro contratiempo sería desastroso. Incluso si Baenre continuaba siendo la casa más rica y poderosa, el Consejo podría considerar conveniente destronarla. Ninguna de ellas en solitario, quizá ni siquiera dos juntas, esperarían vencerla; pero ¿qué pasaría si las otras siete del Consejo coincidían en que era el momento de derribar a la más fuerte?

—Lloth nos ampare —murmuró Triel y tembló con verdadero miedo.

En lo que a número de tropas, poder mágico y riqueza se refería, las demás casas siempre habían tenido los recursos para destruir Baenre si decidían unirse. Lo que nunca habían tenido era la bendición de la diosa para semejante infamia. Si la Reina Araña devolvía su atención a Menzoberranzan y destruía las casas desde la segunda hasta la octava por su presunción, el día después de que aniquilaran a la casa Baenre, eso ya no sería de ayuda. Sin la ira de Lloth para detener las ambiciones de las demás grandes casas, un ataque unificado contra Baenre parecía inevitable, no posible.

«El truco —meditó Triel— es evitar que las demás resuelvan asuntos espinosos como quién será la primera casa después de la caída de Baenre, y tentar a algunas de las menores con los puestos de las grandes.»

Si se convencía a casas como Xorlarrin o Agrach Dyrre de que ascenderían más rápido ayudando a Baenre contra una conspiración de Barrison Del'Armgo y Faen Tlabbar de lo que lo harían en el caso de que se volvieran contra la primera casa, entonces Baenre resistiría casi cualquier amenaza de sus vecinas.

Se detuvo en la puerta de la capilla, examinó la idea con intenso disgusto. ¿Tenía la sensación de que la casa Baenre necesitaba aliadas? La vieja matrona Baenre no había gobernado con el consentimiento de todas. Había gobernado la ciudad porque era tan fuerte que nadie pensaba en resistirse a su voluntad.

Triel frunció el entrecejo e hizo un gesto a los guardias de la capilla, que abrieron las puertas y le hicieron una reverencia.

Su hermana Sos'Umptu la esperaba en la capilla. Sos'Umptu tenía la altura de Quenthel, pero seguía el ejemplo de la juiciosa reserva de Triel, en oposición a la vehemencia de Quenthel o de su hermana Bladen'Kerst. Sos'Umptu poseía una insidia calculadora y deliberada que mantenía refrenada. Nunca iniciaba una pelea que no fuera capaz de ganar. Bajó los ojos brevemente, el mínimo gesto de respeto que la posición de Triel exigía y alzó la cabeza.

—¿Hay noticias del ejército, hermana mayor? —preguntó con voz suave.

—Aún no. Zhal'terra me dice que Mez'Barris ha enviado una pequeña fuerza para que se adelante y tome ese paso estratégico en el camino del ejército duergar, lo que parece bastante atinado. El resto del ejército de la Araña Negra los sigue lo más rápido que puede.

—Es una situación difícil. No sé si deberías haber dirigido el ejército en persona.

Triel frunció el entrecejo. No estaba acostumbrada a que sus actos se analizaran en público, pero si era incapaz de sobrevivir a la crítica de su familia, ¿cómo podría atemorizar a las demás matronas?

—Dada la inusual situación —respondió Triel—, creí que sería más inteligente permanecer cerca de la ciudad.

—Quizá. El problema es simple, por supuesto; si les vencen, la culpa recaerá sobre ti. Si el ejército triunfa, convertirás a Mez'Barris Del'Armgo en una heroína.

—Así como a Zal'thera y Andzrel —señaló Triel—. Admito que tengo más que perder, pero por ahora no pensaré en ello.

Examinó la capilla, levantó la mirada hacia la gran imagen mágica que representaba a la Reina de las Arañas. Mientras Sos'Umptu observaba, Triel rindió una reverencia automática.

—No has observado los ritos de la diosa como deberías durante los últimos diez días —dijo Sos'Umptu.

«La diosa no nos ha observado a ninguna desde hace más tiempo», se descubrió pensando Triel.

Apartó apresuradamente la idea blasfema de su mente, horrorizada de que tamaña irreverencia fermentara en su mente. Mantuvo la calma exterior con la facilidad que daba una larga práctica y volvió a centrarse en su hermana.

—Nos enfrentamos a un reto más —dijo Triel—. Los maestros de Sorcere claman por que haya un sustituto para Gomph. La casa Baenre ha situado archimagos en el trono de Sorcere a su antojo durante muchos siglos, pero esta vez, sopeso la posibilidad de apoyar al candidato de otra casa para el puesto. Podría ser... conveniente.

—¿Buscas mi consejo? —dijo Sos'Umptu, que abrió ligeramente los ojos.

—Como Gomph se ha ausentado, y Quenthel está muy lejos, descubro que los hijos de mi formidable madre son pocos. Muy pocas hembras, y aún menos varones, comprenden las lecciones que nos enseñó madre —resopló Triel, irritada—. Bladen'Kerst no entiende nada que no sea la fuerza y la crueldad, y Vendes es sólo un asesino. Necesito una mente afilada, sutil, entrenada por mi madre, y descubro que he permitido que hayas estado confinada en esta capilla durante demasiado tiempo. —Triel se acercó medio paso y endureció su expresión—. Debes entender que me aconsejas cuando a mí me apetece y no confundas consideración por indecisión. No toleraré que cuestiones mi derecho a gobernar.

—Muy bien —dijo Sos'Umptu después de asentir—. Creo que deberíamos aceptar que Gomph ha sido asesinado. No habría abandonado sus deberes a la ligera, y hay al menos dos razones para su muerte. O querían atacar al mismo archimago o querían atacar al principal mago de la casa Baenre. Si ha ocurrido lo primero, bueno,

cualquiera que se convierta en el siguiente archimago sería el culpable, o el siguiente blanco. Pero ¿por qué deberíamos apresurarnos a situar un mago Baenre más débil que Gomph en esa posición, cuando se corre el riesgo de que perdamos a cualquiera que nombremos?

—No me gusta la idea de dar un puesto tan importante a otra familia, pero aún menos perder a otro mago experto —meditó Triel—. En especial cuando podríamos forjar lazos más fuertes con otra casa si alentamos a su candidato, el cual pasaría a ser entonces el blanco de aquel que ha sido lo bastante fuerte para destruir a Gomph.

—No comprendo —respondió Sos'Umptu—. ¿Buscas aliados?

—Me parece que haríamos bien en aliarnos con una gran casa de rango medio, quizá dos —dijo Triel—. Parece una precaución atinada contra cualquier esfuerzo de la segunda o tercera casa para impedir que el resto haga causa común contra nosotras.

—¿Crees que las cosas están tan peligrosas como para hacer eso? —dijo Sos'Umptu mientras se acariciaba la barbilla—. Madre nunca hubiera aceptado semejante cosa.

—Madre vivía en tiempos diferentes —dijo Triel—. No me vuelvas a comparar con ella.

Triel clavó los ojos en su hermana hasta que la sacerdotisa bajó la mirada. Sos'Umptu era lista, pero no fuerte. Si unía sus fuerzas a Quenthel, o conspiraba con los primos más capaces como Zal'thera, sería una amenaza para Triel, pero hasta entonces se podía confiar en ella; dentro de un límite.

—¿Qué pasa si el asesinato de Gomph ha sido un ataque contra la casa Baenre —preguntó Triel—, y no sólo el medio de dejar vacante el puesto de archimago?

—En ese caso, sería muy aconsejable nombrar a otro mago Baenre. Si no lo hacemos, pareceríamos débiles, y si las demás casas perciben que somos vulnerables, estarían tentadas a intentar lo que temes.

—Tus consejos no me dan mucho consuelo, Sos'Umptu —dijo Triel entre dientes—. Y estoy preocupada, no asustada.

—Hay otra posibilidad —dijo Sos'Umptu—. Retrasa el nombramiento. Manten que Gomph aún es archimago de Menzoberranzan durante tanto tiempo como sea posible. Y propaga el rumor de que le has enviado a una misión especial y que no volverá en un tiempo. Cuanto más lo retrases, más probable es que se aclaren las circunstancias de su desaparición. Si el ejército de la Araña Negra sale victorioso de los túneles del sur, entonces tu posición resultaría lo bastante fortalecida para que pudieras hacer lo que desearas con el puesto de archimago.

Triel asintió. Era un consejo atinado. Aunque odiaba admitir que si Lloth continuaba negándole los conjuros, podían disputarle el liderazgo de la casa, no sería equivocado empezar a fortalecer sus lazos con Sos'Umptu. Necesitaría a todas las hermanas que pudiera conseguir.

La puerta de la capilla se abrió, y entró un gordinflón vestido con ropas elegantes. Parecía un gato casero al que le habían dado mucho de comer. Nauzhor Baenre era el primer primo de Triel, el hijo de una de las sobrinas de su madre. Su mejor amiga, una araña peluda tan bien alimentada como el mismo mago, estaba sobre el hombro de Nauzhor. Era un maestro de Sorcere, el único Baenre así reconocido, aparte del viejo Gomph, y tenía reputación de ser un abjurador con algo de talento. Más joven que Gomph, tenía el hábito de mantener una despreocupada sonrisa que hacía difícil calibrar lo que pensaba. Por mucho que lo intentara, Triel era incapaz de imaginárselo con las ropas del archimago de Menzoberranzan.

—¿Me has mandado llamar, matrona?

—Voy a informar —dijo Triel— de que mi hermano Gomph está ocupado en una misión de gran importancia y secreta, y de que volverá a asumir sus deberes como archimago de Menzoberranzan a su debido tiempo. Entretanto, voy a permitir a los maestros de Sorcere que designen a un sustituto para atender las responsabilidades de ese puesto. Apoyarás al mejor candidato de la casa Xorlarrin o de Agrach Dyrr.

La sonrisa satisfecha de Nauzhor desapareció.

—Matrona —tartamudeó—... Había... pensado que quizá yo debería asumir el...

—¿Eres el par de Gomph, Nauzhor? —preguntó Triel.

El abjurador podía tener una apariencia blanda, pero sus ojos traicionaban una mente dura y calculadora, y también pragmática.

—Si fuera el par del archimago, matrona, ya le habría retado por su título. —Pensó un momento, mientras extendía la mano para acariciar la araña que descansaba en su hombro—. Con el tiempo espero igualar y quizá superar sus habilidades, pero debo estudiar el Arte durante muchos años antes de considerarme su igual.

—Como pensaba. Entonces consideraba que —dijo Triel— al que ingenió la desaparición de Gomph es muy probable que le durarías muy poco si presumieras de llamarte archimago de Menzoberranzan. Llegará el día en que consigas tu ambición, primo, pero ese día no es hoy.

—Sí, matrona. Haré lo que me ordenes —respondió después de no dudar en hacer una reverencia.

—Ahora actúas como el mago de la casa Baenre, Nauzhor. Si resulta que mi hermano está muerto, asumirás el puesto, pero por ahora necesito tus conjuros y consejo. Pon en orden tus asuntos en Sorcere. Haré que traigan tus efectos personales aquí.

—Gracias por tu confianza en mis habilidades, matrona —dijo Nauzhor después de una genuflexión.

—Mi confianza en tus habilidades llega exactamente hasta aquí, primo: procura que no te maten —dijo Triel—. A partir de ahora, cualquier varón con la mínima aptitud para la magia de la casa Baenre es tuyo, para que lo entrenes. Necesitamos un

grupo de magos habilidosos que igualen a los de DelArmgo o Xorlarrin.

—Semejante reunión de talentos no se consigue de la noche a la mañana, matrona. Costará años igualar la fuerza de Xorlarrin en la hechicería.

—Entonces es un trabajo que es mejor empezar de inmediato.

Triel estudió al corpulento mago, y descubrió que tenía la esperanza de que el futuro de la casa no residiera en sus grasientas manos.

—Hay una cosa más, Nauzhor —dijo mientras el mago se alejaba—. Considéralo tu primera tarea como mago de la casa. —Triel se acercó y clavó los ojos en los suyos, retándolo a que se riera en su cara—. Descubre qué le ha pasado a mi hermano.



Ryld corrió por un pasillo corto y curvado. Jezz y Valas le pisaban los talones. Danifae ayudaba a Quenthel a caminar tras ellos. El maestro de armas siguió el pasillo a la derecha y salió a una especie de gran salón. El contemplador flotaba allí. Era una gigantesca monstruosidad con la forma de un orbe quitinoso de casi dos metros de diámetro. Sus diez ojos se retorcían mientras lanzaba un conjuro tras otro a Pharaun y Jeggred. El mago estaba revestido de un globo de energía mágica, alguna clase de hechizo defensivo que lo protegía mientras devolvía conjuro por conjuro al monstruo. Jeggred estaba inmóvil, la cara agarrotada en una mueca mientras forcejeaba para quitarse de encima la influencia de algún hechizo pernicioso.

—¡Obstinados microbios! —exclamó el contemplador cuando advirtió a Ryld y a los demás—. ¡Dejadme en paz!

La criatura flotó a través de una arcada. Se retiraba hacia otra parte de su guarida.

Pharaun se volvió con cautela hacia los demás. Una parte de sus ropas estaba acribillada a agujeros humeantes. Algún tipo de ácido le había quemado.

—Ah, veo que mis respetables compañeros al fin han decidido unirse a mí —comentó—. ¡Excelente! Tenía miedo de que os perdierais el placer de arriesgar la vida contra un enemigo homicida.

—¿Qué le pasa a Jeggred? —consiguió decir Quenthel.

—Lo atrapó con algún tipo de conjuro de parálisis, y he gastado toda mi magia disipadora en el duelo. Si puedes liberarlo, por favor hazlo. No me gustaría ser egoísta y quedarme con el contemplador para mí solo.

—Cállate, Pharaun —dijo Danifae con voz áspera—. Tenemos que acabar rápido con el contemplador. Hay un demonio de la sima y una docena más justo a nuestra espalda, y estamos a punto de acabar atrapados entre los dos.

El mago hizo una mueca. Un brillo peligroso apareció en sus ojos cuando miró a Danifae y luego a Jezz el Cojo.

—Si tu tomo de magia causa tantos problemas, quizá deberíamos quedárnoslo —

observó el maestro de Sorcere.

—Tzirik no compartirá los resultados de sus adivinaciones con vosotros si nos traicionáis —dijo el Jaelre—. Decide lo que es más importante para ti, besa arañas, y hazlo rápido.

—Para, Pharaun —dijo Ryld.

Se acercó a donde estaba paralizado Jeggred, y puso a *Tajadora* junto al draegloth para romper el hechizo que lo tenía inmovilizado. El semidemonio parpadeó y frunció el entrecejo mientras se enderezaba despacio.

—Cada problema a su tiempo —continuó Ryld—. ¿Tienes algún conjuro que detenga a los demonios el tiempo suficiente para vencer al contemplador?

—No —contestó el mago—, estarán sobre nosotros en un momento, y eso será todo un problema, ¿no? El... espera un momento, tengo una idea. No detendremos a los demonios. De hecho, los dejaremos entrar.

El poder infernal crujía en la habitación que había detrás de ellos.

—Eso es el demonio de la sima, que está destruyendo mi muro —dijo Jezz—. Explícate rápido, menzoberranio.

Pharaun empezó a pronunciar un conjuro mientras agitaba las manos con los gestos arcanos para controlar la magia.

—No os resistáis —les dijo a los demás—. Ah, ya estamos. Os he cubierto con un velo de ilusión. Ahora todos somos demonios.

Ryld paseó la mirada sobre su cuerpo y no vio nada diferente, pero cuando la levantó, vio que estaba en medio de un grupo de demonios erizados de púas. Reculó un instante y advirtió que los demás demonios también daban un respingo. Débilmente, como escondidos tras un velo vaporoso, vio las formas naturales de los demás elfos oscuros bajo su exterior escamoso.

—Veo a través de la ilusión.

—Sí, pero tú sabes lo que hay que ver —dijo el demonio que estaba donde Pharaun—. Esto debería crear cierta confusión a nuestros enemigos, pero tenemos que movernos rápido. Y que los demonios se confundan con nosotros.

El mago avanzó hasta el otro lado de la habitación, siguiendo al contemplador, y el resto del grupo fue tras él. Se afanaban tras Pharaun mientras los aullidos de los demonios perseguidores se oían por el corredor que había a sus espaldas. Subieron por una escalera de caracol y encontraron al contemplador. Les esperaba en lo que parecía una gran sala del trono. El monstruo vaciló cuando el grupo irrumpió camuflado por la apariencia demoníaca.

—Los elfos oscuros no están aquí —dijo el contemplador con voz rasposa—. Buscad en el resto de la torre. ¡Tenéis que encontrarlos!

—Lo siento pero estás equivocado —dijo Pharaun con una carcajada y le lanzó un relámpago que quemó una parte de su piel quitinosa.

Al mismo tiempo, Valas disparó un par de flechas que se hundieron en su cuerpo acorazado mientras Ryld, Jeggred y Danifae lo atacaban.

La criatura se recuperó de la sorpresa con increíble celeridad. Se volvió para lanzar sobre los drows sus rayos mortales y sus conjuros. A Jeggred lo sacó de la habitación con un rayo telecinético, mientras Danifae tuvo que tirarse al suelo para evitar el barrido incandescente de un rayo de desintegración. Ryld dio tres pasos al frente antes de que al menos tres de sus ojos se dieran la vuelta, lo detectaran y lo hostigaran con más conjuros. Un abanico de rayos de energía incandescentes salió disparado para hacer frente a su carga, y le alcanzaron el torso como si se tratara del martillo de guerra de un enano. Ryld soltó un gruñido de dolor y cayó al suelo.

En ese momento, un aluvión de demonios subió por la escalera y se dispersó por la habitación. En media docena de latidos de corazón, la escena se convirtió en un completo caos. Mientras los demonios se agolpaban en la habitación, algunos lanzaban miradas de enfado al contemplador, otros se detenían confusos, sorprendidos de ver que tantos de sus semejantes ya estaban en la habitación.

—¡El contemplador está compinchado con los elfos oscuros! ¡Matadlo! ¡Comeos sus ojos! —chilló Danifae desde el suelo.

Los demonios se detuvieron lo suficiente para que el contemplador causara estragos con sus conjuros en los que iban al frente. Pero acabaron echándose encima. Garras duras como la piedra arañaron al contemplador, mientras los demonios explotaban bajo los rayos de fuego blanco o se desmoronaban en pedazos de piedra sin vida gracias a los rayos mortales del contemplador.

Ryld estuvo a punto de saltar y enfrentarse de nuevo al monstruo, pero captó el gesto de cautela de Pharaun y fingió estar herido. La estrategia del mago era brillante; dejar que el contemplador y los demonios lucharan, y así se destruirían entre ellos.

—¡Débiles mentales! —siseó el contemplador—. ¡Los elfos oscuros os han engañado!

Sin embargo, infligió una terrible devastación con sus conjuros y rayos mientras intentaba repeler el ataque de los demonios. El hedor de la carne quemada y la sensación extraña de la magia mortífera llenó la atmósfera.

Un sentimiento de palpable injusticia revoloteó en el corazón de Ryld, y un gigantesco demonio de la sima subió a la sala. El poderoso demonio era tan alto como dos drows, su torso lleno de músculos, sus inmensas alas negras lo vestían como si fueran una capa de gloria oscura. Captó la escena con una mirada maligna, y el corazón de Ryld sufrió un sobresalto cuando se dio cuenta de que al poderoso demonio no le engañaba la ilusión de Pharaun.

Con un gesto casi mecánico el enorme demonio conjuró un orbe de fuego negro en una garra y lanzó la siniestra explosión a Pharaun. La mancha negra detonó con un tremendo estallido de malvadas llamas que sacudió la torre hasta sus cimientos y

lanzó a Pharaun por los aires mientras lo achicharraba, al tiempo que los demonios menores y los drows salían volando como bolos.

—¡Están aquí mismo! —bramó la criatura con una voz atronadora como una forja—. ¡Destruid a los elfos oscuros!

El demonio de la sima empezó a invocar otro estallido infernal, pero Jeggred (aún con su aspecto demoníaco) se arrojó al costado del poderoso demonio, arañando y desgarrando presa de la furia. El gran demonio rugió de rabia, mientras se tambaleaba por la carga del draegloth.

—El dulce caos de Lloth —murmuró Ryld.

¿Qué era más peligroso, el mago contemplador o el demonio de la sima? El contemplador aún destruía a todo demonio que veía, drow enmascarado o no, y muchos de los acólitos del demonio de la sima ya habían caído. El demonio de la sima aporreaba y atacaba a Jeggred, que aguantaba lo mejor que podía.

El maestro de armas recorrió con la mirada a los dos enemigos, vaciló sólo un momento y se decidió. Silencioso como una flecha que susurrara en la oscuridad, Ryld se puso en pie y saltó, iba a asestar un tajo al cuerpo esférico del contemplador. El monstruo lo detectó al instante y lanzó un relámpago en su dirección, pero lo esquivó y siguió adelante. Otro ojo se centró en él, y el ronroneo del contemplador se tornó un sonido horrible y mortal. En vez de esperar a descubrir qué conjuro le lanzaría el monstruo con ese ojo, Ryld saltó, cercenando el tentáculo con la brillante hoja de *Tajadora*.

El canturreo del contemplador se transformó en un penetrante grito de dolor. El monstruo se volvió para enfrentarse a Ryld con las mandíbulas abiertas, pero el maestro de armas apuntó y seccionó otro ojo antes de saltar bajo la hinchada esfera del cuerpo de la criatura suspendida en el aire. Ninguno de los ojos del contemplador era capaz de mirar debajo de su cuerpo.

Puso una rodilla en tierra y empujó a *Tajadora* hacia la parte inferior del monstruo. Unos borbotones de sangre negra fluyeron por la hoja, y el enorme monstruo se estremeció y gritó de nuevo.

—¡Bien hecho! —gritó Jezz.

El renegado Jaelre empezó a pronunciar palabras arcanas. Sus manos tejían dibujos místicos. Un proyectil de ácido hirviente quemó otro ojo del cuerpo del contemplador mientras el monstruo se retorció en su agonía.

Ryld liberó la espada y rodó a un lado mientras el contemplador intentaba aplastarlo bajo su peso. Se encontró mirando la parte delantera del cuerpo, donde antes estaba el gran ojo central bajo un caparazón blindado. El ojo central no era más que una cuenca vacía. El maestro de armas rememoró una vieja lección: un contemplador que deseaba aprender magia tenía que quitárselo.

Los ojos menores se agitaban, intentaban enfocar a Ryld. El maestro de armas vio

la oportunidad y el blanco al mismo tiempo. Con un salto veloz hundió a *Tajadora* como una lanza a través de la cuenca vacía. ésta se clavó en el extraño cerebro de la criatura. Con torva determinación metió y sacó el mandoble, lo movió de un lado a otro, mientras la sangre negra salía a chorros.

El contemplador se estremeció y cerró las mandíbulas. Los agitados ojos que le quedaban colgaban flácidos, mientras descendían desmayadamente hacia el suelo.

Ryld levantó la mirada y vio que otro demonio se acercaba hacia él.

Por lo que parecía había descubierto su verdadera apariencia. Ryld sacó la espada corta para destripar al demonio cuando se le echaba encima. El monstruo lo lanzó al suelo, su sangre infecta se derramó sobre él. Ryld hizo una mueca de asco y se quitó el cuerpo de encima, mientras con una mano arrancaba la espada corta del abdomen de la criatura y con la otra liberaba a *Tajadora* de la cuenca del contemplador mago. Sacudió la cabeza para librarse de la sangre que le cubría los ojos.

Cerca de la entrada de la sala, Jeggred cayó al suelo gracias a otro conjuro terrible del demonio de la sima, una rugiente columna de fuego que ennegreció el pelaje del draegloth y que lo habría incinerado si no fuera por su innata resistencia al fuego.

Jeggred chilló mientras rodaba a un lado. Intentaba sofocar los ardientes rescoldos, pero el demonio de la sima lo seguía para atacarlo de nuevo. Danifae apareció frente a él y le asestó un fuerte golpe que le rompió la rótula. El demonio se tambaleó y agitó las alas para recuperar el equilibrio; Valas le hundió tres flechas en la espalda, que se clavaron hasta las plumas entre los omoplatos del demonio.

Ryld avanzó con cuidado. Se preparaba para enfrentarse también al demonio, pero Pharaun, lleno de ampollas y humeante, se levantó del lugar donde lo había tirado la bola de fuego y descargó una rociada brillante de colores irisados que alcanzó al monstruo cuando se volvía para enfrentarse al arquero. Un rayo verde provocó una herida negra y profunda en el centro del torso del demonio, mientras un virulento rayo amarillo explotaba al rozar la cadera del demonio. La criatura trastabilló hacia atrás dos pasos y se desplomó. Era un cadáver humeante. En la sala se hizo el silencio mientras los ecos de la atronadora caída se desvanecían.

Pharaun se levantó lentamente, con un brazo apretado contra el cuerpo. Una mano y parte de su cara estaban en carne viva, debido al fugaz contacto del rayo de desintegración del contemplador, mientras sus ropas humeaban por los efectos de la bola de fuego negra que le había lanzado el demonio de la sima. Los demás elfos oscuros se fueron relajando y, sorprendidos, lanzaban miradas a su alrededor al no encontrar más enemigos en la habitación. Quenthel sacó la varita de Halisstra, que empezó a usar para sanar sus heridas, murmurando oraciones mientras usaba el objeto.

—Eso —dijo Pharaun— no era fácil. Deberíamos haber exigido algo más a los Jaelre por nuestros servicios.

—Viniste a nosotros, besa arañas —dijo Jezz.

Se acercó para examinar el cuerpo del contemplador, que estaba en los escalones de la antigua tarima. Valas y Danifae lo siguieron, ambos con la mirada puesta en la escalera que estaba a su lado.

—Dispersaos y buscad el libro —dijo el Jaelre—. Tenemos que localizar el *Geildirion* y salir antes de que todos los demonios de Myth Drannor caigan sobre nosotros.

Jezz siguió su consejo al instante, y registró de arriba abajo varias mesas de trabajo y revolvió las estanterías con pergaminos que había al fondo de la habitación.

Ryld se sentó en un escalón y empezó a limpiar la sangre de la hoja de *Tajadora*. Estaba exhausto. Jeggred, por otra parte, se lanzó a la búsqueda, lanzando pesados trozos de muebles en desuso y tirando estanterías. A Ryld se le ocurrió que el draegloth sería incapaz de encontrar lo que el contemplador había guardado como un libro valioso bajo los restos de un viejo diván polvoriento, aunque eso parecía mantener ocupado al medio demonio. Ryld se conformó con mantenerse alejado del draegloth.

—¡Quietos todos! —dijo Pharaun con aspereza.

El mago lanzó un conjuro y empezó a volverse despacio. Examinaba la sala con atención. El resto del grupo, incluido Jezz, detuvo su apresurado registro y lo observó con impaciencia. Pharaun paseó la mirada ante Jeggred. Valas se detuvo cuando estaba delante de una pared vacía. Mostró una sonrisa depredadora. Era evidente que estaba complacido consigo mismo.

—He vencido las defensas de nuestro difunto adversario —dijo—. Esa pared es una ilusión que esconde una antecámara.

Gesticuló de nuevo, y parte de una pared que no estaba muy lejos de Ryld desapareció de sopetón, mostrando una alcoba grande con estanterías desvencijadas atestadas de viejos tomos y pergaminos. Jezz saltó con torpeza hacia la estantería y empezó a coger todos los textos.

—Ryld, Jeggred, montad guardia —dijo Quenthel. Se enderezó, y la mirada de asombro de sus ojos desapareció, aunque frunció el entrecejo cuando dejó la varita de curación en la mochila—. Valas, arrambla con el oro y las joyas del contemplador. No hay motivo para dejar el botín, y nunca se sabe cuándo lo necesitaremos. —Miró al hechicero Jaelre, que estaba con un gran tomo cubierto de escamas verdes—. Bueno, maese Jezz, ¿es ése el libro que deseabas recuperar?

Jezz sopló el polvo de la cubierta y paseó sus delgados dedos sobre la piel áspera. Sonrió, su bella cara mostró regocijo.

—El *Geildirion* —suspiró—. Sí, es éste. Tengo lo que vinimos a buscar.

—Bien —dijo Quenthel—. Salgamos de aquí mientras podamos. Creo que ya tenemos todo lo que hay de valioso en este lugar.

capítulo



diecisiete

Halisstra estaba sentada en un banco, junto a una ventana, en el aposento dispuesto para ella, tocando las cuerdas de la lira de hueso de dragón. Llevaba confinada allí dos días y había descubierto que empezaba a estar algo más que cansada de su encierro.

«Me pase lo que me pase en esta aventura —se prometió—, a mí no me encarcelan de nuevo.»

Había esperado que la torturaran, que aplicaran magia o algo peor durante el interrogatorio, pero Tzirik parecía que confiaba en su palabra. Muchos drows aprovecharían la oportunidad de torturar a un prisionero sin importar si era sincero o no, cosa que inducía a pensar a Halisstra que Tzirik esperaba a hablar con Quenthel y los demás antes de hacer algo que los enfureciera. Halisstra no pensaba que la matrona de Arach-Tinilith y sus camaradas atemorizaran a toda la casa, pero era posible que su arrojo hubiera persuadido a Tzirik de que no se buscara problemas sin una buena causa.

Miró por la estrecha ventana enrejada. El amanecer se acercaba. El cielo ya resplandecía en el este, aunque el sol aún no había salido. Halisstra distinguía el interminable bosque de Cormanthor, que se extendía kilómetros y kilómetros.

Una llamada a la puerta la sobresaltó, seguida por el tintineo de unas llaves en la cerradura. Miró a su alrededor y se levantó cuando Tzirik entró en la habitación, vestido con una espléndida capa roja y negra de cuello alto.

—Matrona Melarn —dijo, con una reverencia obsequiosa—, tus camaradas han vuelto. Si vienes conmigo, veremos si tenían una buena razón para abandonarte en el bosque del Mundo de la Superficie.

—¿Lo han conseguido? —preguntó Halisstra después de dejar la lira.

—Lo han conseguido, por lo que voy a dejarte a tu entera libertad. Si hubieran fallado, planeaba usarte como rehén para obligarlos a intentarlo de nuevo.

Resopló divertida, y el clérigo la acompañó fuera de la habitación. La condujo por los elegantes salones y pasillos de Minauthkeep. Un par de guerreros Jaelre les seguían los pasos, vestidos con corazas teñidas de verde y marrón, y con espadas cortas al cinto. Llegaron a una capilla pequeña, decorada con los colores de Vhaeraun y allí encontraron a Quenthel, Danifae y el resto del grupo.

—Veo que habéis sobrevivido a los rigores de Myth Drannor y estáis aquí para

contarlo —dijo Tzirik a modo de saludo—. Como veis, parece que encontré algo vuestro, igual que vosotros habéis encontrado algo mío.

Halisstra estudió las caras de sus antiguos compañeros. La mayoría mostraban algo de sorpresa; una ceja levantada, un intercambio de miradas. Ryld le dedicó una cálida sonrisa antes de bajar la mirada y mover los pies con nerviosismo, mientras Danifae avanzó para asirle la mano.

—Matrona Melarn —dijo—. Pensamos que te habíamos perdido.

—Lo estaba —respondió Halisstra.

Se sorprendió al descubrir lo aliviada que se sentía de volver entre sus antiguos compañeros (aunque fueran intrusos de una ciudad rival), y su calculadora prisionera de guerra. Danifae no sería nunca más un adorno de Halisstra, pero el conjuro del vínculo aún estaba ahí, lo que la convertía en el único aliado que le quedaba.

—¿Dónde has estado? —preguntó Quenthel.

—Me retuvieron varios días para convertirme a la religión de Eilistraee, si puedes creértelo —respondió Halisstra—. Lloth me brindó la oportunidad de matar a dos de las sacerdotisas y escapé.

Aunque su corazón se hinchaba de orgullo por el logro, Halisstra descubrió que estaba un poco decepcionada por los resultados de su traición. No era una extraña en el oscuro arte de la traición, pero le parecía que sólo había hecho lo que podía esperarse de ella.

—Sin duda, la gente de la superficie te dejó libre para ver en lo que andabas metida —dijo Quenthel—. Es un viejo truco.

—También lo pensamos nosotros —dijo Tzirik—. Sin embargo, investigamos la historia de la matrona Melarn y descubrimos que era verdad. Es casi cómica la ingenuidad de nuestras hermanas del culto de Eilistraee. —Hizo una pausa y se frotó las manos—. Sea como sea, Jezz me informa de que le habéis ayudado a recuperar el libro que necesitábamos.

—¿Ayudado? —gruñó Jeggred.

—Su tarea era traer el libro —respondió Tzirik—, no luchar contra los habitantes de Myth Drannor.

—Ya tienes tu libro —dijo Quenthel. Pasó por alto los gruñidos de Jeggred, cruzó los brazos y clavó los ojos en Tzirik—. ¿Estás dispuesto a cumplir tu parte del trato?

—Ya lo he hecho —respondió el clérigo. Levantó la mirada hacia la imagen de bronce de la pared e hizo una pequeña genuflexión—. Tanto si volvíais vivos como si no, pretendía consultar con el Dios Oscuro y descubrir por mí mismo qué pretende Lloth de vosotros. Vuestra historia me inquietó bastante.

Quenthel, frustrada, hizo rechinar los dientes.

—¿Qué descubriste? —consiguió decir.

Tzirik saboreó la información que tenía y respondió con una deliberada sonrisa

mientras se alejaba del grupo y tomaba asiento en el pequeño estrado que había a un lado de la capilla.

—En esencia vuestra historia es cierta —dijo—. Lloth no otorga conjuros a sus sacerdotisas, ni responde a súplicas.

—Eso ya lo sabíamos —observó Pharaun.

—Pero yo no —contestó el clérigo—. En cualquier caso, parece que Lloth se ha parapetado dentro de su dominio en el Abismo. Se niega al contacto no sólo con sus sacerdotisas, si no con todos los seres mortales y divinos, lo que explicaría por qué los demonios que conjuraste para saber sobre la Reina Araña eran incapaces de ayudarte.

Los menzoberranios se quedaron en silencio. Estaban sopesando la respuesta de Tzirik. Halisstra también estaba desconcertada.

—¿Por qué haría eso la diosa? —se preguntó en voz alta.

—Para ser sincero, admitiré que Vhaeraun o no lo sabe o no desea que lo sepa —dijo Tzirik. Centró la mirada en Halisstra—. Por el momento, el capricho divino parece una explicación tan buena como cualquier otra.

—¿Está... viva? —preguntó Ryld en voz baja. Quenthel y la otra sacerdotisa lanzaron miradas de enfado al maestro de armas, pero éste continuó—: Lo que quiero decir es, ¿la ha matado otro dios, o ha enfermado, o la han encarcelado contra su voluntad?

—Si tuviéramos esa suerte —dijo Tzirik, con una carcajada—... No, Lloth aún vive, sin embargo deberías definir qué significa que una diosa esté viva. Si se ha encerrado ella misma en la Red de Pozos Demoníacos o lo ha hecho otro poder, Vhaeraun no lo dijo.

—¿Cuándo terminará esta situación? —preguntó Halisstra.

—De nuevo, Vhaeraun o no lo sabe o no desea que lo sepa —dijo Tzirik—. Una pregunta mejor sería «¿acabará?» La respuesta a eso es «sí», acabará con el tiempo, pero antes de que os consoléis demasiado con eso, debo recordaros que una diosa puede tener un sentido diferente de lo que nosotros consideraríamos una espera razonable. El Señor Oculto podría referirse a algo que sucederá mañana, el mes que viene, el año siguiente o quizá dentro de un siglo.

—No podemos esperar tanto —murmuró Quenthel. Su expresión era distante, pensaba en los sucesos de la lejana Menzoberranzan—. Debemos tomar una decisión.

—Entonces aceptad el culto de una deidad más compasiva —respondió Tzirik—. Si estáis interesados, sería un placer adoctrinaros en las virtudes del Señor Oculto.

Quenthel se encrespó, pero mantuvo la boca cerrada. Lo que era una proeza para la sacerdotisa Baenre.

—Me niego —dijo—. ¿Tiene algún otro consejo para nosotros el Señor Oculto, clérigo?

—De hecho, sí —respondió Tzirik. Se movió en el asiento y se inclinó hacia adelante para dirigirse a Quenthel—. éstas son las palabras exactas que me dijo, así que tomad nota de ellas. Los hijos de la Reina Araña debían buscarla para encontrar respuestas.

—Pero ya lo hacemos —gritó Halisstra—. Todos nosotros, pero no nos escucha.

—No creo que fuera eso —dijo Danifae—. Creo que Vhaeraun sugiere que no descubriremos nada más a menos que vayamos a la Red de Pozos Demoníacos y supliquemos a la diosa en persona.

Tzirik permaneció en silencio y observó a los menzoberranios. Quenthel paseaba en círculos, sopesando la idea.

—La Reina Araña requiere cierta dosis de iniciativa y de seguridad en sus sacerdotisas —dijo la matrona de Arach-Tinilith—, pero además pide obediencia. Ir a su morada divina para pedir respuestas... A Lloth no le gustaría semejante atrevimiento.

Halisstra permaneció en silencio, pensaba con rabia en lo que Tzirik sugería. Aventurarse en otros planos de la existencia no le era desconocido, por supuesto. El conjuro de Pharaun había llevado al grupo por el Plano de las Sombras, después de todo, y había muchos más universos que alcanzarían mortales pertrechados con la magia correcta, una multitud de cielos e infiernos, maravillas y terrores más allá de los confines del mundo físico, pero la idea de intentar un viaje así, sin la invitación explícita de Lloth, aterrizzaba a Halisstra.

—Los castigos por no comprender la voluntad de la diosa en este asunto serían graves —dijo Halisstra.

—¿No acabamos de oír la voluntad de la diosa? —preguntó Danifae—. Nos guió hasta este lugar y esa respuesta a su silencio es tan clara como si la hubiera grabado en nuestros corazones. Podría enojarse si fracasamos en esto.

Halisstra estaba acostumbrada a una sensación de seguridad cuando llegaba el momento de interpretar los deseos de la Reina Araña. Antes de que el silencio divino cayera sobre las sacerdotisas de Lloth, conocía los extraños susurros de la diosa en su mente. No ocurría a menudo, por supuesto (sólo era una sacerdotisa, y a Lloth la servían innumerables miles), pero sabía cómo comprender hasta en lo más profundo de su ser qué deseaba la Reina Araña y cómo lo lograría. Halisstra no sentía nada. La voluntad de Lloth, evidentemente, era que debía averiguarlo por ella misma.

Halisstra levantó la mirada, la posó donde colgaba la máscara de bronce de Vhaeraun. Lo ajeno del lugar parecía palpable, una expresión tangible de todo lo que había perdido. En vez de estar ante el antiguo altar del orgulloso templo de la casa Melarn, la divina certeza de Lloth resonando en su alma mientras ejecutaba los ritos de sacrificio y humillación que exigía la Reina Araña, estaba sola, perdida. Era una entrometida en el templo de un falso dios, mientras buscaba a tientas una señal que

desvelara las intenciones de Lloth.

Se imaginó ante Lloth, su alma desnuda para su diosa, sus ojos cegados ante la visión de la oscura gloria de Lloth, sus oídos ensordecidos por el sonido de la sibilante voz de la Reina Araña... Quizá era demasiado osado creer que Lloth disiparía sus dudas, que proporcionaría respuestas a sus preguntas y un bálsamo para su corazón herido, pero descubrió que no le importaba. Si Lloth decidía apartarla, castigarla, lo haría; pero ¿entonces, por qué había destruido Ched Nasad y la casa Melarn si no era para llevarla ante ella y recibir su súplica?

—Estoy de acuerdo con Danifae —dijo al fin—. No veo qué puede significar eso que no sea convocarnos ante el trono de la diosa. Encontraremos las respuestas en su presencia.

—Interpreto su voluntad del mismo modo, hermanas —dijo Quenthel después de asentir—. Debemos ir a la Red de Pozos Demoníacos.

Ryld y Valas cruzaron miradas de preocupación.

—Una visita al sexagésimo sexto plano del Abismo —dijo Pharaun—... Bueno, he soñado con ese lugar. Sería interesante ver si la realidad corresponde a mi sueño de hace años, aunque tengo que decir, que no me deleita la idea de encontrarme con Lloth en persona. Destrozó mi alma cuando tuve esa visión. Me costó meses recuperarme.

—Quizá deberíamos regresar a Menzoberranzan e informar de lo que hemos descubierto antes de dejar llevarnos por el impulso... —terció Ryld. Era evidente que estaba alarmado ante la perspectiva de descender a los reinos infernales.

—Ahora que comprendo la voluntad de la diosa, no deseo postergar el cumplimiento de su voluntad —dijo Quenthel—. Pharaun puede usar su conjuro para informar a Gomph de nuestras intenciones.

—Más concretamente —dijo Valas—, ¿cómo consigue uno llegar a la Red de Pozos Demoníacos?

—Adora a Lloth toda tu vida —respondió Quenthel, con una mirada oscura que nublaba sus ojos—, luego muere.

Halisstra echó una breve ojeada a la suma sacerdotisa y luego al explorador.

—Si la diosa nos concediera sus conjuros, lo haríamos sin pensarlo —dijo Halisstra—. Sin ellos no es tan fácil. ¿Pharaun?

El mago se acarició las manos.

—Aprenderé los conjuros en la primera oportunidad que se presente —dijo—. Tendré que localizar a un mago de renombre que conozca los adecuados, y persuadirlo para que comparta uno conmigo.

—Eso no será necesario, maese Pharaun —dijo Tzirik. Se levantó de la silla y descendió de la tarima—. Da la casualidad de que mi dios no cree necesario privarme de mis conjuros. Tengo interés en ver qué ocurre en el dominio de Lloth. Podemos

irnos esta misma noche, si así lo deseáis.



Compañía tras compañía, el ejército de la Araña Negra marchaba con orgullo hacia la caverna que había tras los Pilares del Infortunio. No era comparable a la vasta caverna de Menzoberrazan o el inabarcable abismo del Lagoscuro, pero la planicie a la entrada del cañón era impresionante, quizá medía como un kilómetro de ancho y su techo se alzaba a más de sesenta metros. Innumerables columnas lo sostenían, y cavernas laterales se veían por todos lados; parecían nichos que abrían caminos en la oscuridad.

Nimor examinó el lugar montado sobre su lagarto de guerra. Observó cómo las grandes casas de Menzoberrazan entraban en la caverna, formando en cuadros relucientes bajo una docena de estandartes distintos. Se había pasado más de dos días para reconocer las grietas, cuevas y túneles que llegaban a la planicie. El valor estratégico de los Pilares del Infortunio era evidente. Sólo una carretera llevaba al sur, por un tortuoso cañón. Sin embargo, donde había conducido a los drows acababan varios túneles. Cada uno llevaba al interior del Dominio Oscuro de Menzoberrazan.

—Un buen lugar para la batalla —dijo, mientras asentía para sí con satisfacción.

Su montura, a pesar de ser una bestia depravada y estúpida, parecía sentir el inminente conflicto. Nerviosa, siseaba y rascaba el suelo mientras agitaba la cola.

Nimor esperaba cerca del centro de la línea de exploradores que ocupaban la horcajadura entre los Pilares, a la cabeza de una fuerza de casi un centenar de jinetes de Agrach Dyrr. Aquellos de entre su fuerza de exploradores que eran leales a cualquier otra casa estaban repartidos entre las rocas y las grietas del cañón, donde Nimor y sus hombres los asesinaron poco después de llegar a los Pilares.

Anhelaba ir a saludar a Mez'Barris Armgo, Andzrel Baenre y el resto de sacerdotisas y oficiales superiores del ejército. Veía su pabellón, que ya estaba levantado en el centro de la caverna.

«Lo malo de una traición que abarca todo un campo de batalla —pensó— es que uno no puede estar en todas partes para saborear el momento en su totalidad.»

Vio que un enjuto lagarto salía del pabellón de mando en dirección a su compañía.

—Parece que me buscan —dijo a los soldados Agrach Dyrr que esperaban detrás de él—. Ya sabéis qué hay que hacer. Esperad a la señal. Cuando llegue, no esperéis ni un segundo.

Nimor espoleó a su lagarto de guerra y cabalgó un poco para reunirse con el mensajero. El jinete era un tipo joven con el uniforme de la casa Baenre; sin duda, un sobrino preferido o primo, dada la relativa seguridad que ofrecía la tarea para ganar rango sin correr demasiados riesgos. No llevaba casco y permitía que su cabello

ondeara como una crin. Una bandera roja se agitaba en un arnés afianzado en la silla.

—¿Eres el capitán Zhayemd? —preguntó, mientras aminoraba la velocidad del lagarto para saludar a Nimor.

—Lo soy.

—Se requiere tu presencia en el pabellón de mando de inmediato, señor. La matrona Del'Armgo quiere saber dónde están los enanos grises y cómo disponer las tropas.

—Ya veo —contestó Nimor—. Bueno, cabalga de vuelta y dile que me presentaré en breve.

—Con todo el respeto, señor, estoy...

Tres sonoros toques de cuerno, dos cortos seguidos por uno largo, bramaron en el espacio que había entre los Pilares del Infortunio. Reverberaron tan fuerte que pareció que la misma roca daba voz al grito.

—Por la furia de Lloth, ¿qué es eso? —quiso saber el mensajero.

—Eso —dijo Nimor— era la señal para el ataque duergar.

Desde las profundidades del cañón bajo los Pilares del Infortunio llegó un fragor que hacía temblar el suelo. Bajo la línea de exploradores de Nimor, de pronto, centenares de duergars en lagartos salieron de detrás de unas telas de camuflaje hábilmente dispuestas y se colocaron en la brecha en la que los exploradores de Nimor se suponía que tenían que estar. Tras las líneas de la caballería, avanzaron al trote las columnas de infantería, mientras chillaban sus rudos gritos de guerra, alzando hachas y martillos. Los jinetes de Agrach Dyrr subieron a sus sillas, mientras tomaban la posición para detener la carga entre las gigantescas columnas de roca; y, como habían acordado, giraron al unísono hacia un lado, para dejar la línea desguarnecida.

—¡Los Agrach Dyrr! ¡Nos traicionan! —gritó el mensajero. El horror y la sorpresa se le reflejaban en la cara.

Volvió grupas, pero Nimor se inclinó y ensartó al muchacho. El joven Baenre se llevó la mano a la herida, tambaleándose, y cayó de la silla. Nimor dio un golpe en la grupa del lagarto y la bestia salió disparada hacia la caverna, arrastrando al mensajero muerto pues aún tenía los pies en los estribos.

Nimor espoleó su montura hacia un saliente que había a unos cuatro metros del suelo de la caverna que daba a los Pilares. Desde ese punto veía la mayor parte de la caverna.

—¡Un buen panorama de la batalla, mi príncipe! —requirió—. Qué magnífico día para tu triunfo, ¿eh?

—Te lo diré en un cuarto de hora, depende de si conseguimos la victoria o no.

Desde las sombras del fondo del saliente, emergió Horgar Sombracerada. él y sus guardias personales estaban protegidos por una ilusión bien urdida, invisible para

cualquiera que estuviera abajo, a menos que alguien supiera dónde mirar.

—No te acerques más, Nimor —dijo el príncipe heredero—. No deseo que nadie descubra que desapareces en una pared y se vuelva demasiado curioso sobre lo que podría haber aquí.

—Seguramente pretendes incorporarte a la batalla, príncipe Horgar. Sé que eres un enano de no poco valor.

—Participaré en ella cuando esté seguro de que no necesito dar más órdenes, Nimor. En unos momentos serás incapaz de oír a alguien que te grite en la oreja.

Nimor devolvió la atención a la batalla. Los jinetes de Agrach Dyr, lejos de los Pilares, cargaron en círculo, pasaron por la cueva y evitaron el cuerpo principal del ejército menzoberranio. Su tarea era llegar a la retaguardia y ayudar a la infantería de Agrach Dyr a sellar el túnel por el que acababa de llegar el ejército de la Araña Negra.

La caballería duergar fluyó por la abertura e invadió las posiciones que se suponía que tenían que aguantar contra ellos. Varios contingentes de las casas de la vanguardia se arremolinaban con evidente desorden, sorprendidos al descubrirse de pronto frente a una carga en campo abierto, en vez de los trabajos de asedio y construcción que esperaban.

Otras casas respondieron al repentino asalto con destreza y valor. El enorme contingente Baenre elevó un fiero grito de guerra y se arrojó al frente para apoderarse del paso antes de que más duergars lo atravesaran.

—Una maniobra atrevida, Andzrel —dijo Nimor, no sin admiración—. Por desgracia, creo que es demasiado tarde para poner el corcho en la botella.

Nimor azotó las riendas de su lagarto de guerra y se situó para tener una vista mejor del centro de la caverna. Quería ver la caótica confusión, el espectáculo de las columnas a la carga, chocando y retirándose como el sangriento oleaje de un mar de hierro, pero el ruido de la batalla era intolerable. Atrapados por la roca arriba, abajo y por todos lados, los rugidos, los gritos y el rechinar de las armas sobre los escudos se tornaron indistinguibles, y el fragor creció hasta ser un retumbo que se incrementaba a medida que más guerreros se enzarzaban en la lucha.

—El ruido nos beneficiará —gritó por encima del hombro a Horgar, aunque no oía sus propias palabras—. Los oficiales del ejército de la Araña Negra deben decidir cómo responder y dar las órdenes apropiadas.

—Sí —respondió el monarca enano. Nimor tuvo que esforzarse para entenderlo—. ¡El peor momento para trazar tu plan de batalla es en medio de un ataque!

Un brillante relámpago desgarró las líneas de los duergars, seguido de un trueno que se oyó por encima del estrépito de la batalla. Estallidos de bolas de fuego y hojas de llamas veteaban el campo de batalla, mientras los magos de cada bando hacían notar su presencia.

Nimor frunció el entrecejo. Un puñado de poderosos magos era capaz de decidir el asunto, incluso ante el feroz asalto de los duergars y sus aliados de Agrach Dyrr, pero también había magos entre las tropas duergars, muchos de ellos disfrazados de jinetes o infantes. Cuando los magos drows golpeaban a los enanos grises atacantes revelaban sus posiciones. Los magos duergars respondieron a cada relámpago, cada explosión ígnea, y en unos instantes la caverna se llenó de destellos de luz y fuego rojizo. El aire caliente y acre transportaba la poderosa magia lanzada sin contemplaciones de un lado al otro.

Por mucho que lo intentara, Nimor era incapaz de decir qué magos prevalecían, mientras el terrible espectáculo se acercaba a la anarquía completa. En el tiempo que se tarda en contar hasta veinte, la masa de tropas de Menzoberranzan contuvo la acometida inicial de los duergars. Los dos ejércitos quedaron trabados en un largo frente que culebreaba cientos de metros por la caverna. Los estandartes ondeaban y caían, lagartos de guerra corcoveaban y se desplomaban, mientras la carga inicial se disolvía en un millar de combates cuerpo a cuerpo.

Las columnas de duergars a veces atravesaban los puntos donde estaban reunidas las casas drows. Entraban y rodeaban a los enemigos que luchaban desesperadamente. Nimor esbozó una sonrisa sombría. Los elfos oscuros tenían pocas nociones de cómo mantener unidas a sus compañías y convertir el ejército en un arma, pero cada uno de los contingentes de las casas era un pequeño ejército de veteranos experimentados y mortíferos. El asalto duergar había dividido a los drows en veinte fuerzas más pequeñas que se apiñaban y luchaban como gatos panza arriba.

—Nuestra victoria aún está en el alero, Nimor —gritó Horgar desde arriba—. ¡Los malditos magos han contenido nuestro primer asalto!

—Sí, pero has cruzado los Pilares, ¿no? —respondió Nimor a gritos—. Pensé que la carga inicial aniquilaría a los menzoberranios pero parece que a los ejércitos de las casas no se les barre con tanta facilidad.

Mientras examinaba la batalla, Nimor pensó que los enanos grises, con la ventaja de la sorpresa, serían capaces de vencer a las casas de Menzoberranzan, pero costaría un largo día de combates acabar con la fuerza de los elfos oscuros. La casa Baenre, en particular, se las había ingeniado para hacerse fuerte en los Pilares del Infortunio, por el momento, y cuanto más tiempo aguantara Andzrel en el paso, tanto más oportunidades tendrían los elfos oscuros.

Por fortuna, Nimor había tomado medidas contra esta posibilidad. Los menzoberranios parecían muy absortos en el asalto de los enanos grises. Era el momento de hundir el cuchillo entre las costillas de Menzoberranzan.

—Ahora, Aliisza —dijo hacia la nada.

Nimor volvió grupas, sacó la espada y espoleó al lagarto de guerra hacia la confusa refriega. Mez'Barris Armgo y Andzrel Baenre estaban en algún lugar cerca

del centro de la lucha, y pretendía asegurarse de que no escapaban a la destrucción de su ejército.



A poco menos de un kilómetro, apiñados en un estrecho túnel que descendía desde el este hacia la planicie, Aliisza estaba con los ojos cerrados, la mente enfocada en el conjuro que le permitía observar a Nimor. Gracias a la magia que usaba, oyó cada palabra como si las hubiera pronunciado en una habitación en silencio. Despertó del trance y dejó que el conjuro se disipara.

—Es el momento —le dijo a Kaanyr Vhok.

—Bien —dijo el Caudillo. Sus dientes afilados asomaron en una fiera sonrisa. Se relamía ante la inminente batalla. Echó un vistazo al asesino Zammzt, que estaba cerca—. Bueno, renegado, supongo que es tu día de suerte. Lanzaré a mis guerreros contra los elfos oscuros, no contra tus aliados duergars.

—Te aseguro, Caudillo, que no lo lamentarás —contestó Zammzt después de inclinar la cabeza—. Destruye su ejército, y Menzoberranzan yacerá desguarnecida ante ti.

Kaanyr avanzó hacia donde estaban sus portaestandartes.

—¡Tocad a carga! —gritó.

Al instante, una docena de tamborileros osgos golpearon sus instrumentos, produciendo un simple redoble triple, que repitieron tres veces. Agolpados en un túnel más abajo, sedientos de sangre, los tanarukks de la Legión Flagelante de Kaanyr Vhok aullaron y avanzaron de prisa. Estampaban los pies en el suelo mientras blandían las hachas. Kaanyr sacó su espada y se unió a sus tropas, mientras su guardia y los portaestandartes se apresuraban tras sus pasos. Aliisza retuvo el aliento ante el espectáculo y voló tras el estandarte de Kaanyr. Después de todo, una batalla como ésta no se daba cada día.

Por delante de los tanarukks, uno de los muros de la caverna en el flanco del ejército de la Araña Negra rieló y de pronto dejó de existir, descubriendo un túnel oculto por una ingeniosa ilusión. La estridente horda de tanarukks babeantes surgió de allí y se lanzó contra el ejército drow por retaguardia mientras las grandes casas estaban trabadas con los jinetes duergars. Aliisza vislumbró la bandera roja de Kaanyr, que ondeaba orgullosa al frente de las tropas, y la Legión Flagelante se volcó en la batalla.

Sólo un puñado de casas menores estaban en el camino de la arrebatada horda. La oleada de semiorcos sedientos de sangre las desbordó. Eran como una lanza de acero al rojo que se hundía en el flanco del ejército. Aliisza se descubrió gritando de alegría y terror, arrebatada por el terrible espectáculo e incapaz de expresar su excitación de otra manera. El ejército de la Araña Negra estaba irremediabilmente enzarzado en la

batalla que no deseaba, un cuerpo a cuerpo salvaje en terreno abierto contra los ejércitos combinados de Gracklstugh y Kaanyr Vhok. Como islas en un mar de enemigos, cada casa de Menzoberranzan resistía contra una marea de acero y conjuros, luchando por sus vidas.

La semisúcubo aterrizó sobre una estalagmita y miró de hito en hito la batalla que se libraba bajo ella.

«Ah, Nimor —pensó—. ¡Qué cosa tan grande y terrible has hecho!»



Nimor Imphraezl, Espada Ungida de la Jazred Chaulssin, avanzaba por una escena tal que los demonios de todos los infiernos apenas podrían imaginar. La sangre de docenas de nobles drows manchaba su estoque y su cota de malla. Su lagarto de guerra hacía rato que había sido carbonizado por un relámpago lanzado por un mago Tuin'Tarl, y le dolían las extremidades por la fatiga y una docena de pequeñas heridas, aunque Nimor mostraba una sonrisa salvaje, embelesado por los resultados de su mortífero trabajo.

—¿Quién ha obtenido un mayor éxito, Venerado gran patriarca? —dijo con una fuerte carcajada—. ¡Zammzt te entregó Ched Nasad, pero yo he hecho que la ciudad preferida de la Reina Araña se postre!

La batalla ya duraba hacía horas. En vez de mantener una defensa inexpugnable en los Pilares del Infortunio, el ejército de la Araña Negra se veía asediado por todas partes por un enemigo que había escogido el terreno y el momento de atacar. Al igual que una gran bestia con una herida mortal en el vientre, un ejército abatido tarda mucho en morir, su agonía dura horas, mientras se desangra lentamente. En las batallas del mundo de la superficie, quizá los drows habrían entregado las armas confiando en el buen trato que les dispensaran los vencedores. En la cruel estrategia del arte de la guerra en la Antípoda Oscura, no se daba ni se pedía cuartel. Los enanos grises no tenían intención de permitir que un solo elfo oscuro sobreviviera a ese día. Los guerreros de Menzoberranzan lo sabían y por eso luchaban hasta morir.

Algunas de las casas menores estaban hechas pedazos o diezmadas. Sus combatientes, en grupos de dos o de tres, vendían sus vidas tan caras como podían. Bandas de duergars, osgos, ogros y otros soldados leales al príncipe heredero de Gracklstugh recorrían la caverna, sedientos de sangre, a la caza de los desgraciados drows cuyas compañías estaban desperdigadas. Algunas casas mantenían su posición en la gran caverna, luchando con furia pese a que la marea duergar crecía cada vez más y los hostigaba desde todos los lados. Otras casas sumaban sus esfuerzos con la esperanza de conjurar el espectro de una derrota catastrófica.

Los soldados de Barrison Del'Armgo habían sido conducidos hacia un túnel lateral, estrecho y serpenteante, y los atacaban desde la planicie. Se estaban retirando

por un pasillo de sólo seis metros de ancho, y los orgullosos guerreros de la segunda casa resistían los repetidos asaltos de los duergars. Mez'Barris estaba atrapada allí, incapaz de unirse a otras casas, mientras sus suministros ardían junto al resto del convoy, quemado por la infantería de Agrach Dyrr, que se había situado en retaguardia. A Del'Armgo le esperaba un largo y penoso camino de vuelta al hogar.

La compañía de la casa Xorlarrin, bien provista de los poderosos magos de la casa por los que era célebre, acabó atrapada cerca del centro de la caverna, lejos de cualquier lugar que ofreciera una relativa seguridad. Resistieron contra una cantidad de duergars cinco veces mayor que sus fuerzas durante buena parte del día, levantando muros de fuego y de hielo y descargando explosiones de energía destructiva, pero sus magos se cansaban, agotaban los conjuros. Centenares de lanceros duergars montados en lagartos de guerra esperaban la oportunidad de cargar contra Xorlarrin cuando sus mágicas defensas fallaran.

La orgullosa compañía de Baenre, más de cinco mil almas, aguantaba como una roca mientras a su alrededor las casas menores eran masacradas o hechas pedazos. Como había predicho Nimor, Andzrel Baenre se vio obligado a abandonar los Pilares del Infortunio poco después de tomarlos, y sus fuerzas retrocedieron por el túnel por el que el ejército de la Araña Negra había pasado horas antes. Los Baenre centraron toda su atención en los Agrach Dyrr, que les cerraban el paso. Virotos, jabalinas, conjuros mortíferos, volaban mientras las dos casas batallaban como fieras. Aunque los Baenre superaban a los traidores Agrach Dyrr por dos a uno, los guerreros de la primera casa se veían obligados a defenderse de ataques lanzados desde todos los lados mientras intentaban abrir una brecha para escapar.

Nimor avanzaba hacia el centro del combate, dejando a su paso muertos y moribundos. Por fortuna, había preparado varios conjuros de invisibilidad para ese día. De lo contrario, lo habrían interrumpido una y otra vez los duergars o los tanarukks ansiosos por matar a cualquier drow que encontraran. Cientos de Guardias de Piedra de Horgar se enfrentaban a la infantería Baenre, mientras Agrach Dyrr levantaba barricadas en la boca del túnel principal. Nimor evitó el fragor de la lucha y advirtió que Andzrel y Zal'thera estaban bajo el estandarte Baenre.

Los líderes Baenre dirigían a sus soldados al centro del combate. Lentos, pero con seguridad, se abrían paso entre los guerreros de la casa traidora. Un fuerte círculo de guardias los rodeaba.

El asesino sonrió al ver la oportunidad. Los líderes Baenre se habían sumado a la batalla. Si era capaz de matarlos, decapitaría al contingente Baenre; y si su fuerza se desintegraba, había una excelente oportunidad de que ningún soldado del Ejército de la Araña Negra sobreviviera a ese día.

Nimor vio a Jazzt Dyrr, que estaba alejado de los combates, dirigiendo a los soldados de Agrach Dyrr. El noble se tapaba con una mano un corte en las costillas.

El asesino se apresuró y disipó la invisibilidad.

—Un trabajo bien hecho, pariente —le gritó a Jazzt—. Continúa frenando a los Baenre, y la guardia del príncipe heredero los triturará.

Jazzt levantó la mirada. La fatiga y el dolor eran evidentes en su cara.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —dijo—. Los Baenre luchan como demonios, y bastantes de nuestros muchachos no volverán a casa. —Se irguió y le ofreció la mano a Nimor—. Recelaba de ti, Zhayemd, pero tu plan parece desarrollarse a la perfección. Pensé que te necesitaríamos aquí, pero veo por las manchas de sangre que te mantienes ocupado.

—Las grandes casas aún resisten en el centro de la caverna, pero éste es el punto decisivo —respondió Nimor. Tenía los ojos clavados en el estandarte Baenre—. Préstame todos los soldados que puedas. Voy a matar a los oficiales Baenre.

—De acuerdo, nos vendrá bien esa ayuda —contestó Jezzt. Hizo un gesto, y aparecieron doce guerreros experimentados—. Muchachos, id con Zhayemd. ¡Tomad el estandarte Baenre!

Nimor preparó el estandarte y la daga mientras los soldados se reunían a su espalda. El cuerpo a cuerpo se acercaba. Mientras, los Baenre continuaban ganando terreno. Veía el estandarte Baenre, ondeando por encima del centro del combate. Andzrel estaba cerca de la vanguardia, rodeado por lo mejor que podría ofrecer la casa Baenre, mientras Zal'thera cojeaba unos pasos por detrás. La sacerdotisa lidiaba con una fea herida en la cadera y caminaba apoyando el brazo sobre los hombros de un lugarteniente.

Nimor esperó hasta que los guardias de los oficiales Baenre estuvieron a tiro de lanza de sus soldados.

—¡Arriba y a por ellos, muchachos! —gritó.

Entre enfebrecidos vítores, los guerreros de Agrach Dyrr atacaron desde sus escondites. Algunos dispararon sus ballestas hacia los Baenre antes de descartarlas y desenvainar las espadas. Las flechas sisearon en la boca del túnel. Algunas rebotaron en la armadura de las sacerdotisas y la guardia Baenre, pero otras dieron en el blanco. Los de Baenre se prepararon para recibir la carga de Agrach Dyrr lo mejor que pudieron. Zal'thera saltó a un lado del túnel y se defendió con un enorme flagelo negro de dos cabezas, reacia a confiar en su pierna herida pero ni mucho menos indefensa, como aprendió un soldado de Agrach Dyrr cuando lo hizo tropezar y le asestó un golpe que le rompió el cráneo. En un momento, el entrechocar del acero y el abominable sonido del metal sobre la carne resonaron en el túnel, acompañados de los gritos, gruñidos y maldiciones de los guerreros.

Andzrel, a diferencia de su parienta, se lanzó a la lucha. Llevaba una espada de dos hojas con las que detenía las centelleantes espadas de sus enemigos a la par que les asestaba patadas para derribarlos. Nimor observó admirado la cambiante suerte

del furioso asalto. Entonces, los de Agrach Dyr se abrieron paso, y se acercó al maestro de armas Baenre.

—Saludos, Andzrel —dijo—. Tu maestro de exploradores informa de que los duergars parecen haberse infiltrado más allá de nuestra línea en los Pilares del Infortunio, y ahora presentan un peligro considerable para el ejército de la Araña Negra.

Andzrel Baenre se quedó paralizado. La furia hervía bajo su talante disciplinado.

—Zhayemd —profirió—. Has cometido un grave error al enfrentarte a mí. Habría sido más acertado saborear los frutos de la traición desde lejos.

—Ya veremos —respondió Nimor.

Dio un salto al frente y dirigió una estocada asesina al pecho del Baenre, pero Andzrel estaba preparado. El maestro de armas se hizo a un lado y levantó su espada de doble hoja en una parada circular que desvió el estoque de Nimor. Luego, se acercó a éste y lo golpeó con el codal de su armadura en la sien. Si Nimor hubiera sido el menudo drow que parecía ser, el golpe le habría fracturado el cráneo. En cambio, sólo le sacudió la cabeza. Respondió girando en dirección contraria mientras levantaba la daga en un golpe encubierto que alcanzó a Andzrel bajo la coraza. El maestro de armas reculó medio paso y saltó, al tiempo que estampaba la bota en las costillas del asesino, pero Nimor sólo soltó un gruñido y empujó a Andzrel con fuerza hacia atrás.

Andzrel rodó y a continuación se levantó con la espada en alto, los ojos muy abiertos.

—Por la diosa, ¿qué eres? —murmuró.

Antes de que Nimor diera una respuesta adecuada, la mano del maestro de armas bajó como un relámpago hacia su bota y lanzó un cuchillo que fue directo al cuello de Nimor. El asesino puso el brazo frente a la cara y el arma se le clavó en el antebrazo. Lanzó un gruñido y se la arrancó. Su sangre caía al suelo polvoriento de la caverna.

Andzrel no lo esperó, por supuesto. El Baenre atacó y esquivó la guardia de Nimor. Intentaba derribarlo de un golpe seco.

Nimor saltó y aterrizó al otro lado. Mientras Andzrel se daba la vuelta, Nimor hundió el estoque a través de su coraza y abrió una profunda herida en el costado del maestro de armas. Andzrel gruñó y trastabilló, perdiendo el equilibrio. Cayó a los pies de Nimor, la espada de dos hojas yacía debajo.

—Un buen intento —dijo Nimor, mientras levantaba la espada para acabar con él.

Antes de que golpeará, una esfera de energía ambarina lo rodeó. La fuerza mágica detuvo la estocada con tanta seguridad como si intentara ensartar Narbondel y también resistió su cuchillo.

—¿Qué infiernos es esto? —exigió Nimor.

El asesino gruñó de rabia, incluso cuando se dio cuenta de que el fragor del

combate había aumentado con creces en ese mismo instante. Miró más allá de la esfera. Intentaba determinar de dónde venía y qué pasaba.

Docenas de tropas Baenre de refresco aparecieron por el túnel detrás de los Agrach Dyrr y atraparon a Jazzt y a su infantería entre el martillo y el yunque. Los Agrach Dyrr que bloqueaban el túnel fueron ahuyentados o asesinados, lo que despejó la retirada del contingente de la casa Baenre. Nimor observó con fría cólera cómo los Baenre empezaban a correr ante su prisión mágica para reforzar a los suyos. En unos momentos, la batalla se alejó de él y volvió a la caverna principal.

Nimor se volvió hacia el túnel y se encontró con un mago alto y gordo, con los colores de la casa Baenre, que estudiaba el globo ambarino con una sonrisa de autocomplacencia. Zal'thera y Andzrel también miraban al recién llegado.

—Nauzhor —dijo la sacerdotisa. La sangre fluía de la herida de la cadera—. El momento no podría ser mejor.

—Ha sido un accidente en realidad —ronroneó el mago—. La matrona me ordenó que obtuviera noticias de la batalla, así que escruté al ejército, descubrí que la batalla estaba en marcha y advertí vuestras dificultades. Usé un pergamino muy valioso para levantar un portal y traeros alguna ayuda. —Se volvió y estudió a Nimor en el globo de energía—. ¿No es este fiero guerrero el capitán Zhayemd de Agrach Dyrr?

—Eso dice —dijo Andzrel entre dientes—. ¿Podrías matarlo con la esfera?

—Ahora mismo no. Sólo captura a alguien durante un rato, encarcela a la víctima dentro de un escudo impenetrable de fuerza mágica. Se desvanecerá en un rato, después de lo cual podrás matarlo a placer.

—Entonces más tarde —dijo Andzrel.

Con una mano cogió un pequeño vial del cinturón (una poción curativa, imaginó Nimor) y se la bebió. Echó una mirada a la batalla, con cara inexpresiva.

—Haz preparativos para cargar —dijo Zal'thera después de cojear hasta él—. Con los refuerzos de Nauzhor seremos capaces de devolverles el golpe a esos malditos enanos y tanarukks. —Miró al mago—. ¿Cuántos soldados has traído?

—Sólo una compañía, me temo. La matrona no quería arriesgar más fuerzas por si las cosas iban mal.

Zal'thera empezó a protestar, pero Andzrel le puso la mano en el brazo.

—No —dijo—, la matrona tiene razón. Ahora que nos hemos asegurado la retirada, tenemos que sacar tantas casas como podamos de la batalla, los duergars y sus aliados tanarukks han triunfado.

—¿Tal mal ha ido? —preguntó Nauzhor.

—Si nos movemos rápido —respondió Andzrel—, salvaremos buena parte de nuestros soldados. Una vez que tengamos a las casas importantes lejos de la batalla, lucharemos en retirada hasta Menzoberranzan si es necesario. No hay tiempo que perder, si queremos salvar a Xorlarrin y Tuin'Tarl. Fey-Branche está acabada, y no

tengo la menor idea de lo que ha pasado con Barrison Del'Armgo, y Duskryn y Kenafin fueron barridas por los tanarukks. Menzoberranzan no puede perder más drows.

—Tu retirada sólo retrasará lo inevitable —dijo Nimor—. No podrás pararlo.

Andzrel se apoyó en la espada de doble hoja y le lanzó una mirada asesina.

—Pensadlo bien —dijo el maestro de armas—, dejaré a unos soldados para que esperen que la esfera se desvanezca. No veo razón para dejarlo vivir un momento más de lo necesario. —Cruzó una mirada fría con Nimor—. Tu casa lamentará el día que traicionaste a nuestra ciudad.

Nimor intentó salir de la esfera de fuerza una vez más. Fue en vano. Andzrel, Zal'thera y el mago Baenre dieron media vuelta y siguieron a sus soldados hacia la batalla, mientras varios soldados de Baenre tomaban posiciones alrededor de la esfera.

—Os veré en Menzoberranzan —prometió Nimor.

La Espada Ungida invocó el poder del anillo y desapareció del globo de fuerza para entrar en las acogedoras sombras.

capítulo



dieciocho

Cuatro horas más tarde, el grupo estaba de nuevo bajo la máscara de bronce de Vhaeraun, en la capilla de Minauthkeep. Las cotas de malla limpias a conciencia, los aros remendados y los justillos lavados. Aquellos que habían perdido las mochilas, sacos de dormir u otros equipos llevaban reemplazos comprados a los mercaderes Jaelre. Por primera vez desde que habían dejado Gracklstugh Halisstra se sentía limpia, descansada y razonablemente bien preparada para el siguiente tramo del viaje. Echaba mucho de menos la cota de malla que había llevado como Primera Hija de la casa Melarn y la atronadora maza que le había dado su madre hacía un siglo, pero aún tenía la lira. La cota de malla de Seyll Auzkovyn y la espada no eran sustitutos del todo inútiles.

La espada en particular parecía una excelente pieza. Estaba encantada con alguna clase de poder mágico que la hacía zumbiar cuando la empuñaba un elfo oscuro, pero Halisstra sospechaba que su hoja sería muy dañina para cualquier criatura del infierno que sufriera su mordedura. Considerando el hecho de que pretendían descender al Abismo, donde esas criaturas se lanzarían sobre el grupo en gran número, deseaba que ese desagradable encantamiento se prolongase mucho tiempo.

Tzirik lucía una armadura completa de mithral negro decorada con grotescas figuras demoníacas y una filigrana de oro. De su cinturón colgaba una maza erizada de pinchos de perverso aspecto, y llevaba un yelmo con la forma del cráneo de un demonio. Irradiaba seguridad y energía, como si hubiera esperado mucho tiempo la oportunidad de servir a su dios en una importante misión.

—Como sabéis —dijo el clérigo—, hay más de un modo de abandonar este plano de existencia y aventurarse en las dimensiones del más allá. He estudiado el tema en detalle y he decidido que viajaremos de forma astral. Ahora, si...

—Eso requeriría que abandonáramos nuestros frágiles cuerpos —lo interrumpió Quenthel—. ¿Cómo esperas que acepte eso?

—Es una trampa —murmuró Jeggred—. Pretende que sus camaradas nos corten el cuello mientras nuestros cuerpos yacen inertes.

El draegloth dio un paso al frente a la vez que le enseñaba los colmillos al clérigo vhaeraunita.

—He escogido el viaje astral por dos razones, matrona Baenre —respondió Tzirik sin hacer caso de Jeggred—. Primero, es un poco más seguro. Si el espíritu de alguno

acaba muerto en la Red de Pozos Demoníacos, esa persona no moriría de verdad; despertaría aquí, ilesa. Segundo, por lo que yo sé, no tenemos otra alternativa. Ya he intentado el cambio de plano a la Red de Pozos Demoníacos, y el conjuro falló. Creo que la barrera o el sello del que hablaba el Señor Oculito evitaban la transferencia directa de un cuerpo físico a los dominios de Lloth.

—¿A pesar de todo eso crees que serás capaz de llevar nuestras formas astrales allí? —preguntó Halisstra.

—Conozco sólo dos maneras de llevaros a la Red de Pozos Demoníacos, y si una no funciona, la otra debería —dijo Tzirik con un encogimiento de hombros—. El mismo Señor Oculito me ordenó que os llevara allí, así que tiene que haber un modo. Sin embargo, si conocéis algún portal permanente o portales que conecten nuestro mundo con el Abismo, o la Red de Pozos Demoníacos...

—Demuéstrame que el viaje físico no funcionará —dijo Quenthel.

—Acercaos —dijo Tzirik con un tono divertido— y cogeos de las manos.

Los drows se acercaron y formaron un círculo. Tzirik, que se puso entre Quenthel y Danifae, puso la mano izquierda sobre las de ellas y dejó la derecha para hacer los gestos que requería el conjuro. Se concentró y luego recitó una plegaria cuyas impías palabras llenaron la atmósfera de una oscuridad casi tangible.

Halisstra observó con cuidado para asegurarse de que el clérigo lanzaba el conjuro correctamente, y, por lo que ella sabía, así lo hizo. Por un momento pensó que funcionaría, pues la capilla se tornó brumosa y tenue, y de algún modo su cuerpo pareció caer de aquel mundo pero sin moverse un ápice; entonces notó un impedimento como sobrenatural, una barrera que evitaba que el grupo se materializara de nuevo y que parecía que los empujaba otra vez a Minauthkeep. Se bamboleó mientras se le confundían sus sentidos.

—Eso sucedió la última vez que lo intenté —dijo Tzirik.

Quenthel frunció el entrecejo, pero se las arregló para mantenerse calmada mientras separaba la mano de la de Danifae y se sostenía en Jeggred.

—Pharaun —dijo la suma sacerdotisa—, ¿qué crees?

El mago levantó una ceja, quizá sorprendido de que una matrona Baenre le consultara.

—Parece bastante plausible —dijo—. Si viajamos con la proyección de nuestros espíritus al Plano Astral, no iremos directamente desde este plano al Abismo. De hecho atravesaríamos el mar astral y nos acercaríamos al dominio de Lloth como espíritus. Podría ser que la misteriosa barrera con la que nos topamos no impida tal aproximación. —El mago se alisó la túnica mientras pensaba—. Y eso explicaría por qué nuestros demonios invocados no pueden recurrir a ese truco. No viajan entre los planos mediante la proyección astral porque no tienen alma.

Quenthel murmuró algo para sí, cruzó los brazos y se volvió hacia Tzirik.

—De acuerdo —dijo—. Me has convencido. ¿Dónde pretendes dejar nuestros cuerpos?

Tzirik se acercó a una pared de la capilla y apretó una pieza de metal que reveló una cámara secreta detrás de la máscara de bronce de Vhaeraun. No era grande, pero había ocho divanes antiguos y elegantes dispuestos en círculo, con las cabezas juntas. Se diría que esos muebles debían ser de cuando el castillo era una morada de los elfos de Cormanthyr.

—Sólo un puñado de mi gente conoce la existencia de esta habitación —dijo el clérigo—, y he dado instrucciones de que nadie entre. Aquí no os harán daño.

—Así que si nuestros espíritus mueren mientras estamos en el Plano Astral, volveríamos a nuestros cuerpos —afirmó Ryld, que estaba un poco oculto tras Jeggred, a Pharaun y Halisstra—. ¿Qué les sucederá a nuestros espíritus si alguien clava un cuchillo a nuestros cuerpos?

—La muerte —respondió el mago—. Un tipo cauteloso se aseguraría de que su cuerpo está en un lugar seguro y vigilado por gente de confianza antes de enviar su espíritu a otro plano.

Ryld sonrió, pero no respondió.

El grupo siguió a Tzirik hacia la pequeña habitación. Halisstra miró con inquietud el viejo diván frente a ella. Era incapaz de apartar la mirada. No era el único miembro del grupo que veía en ellos una colección de ataúdes. Quenthel debía de tener los mismos pensamientos.

—Dejaremos un guardia —dijo después de levantar la mirada hacia Tzirik—. Alguien de nuestra confianza se quedará aquí para vigilar nuestros cuerpos hasta que volvamos. Y alguien de tu confianza te vigilará a ti.

—Ah —dijo Tzirik—. Muy propio de una elfa oscura. Haz lo que quieras.

—Podría hacer que todo el castillo cayera sobre el que dejáramos vigilando —refunfuñó Jeggred—. Mejor dejemos dos, quizá tres.

—El que se quede le cortará el cuello a Tzirik si ve que van a matarlo —dijo Pharaun—. La pregunta es, ¿quién se queda?

Quenthel miró a Ryld, luego sus ojos se dirigieron hacia Halisstra. Por un momento ésta temió que Quenthel quisiera dejarla atrás para negarle la audiencia que buscaba con Lloth, pero aunque su corazón latía con recelo se dio cuenta de que la última cosa que querría ella (si es que en realidad veía a Halisstra como una amenaza) sería una Melarn consciente y sola junto a su cuerpo indefenso. Quenthel entornó los ojos mientras sopesaba las mismas consideraciones y se volvió hacia Jeggred.

—Tú debes quedarte aquí —le dijo al draegloth.

Jeggred se retorció con un espasmo de rabia.

—¡No voy a sentarme aquí mirando vuestros cuerpos mientras os enfrentáis a los peligros del reino de la diosa! Madre me dijo que te defendiera. ¿Cómo puedo hacerlo

si me dejas atrás?

—Me defenderás —dijo Quenthel—. No me pueden hacer daño en el Plano Astral. Es aquí donde seré vulnerable, y no confío en nadie más. Tienes que ser tú, Jeggred.

—Tú más que todos sabes lo que os espera en la Red de Pozos Demoníacos, matrona —dijo el draegloth después de agitar los cuatro brazos—. Allí necesitarás mi fuerza.

—Basta ya —ordenó la matrona de Arach-Tinilith. Sus ojos relampaguearon, y el látigo se agitó y chasqueó—. Tú no eres quién para cuestionarme, sobrino. Cumplirás lo que te ordené, como es tu obligación.

Jeggred se apaciguó aunque mantuvo un silencio enfurruñado. Disgustado, se volvió y se alejó mientras se quitaba de mala manera la mochila. Quenthel miró a los demás e hizo un gesto hacia los divanes.

—Vamos —dijo—. La diosa nos aguarda.

Tzirik esperó mientras los menzoberranios escogían sus divanes y se tumbaban. Se acercó al último y se levantó, y luego le echó un vistazo a Jeggred.

—Si te vas a quedar aquí, semidemonio, deberías saber que algunos de mis soldados te acompañarán. No les causes problemas, aunque creo que descubrirás que estarán contentos de dejarte solo.

Jeggred se rió con desprecio, y Tzirik se tendió con dificultad debido a la armadura que llevaba, colocando la maza en su costado.

Halisstra descubrió que estaba entre Ryld y Danifae. Lanzó una mirada al maestro de armas. La expresión de Ryld era tensa y nerviosa. Estaba claro que nunca había hecho un viaje astral.

¿Si son nuestros espíritus los que hacen el viaje, por qué necesitamos todas nuestras armas?, le dijo en el lenguaje de signos.

Son parte de ti, respondió ella. *Tu conciencia incluye tus pertenencias. Por lo tanto, cuando nuestra alma vaga libre del cuerpo, tu mente te imaginará como una copia astral de ti y de las cosas que tengas a mano.*

—Asid las manos de los que tenéis al lado —dijo Tzirik—. Aseguraos de que estáis bien cogidos. No quiero dejarme a nadie atrás.

El clérigo empezó a recitar un cántico con su melodiosa voz. Halisstra miraba el techo y extendió el brazo para agarrar a Danifae con la mano derecha, y a Ryld con la izquierda.

Quizá debería imaginarme una buena bebida fuerte, comentó Ryld.

Antes de que Halisstra respondiera le asió la mano con fuerza.

Detrás de ella, sin que lo viera, Tzirik continuaba el conjuro, pronunciando las palabras ásperas de la magia con confianza y soltura. Halisstra sintió que una sacudida eléctrica recorría su cuerpo de una mano a otra mientras la magia empezaba

a cobrar vida, uniéndola con Ryld y Danifae. Una sensación de desprendimiento la atravesó. Y fue como si no pesara. Parecía flotar fuera de su cuerpo, atraída por alguna fuerza irresistible que tiraba de ella en una dirección que no asociaba con arriba o abajo, derecha o izquierda. El techo de piedra vaciló y se desvaneció. Aquella fuerza tiraba de ella cada vez más y más.

Y desapareció.



Triel Baenre andaba con paso majestuoso ante las filas de sus machacados soldados. Gracias a su determinación de hierro su rostro mantenía una rígida inexpresividad. Las exhaustas tropas estaban firmes ante ella lo mejor que podían en el estrecho túnel. Había hecho que Nauzhor la transportara de inmediato a la escena de la retirada para ver con sus propios ojos el alcance de la derrota de Menzoberranzan. Y no le gustó lo que vio. No le gustó lo más mínimo.

El túnel era el terreno más practicable en quince kilómetros, pues allí había una de las principales carreteras que conducían a la maraña de retorcidos pasadizos y cavernas conocidas como el Dominio de Menzoberranzan. Parecía que cada soldado ante los que pasaba estaba herido; un torso vendado aquí, un brazo en cabestrillo allí, uno que usaba una lanza rota como muleta. Aunque los heridos no la preocupaban. Lo que de verdad desconcertaba a Triel era la fatiga y el desánimo. Por supuesto que esperaba encontrarlos cansados (Andzrel había hecho marchar al ejército durante un día sin dejarlos recuperarse del desastre de los Pilares del Infortunio), pero no esperaba ver a sus soldados tan... derrotados. Habían sido machacados y lo sabían.

Andzrel iba a un paso de la matrona, sin hablar.

—¿Son muchas las bajas? —preguntó al fin, sin mirar al maestro de armas.

—Entre un cuarto y un tercio de nuestro ejército, matrona. A algunas casas les ha ido mejor o peor, depende del azar de la batalla.

—¿Y el contingente de la casa Baenre?

—Noventa muertos, cuarenta y cinco heridos muy graves —respondió Andzrel—. Cerca de un cuarto de nuestras tropas.

—Fue una suerte que pudiéramos salvar a tantos, matrona —añadió Zal'therra—. Algunas de las casas menores han perdido hasta el último varón...

—No me dirijo a ti —dijo Triel.

Cruzó los brazos e intentó soportar el horror que atenazaba su estómago.

«Será un milagro si el Consejo no se levanta contra mí —pensó la matrona—. Gracias a la diosa que Mez'Barris está perdida en alguna parte y que Fey-Branche está tan debilitada. Byrtyn Fey tendrá que refrenarse con la mitad del ejército de la casa destruido, y yo tendré algún tiempo para considerar qué he de hacer antes de enfrentarme a Mez'Barris, Lloth mediante.»

Sin embargo, ¿qué quedaba del Consejo? Faen Tlabbar, la tercera casa, estaba en las manos de una niña inexperta, y Yasraena Dyrr no era probable que se presentara en la siguiente reunión. Ella y su asquerosa casa estaban parapetados en su castillo, esperando la llegada de sus aliados duergars.

Eso dejaba a Zeerith Q'Xorlarrin, Miz'ri Mizzrym y Prid'eesoth Tuin'Tarl como las únicas matronas de las que tenía que preocuparse.

Para distraerse del desagradable futuro que le esperaba, Triel se volvió para estar frente a Andzrel y Zal'thera. Por encima de todo, anhelaba castigar al maestro de armas y a su prima por conducir al ejército a una emboscada desastrosa; pero por lo que sabía, la habilidad de Andzrel y la decisión de Zal'thera habían librado al ejército de la Araña Negra de una hecatombe. El ejército de Menzoberranzan estaba machacado, pero no diezmado.

—¿Dónde están ahora los duergars? —preguntó.

—A unos cinco kilómetros al sur de nosotros —respondió Andzrel—. En este momento la casa Mizzrym nos cubre la retaguardia y he enviado al menos un centenar de nuestros soldados para reforzarlos. —Triel comprendió lo que Andzrel quería decir; había situado soldados junto a los de Mizzrym para asegurarse de que no hubiera otra traición como la de Agrach Dyrr—. La Legión Flagelante avanza por otro túnel al este, para rodearnos. No intentemos resistir en este túnel o los tanarukks acabarán con nosotros.

—Sólo con un centenar de soldados podríamos defender ese túnel contra casi cualquier fuerza, ¿no? —preguntó Triel.

—Sí, pero los duergars tienen suficientes magos de combate entre sus filas y máquinas de asedio. No los detendríamos durante mucho tiempo.

—De todos modos, inténtalo —dijo Triel—. Usa tropas de esclavos y dispon los suficientes oficiales para asegurarnos de que no salen corriendo. Necesitamos tiempo, maestro de armas, y para eso sirven las retaguardias.

Andzrel no discutió, y Triel se alejó para reordenar su mente. Rebeldes drows, revueltas de esclavos, ejércitos duergars, traiciones, un archimago desaparecido, hordas de tanarukks... Era difícil que las cosas fueran a peor. ¿Por dónde empezar a solucionar cualquiera de esos problemas? ¿Asaltar Agrach Dyrr sin el poder mágico de las sacerdotisas? ¿Escoger otro lugar en el que resistir a los duergars y permitir que los tanarukks los barrieran?

—¿Cómo hemos llegado a esto? —murmuró.

—Agrach Dyrr estaba confabulado con los enemigos de nuestra ciudad —respondió Zal'thera—. Se las ingenieron para formar la vanguardia de nuestro ejército y, en vez de defender los Pilares del Infortunio de los enanos grises, nos llevaron a una trampa. Debemos aniquilarlos por su traición.

—No hablaba contigo —gruñó Triel, y esta vez no fue capaz de contenerse.

Aunque sabía que no era la culpable de la desastrosa batalla, tenía que golpear algo. Le dio tal bofetón a la muchacha que casi la tira al suelo a pesar de que Zal'thera era al menos un palmo y medio más alta que ella y pesaba unos doce kilos más.

—¡Deberías esperar una traición, idiota! —exclamó Triel—. ¿Por qué no había oficiales Baenre entre nuestros exploradores? ¿Por qué no verificasteis los informes de Agrach Dyrr? Si hubieras tenido un mínimo de cautela, nuestro ejército no estaría hecho jirones.

—Matrona, todos ratificamos los planes de Andzrel... —dijo Zal'thera, encogida.

—Andzrel es un arma, Zal'thera. El ejército de nuestra casa es un arma. Tuya es la mano que debe llevar esas armas contra nuestros enemigos. Te envié para que aplicaras tu criterio y tomaras decisiones, ¡para que usaras la cabeza y pensaras!

Triel se dio media vuelta para no volver a golpear a Zal'thera. Si lo hacía no se sentía capaz de parar y, le gustara o no, Zal'thera era probablemente la más capaz de sus primas. Triel no viviría para siempre y necesitaba pensar en dejar la casa Baenre con al menos unas pocas sacerdotisas competentes en el caso de que llegara el día en que tuviera que matar a sus hermanas.

—Matrona —consiguió decir la muchacha, con una expresión de miedo en los ojos—. Te pido disculpas por mi error.

—Nunca te he pedido una disculpa, chica, y una Baenre no debería ofrecerlas nunca —tronó la matrona—, pero te daré la oportunidad de redimirte y demostrar tu iniciativa. Tomarás el mando de la retaguardia.

Triel hizo un gesto hacia el sur. Cabía la posibilidad de que enviara a su prima a la muerte, pero necesitaba saber si Zal'thera tenía el ingenio y la decisión para convertirse en líder de la casa Baenre; y si descubriría un modo de sobrevivir a la tarea y obtenía cierto éxito, Triel se pensaría si le perdonaba la vida.

—Haz que los duergars tengan que luchar por cada paso que den hacia Menzoberranzan —añadió—. Tu supervivencia depende de tu éxito. Si abandonas este túnel antes de tres días, te mataré.

Zal'thera hizo una reverencia y se alejó a toda prisa. Triel se volvió hacia el maestro de armas.

—Comprenderás que no estás libre de culpa, tampoco —dijo en voz baja—. Fuiste el autor de nuestra estrategia, y comprometí todo el peso del poder y el prestigio de la casa Baenre en tu plan de batalla, el cual nos ha llevado a un desastre que no se había visto desde Mithril Hall. En otras circunstancias te habría empujado a un pozo de ciempiés hambrientos con los tendones cortados, pero... estos tiempos son insólitos, y existe la pequeña posibilidad de que tu habilidad y conocimientos de estrategia se demuestren útiles en los días que vendrán.

—Sí, matrona —dijo Andzrel, mientras hacía una reverencia.

—Entonces —continuó—, ¿dónde detenemos a los duergars y sus aliados?

—No lo haremos, matrona —respondió el maestro de armas sin vacilar—. Dadas las pérdidas que hemos sufrido, aconsejo una retirada hacia Menzoberranzan y prepararnos para un asedio.

—No me gusta esa opción —replicó Triel—. Apesta a derrota, y cuanto más rato permanezca un ejército ante nuestro umbral, más probable será que se vea reforzado por la llegada de algún otro enemigo, como los contempladores o los rebanadores de mentes.

—Eso es posible, por supuesto —dijo Andzrel, en tono neutro—, pero los enanos grises descubrirán que no es fácil mantener un asedio alrededor de Menzoberranzan, a más de cien kilómetros de su ciudad. No creo que los duergars nos asedien más allá de unos meses, y dudo que tengan las fuerzas necesarias para asaltar la ciudad. Nuestra mejor estrategia es hacer que los duergars nos sitien, y ver a qué clase de amenaza nos enfrentamos. Eso nos daría la oportunidad de aplastar a la casa Agrach Dyrr en el ínterin.

—¿Tienes miedo de enfrentarte de nuevo a los duergars? —dijo Triel con voz áspera.

—No, matrona, no aconsejaría una estrategia que arriesgara la ciudad en una batalla para la que no estamos preparados, a menos que no tengamos otra salida. Aún no hemos llegado a ese punto. —Hizo una pausa, y añadió—: Siempre podemos reunir nuestras fuerzas dentro de la ciudad y salir dentro de unos días, si vemos la necesidad.

Triel sopesó el consejo del maestro de armas.

—Volveré a Menzoberranzan y expondré el tema ante el Consejo —dijo al fin—, pero, mientras no se te ordene lo contrario, continúa con tu retirada. Tendré a los capitanes de nuestra ciudad preparados para resistir un asedio.



Halisstra abrió los ojos y se encontró a la deriva en un mar plateado e infinito. Suaves nubes grises se movían despacio en la lejanía, mientras extrañas vetas se retorcían por todo el cielo, sus extremos tan alejados que no los veían; sus partes centrales giraban como trozos de cuerda enrolladas en los dedos de un niño. Bajó la mirada. Se preguntó qué la sostenía y no vio más que aquel extraño cielo perlado bajo sus pies y a su alrededor.

Al instante tomó aire, sorprendida por la vista, y sintió que sus pulmones se llenaban de algo más dulce y quizá un poco más sólido que el aire; pero en vez de toserlo o ahogarse pareció aclimatarse a la perfección. Una emoción electrizante recorrió sus extremidades cuando se encontró hipnotizada por el simple acto de respirar.

Halisstra levantó la mano hasta su cara en un deseo inconsciente de protegerse los ojos y descubrió que su vista era increíblemente aguda. Cada juntura de su guantelete se veía con una simetría perfecta, los bordes definidos, relucientes.

Le fallaron las palabras.

—¿Nunca te habías aventurado hasta aquí, matrona Melarn? —dijo Tzirik en algún lugar detrás de ella.

Halisstra volvió la cabeza para mirarlo, pero en respuesta la vista entera dio vueltas en un movimiento rápido y suave, que llevó ante ella las figuras flotantes de sus compañeros. El clérigo vhaeraunita estaba (no, eso no era correcto, «flotaba» era mejor) a una docena de metros de ella, su armadura tan brillante como el filo de un cuchillo, su capa ondeaba gracias a una suave brisa que Halisstra no sentía. Hablaba con suavidad, aunque su voz se oía con una claridad maravillosa y una precisión que parecía estar al alcance de la mano.

—Esperaba que una sacerdotisa de tu rango estuviera familiarizada con el reino astral —añadió el clérigo.

—Sé lo que debo esperar, pero nunca tuve la ocasión de viajar a otros planos —respondió—. Mi conocimiento de este lugar es sólo... teórico.

Notó que cada uno de sus camaradas parecía muy definido, tan tangible y real, como el mismo Tzirik. De un punto que no percibía con claridad (en algún lugar a sus espaldas, o quizá la nuca), surgía un tendón delgado y reluciente de luz plateada.

Halisstra extendió el brazo hacia su espalda y sintió su cuerda. La arteria cálida vibraba con energía y, cuando sus dedos la acariciaron, una poderosa sacudida atravesó todo su torso como si le arrancaran la fibra del alma. Apartó la mano y decidió no volverla a tocar.

—Tu cuerda plateada —explicó Tzirik— es un lazo casi indestructible que ata tu alma a su hogar legítimo: tu cuerpo. —El clérigo mostró una sonrisa cruel—. Tienes que tener cuidado con ella. Hay pocas cosas que sean capaces de partir la cuerda de un viajero astral, pero si alguna lo hace, ese viajero será destruido en un instante.

Halisstra observó cómo Ryld palpaba su cuerda y la tocaba. Mostró sorpresa y apartó la mano tan rápido como lo había hecho ella.

—¿Hasta dónde llegan estas cosas? —preguntó el maestro de armas.

—Son infinitas, maese Argith —dijo Tzirik—. No te preocupes, se desvanecen a uno o dos pasos de tu piel, así que no tropezarás con la tuya. De hecho, suelen apartarse de tu camino, sin que lo pienses.

Halisstra paseó la mirada por el grupo. Observó cómo los menzoberranios se esforzaban por adaptarse al nuevo entorno. Ryld y Valas sacudían los brazos como si intentaran tirarse agua. Quenthel estaba tiesa como una tabla, con los brazos apretados a los costados; mientras Danifae se deslizaba sin ánimo, su largo cabello blanco ondeaba. Pharaun esperaba, sus ojos destellaban divertidos mientras veía los

esfuerzos de sus compañeros. Tzirik miró a su alrededor, estudió las inmediaciones y asintió.

—Parece un lugar donde no pasa el tiempo pero no es así —dijo—. Deberíamos empezar nuestro viaje. Seguidme y manteneos cerca. Podéis pensar que veis hasta el infinito, pero las cosas tienen un modo extraño de desvanecerse en las nieblas.

Se deslizó sin moverse, con los brazos cruzados; la capa flameaba en silencio a su espalda.

«¿Seguirlo cómo?»; se preguntó Halisstra, mientras observaba cómo se alejaba el clérigo, aunque, de algún modo, al concebir la idea de mantenerse cerca de él, descubrió que saltaba con tal celeridad que su siguiente impulso fue gritar, aunque fuera para sí misma—. ¡Alto!

Y lo hizo, tan rápido y con un final del movimiento tan perfecto que la mente le dijo que debía trastabillar hacia adelante, como si hubiera intentado detenerse muy repentinamente en una carrera. Dio un giro completo antes de detenerse en seco. Por fortuna, no era la única que tenía problemas.

Danifae frunció el entrecejo mientras intentaba dirigirse a alguna parte, y Ryld y Valas chocaron y se quedaron pegados, reacios a confiar de nuevo en el vacío.

—¡Oh, en nombre de la diosa! —refunfuñó Quenthel, mientras los observaba—. Sólo aclarad vuestra mente y pensad adonde queréis ir.

—Con todos los respetos, matrona, ¿adonde se supone que debemos ir? —preguntó Valas mientras se desembarazaba de Ryld.

—Concentraos en seguir al clérigo —replicó Quenthel—. Lanzó el conjuro, así que será capaz de encontrar el portal que lleva a la Red de Pozos Demoníacos. Podrían pasar muchas horas, pero descubrirás que aquí el tiempo pasa de modo extraño.

Con eso, Quenthel se alejó en persecución de Tzirik.

Halisstra cerró los ojos, respiró profundamente y se concentró en seguir los pasos del clérigo a una distancia razonable. Se acercó rápido y con suavidad, y esta vez no se dejó llevar por el pánico. Al poco rato el resto del grupo se deslizaba junto a ella. Se mantuvieron juntos mientras se iban acostumbrando a la peculiaridad del Plano Astral. Halisstra se dio el gusto de probar a moverse con desenvoltura. Al principio se puso horizontal y sintió que volaba como un pájaro a través del vacío perlado y luego, encarada en la dirección que llevaban, sintió como si caminara rápido sin mover las piernas.

Como descubrió, en realidad no importaba lo que hacía con su cuerpo siempre y cuando su mente siguiera concentrada en estar cerca de sus compañeros, y la inmaterialidad del mar astral empezó a filtrarse en su comprensión. Sólo era un espíritu, sin peso. Sin embargo estaba en un lugar en el que los espíritus se volvían tangibles. En algún lugar más allá del espacio perlado estaban los reinos de los

dioses, un millar de conceptos infinitos sobre la existencia donde los seres divinos que gobernaban el destino de Faerun (de todos los mundos) tenían sus moradas. Le costaría un centenar de vidas drows explorar los dominios que tocaban el mar astral y no llegaría a verlos todos.

La idea le hizo sentirse pequeña, casi insignificante, y la apartó de su mente. Lloth no la había llamado a la Red de Pozos Demoníacos para acabar intimidada por el vacío plateado del Plano Astral. Había llamado a Halisstra y a los demás, capaces y orgullosos, para profesar su fe y adoración. ¿Con qué propósito había hecho todo lo que había hecho la diosa: quitarles los poderes a sus fieles, permitir la caída de Ched Nasad y causar las inacabables dificultades y tribulaciones que asaltaban a la Primera Hija de la casa Melarn?

«Había un propósito —se dijo Halisstra—, un propósito que pronto se me aclarará si mantengo mi fe y no flaqueo.

»La Reina de la Red de Pozos Demoníacos nos ha traído hasta aquí. Nos llevará un poco más lejos.».

capítulo



diecinueve

Halisstra no era capaz de decir cuánto les había costado cruzar el Plano Astral. Nunca antes se había percatado de hasta qué punto los procesos rutinarios del cuerpo de uno medían los días. Su forma astral nunca se cansaba o tenía hambre, ni conocía la sed ni la incomodidad. Sin la menor necesidad de atender las necesidades del propio cuerpo (tomar un sorbo de un odre de agua cuando tenía sed, detenerse a comer durante la marcha del día o incluso sumirse en el ensueño y dejar pasar las horas brillantes de la luz del sol), el tiempo perdía su doliente paso.

De vez en cuando captaba atisbos de otros fenómenos diferentes de las infinitas nubes perladas y los vórtices grises que se retorcían y veteaban el cielo que los rodeaba. Trozos extraños de materia vagaban por el mar astral. En varias ocasiones dejaron atrás rocas o colinas y tierra que flotaban en el espacio como mundos en miniatura, algunos cercanos al tamaño de una montaña, otros de unos metros de lado. Ruinas extrañas y vacías llenaban la mayoría de ellos, moradas de visitantes astrales o residentes ya olvidados. Las cosas más extrañas ante las que pasaron eran estanques de color que se arremolinaban en el medio astral. Los tonos iban del plateado brillante a la negra noche, con vetas de un púrpura encendido.

—No os acerquéis demasiado a esos estanques de colores —había dicho Tzirik—. Si entráis en uno os arrojará a un plano de existencia diferente, y no tengo ganas de vagar por mundos extraños en busca de unos compañeros de viaje descuidados.

—¿Cómo sabremos cuál nos conduce al Abismo? —preguntó Valas Hune.

—No te preocupes, amigo mío, el conjuro que me ha concedido Vhaeraun me confiere cierta afinidad con el objetivo que me marqué cuando trasladé mi espíritu a este plano, y os conduzco más o menos rectos en dirección al estanque de color que servirá a nuestros propósitos.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Quenthel.

—Nos acercamos —respondió el clérigo—. Aquí es difícil de decir, pero me imagino que estamos a cuatro o cinco horas de nuestro destino. Hemos estado viajando durante casi dos días.

«¿Dos días? —pensó Halisstra—. Parecía mucho menos.»

Se descubrió pensando qué habría pasado en Faerun en dos días. ¿Jeggred aún continuaba vigilando sus cuerpos inertes? No había sido negligente con su deber, pues aún estaban vivos; pero ¿cuántos días más pasarían antes de alcanzar su destino,

implorar una audiencia a la diosa e ingeniárselas para volver a su plano?

Absorta en sus pensamientos, se puso a hacer balance del viaje. Apenas notó que sus compañeros hacían lo mismo. Se sorprendió cuando Tzirik aminoró el vuelo y detuvo su movimiento frente a un estanque negro con vetas plateadas que se agitaba despacio a poca distancia de los viajeros.

—La entrada al sexagésimo sexto Plano del Abismo —dijo el clérigo de Vhaeraun—. Hasta ahora el viaje ha transcurrido sin incidentes, pero una vez pongamos el pie en el dominio de Lloth, cambiará. Si tuvieras dudas sobre esta búsqueda, matrona Baenre, éste sería el momento de expresarlas.

—No tengo razones para temer la Red de Pozos Demoníacos —se burló Quenthel—. Pretendo conseguir lo que vine a hacer.

Sin esperar al clérigo se lanzó hacia adelante y se zambulló en la mancha negra y arremolinada. En un abrir y cerrar de ojos su brillante forma astral desapareció, engullida por el remolino.

—Muy impaciente, ¿no? —comentó Tzirik.

Se encogió de hombros y se adentró en el estanque de color. Igual que Quenthel, Halisstra también se sentía segura y no tenía la intención de dejar que cualquier desaliento le impidiera seguir su rumbo. Entró en el estanque de tinieblas arremolinadas un instante después que Tzirik, con los dientes apretados, y lanzó un gruñido desafiante.

Al principio no tenía sensaciones, aunque la mancha anuló su visión por completo cuando se zambulló dentro de ella. El medio se parecía mucho al resto del Plano Astral (una nada ingrávida, tranquila y perfecta) pero la arremolinada corriente del estanque giratorio la atrapó al instante, absorbiéndola con una sensación extraña de atracción, o aceleración, que tiró de su forma física en una dirección que no alcanzaba a comprender. No dolía, pero era tan extraña, tan dislocante, que Halisstra boqueó por la impresión y la angustia. Se estremeció con violencia ante el agarre de la vorágine astral.

«¡Diosa, ayúdame!», imploró en el silencio de su mente, mientras agitaba los brazos e intentaba liberarse de la masa que giraba. Hubo otro momento largo de movimiento indescifrable, y...

Estaba al otro lado.

Halisstra se tambaleó como borracha ante la vuelta de la gravedad y procuró recuperar el equilibrio. Abrió los ojos y se encontró de pie sobre algo gris plateado, una rampa inclinada o la parte superior de una pared que descendía a una increíble distancia. El resto del grupo estaba cerca. Miraban a su alrededor en silencio mientras se frotaban las extremidades o palpaban sus armas.

A su alrededor no había nada excepto un negro vacío sofocante, más oscuro e imponente que el abismo más negro de la Antípoda Oscura. Sus fosas nasales estaban

llenas de un olor fétido y acre. Desde abajo ascendía un murmullo suave y constante. Halisstra echó una mirada al abismo y vio que algo brillaba allí, un hilo de un brillo apagado que descendía hacia la oscuridad. Hebras menores lo cruzaban a intervalos irregulares, y mientras los seguía con la vista vio que ascendían hasta la misma rampa o contrafuerte en el que estaban. La brisa caliente y apestosa se hizo momentáneamente más fuerte y provocó un bamboleo en el monstruoso hilo.

—Es una telaraña —murmuró Ryld—. Una gigantesca telaraña.

—¿Eso te sorprende? —dijo Pharaun con una sonrisa irónica.

Con cautela, Danifae dio un par de pasos sobre la telaraña. Tenía unos treinta o cuarenta metros de ancho, y como la superficie se pandeaba, era difícil sentirse cómodo si se andaba a más de tres metros del centro del hilo. Se arrodilló y pasó los dedos sobre la superficie e hizo una mueca.

—Pegajoso, pero no demasiado; y parece que volvemos a ser corpóreos. —Se enderezó y se estiró con lentitud—. ¿Ahora tengo dos cuerpos? ¿Uno aquí y el otro en el castillo Jaelre?

—De hecho, sí —dijo Tzirik—. Cuando uno deja el mar astral y entra en otro plano, el espíritu viajero se construye un cuerpo físico. Podrías decir que tu espíritu experimenta una clase de condensación para reanudar una existencia física en otro plano. Cuando dejes este lugar, el espíritu volverá al Plano Astral, mientras este caparazón que has creado se desvanecerá en la nada.

—Pareces muy familiarizado con los rigores de estos viajes —comentó Halisstra.

—Vhaeraun me ha llamado a su servicio en los planos más allá de Faerun en varias ocasiones —admitió Tzirik—. De hecho, ya había estado en la Red de Pozos Demoníacos. Todos los dioses de nuestra raza residen aquí, cada uno en su dominio, dentro de este gran abismo de telarañas. Mis anteriores asuntos no me habían llevado al dominio de Lloth. Pero eso fue hace muchos años.

—Toda la Red de Pozos Demoníacos es dominio de Lloth, hereje —dijo Quenthel con el entrecejo fruncido—. Ella es la reina de todo este plano del Abismo, y los presuntos dioses de los demás existen aquí sólo por su tolerancia.

—Ya veo que sabes repetir como un loro los dogmas de tu fe y por eso no discutiré el tema contigo, sacerdotisa de Lloth. Para nuestros propósitos, la relación exacta de las deidades de nuestro panteón no es muy importante.

Tzirik le dio la espalda a Quenthel y examinó el abismo negro que rodeaba al grupo. Con una mano indicó que lo siguieran.

—En algún lugar bajo nosotros encontraremos alguna clase de puerta o frontera que marca el lugar donde esta entrada se abre al dominio de Lloth; la cual debe ser muy parecida al resto de la Red de Pozos Demoníacos, excepto porque está sujeta a su antojo y capricho.

—Si el plano es infinito, el punto que buscamos podría estar infinitamente lejos

de aquí —observó Pharaun—. ¿Cómo conseguiremos ir de aquí allí?

—Si nos hubiéramos materializado en algún lugar aleatorio en esta realidad tendrías razón, mago —respondió Tzirik—. Sin embargo, el conjuro astral no es un modo de viaje aleatorio. No estamos muy lejos de lo que buscamos; una marcha de una hora, quizá un día, pero no mucho más lejos. Puesto que ya sabemos que el dominio de Lloth se halla en el punto más bajo de este lugar, propongo que bajemos por esta hebra y continuemos descendiendo cada vez que lleguemos a una intersección. Mientras tanto, estad alerta.

—Nos encontraremos a otros —añadió Quenthel—. Las almas de los muertos recientes. Si vemos a alguien que reconozcamos como devoto de la Reina Araña, lo seguiremos.

«Si es que Lloth aún los llama a su hogar», pensó Halisstra.

Los demás parecían pensar lo mismo.

El clérigo sopesó la maza, se ajustó el escudo y se puso en marcha por la sólida telaraña gris. Los menzoberranios intercambiaron miradas, pero se volvieron para seguirlo y descendieron por la inclinada columna de telarañas tras el clérigo Jaelre.

Caminar por aquella superficie no suponía un problema. Era pegajosa, más que adhesiva, y estaba compuesta de fibras ásperas que permitían hacer pie con seguridad y era lo bastante elástica para amortiguar las molestias del descenso.

Al principio Halisstra pensó que el lugar estaba tan vacío como los mares plateados del Plano Astral, pues las distancias entre hilos de la telaraña daban al lugar una sensación de inmenso vacío. No obstante, cuanto más descendían, más consciente era de que había una malignidad activa en aquel lugar, como si el plano entero observara su intrusión e hirviera de ira. Ascendían susurros extraños y ruidos de insectos, un sonido reptante de movimientos que transmitía la sensación de amenaza.

Algunas veces, Halisstra descubrió que se movían los hilos vecinos, aunque los pandeados hilos grises se extendían kilómetros y kilómetros por el espacio sin fondo. Distinguía actividad frenética aquí y allí, las criaturas u objetos responsables estaban tan lejos que era imposible imaginar lo que serían. Más de una vez sintió presencias en los vacíos alrededor de su hilo, seres inmundos y lentos que planeaban en los efluvios repugnantes de abajo, girando y acercándose a los viajeros drows como si examinaran una presa fácil.

Empezaron a dejar atrás cadáveres a intervalos irregulares, formas grandes y pesadas que combinaban las peores características de demonios y arañas. Había grandes desgarrones en los caparzones quitinosos de los monstruos, extremidades partidas, más de un tórax peludo aplastado que rezumaba una pasta verde. Demonios alados parecidos a buitres yacían en montones de plumas asquerosas con sus inmundos picos abiertos. Criaturas parecidas a ranas hinchadas colgaban suspendidas

de las fibras de la telaraña, mientras se balanceaban envueltas en el caliente hedor del lugar. Algunos de los demonios aún se agarraban a la vida, demasiado heridos para hacer nada más que temblar, escarbar o croar amenazas horrendas a los drows mientras el grupo los dejaba atrás.

—Este lugar es un cementerio de demonios —murmuró Ryld, que se tapaba con una mano la boca y la nariz—. ¿Siempre es así?

—No vi nada como esto en mi anterior visita —dijo Tzirik—. Qué significa, no lo sé, pero no me gustaría encontrarme con lo que ha destrozado a esos demonios.

—Tampoco es lo que yo recuerdo —dijo Quenthel. Tenía una expresión ceñuda, la voz baja y tensa—. El cambio es la esencia del caos, y el caos es un aspecto de Lloth.

—Desde luego —dijo Pharaun. El quisquilloso mago se cubría la nariz con un pañuelo y daba un rodeo para evitar el cuerpo de una enorme araña cuyo abdomen bulboso estaba reventado y su contenido esparcido por el hilo—. A lo mejor se hicieron esto ellos mismos. Los demonios son criaturas violentas, después de todo. En ausencia de un ente poderoso y dominante, a menudo se vuelven unos contra otros.

—Una ausencia... —repitió Halisstra. Frunció el entrecejo al examinar la carnicería—. No hay cuerpos de drows aquí.

Al haber descendido un buen trecho, las hebras vecinas estaban más cerca, y las intersecciones eran más frecuentes. Halisstra veía más formas destrozadas adheridas a los harapientos hilos. Cualquiera que fuera la batalla que se había producido allí debía de abarcar docenas de hebras y kilómetros de oscuridad.

—La Reina Araña... —dijo Halisstra—. Abandonó a los habitantes de su plano, como hizo con nosotros. Al igual que hicimos en Ched Nasad, los demonios de su reino se han destruido entre ellos. —Cerró los ojos, intentaba alejar la horrenda visión. El olor le revolvió el estómago y quedó aturdida por las náuseas—. Diosa, ¿qué propósito tiene esto? —murmuró en voz alta.

—La Reina Araña explicará sus propósitos si lo cree adecuado —respondió Quenthel—. Sólo podemos implorarle que nos devuelva su favor, y confío en que nos dé su aprobación.

—También podemos avanzar un poco más rápido y dejar de mirar las musarañas —advirtió Valas Hune. Estaba en retaguardia, con una flecha preparada en el arco. El explorador miraba hacia atrás, con expresión preocupada—. Perdonad la interrupción, pero tenemos compañía. Algo nos sigue.

Halisstra siguió la mirada del explorador y se tambaleó al perder el equilibrio. No se había dado cuenta de lo lejos que habían descendido hasta que vio una enorme hebra de atrás, que subía cada vez más inclinada entre la oscuridad. Algo les seguía. Una horda reptante de figuras arácnidas que abarrotaban toda la circunferencia del

hilo, arriba, a los lados y abajo. Aún estaba a centenares de metros del grupo, pero incluso a esa distancia Halisstra veía que eran monstruosidades del tamaño de un ogro, y la rapidez con que se movían no presagiaba nada bueno.

—No me gusta esto —dijo Ryld.

—Ni a mí —convino Quenthel—. Pharaun, ¿tienes preparado algún conjuro que los frene?

—No sin riesgo de cortar el hilo, me temo —contestó el maestro de Sorcere mientras negaba con la cabeza—, y soy bastante reacio a arriesgarme. Sin embargo, podría lanzar un conjuro de vuelo para abandonar este hilo y alcanzar otro, o podríamos descender a esa hebra que está bajo nosotros levitando.

Señaló una telaraña delgada y casi etérea bastante más debajo de ellos y un poco a un lado.

—Ahórrate la magia —decidió Quenthel—. Ese hilo servirá. Pharaun, Ryld, llevad a Valas y Danifae.

Se deslizó por el costado del hilo en el que estaban y se lanzó a la oscuridad. Uno por uno, los demás la siguieron. Halisstra lanzó otra mirada más a los horrores que los acosaban y se apresuró a seguir a la sacerdotisa Baenre. Bajó por el monstruoso cable y saltó a la oscuridad.



Tres días después de la victoria en los Pilares del Infortunio y treinta kilómetros más cerca de Menzoberranzan, Nimor estaba entre las sombras de la boca del Lustrum, una mina muy rica en mithral. Cerca de la entrada, una bóveda se clavaba unas decenas de metros, ensanchándose cada vez más; pero el suelo de la caverna estaba resquebrajado y obstaculizado por los restos de enormes rocas. Los mineros (esclavos y soldados de la casa Xorlarrin, o eso creía) habían abandonado sus herramientas y sus hogares ante el avance del ejército duergar, transportando tanto mineral de mithral como podían. Nimor levantó la mirada hacia la grieta que tenía encima.

La mina de mithral era muy interesante, pero sólo una de las razones por las que estaba allí. El Lustrum se encontraba entre el ejército de Gracklstugh y el de Kaanyr Vhok. Los duergars estaban a la izquierda y subían a Menzoberranzan por el lado suroeste, mientras los tanarukks empujaban por la derecha y se acercaban a la ciudad por el sureste. El ejército drow se retiraba ante ellos, a toda velocidad, en busca de la incierta seguridad de su ciudad. El Manto de Menzoberranzan (un gran círculo de cavernas retorcidas y túneles que rodeaban la ciudad) ofrecía a los ejércitos invasores un millar de caminos por los que acercarse.

Por supuesto, las matronas no habían dejado sus propiedades exteriores indefensas. Nimor echó una ojeada a los fragmentos de una de las infames arañas de

jade, enormes autómatas mágicos de piedra que guardaban las proximidades de la ciudad. Los despojos de la que aún estaba a sus pies humeaban con los acres humos de las bombas quemapiedras que la habían destruido unas horas antes. Eran máquinas inteligentes y mortíferas, pero, sin un grupo de sacerdotisas que lanzaran toda clase de conjuros sobre los invasores, las arañas de jade eran insuficientes para detener a dos ejércitos.

«¿Cuánto tiempo pasará hasta que los grandes castillos de Menzoberranzan acaben destrozados como este objeto?», meditó Nimor.

La Espada Ungida interrumpió sus reflexiones ante el retumbo de unas botas enanas y el rechinar del hierro sobre la roca. La diligencia acorazada del príncipe heredero Horgar Sombracerada se acercaba, escoltada por una columna doble de Guardias de Piedra. Nimor se estremeció ante el resonante estrépito.

«Se diría que se han traído los golpes de martillo y los ruidos de su ciudad», pensó.

Se alisó la túnica y bajó para reunirse con su aliado.

—Bien hallado, príncipe heredero Horgar. Estoy contento de que accedas a mi petición de parlamentar.

El príncipe duergar abrió la puerta blindada y descendió. El Mariscal Borwald le pisaba los talones, con la cara oculta tras un gran yelmo de hierro.

—Te he estado buscando, Nimor Imphraezl —respondió Horgar—. Desapareciste después de guiar a nuestra vanguardia por este laberinto de túneles. ¿Qué negocios te traes que son más acuciantes que nuestro asalto a Menzoberranzan?

La victoria había transformado el pesimismo del príncipe heredero en un hambre feroz de triunfos, y los terratenientes de Horgar secundaban la actitud de su gobernante. Si antes la visión del asesino provocaba semblantes ceñudos y murmullos, ahora los terratenientes de Gracklstugh aceptaban su presencia con bruscas inclinaciones de cabeza y abierta envidia por sus éxitos.

—Príncipe heredero, todos mis negocios guardan relación con el asalto previsto —dijo Nimor con una carcajada. Apartó de una patada uno de los fragmentos de jade del autómata destrozado—. Una vez que mostré a tus hombres cómo neutralizar estas criaturas me pareció que tu ejército tenía la cosa por la mano, así que me tomé la libertad de informar a mis superiores y observar cómo va todo en la ciudad.

El príncipe duergar frunció el entrecejo.

—No tuviste reparos en utilizar al ejército de los tanarukks —dijo Horgar—. Se habrían vuelto contra nosotros con la misma facilidad que contra los menzoberranios.

—En circunstancias normales, quizá, pero la oportunidad se huele en el aire. La huelo, Kaanyr Vhok la huele y creo que tú también. Haría falta un gran acontecimiento para cambiar la situación, tal como están las cosas.

—Eso son tópicos vacíos, Nimor —gruñó el enano gris.

Cruzó sus gruesos brazos y miró hacia la oscuridad, a la espera. Al poco, se oyó ruido de pies y bufidos en la oscuridad, seguidos de unos pasos rápidos y pesados.

Una veintena de tanarukks, que llevaban al hombro un pesado palanquín de hierro del tamaño de una carroza pequeña, entraron a grandes zancadas en la caverna. Sus ojos bestiales estaban encendidos de odio, blandían hachas y mazas en sus fuertes puños. Los enanos grises y los semidemonios cruzaron miradas, murmurando con nerviosismo y señalando las armas.

La puerta del palanquín se abrió, y salió Kaanyr Vhok. El Caudillo semidemonio estaba resplandeciente en su armadura escarlata y dorada, y su piel de escamas delicadas y su enérgica fisonomía sugerían un porte y un carisma de un modo que la mala educación de Horgar y su talante desconfiado nunca alcanzarían. La semisúcubo Aliisza lo siguió, extendiendo las alas. Por último, Zammzt descendió del palanquín del Caudillo.

—Bueno, aquí estoy —dijo Kaanyr con su poderosa voz. Estudió a los enanos grises reunidos y admiró a Nimor—. Los elfos oscuros huyen hacia su ciudad gracias a nosotros. ¿Ahora cómo vamos a acabar la tarea? Y, más importante, ¿cómo dividimos el botín?

—¿Dividir el botín? —dijo Horgar con voz rasposa—. Creo que no. No cogerás parte de mi premio después de que mi ejército pechara con lo peor del trabajo. Se te pagará con justicia por tu ayuda, pero no pretendas reclamar una parte de mi victoria.

Kaanyr frunció el entrecejo.

—No soy un pordiosero que pide generosidad, enano —dijo el semidemonio—. Sin mi ejército aún estarías abriéndote camino hacia Menzoberranzan, paso a paso.

Horgar empezaba a responder con enfado, pero Nimor se interpuso entre el enano gris y el semidemonio y levantó los brazos.

—¡Señores! —gritó—. La única manera de que los menzoberranios os venzan es que os volváis unos contra otros. Si cooperáis, si combináis vuestros esfuerzos con inteligencia, la ciudad caerá.

—Desde luego —dijo Zammzt. El asesino estaba cerca del palanquín de Vhok, envuelto en su capa oscura—. No tiene sentido dividir el botín de una ciudad que aún no habéis capturado. Y aún tiene menos permitir que el reparto del botín impida la caída de una ciudad.

—Eso es cierto —dijo Kaanyr, mientras cruzaba sus fuertes brazos sobre su amplio pecho—, pero no os olvidéis de mí cuando saqueemos la ciudad. Vosotros me trajisteis aquí.

—A mí también me trajisteis —tronó Horgar—, así como a los Agrach Dyr. Sospecho que vuestra casa secreta se verá en apuros para cumplir vuestras promesas. ¿A cuál de vuestros tres aliados pensáis traicionar?

Por primera vez, Nimor se descubrió preguntándose si quizá había alistado

demasiados enemigos contra Menzoberranzan. Pero así era la diplomacia en la Antípoda Oscura, después de todo. Ninguna alianza sobrevivía a su utilidad, ni por un instante.

Para su sorpresa, Aliisza salió en su ayuda.

—No podrá cumplir sus promesas en ningún caso mientras la ciudad siga en pie —dijo la semisúcubo escondida tras Kaanyr—. ¿Cómo podría? Volveremos a casa con las manos vacías si no llegáis a un acuerdo.

Nimor inclinó la cabeza en agradecimiento e hizo un esfuerzo para que su mirada no permaneciera demasiado tiempo sobre Aliisza. Dudaba que hubiera compartido con su señor los detalles exactos de su visita a Gracklstugh y no quería darle una razón al semidemonio para que indagara.

—La sabiduría de lady Aliisza es tan grande como su belleza —dijo—. Y para ahorrarnos discusiones propongo esto: para Horgar, cinco décimas partes de la riqueza de Menzoberranzan, población y territorio; para Kaanyr Vhok, tres décimas partes; y para mi casa, dos décimas partes, de las cuales entregaré una parte a los Agrach Dyr. Todo sujeto a una negociación final cuando Menzoberranzan sea nuestra, por supuesto.

—Mi ejército supera al del semidemonio por algo más de dos a uno, ¿por qué gana algo más que mi mitad? —dijo Horgar.

—Porque está aquí —dijo Nimor—. Toma tu ejército y vete a casa si quieres, Horgar, pero mira a tu alrededor antes de partir. Estamos en el Lustrum, las minas de mithral de la casa Xorlarrin. Menzoberranzan controla docenas de tesoros como éste, y sus castillos y cámaras están repletos de las riquezas acumuladas en cinco mil años. Si no luchas, no ganarás nada.

Esa era la otra razón por la que Nimor había escogido el Lustrum como lugar para negociar. Servía como seductor recordatorio del premio que les aguardaba.

Los ojos de Horgar se oscurecieron, pero el príncipe duergar se volvió para estudiar el abismo y el túnel cercano. El mariscal Borwald se inclinó y susurró algo al príncipe heredero, y los demás terratenientes intercambiaron susurros. Un momento después, Horgar puso sus fuertes manos en el cinturón y se aclaró la garganta.

—Muy bien, entonces. Sujeto a negociación final. ¿Cómo pretendes atacar la ciudad?

—Aplastaréis Menzoberranzan entre dos ejércitos —dijo Nimor—. Dada vuestra victoria en los Pilares del Infortunio, los llothitas están obligados a esperar vuestro asalto; pero, gracias al laberinto de túneles que rodean la ciudad, no sabrán por dónde atacaréis. Eso significa que los menzoberranios tendrán que mantener un fuerte destacamento cerca del centro de la ciudad para acudir a cualquier punto que se vea amenazado. La Legión Flagelante será esa amenaza y, cuando forcemos a los llothitas a entrar en esa batalla, el ejército de Gracklstugh asaltará la ciudad.

—No es un mal plan —juzgó Kaanyr—. Sin embargo, es lo que esperan que intentemos. No comprometerán todas sus fuerzas en una sola amenaza.

—Sí —dijo Horgar—. ¿Cómo los sacarás de la ciudad ahora que les has enseñado cautela en los Pilares del Infortunio?

Nimor sonrió. No se le escapaba que Horgar y Kaanyr estaban examinando el problema táctico de vencer a Menzoberranzan en vez de discutir su parte en el botín.

—Mis hermanos y yo esperamos que ayudéis en ese sentido —dijo—. No somos numerosos, pero estamos bien situados, y, señores, habéis olvidado a la casa Agrach Dyrr.

Horgar y Kaanyr intercambiaron un cabeceo, incluso una sonrisa.

«Preparaos, menzoberranios —pensó Nimor—. Ya voy.»



—Nunca imaginé que pudiera haber tantos demonios —refunfuñó Ryld. Estaba apoyado en *Tajadora*, observando cómo una forma enorme e hinchada con alas de murciélago caía en picado hacia la oscuridad e intentaba volar en vano con sus alas destrozadas por los golpes del mandoble del maestro de armas. Ryld se enderezó y se pasó el dorso de la mano por las cejas—. También tengo calor. Espero que estemos cerca de lo que buscamos.

Halisstra y el resto del grupo estaban al lado con náuseas o temblando de cansancio debido a sus esfuerzos y a aquella rara atmósfera. Durante lo que les habían parecido horas se habían abierto paso por aquellos hilos. Algunas veces descendían durante kilómetros más allá de telarañas que estaban vacías o en las que sólo había cadáveres, pero cada vez con más frecuencia se encontraban demonios vivos y hambrientos. La mayoría de aquellas criaturas infernales se lanzaban de cabeza contra ellos como enajenadas, pero unas pocas conservaban la suficiente inteligencia para emplear a fondo sus formidables habilidades mágicas.

Con colmillos, garras, aguijones e impía brujería los habitantes de la Red de Pozos Demoníacos hostigaban al grupo. Y no había sido una ayuda que Quenthel ordenara a Pharaun que reservara los conjuros para mejor ocasión.

—Recupera el aliento, maese Argith —dijo Quenthel, que estaba agachada. Se enderezó despacio. Su látigo estaba salpicado por la sangre de una docena de demonios—. Debemos continuar.

El grupo no había avanzado más de cuarenta metros cuando el hilo tembló, y apareció por debajo una zarpa enorme. Un robusto demonio con cabeza de búfalo y un pelaje áspero por los hombros se izó hasta ellos y rugió un desafío.

—¡Un goristro! —gritó Pharaun—. ¿Qué infiernos hace aquí?

—Una mascota de Lloth que se ha soltado, no lo dudes —contestó Tzirik.

El clérigo de Vhaeraun empezó a salmodiar un conjuro mientras los demás se

ponían en acción. Antes de que el monstruo se pusiera del todo en pie, Valas le clavó tres flechas; las astas negras sobresalían de sus hombros y del cuello como agujas en un alfilerero. El goristro bufó de dolor y rabia, y extendió un brazo para agarrar el cuerpo de un pequeño demonio araña cercano. Arrojó el cadáver a Valas y lo alcanzó mientras buscaba más flechas en el carcaj. El impacto hizo tambalear a Valas, que tropezó y se deslizó hilo abajo, mientras maldecía en unas cuantas lenguas.

Ryld corrió hacia adelante con *Tajadora* en alto. Quenthel iba a su lado. Mientras, Halisstra y Danifae intentaban rodear a la bestia pese a lo estrecho del hilo.

Tzirik acabó su conjuro y gritó una grave y arrolladora palabra de poder, que creó un gran disco de cuchillas que daban vueltas ante el cuerpo del goristro. Las hojas mordieron y la sangre voló, pero el monstruo ni se inmutó.

—¿Con qué podemos detenerlo? —preguntó Halisstra—. ¿Tiene alguna debilidad?

—Es estúpido —respondió Pharaun—. Apenas tiene inteligencia. No intercambiéis golpes.

El mago gesticuló y alcanzó al monstruo con un rayo brillante de energía que mordió el pecho del goristro, mientras Tzirik iba tras Quenthel y Ryld para ayudarlos. El maestro de armas y la suma sacerdotisa saltaron y atacaron el torso y el abdomen de la criatura, mientras esquivaban los pesados golpes de sus enormes puños. Un golpe oblicuo puso a Quenthel a cuatro patas, pero se las arregló para apartarse antes de que la criatura acabara con ella.

—¡Nooooo estúpiidooo! —rugió el goristro.

Levantó un pie y lo estampó en el hilo con tal violencia que todo el cable se agitó como si estuviera vivo. La sacudida lanzó a todos los drows por los aires, aunque el goristro falló al calcular las consecuencias del impacto, porque acabó igual que sus oponentes. El monstruoso demonio aterrizó de costado y se deslizó por el hilo. Se agarró con un brazo a la superficie. Se debatió. Sus esfuerzos hacían oscilar el cable aún más.

Quenthel se levantó en la superficie temblorosa y esquivó el brazo del monstruo para mirarle a la cara. Azotó el flagelo hacia uno de sus ojos y destruyó el órgano con una nauseabunda explosión de sangre. El goristro aulló de dolor y retrocedió, perdió pie y cayó al abismo. Sus rugidos de rabia continuaron durante un largo rato, aunque disminuían a medida que se alejaba de ellos. Quenthel no se molestó en observar cómo caía. Se volvió hacia el resto del grupo.

—Venga —dijo—. Estamos perdiendo el tiempo.

Halisstra se puso en pie y miró a su alrededor. Valas apareció desde su precaria posición a un lado del hilo. Danifae también se levantó. Fueron tras Quenthel cuando la matrona de Arach-Tinilith emprendió la marcha. Halisstra estaba demasiado cansada para aguantar aquel paso durante mucho rato, pero aún tenía menos energías

para discutir con la decidida sacerdotisa, así que apretó los dientes y se obligó a resistir.

Alcanzaron el fondo... casi.

Durante algún tiempo advirtieron que los cables convergentes se acercaban al suyo, y Halisstra vio la razón. Un gran anillo de telarañas una docena de veces más grueso que cualquiera de los demás estaba suspendido bajo ellos, uniendo los extremos. Su circunferencia era tan grande que Halisstra apenas era capaz de ver la curva que describía. En el centro había algo; una estructura titánica o especie de isla colgada de la telaraña. Los drows se detuvieron. Examinaron aquello hasta que Valas rompió el silencio.

—¿Es eso? —dijo en voz baja.

—La entrada a los dominios de Lloth —respondió Tzirik— está en algún punto de ese anillo.

—¿Estás seguro? —preguntó Ryld.

—Lo estoy —respondió Quenthel por el clérigo.

No apartó la mirada ni vaciló, y de nuevo se puso en marcha al mismo ritmo.

Mientras la hebra se acercaba al anillo central su pronunciada inclinación se niveló, y por primera vez en lo que parecían incontables horas y kilómetros el grupo se encontró que recorría algo parecido a un suelo. Aparecieron más cadáveres de arácnidos demoníacos, algunos medio enterrados en el hilo como si hubieran caído desde las alturas, lo que era muy probable.

Los viajeros alcanzaron el espeso anillo y cruzaron otra extensión más de telaraña para descubrir que la estructura del centro era una especie de templo de piedra, un edificio de deslumbrante obsidiana negra y de kilómetros de diámetro. Puntiagudos contrafuertes de piedra se elevaban por el espacio insondable, conectando el edificio al anillo que lo rodeaba. Plazas inmensas de piedra pulida, lo bastante grandes como para abarcar ciudades, rodeaban los costados del templo. En silencio, el grupo se dirigió a uno de los contrafuertes y avanzó hacia su meta.

Halisstra se descubrió temblando, no de cansancio, si no por una combinación de terror y éxtasis mientras se daba cuenta de que pronto debería soportar el examen de Lloth.

«Soy digna —se dijo—. Debo serlo.»

A los demonios que los habían acosado en su viaje por las telarañas no parecía importarles el templo negro. En cualquier caso, ninguno de los monstruos persiguió al grupo una vez que dejaron la red. Durante un largo rato, los elfos oscuros caminaron hacia adelante, cruzaron la enorme plaza exterior, mientras los muros del templo se acercaban cada vez más, revelando sus detalles oscuros.

Quenthel dirigió la marcha hacia un espacio determinado en la ciclópea pared, una grieta enorme que debería ser el pórtico del templo. De vez en cuando pasaban

junto a formas extrañas e inanimadas, grandes seres que parecían esculpidos en piedra negra líquida. Era bastante curioso que esas formas petrificadas se hicieran cada vez más pequeñas cuanto más cerca estaban de la grieta. Halisstra apartó el misterio de su mente, concentrada en la meta.

Al final alcanzaron la boca del templo y observaron la entrada. Una cara enorme se enfrentaba a ellos. Era la cara de una elfa oscura de una belleza cruel, sus rasgos tranquilos e inmóviles, como si los contemplara. De un lado a otro, una piedra de un negro perfecto impedía la entrada, esculpida con la imagen de la faz de la Reina Araña. Sólo sus ojos medio abiertos mostraban viveza. Con la mirada baja, hacia los suplicantes, los ojos de Lloth relucían con una alegría infernal, concentrados por entero en cualquier pensamiento.

El grupo se quedó mirando maravillado y aterrorizado, y Quenthel se postró ante la imagen de su diosa. Halisstra y Danifae se unieron a ella al instante. Incluso los varones cayeron al suelo, boca abajo y desviando la mirada. Tzirik, como clérigo de Vhaeraun, puso una rodilla en el suelo y bajó la mirada con respeto. No servía a la Reina de la Red de Pozos Demoníacos, pero él y los de su fe reconocían su divinidad.

—¡Gran Reina! —pidió Quenthel—. ¡Venimos de Menzoberranzan para implorarte que devuelvas tu favor a tus sacerdotisas! Nuestros enemigos invaden nuestra ciudad sagrada y amenazan a tus fieles con la destrucción. Te pedimos con humildad que nos enseñes qué debemos hacer para que nos aceptes. ¡ármanos con tu sagrado poder una vez más, y cazaremos a tus enemigos hasta que su sangre llene la Antípoda Oscura y sus almas tu vientre!

La cara no respondió.

Quenthel esperó un largo rato, postrada, y entonces se humedeció los labios y pronunció otra plegaria. Halisstra y Danifae se unieron a sus súplicas e imploraron con cada oración, cada invocación, que les habían enseñado. Se arrastraron ante el templo. Los varones esperaron tendidos en el suelo. Un tiempo después, Tzirik se alejó un poco y se sentó de espaldas a la cara, en comunión con su dios. Halisstra hizo caso omiso y continuó con sus súplicas.

A pesar de todo, la cara no respondía.

Las tres sacerdotisas continuaron sus súplicas durante lo que parecieron ser horas, pero al final Quenthel se puso en pie y miró la cara de Lloth.

—Es suficiente, hermanas —dijo la matrona de Arach-Tinilith—. La diosa no se digna a respondernos.

—Quizá estemos en el lugar equivocado —sugirió Pharaun—. Quizá debamos adentrarnos para que le ofrezcáis vuestras oraciones.

—No se puede ir más lejos —dijo Tzirik, mientras se reunían con el grupo—. Vhaeraun me dijo que éste es el único lugar de aproximación al dominio de Lloth a través del Abismo. Si se niega a escucharte en este lugar, no lo hará en ningún otro

punto de este plano.

—Pero ¿por qué continúa sin hacernos caso? —preguntó Halisstra con voz quejumbrosa. Se puso en pie, con el corazón enfermo de anhelo. Después de todo lo que había sucedido (la caída de su casa, la destrucción de su ciudad, las dificultades de su búsqueda), acabar ante el templo de Lloth y ser despreciada le era incomprensible—. ¿Qué más tenemos que hacer?

—No puedo responder a esa pregunta —dijo Tzirik después de encogerse de hombros.

—Por lo que parece Lloth tampoco —dijo Halisstra.

Pasó por alto el rechazo y el miedo que apareció en la cara de Quenthel y se acercó a un paso de la enorme cara.

—¡Escúchame, Lloth! —gritó—. ¡Respóndeme! ¿Qué hemos hecho para disgustarte? ¿Dónde estás?

—¡Habla con respeto! —siseó Quenthel, con los ojos llenos de terror.

Ryld tembló, pero reunió fuerzas para dar un par de pasos al frente.

—Matrona Melarn... —dijo—. Halisstra, aléjate de aquí. No puede...

—¡Lloth! —gritó Halisstra—. ¡Respóndeme, maldita seas!

Golpeó la piedra fría de la cara con los puños, encolerizada. Su mente se vació cuando su furia animal despertó para arrebatarle la razón. Gritó maldiciones a su diosa, maltrató la cara hasta que sus manos sangraron, y aun así no hubo respuesta. Al cabo del rato se encontró desplomada sobre la fría piedra, llorando, con las manos rotas e inútiles. Como una niña perdida, lloró con todo el dolor de su corazón.

—¿Por qué? ¿Por qué? —era todo lo que decía entre hipidos—. ¿Por qué nos has abandonado? ¿Por qué nos odias?

—Dices herejías —dijo Quenthel, el rechazo resonaba en su voz—. ¿Ya no te queda fe, Halisstra Melarn? La diosa hablará cuando le apetezca.

—¿De verdad aún lo crees? —murmuró Halisstra.

Apartó la cara y se entregó a las lágrimas. Ya no le importaba lo que pudieran pensar Quenthel, Danifae o los demás. Tenía la respuesta de Lloth.

—Débil... —oyó que susurraba Quenthel.

—Bueno, ya está, supongo —dijo Tzirik después de soltar un suspiro—. Lloth ha decidido no romper su silencio por vosotras, así que ahora debo hacer algo.

Levantó los brazos e hizo una serie compleja de pases, mientras murmuraba terribles palabras de poder. El aire crepitó con la energía. Los ojos de Quenthel mostraron sorpresa cuando reconoció el conjuro que estaba lanzando el vhaeraunita.

—¡Detenedlo! —chilló, mientras se volvía para enfrentarse al clérigo.

Avanzó, con el látigo en alto, pero Danifae le agarró el brazo.

—¡Con cuidado! —siseó Danifae—. Nuestros cuerpos aún están en Minauthkeep.

—¡Crea un portal! —restalló Quenthel—. ¡Aquí!

—¿Qué estás haciendo, Tzirik? —dijo Pharaun, alarmado.

El mago dio un paso atrás y preparó un conjuro defensivo, pero la advertencia de Danifae era lo bastante importante para que vacilara antes de intervenir.

Ryld y Valas también detuvieron sus manos. No estaban seguros de lo que sucedería si herían al clérigo cuyo conjuro los había llevado hasta la puerta de Lloth. El maestro de armas y el mercenario sacaron las armas pero se detuvieron ahí.

—Pharaun, ¿qué debemos hacer? —dijo Ryld.

Antes de que el mago respondiera, Tzirik acabó el conjuro. Con un sonido desgarrador, una enorme grieta negra apareció en el aire junto al clérigo Jaelre.

—¡Estoy aquí, mi señor! —gritó hacia la grieta—. ¡Estoy ante la cara de Lloth!

—Bien, ya voy —respondió una voz de un poder inenarrable, de una potencia terrible, desde las profundidades de la oscuridad.

La negrura pareció agitarse, y de la grieta salió algo que tenía el tamaño y la altura de un drow enjuto, pero que era algo más. Vestido en cuero negro y con una máscara púrpura en la cara, el ser irradiaba energía y presencia, la forma casi temblaba por el poder que contenía. Incluso Halisstra, absorta en su desdicha y de espaldas a la escena, volvió la cabeza cuando sintió la llegada del ser. Con gesto imperioso, el ser examinó la planicie de piedra oscura y el templo.

—Es como me lo imaginé —le dijo a Tzirik, que estaba postrado a sus pies—. Levántate, hijo mío. Lo has hecho bien y me has traído a un lugar que me estaba prohibido.

—Hice lo que me pediste, Señor Oculto —dijo Tzirik, que se ponía en pie despacio.

—Tzirik—consiguió decir Quenthel con voz ahogada—, ¿qué has hecho?

—Me ha abierto un portal —dijo el ente, que sólo podía ser un dios, con una sonrisa cruel en la cara—. ¿No reconoces al hijo de tu diosa, sacerdotisa de Lloth?

—Vhaeraun —exhaló Quenthel.

El dios cruzó los brazos y caminó más allá del grupo de menzoberranios para situarse frente a la cara de piedra, despreciando a los mortales. Hizo un gesto con la mano, y Halisstra, que aún estaba acuclillada ante la cara, salió despedida. Dio unas vueltas por el aire, cayó a unos treinta metros y rebotó hasta detenerse en la piedra negra de la plaza.

—Querida Madre —dijo Vhaeraun, dirigiéndose a la cara—, fuiste una necia al quedarte en este estado.

El dios empezó a crecer. Su esplendor aumentaba mientras crecía hasta una altura mayor que un gigante de las tormentas, hasta la medida que precisaba para la tarea que iba a afrontar. Levantó un brazo, y de la nada apareció una espada brillante y negra, hecha de sombras, acorde con su tamaño.

A tiro de lanza, Halisstra soltó un gruñido y levantó los ojos de suelo sobre el que

estaba su dolorido cuerpo. Los menzoberranios estaban paralizados por la indecisión. Tzirik, por otro lado, observaba con aire satisfecho cómo Vhaeraun levitaba para enfrentarse a la mirada de Lloth, espada en mano. Con decisión, el Señor Oculto desplazó atrás la espada de sombras, mientras su rostro se deformaba en un rictus de odio.

Y Vhaeraun la descargó en la cara de Lloth con todo su poder divino.

capítulo



veinte

El sonido de la espada de Vhaeraun, que batía la gran barrera de piedra, sacudió todo el plano. Cada golpe hizo temblar el gran templo negro del centro de la telaraña con la fuerza de un terremoto, y, desde el eje, vibraron todos los inmensos cables que ascendían por la noche sin fin. Aunque cada golpe la tiraba de nuevo sobre las frías losas, Halisstra consiguió acercarse al grupo de menzoberranios, que, igual que ella, se tambaleaban de un lado a otro.

Tzirik permaneció a un lado. Aún estaba extasiado ante la gloria de su dios. No parecía percibir el daño que infligía el Señor Oculto, las sacudidas lo atravesaban sin afectarlo. A cada golpe, una red diminuta de grietas parecía extenderse en la cara de Lloth. A pesar de la incalculable fuerza de cada ataque de la espada del dios, la faz de la Reina Araña parecía, casi, invulnerable.

«La diosa no responde —pensó Halisstra con asombro y abatimiento—. No le importa.»

Cayó a cuatro patas entre el resto del grupo, que no le prestó atención, estupefactos como estaban por el colérico asalto de Vhaeraun. Ryld estaba arrodillado junto a *Tajadora*, desviaba la mirada y resistía con entereza los golpes. Valas agitaba los brazos, movía las piernas arriba y abajo como una araña clavada en un alfiler. El explorador no sabía si observar, correr o esconderse, y parecía que intentaba hacer las tres cosas a la vez. Pharaun levitaba a medio metro del suelo para evitar los estremecedores impactos, escudado en alguna clase de conjuro mientras iba mirando a sus compañeros, al dios, a Tzirik y de vuelta a Vhaeraun. Danifae, cerca de él, se mantenía en pie con elegante facilidad mientras observaba cada golpe con una mirada fiera. Quenthel estaba tan tiesa como una estatua, afectada por cada temblor, los brazos rodeaban su torso como si sostuvieran su angustia. Observaba la escena con una fascinación enfermiza, incapaz de hacer nada más.

Pharaun tomó una decisión. Se deslizó cerca de Quenthel y le asió un brazo.

—¿Qué sucede aquí? —le gritó el mago en la oreja—. ¿Qué está haciendo?

La Baenre apretó los dientes, frustrada.

—No lo sé —admitió—. Todo va mal. No es lo mismo. Aquí no hay almas.

—¿Qué almas? —preguntó el mago—. ¿Deberíamos interferir?

Ryld y Valas levantaron la mirada, con expresiones de angustia.

—Es un dios —consiguió gritar Ryld por encima el ruido ensordecedor—. ¿Qué

propones que hagamos?

—Excelente, entonces. ¿Nos quedamos a mirar o nos vamos? No parece un lugar muy seguro —respondió Pharaun.

Otra oleada de sacudidas zarandeó al grupo y provocó que el conjuro protector del mago brillara.

—No estoy seguro de que podamos irnos —dijo Ryld. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Tzirik, que observaba la escena con una expresión de alegría—. ¿No lo necesitamos?

—¿Deberíamos irnos para salvarnos? —añadió Valas—. Pareceríamos los culpables de... esto. —El explorador se protegió los ojos de los esfuerzos de Vhaeraun—. ¿Qué sucederá cuando abra una brecha en el templo? Matrona, ¿qué sucederá? ¿Está Lloth ahí dentro?

Quenthel soltó un grito de frustración.

—Matrona, ¿has estado aquí? —preguntó Danifae, que cayó a los pies de Quenthel—. ¿Has estado aquí antes?

—¡No lo sé! —gritó la matrona de Arach-Tinilith.

Apartó el brazo de Pharaun y se lanzó sobre Tzirik, trastabillando mientras el suelo temblaba bajo sus pies. Le dio la vuelta, arrancándolo de la adoración a su dios, y aferró su coraza.

—¿Por qué hace esto? —exigió saber—. ¿Qué has hecho, hereje?

Tzirik parpadeó y sacudió la cabeza, sus ojos aún estaban llenos de la gloria de la adoración.

—¿No sabes de lo que estás siendo testigo, sacerdotisa de Lloth? —dijo Tzirik. Soltó una carcajada—. Tienes la excepcional suerte de presenciar la destrucción de tu diosa. —Se desembarazó de las manos de Quenthel, que le asían la armadura, y dio un paso atrás. Su voz se elevaba en una triunfante alegría—. ¿Quieres saber lo que sucede aquí, llothita? Te lo diré. ¡El Señor Oculto va a derrocar a tu Reina Araña y derrumbará su tiranía para siempre! ¡Nuestra gente será al fin liberada de su venenosa influencia, y tú y el resto de tu parásita especie también seréis barridas!

—¡No vivirás para verlo! —exclamó Quenthel, enfurecida.

El látigo saltó a su mano, y echó el brazo hacia atrás para quitarle la expresión de triunfo de la cara. Antes de que descargara el golpe, Vhaeraun (a tiro de flecha y de espaldas al grupo mientras golpeaba la faz de piedra) agitó la mano izquierda sin darse la vuelta. Bajo los pies de Quenthel explotó una columna de magma negro e hirviente que la lanzó una docena de metros por el aire con una fuerza sorprendente. Tzirik, que estaba a un paso, resultó ileso, pero el resto del grupo se dispersó para evitar los impactos de las grandes gotas de roca fundida.

El dios no detuvo su ritmo. Pegaba una y otra vez, incluso cuando Quenthel cayó sobre las losas de la plaza, gritando mientras las salpicaduras de roca infernal se

aferraban a su piel y la quemaban. Valas y Ryld corrieron en su ayuda. Danifae tuvo miedo, pero mantuvo la mirada en el dios.

Pharaun estudió la escena y sacudió la cabeza.

—Esto es de locos —murmuró.

Hizo un curioso gesto con la mano y desapareció. Se teletransportó a algún lugar más seguro. Halisstra lo vio partir y se quedó mirando durante un rato antes de que otro impacto de la espada de Vhaeraun la tirara al suelo. Se quedó allí, vencida, mientras Quenthel se agitaba y lanzaba gritos de agonía.

—Ah —suspiró Vhaeraun. El dios se apartó de la cara, que estaba partida por una cicatriz verde brillante que iba desde el centro de la frente hasta el hoyuelo de la barbilla—. Madre, ¿ahora tampoco tienes nada que decir? ¿Morirás en silencio?

La cara permaneció impasible. Su turbia mirada no se alteró, pero una vez más algo pareció hender el tejido del cosmos con un desgarró. Una herida profunda apareció en el aire, cerca de la cara, y de ella salió otra forma divina.

Mientras Vhaeraun era enjuto y de una elegancia imposible, el recién llegado era un ser de pesadilla. Medio araña medio drow, empuñaba un arsenal de espadas y mazas en seis musculosos brazos, y cada una de sus patas quitinosas acababa en una pinza. Su cara era la de un apuesto drow, bastante perverso.

—Retírate, Oculto —ordenó el dios araña con una voz torturada y acuosa—. Te está prohibido entrar aquí.

—No te interpondrás entre mí y mi destino, Selvetarm —gruñó Vhaeraun.

El monstruoso dios araña Selvetarm no esperó más y salió disparado con una velocidad cegadora, agitando las seis armas en un ataque que habría desmembrado una docena de gigantes en dos latidos de corazón.

Vhaeraun se hizo a un lado. Bailaba en aquella tormenta de acero como si persiguiera las armas de Selvetarm en vez de lo contrario, detenía golpes que parecía imposible esquivar y respondía con gracia sobrenatural. Cuando las armas de los dioses chocaban, los truenos sacudían el suelo.

Halisstra se puso en pie, con la boca abierta por el asombro. Se hubiera quedado helada ante la escena indefinidamente, pero Ryld apareció.

—Necesitamos tus canciones sanadoras —siseó—. Quenthel tiene quemaduras graves.

«¿Eso qué importa?», se preguntó Halisstra.

No obstante, se puso en pie y se encaminó hacia la sacerdotisa. Quenthel se retorció en el suelo, siseaba entre dientes mientras se esforzaba sin éxito en controlar el dolor. Halisstra se desentendió del duelo entre las dos deidades, se centró en las heridas de la Baenre e inició el discordante lamento de una canción *bae'qeshel*. Puso las manos en las quemaduras de Quenthel y urdió su canto lo mejor que pudo. Encontró una calma momentánea en el ejercicio de sus talentos. Las sacudidas de

Quenthel se aliviaron, y un momento más tarde abrió los ojos. Tras esto, Halisstra volvió a sentirse abatida y clavó la mirada en los dioses contendientes.

—¿Qué hacemos? —susurró—. ¿Qué podemos hacer?

—Resistir —respondió Ryld. Agarró su brazo con mano de hierro y posó la mirada en sus ojos—. Espera y observa. Algo sucederá.

él también devolvió la mirada hacia Vhaeraun y Selvetarm.

Valas se levantó junto a Quenthel y se dirigió hacia Tzirik, que estaba encogido para mantener el equilibrio.

—¡Tzirik! ¿Qué le sucederá a este lugar, a nosotros, si Vhaeraun vence a Selvetarm y destruye la cara? ¿Nos sacarías de aquí?

—Lo que nos suceda no importa —respondió el clérigo.

—Quizá a ti no, pero a mí me importa mucho —murmuró Valas—. ¿Nos trajiste aquí para que muriéramos, Tzirik?

—Yo no te traje aquí, mercenario, vinisteis vosotros —respondió el clérigo, concediéndole sólo una parte de su atención—. Nadie excepto una sacerdotisa de la Reina Araña conseguiría llegar tan cerca de su templo, ni el Señor Oculto. Respecto de qué sucederá cuando Vhaeraun venza a Selvetarm, bueno, ya veremos.

Volvió toda su atención hacia los dioses.

El Señor Oculto y el Campeón de Lloth continuaban su enfurecida lucha. La sangre manaba de varias heridas negras en el cuerpo quitinoso del dios araña, y unas sombras negras fluían de un puñado de cortes que habían alcanzado al grácil Vhaeraun. Aunque los dioses pugnaban en el reino de lo físico, intercambiando golpes a un ritmo mareante, también se encontraban con magia. Conjuros de terrible poder explotaban una y otra vez entre los dos, aún más asesinos que las seis armas de Selvetarm. Tenían las miradas fijas en los ojos del contrario, en una contienda cuya potencia anulaba lo que quedaba de la razón de Halisstra. Golpes errados y conjuros desviados causaban daños terribles alrededor de las dos deidades, abrían grandes cráteres en las paredes del templo y las losas de la plaza, y más de una vez estuvieron peligrosamente cerca de aniquilar a los espectadores mortales.

—¡Chacal traidor! —gruñó Selvetarm—. ¡Tu perfidia no será recompensada!

—Tonto ingenuo. Por supuesto que sí —replicó Vhaeraun.

Saltó entre las hojas arremolinadas de Selvetarm y hundió la espada de sombras en el bulboso abdomen del dios araña. El Campeón de Lloth gritó y retrocedió, pero un momento más tarde aferró el tobillo de Vhaeraun con una pinza y lo tiró al suelo. Tan rápido como un gato, descargó una lluvia de golpes mortales sobre el Señor Oculto.

Vhaeraun respondió con la invocación de una colosal explosión de sombras ardientes que bajó en picado desde alguna altura imposible y bañó a los dos dioses en fuego negro. Selvetarm soltó un grito de agonía, mientras golpeaba una y otra vez a

Vhaeraun.

Con un terrible rechinar que Halisstra y los demás espectadores sintieron en sus huesos, la plaza de piedra se desintegró bajo ellos. Aún trabados en su furioso combate, las dos deidades cayeron hacia el abismo negro. Sus rugidos de rabia y los demoledores ruidos de las armas se hicieron cada vez más débiles.

—Se han ido —dijo Ryld, anonadado, constatando lo evidente—. ¿Ahora qué?

Nadie tenía una respuesta, todos estaban boquiabiertos ante el agujero del tamaño de un castillo que habían dejado los dioses. Muy abajo se veían lejanos destellos de luz de la batalla. Durante varios minutos los drows no hicieron nada. Luego se pusieron en pie, y nadie dijo nada. Tzirik se cruzó de brazos y esperó.

—¿Se destruirán entre ellos? —aventuró el explorador al fin.

—Lo dudo —dijo Danifae.

Miró con atención la grieta verde y brillante que dividía la cara de Lloth, pero no dijo nada más.

—Si Lloth no ha respondido al asalto de Vhaeraun, dudo que tenga nada que decirnos —dijo Ryld—. Deberíamos irnos de aquí.

El maestro de armas se volvió para hablar con Tzirik y descubrió que el clérigo Jaelre estaba absorto, con la mirada perdida, la expresión iluminada por la adoración.

—Sí, señor —susurró a nadie—. ¡Sí, obedezco!

Cuando Ryld avanzó un paso para preguntarle al clérigo, éste gesticuló y pronunció una plegaria impía. Un círculo de millares de cuchillas como las que había usado contra el goristro surgieron a su alrededor y lo parapetaron tras un muro cilíndrico de metal.

Ryld gritó una maldición y saltó hacia atrás, para apartarse de las cuchillas mortales.

Tzirik hizo caso omiso del maestro de armas y continuó con la tarea que Vhaeraun le había asignado. El clérigo sacó un cilindro y extrajo un pergamino, lo desenrolló y empezó a recitar en voz alta las palabras de otro poderoso conjuro mientras se protegía de los menzoberranios con su mortífera barrera.

Halisstra levantó la mirada hacia él, sorprendida. Intentaba discernir qué conjuro estaba lanzando el clérigo Jaelre, aunque ya no le importaba.

Mientras Halisstra se hundía en la apatía y la desesperación, el espíritu de lucha se reavivó en Quenthel. Se levantó y empezó a buscar su látigo.



A unos metros de allí, escondido entre la oscuridad y los vapores, Pharaun estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la piedra, apresurándose a finalizar su conjuro. Observó cómo combatían los dos dioses hasta que desaparecieron de la vista con la caída. El conjuro no se podía lanzar rápido, y si intentaba acelerarlo, lo perdería del

todo. En la parte de su mente que no estaba absorta en modelar la magia, se preguntó, con no poca inquietud, si la omnisciencia sería lo bastante completa para sentir su presencia, notar que lanzaba un conjuro y deducir por qué lo hacía, y si los dioses lo detendrían. Aunque creía que Vhaeraun y Selvetarm estaban ocupados con su batalla y era improbable que le hicieran mucho caso.

—Jeggred, estamos en peligro. Mata el cuerpo de Tzirik ahora. Volveremos pronto, pero vigila hasta ese momento. Quenthel lo ordena —dijo (un mensaje que recorrería distancias incalculables de dimensiones y espacio) tras completar el conjuro.

Pharaun suspiró y se puso en pie, con aire pensativo. No estaba seguro de qué efectos tendría su conjuro desde otro plano de existencia. Ni sabía lo que tardarían sus palabras en llegar a Jeggred en Minauthkeep, o si el draegloth haría lo que se le pedía en nombre de Quenthel... o si el maldito semidemonio aún estaba vivo y libre para matar al clérigo.

El maestro de Sorcere tenía la sensación de que todo iría como esperaba. Era sólo cuestión de tiempo, y no mucho.

—éste no es un buen momento para discutir, Jeggred —murmuró Pharaun—. Por una vez, haz lo que te pido sin poder objeciones.

Con cautela, empezó a caminar hacia la lejana grieta en la maciza pared del templo.



Rodeado por su muro de cuchillas, Tzirik leía con rapidez el pergamino. No se preocupó en decirles a los menzoberranios qué le había dicho Vhaeraun que hiciera, o por qué lo hacía. Procedió como si no estuvieran allí, aparte de la precaución de levantar una pared de cuchillas para impedir que interfirieran.

Ryld y Valas estaban cerca de las mortales cuchillas giratorias, observando con impotencia cómo el clérigo lanzaba el conjuro. Danifae y Quenthel se hallaban un poco más atrás. Su determinación de hacer algo luchaba con su incapacidad para discernir lo que debían hacer. Halisstra también observaba, esperaba para ver cuál sería su destino.

—¡Tzirik, detente! —gritó Valas—. Ya nos has puesto demasiado en peligro. No te permitiremos continuar.

—Mátalo, Valas —dijo Danifae—. Ni te escuchará ni se detendrá.

El explorador se quedó paralizado mientras el canto del clérigo se acercaba a las triunfantes notas finales. Encorvó la espalda, afligido por la derrota. Sin previo aviso, Valas levantó el arco y disparó.

La primera flecha la desvió una cuchilla, pero la segunda la atravesó y perforó la mano enguantada de Tzirik. El clérigo chilló de dolor y dejó caer el pergamino, que

fue a parar al suelo.

—¿Aún eres el chico de los recados de esas rameritas, Valas? —dijo el Jaelre, volviéndose hacia el aludido con los ojos inflamados de odio—. ¿No ves que no eres nada más que un buen perro de presa para ellas? ¿Por qué continúas siendo leal a la Reina Araña, cuando podrías escoger al Señor Oculto como tu dios y conocer la verdadera libertad?

—Lloth hará lo que desee —respondió Valas—. Yo, sin embargo, soy leal a Bregan D'aerthe y a mi ciudad. No podemos permitirte ni a ti ni a tu dios que nos desvíes de nuestra búsqueda, Tzirik.

—Tú y tus compañeros no os opondréis a la voluntad de Vhaeraun. Me niego a permitirlo —dijo Tzirik con expresión sombría.

Levantó el escudo mientras pronunciaba las palabras de otro conjuro mágico. Valas disparó de nuevo, pero sus flechas rebotaron en el escudo del clérigo. Tzirik finalizó su conjuro y puso la mano herida en el suelo. Un poderoso temblor sacudió la piedra y golpeó a los menzoberranos, arrojándolos como muñecas y abriendo grandes grietas en las losas de la plaza, y esas aberturas llevaban a una negrura absoluta.

Valas se tambaleó, intentaba mantener el equilibrio mientras las piedras crujían y cedían bajo él. Danifae se estabilizó y lanzó un disparo con la ballesta que pasó las cuchillas y alcanzó a Tzirik en la coraza, pero el virote se hizo añicos en la armadura del clérigo.

Quenthel se las ingenió para dar un salto desesperado a fin de no caer en una grieta. Rodó con torpeza y se levantó con una varita de hierro en la mano. La suma sacerdotisa gritó la palabra de activación y descargó una esfera blanca, de alguna sustancia mágica y viscosa, en el clérigo, pero las cuchillas de Tzirik convirtieron la burbuja en un montón de hilos pegajosos.

—Levántate, Halisstra —siseó Quenthel—. Tus hermanas sacerdotisas te necesitan.

Los fuertes temblores hicieron perder pie a Halisstra la primera vez que intentó enderezarse. Sacudió la cabeza y lo intentó de nuevo.

«¿Mis hermanas me necesitan? —pensó—. Extraño, parece que nuestra diosa no necesita que la sirvamos como sacerdotisas. Si Lloth decide darme la espalda, despreciar mi fidelidad y devoción, entonces lo último que puedo hacer es devolverle el favor.»

Durante toda su vida Halisstra se había unido de buena gana a sus peores enemigos, sus rivales más acérrimas, cuando se alzaba algo que amenazaba el dominio absoluto que compartían ella y sus hermanas sacerdotisas sobre la sociedad drow. Visto lo visto en el espacio infinito y vacío de la Red de Pozos Demoníacos, decidió que no daría un solo paso en nombre de Lloth.

—Déjale hacer lo que quiera —le dijo a Quenthel—. Lloth me ha enseñado que no importa. Si nos las ingeniamos para preservar la existencia de Lloth, ¿crees que nos lo agradecería? Si me arranco el corazón y lo dejo en el altar de la Reina Araña, ¿crees que estaría complacida por mi sacrificio?

Unas carcajadas amargas brotaron de su boca y se entregó a ellas, mientras decrecían los temblores de Tzirik. El corazón le dolía con una herida que podría partir el mundo en dos, pero no encontraba palabras para expresarlo.

Quenthel se la quedó mirando horrorizada.

—Blasfemas —consiguió susurrar.

La matrona de Arach-Tinilith recuperó el látigo y se volvió hacia Halisstra, pero antes de que golpeará, Tzirik atacó con otro conjuro, que quemó a todo el grupo con lenguas de fuego que corrían por toda la plaza como agua que se derramara. Halisstra cayó al suelo y gritó de dolor. Los demás maldijeron o gritaron, buscando un refugio que no existía.

—¡Dejadme! —ordenó Tzirik desde su jaula de cuchillas de acero.

Se inclinó y recuperó el pergamino, mientras los menzoberranios se enderezaban sobre las losas humeantes.

Ryld se levantó despacio, la cara y las manos quemadas, y observó mientras el clérigo empezaba de nuevo el conjuro. El maestro de armas miró las cuchillas que rodeaban al clérigo y, con la celeridad de un gato, saltó hacia la barrera, hecho una bola. Las gotas de sangre salpicaron todo el derredor mientras las cuchillas daban vueltas y cortaban la armadura enana del maestro de armas entre chispas, pero el maestro de Melee-Magthere atravesó la barrera.

Se puso en pie a trompicones con un gruñido de dolor, *Tajadora* aferrada con torpeza en sus manos laceradas, pero se las ingenió para dirigirla hacia Tzirik. Una vez más el clérigo se vio obligado a dejar caer el pergamino. Detuvo la estocada con el escudo y respondió con la maza.

Ryld evitó el golpe saltando hacia atrás, tan cerca de las cuchillas que saltaron chispas donde las hojas rozaron su espalda. Se recuperó y avanzó de nuevo, blandiendo la espada y acuchilló al clérigo.

Valas, al oro lado de la barrera, tocó el símbolo de la estrella de nueve puntas que llevaba en el pecho. En un abrir y cerrar de ojos desapareció y reapareció dentro de la barrera detrás de Tzirik. Dejó el arco y sacó los kukris, pero Tzirik lo sorprendió.

Dio la espalda a Ryld y cargó con el escudo contra el Bregan D'aerthe en el momento en que Valas asía los cuchillos. Con un grito de rabia el Jaelre empujó a Valas hacia la cortina de cuchillas y envió al explorador al otro lado. Las hojas le produjeron innumerables cortes.

Ryld se lo hizo pagar a Tzirik y cargó hacia el clérigo, le descargó un golpe que le hizo dar media vuelta, pero la coraza del clérigo aguantó. En respuesta, Tzirik saltó

hacia Ryld y atacó con una andanada de golpes que hicieron recular al maestro de armas.

Ryld se recuperó para otro asalto, pero en ese momento Quenthel también se lanzó a través de las cuchillas. Una le hizo un corte profundo en la pantorrilla y la hizo trastabillar y echar la rodilla en tierra con un espasmo de dolor. Tzirik se apartó del alcance del látigo de la Baenre y lanzó un hechizo. Ryld se quedó paralizado cuando el clérigo le lanzó el conjuro.

Rápido como una víbora, Tzirik se volvió hacia Quenthel y la tiró al suelo mientras aún intentaba ponerse en pie. Evitó las siseantes cabezas de serpiente, dio una patada al látigo, que salió de la cortina de cuchillas, y se volvió para aplastarle el cráneo a Ryld mientras estaba indefenso. Levantó la maza de bronce para el golpe mortal... y Tzirik se apartó de un bandazo de su víctima, golpeado por una fuerte explosión de sonido.

Halisstra, que estaba al otro lado de la barrera de cuchillas, inició otra canción *bae'qeshel* y volvió a atacar al clérigo. No lucharía de nuevo por Lloth, pero sí lo haría por sus compañeros, por Ryld sobre todo.

—No matéis al clérigo —pidió a sus compañeros—. ¡Lo necesitamos para volver a casa!

—Entonces ¿qué sugieres? —preguntó Danifae a voz en grito—. ¡Parece que tiene la intención de destruirnos!

—Ni que lo digas —dijo Tzirik.

El clérigo Jaelre se recuperó de los conjuros de Halisstra y lanzó uno de los suyos. Invocó desde el cielo negro una columna de fuego púrpura que abrasó a Halisstra y Danifae. El clérigo se volvió para enfrentarse a Quenthel, que se recuperaba en ese momento para saltarle a la espalda.

—Disfruto mucho matando sacerdotisas de la Reina Araña —dijo Tzirik—. Cuando despiertes en Minauthkeep, te volveré a matar.

Avanzó hacia ella, los ojos crueles encendidos mientras Quenthel cojeaba, tratando de evitar el inexorable golpe.

El peto de Tzirik se desvaneció. El clérigo se detuvo desconcertado y bajó la mirada. Todas las demás piezas de su armadura estaban en su sitio, pero entonces, despacio, el justillo de cuero también desapareció y mostró la piel negra de su torso.

—¿En nombre del Señor Oculto qué...? —murmuró, y levantó la mirada justo a tiempo para alejarse de Danifae, que le disparó un virote al corazón que se clavó en el escudo del clérigo. Su desconcierto se tornó al instante puro terror.

—¡No! —gritó—. N...

Alguna fuerza invisible le desgarró el pecho a Tzirik y empezó a arrancar sus ensangrentadas costillas una a una. La sangre y trozos de huesos se esparcieron, aunque el clérigo se mantenía en pie mientras algo lo descuartizaba vivo ante los

asombrados menzoberranios.

Halisstra, que había visto cosas muy terribles en los altares de Lloth, reculó horrorizada. Con un parte distante y lejana de su mente, sintió que la carne y los huesos destrozados de Tzirik desaparecían, igual que su armadura.

«No sucede aquí —descubrió—. Están matando a Tzirik, pero en Minauthkeep.»

Un obscuro golpe final hirió las entrañas de Tzirik y las esparció. El clérigo Jaelre cayó de rodillas mientras ponía los ojos en blanco. Desde una distancia inmensa apareció una brillante cuerda plateada, atada a la espalda del clérigo. Retrocedió a su cuerpo astral con una fuerza que sacudió el alma de Halisstra, y Tzirik desapareció, como si nunca hubiera existido.

—Dioses... —consiguió decir Valas, y entonces gruñó por la sorpresa.

Todos ellos lo sintieron en el mismo instante; una distorsión violenta de sus almas que rasgó la plaza y el templo negro en millares de astillas plateadas.

Halisstra abrió la boca, un grito de terror brotaba de su garganta, pero antes de que tomara forma tiraron con fuerza de ella hacia la inconsciencia.



Halisstra se despertó con un sobresalto, sentada sobre el mohoso diván de la cámara escondida de Tzirik. Le costó un momento comprender que estaba viva. La experiencia de ver su alma arrancada de la Red de Pozos Demoníacos para volver a Faerun en un instante era algo que no le gustaría repetir. Le costó más tiempo darse cuenta de que ya no tenía herida ninguna.

Aunque donde le dolía era en el corazón. Un gran daño latía en el centro de su ser, una pena tan profunda que Halisstra era incapaz de imaginarse algo que fuera capaz de borrarla.

Apretó la mano en su pecho como si aliviara ese dolor y miró a su alrededor. Los demás también despertaban, aturridos o mareados. A su derecha, Tzirik estaba inmóvil, el cuerpo hecho jirones. La sangre salpicaba las paredes de la cámara, y trozos abominables del clérigo Jaelre estaban dispersos por el suelo. Junto al cuerpo destrozado del clérigo estaba Jeggred, lamiéndose la sangre de su pelaje blanco. A su lado tenía un par de guerreros Jaelre, degollados.

—¿Matrona? —le preguntó el draegloth a Quenthel—. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué has descubierto?

Los ojos de Quenthel se posaron en el cuerpo de Tzirik y en los guardias muertos, y frunció el entrecejo.

—En nombre de la diosa, ¿en qué estabas pensando? —le preguntó al draegloth—. ¿Por qué has hecho eso?

—¿Te refieres a los guardias? Me hubieran impedido hacer mi trabajo con el hereje —respondió Jeggred.

—No, ellos no —dijo la sacerdotisa—. ¡Tzirik!

Jeggred entornó los ojos y empezó a gruñir. El semidemonio se enderezó y rodeó los divanes para dirigirse hacia Pharaun, mientras crispaba los puños.

—Mago, si me he equivocado por tu culpa...

—Pharaun... —dijo Quenthel, mientras fruncía el entrecejo para recordar. No le costó mucho. Los recuerdos aparecieron en sus ojos y se volvió para clavar la mirada en el maestro de Sorcere—. Nos abandonaste en medio de la Red de Pozos Demoníacos cuando más te necesitábamos. ¡Explícate!

—Lo estimé oportuno —dijo Pharaun—. Estábamos en peligro de muerte, pero no podía escapar sin la complicidad de Tzirik, y era bastante claro que Tzirik no tenía intención de ir a ninguna parte. El mejor método para escapar que concebí era dirigir un mensaje a Jeggred y ordenarle que matara el cuerpo físico de Tzirik. Como el clérigo era el que había lanzado el conjuro del viaje astral, su muerte lo disiparía para todos nosotros. Fue más brusco de lo que me hubiera gustado, pero no se me ocurrían otras opciones. Le dije a Jeggred que tú lo ordenabas, pues no estaba seguro de si mataría al clérigo porque yo se lo pidiera.

—Tu cobardía nos ha alejado del lugar en el que teníamos la esperanza de obtener respuestas —gruñó Quenthel.

—No —dijo Halisstra—. La prudencia de Pharaun consiguió que escapáramos de una situación imposible, de la manera que creyó mejor.

—¿Qué sentido tiene escapar si fracasamos en nuestra búsqueda? —planteó la Baenre.

—¿Respuestas? No hay respuestas, Quenthel —dijo Halisstra—. Nos habríamos degradado hasta el fin de los tiempos, y a la Reina Araña no le hubiera importado un comino. La búsqueda era un sinsentido; y de cualquier manera era algo de lo que nunca estuviste segura. ¿O en el Abismo había almacenes que asaltar?

—Pasé por alto tu blasfemia y orgullo en la Red de Pozos Demoníacos, pero no lo hagas de nuevo —dijo Quenthel—. Si me vuelves a hablar de ese modo, te arrancaré la lengua. Serás castigada por tu apostasía, Halisstra Melarn. La Reina Araña será testigo de tormentos inimaginables por tu falta de respeto.

—Al menos eso sería una señal de que aún está viva —respondió Halisstra.

Se levantó y empezó a reunir sus pertenencias. De los salones más allá de las cámaras provenían gritos de alarma lejanos y el ruido de muchos pasos que se acercaban. Casi parecía una ensoñación.

—Vienen los Jaelre —dijo Danifae—. Tendrán algo que decir sobre el asesinato de su clérigo.

—Preferiría no tener que abrirme paso a golpes por este castillo —dijo Ryld—. Estoy harto de luchas.

Con un gruñido, Quenthel apartó los ojos de Halisstra y estudió la cámara. Se

mordisqueó el labio con nerviosismo, como si luchara contra una idea que no le gustara, y entonces murmuró una maldición y se volvió hacia Pharaun.

—¿Tienes algún conjuro que nos pueda sacar de aquí?

Pharaun sonrió satisfecho, complacido de que Quenthel se viera obligada a recurrir a sus poderes después de que acabara de condenar sus acciones.

—Es un poco justo, pero creo que podemos teletransportarnos todos a la vez —dijo—. ¿Adonde queréis ir? No puedo llevaros a la Antípoda Oscura con seguridad, pero otro lugar...

—A cualquier parte menos aquí —respondió Quenthel—. Necesitamos tiempo para reflexionar sobre lo que hemos visto y aprendido, y el siguiente paso que daremos.

—Vayamos a la boca de la cueva del portal que llevaba al Laberinto —dijo Valas—. Se halla a varios días de marcha de aquí y no está muy concurrido.

—Excelente —dijo Quenthel—. Llévanos.

—Entonces, unid las manos —dijo Pharaun.

Puso su mano sobre las de Ryld y Halisstra y pronunció una frase corta justo cuando los primeros golpes resonaban en el panel de la puerta secreta. En un abrir y cerrar de ojos estaban en el suelo frío y cubierto de musgo de la boca de la cueva que había en el claro del bosque. El amanecer estaba próximo. El cielo del este era de un gris perlado, y el rocío mojaba el suelo. La cañada estaba vacía y triste igual que la primera vez que el grupo había acampado allí, hacía poco más de diez días. La mayor parte de la nieve se había fundido y goteaba en la cueva.

—Ya estamos —anunció el mago—. Ahora, si a nadie le importa, creo que voy a buscar el lugar más cómodo de la caverna y dormiré como un condenado humano.

Bajó por las rocas resbaladizas sin esperar una respuesta.

—Descansa más tarde, mago —le ordenó Quenthel—. Tenemos que decidir qué haremos, el significado de las cosas que vimos...

—Lo que vimos no tiene sentido —dijo Halisstra—, y lo que haremos no importa. Estoy con Pharaun.

Reunió fuerzas para saltar de roca en roca, mientras descendía hacia la oscuridad reconfortante y familiar de la caverna.

Detrás, Quenthel echaba chispas y Jeggred refunfuñaba, pero Ryld y Valas se pusieron las mochilas al hombro y siguieron a Pharaun hasta la caverna. Danifae se volvió hacia la Baenre y posó una mano en su hombro.

—Todos estamos inquietos por lo que vimos —dijo la prisionera de guerra—, pero también exhaustos. Pensaremos con más claridad cuando hayamos descansado, y quizá entonces el mensaje de la diosa estará más claro para todos.

A regañadientes, Quenthel asintió. Halisstra y Pharaun ya se habían echado en el suelo, a doce metros de la entrada, con la mochila apoyada en la pared. El resto de los

menzoberranios entraron despacio y escogieron su lugar, desplomándose allí mismo.

La armadura ensangrentada de Seyll parecía muy pesada para los hombros de Halisstra, y la empuñadura de la espada le apretaba las costillas. Estaba demasiado cansada para encontrar otra posición.

—¿Nadie me explicará lo que sucedió en la Red de Pozos Demoníacos? — preguntó Jeggred—. Esperé en una habitación vacía durante días, vigilando vuestros cuerpos durmientes. Merezco oír lo que pasó.

—Sí —dijo Valas—. Más tarde. No creo que nadie sepa qué pensar de todo ello. Danos tiempo para descansar y para reflexionar.

«¿Descansar?», pensó Halisstra.

Se sentía como si fuera capaz de dormir (igual que un humano), durante diez días y no librarse de la fatiga que sentía. Su mente rehusaba plantearse de nuevo por qué Lloth la había abandonado; sin embargo tenía algo en el corazón que exigía un análisis, una pena que no le permitiría el refugio del ensueño hasta que no encontrara el modo de ahuyentarla.

Con un suspiro, acercó la bolsa y la abrió, para sacar la caja de cuero de la lira. Sacó la reliquia de la funda y paseó los dedos por las runas grabadas sobre los huesos de dragón. Luego, tocó las perfectas cuerdas de mithral.

«Al menos tengo esto», pensó.

En el silencio de la cueva, Halisstra tocó las oscuras canciones del *bae'qeshel* y dio voz a su insoportable pena.